

PRINCIPIOS DE LIDERAZGO

MANUAL PARA EL MAESTRO

RELIGIÓN 180R



PRINCIPIOS DE LIDERAZGO MANUAL PARA EL MAESTRO

Religión 180R

Preparado por
El Sistema Educativo de la Iglesia

Publicado por
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah, E.U.A.

Envíe sus comentarios y sugerencias de correcciones,
incluso de errores ortográficos a:
CES Editing, 50 E. North Temple Street,
Floor 8, Salt Lake City, UT 84150-2722, USA
Correo electrónico: <ces-manuals@ldschurch.org>

© 2001 por Intellectual Reserve Inc.
Todos los derechos reservados
Impreso en los Estados Unidos de América

Aprobación del inglés: 5/99
Aprobación de la traducción: 5/99
Traducción de *Principles of Leadership Teacher Manual: Religion 180R*
Spanish

ÍNDICE DE TEMAS

Introducción	V
Lección 1 Los líderes y nuestro potencial divino	1
Élder Vaughn J. Featherstone, Tomado de <i>El incomparable Cristo: Nuestro Maestro y Modelo</i>	3
Lección 2 Honremos el albedrío de aquellos a quienes dirijamos	7
Élder Neal A. Maxwell, “Reflexiones sobre el liderazgo”	9
Lección 3 Cómo llegar a ser un Buen Pastor	14
Élder James E. Faust, “A éstos haré mis gobernantes”	16
Lección 4 Cómo dar un buen ejemplo	21
Presidente Gordon B. Hinckley, “El consejo y la oración de un profeta en beneficio de la juventud”	22
Lección 5 Cómo aprender nuestros deberes de líderes	29
Élder Dallin H. Oaks, “El liderazgo de los padres en la familia”,	30
Lección 6 El prestar servicio a aquellos a quienes dirigimos	35
Élder Vaughn J. Featherstone, Tomado de <i>Más pureza dame</i>	38
Élder M. Russell Ballard, Tomado de “El sacerdocio mayor: Demos una vida de servicio en el reino”	38
Lección 7 Aprendamos a dirigir con caridad	40
Hermano Stephen D. Nadauld, Tomado de <i>Principios de liderazgo del sacerdocio</i> ...	42
Lección 8 El liderazgo muchas veces requiere sacrificio	46
Presidente Gordon B. Hinckley, <i>La soledad del liderazgo</i>	47
Lección 9 Cómo emprender el liderazgo con buen ánimo	51
Élder Joseph B. Wirthlin, “Lecciones aprendidas durante la jornada de la vida”	52
Lección 10 Cómo poner en primer lugar lo que es primero	60
Élder M. Russell Ballard, “El equilibrio en las exigencias de la vida”	63
Lección 11 Honremos el sacerdocio y la condición del ser mujer	67
Élder Russell M. Nelson, “Honremos el sacerdocio”	69
Lección 12 Cómo ayudar a los demás a estar anhelosamente consagrados	75
Élder Hugh B. Brown, “El grosellero”	77
Hermana Margaret D. Nadauld, “El regocijo del ser mujer”,	79
Lección 13 La obra del liderazgo	82
Élder Mark E. Petersen, “Imagen de un líder de la Iglesia”	83

Lección 14	El liderazgo y los consejos	89
	Élder M. Russell Ballard, “Fortalezcamos los consejos”	92
	Élder M. Russell Ballard, “Los consejos de la Iglesia”	95
Lección 15	La importancia de delegar	99
	Presidente N. Eldon Tanner, “El mensaje: Dirigir como el Salvador dirigió”	101
Lección 16	Los principios para tomar decisiones	105
	Presidente Ezra Taft Benson, “Sugerencias para tomar decisiones”	105
Lección 17	Cómo dirigir las reuniones para que tengan éxito	111
	Presidente Boyd K. Packer, <i>Un orden no escrito de cosas</i>	112
Lección 18	La introspección	120
	Presidente Spencer W. Kimball, “Jesús: El líder perfecto”	121

INTRODUCCIÓN

EL PROPÓSITO DE “RELIGIÓN 180R”

Religión 180R, “Principios de liderazgo”, presenta a los alumnos los principios y métodos de liderazgo que les ayudarán a dirigir de una manera que complazca a Jesucristo, que es el líder perfecto. Como dijo el presidente Spencer W. Kimball: “...nos resultará muy difícil llegar a ser líderes productivos a menos que reconozcamos la realidad de ese líder perfecto, Jesucristo, y le permitamos ser la luz que alumbre nuestro camino” (“Jesús: El líder perfecto”, *Liahona*, agosto de 1983, pág. 11).

A medida que la Iglesia crece, aumenta la necesidad de preparar líderes. Los miembros de la Iglesia pueden aprender a serlo. El presidente Gordon B. Hinckley citó estas palabras del general Mark W. Clark, del ejército de los Estados Unidos: “Contrariamente a lo que dice el viejo dicho de que los líderes nacen, no se hacen, el arte del liderazgo se puede enseñar y puede llegar a dominarse” (en *Teachings of Gordon B. Hinckley*, 1997, pág. 306).

Principios de liderazgo es un curso que ofrece un crédito y se reúne durante un período de clase una vez por semana. Se puede ofrecer a todos los alumnos o adaptar a determinados grupos, como el de líderes del consejo estudiantil del Instituto de Religión. Si se ofrece a un grupo en particular, tenga en cuenta incluir una nota en el horario de la clase, a continuación de la lista de cursos (por ejemplo: “Para los líderes del consejo estudiantil”). Aun cuando *Principios de liderazgo* se ha preparado como para un curso de medio año o de dos ciclos de enseñanza, puede complementar las lecciones con otros materiales que se adapten a las necesidades locales a fin de proveer un año entero de lecciones para un consejo estudiantil de instituto.

Principios de liderazgo, manual para el maestro contiene más lecciones de las que puedan enseñarse en un sistema que emplee períodos de quince semanas; en este caso, las lecciones extras dan al maestro la posibilidad de decidir qué temas desea presentar a la clase. En períodos de instrucción de nueve semanas, las lecciones se pueden dividir en dos grupos de nueve cada uno, para presentarlas durante dos períodos: el curso del primer período,

Religión 180R, y el curso del segundo período, Religión 181R, podrían ambos tener el título de *Principios de liderazgo*.

PRINCIPIOS DE LIDERAZGO, MANUAL PARA EL MAESTRO

Principios de liderazgo, manual para el maestro tiene una lección para cada uno de los dieciocho principios de liderazgo que se han tomado de las Escrituras. El orden en el que presente las lecciones puede adaptarse a sus circunstancias particulares. En ciertos casos, para analizar algunos principios quizás tenga que disponer de más de una clase. Organice las lecciones a fin de poder analizar los principios que, en su opinión, tengan más importancia para sus alumnos a medida que se preparan para ser líderes en la Iglesia, la institución de estudios, la comunidad y el hogar.

Cada una de las lecciones comienza con un pasaje de las Escrituras del cual se ha tomado un principio general de liderazgo. Además, cada una contiene también lo siguiente:

- *Conceptos de la lección.* Determinados principios para ayudar al alumno a aplicar el principio general de liderazgo.
- *Comentarios.* Explicaciones de los conceptos de la lección, incluso otros pasajes de las Escrituras y palabras de las Autoridades Generales.
- *Ideas para la enseñanza.* Métodos que se sugieren para enseñar los conceptos.
- *Fuentes de recursos para el maestro.* Discursos o escritos de las Autoridades Generales que se relacionan con los principios de liderazgo. A continuación de éstos hay preguntas para meditar.

Los discursos que aparecen en la sección de fuentes de recursos, así como las preguntas que haya a continuación, son para que usted, el maestro, los tome en cuenta al preparar las lecciones; puede utilizarlos en la clase o preparar con ellos volantes para dar a los alumnos. Observe que algunos de los discursos se relacionan directamente con las lecciones, mientras que otros tratan del liderazgo en general.

Que este manual para el maestro le ayude a preparar a los líderes del mañana y a cumplir la esperanza que expresó el presidente Ezra Taft Benson: “Sí, queridos jóvenes, ustedes tendrán pruebas y tentaciones por las que deben pasar, pero les esperan grandes momentos de cosas

eternas. Cuentan con nuestro amor y confianza. Oramos para que estén preparados para ser líderes. Les decimos: ‘Levántense y brillen’ (véase D. y C. 115:5), sean una luz para el mundo y un ejemplo para los demás...” (véase “Un mensaje a la nueva generación”, *Liahona*, febrero de 1978, pág. 40).

LOS LÍDERES Y NUESTRO POTENCIAL DIVINO

“Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios” (D. y C. 18:10).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

El comprender nuestro potencial divino ayuda a los líderes a guiar a otras personas hacia Jesucristo.

CONCEPTOS DE LA LECCIÓN

1. Tenemos un potencial divino porque somos hijos del Padre Celestial.
2. Jesucristo es nuestro Salvador.
3. Los líderes deben seguir la “Regla de oro”.

CONCEPTO 1: TENEMOS UN POTENCIAL DIVINO PORQUE SOMOS HIJOS DEL PADRE CELESTIAL.

COMENTARIOS

El salmista hizo esta pregunta: “...¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria...?” (Salmos 8:4). Hay personas que creen que el hombre es simplemente un animal racional motivado por instintos subconscientes, fuerzas socioeconómicas o agresividad innata; hay otras que creen que la conducta humana se rige por la promesa de recompensas o por la amenaza de castigos. Y algunas afirman que nuestra existencia no tiene sentido.

En contraste, los Santos de los Últimos Días entendemos que todos los seres humanos somos hijos del Padre Celestial y que tenemos el potencial de llegar a ser como Él (véase Hechos 17:29; Efesios 4:6; Hebreos 12:9). La admonición del Salvador de ser perfectos como Él es una evidencia de ese potencial divino.

Creemos que toda persona tiene un gran valor (véase D. y C. 18:10, 15), que tiene la facultad de discernir el bien del mal (véase 2 Nefi 2:5), que gracias a la expiación de Jesucristo tiene la libertad de elegir entre lo bueno y lo malo (véanse los vers. 26–27) y que, por lo tanto, es responsable de sus decisiones (véase el vers. 10). Y afirmamos que el propósito de Dios al establecer el plan de salvación es que tengamos gozo (véase el vers. 25).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Trace una línea vertical que divida la pizarra al medio; arriba, del lado izquierdo, escriba *Puntos de vista mundanos sobre la naturaleza humana*; y del lado derecho escriba *Creencias de los Santos de los Últimos Días sobre la naturaleza humana*. Analicen los comentarios anteriores y escriba, bajo los encabezamientos correspondientes, resúmenes de los puntos de vista seculares y del entendimiento que nos dan las revelaciones sobre nuestra naturaleza y nuestro potencial. Llame la atención de los alumnos con respecto al hecho de que los Santos de los Últimos Días sabemos que somos hijos del Padre Celestial y que tenemos el potencial de llegar a ser como Él.

Analicen la forma en que el saber quiénes somos y lo que podemos llegar a ser contribuye a que seamos mejores líderes. Exhorte a los alumnos a cultivar una comprensión más profunda de la naturaleza humana y del plan de salvación. Explíqueles que el hacerlo aumentará el deseo que tengan de acercarse a las personas a Jesucristo y su capacidad para lograrlo.

Analicen cómo puede influir la comprensión que tengamos de nuestra naturaleza divina en la planificación de los programas para la Iglesia y para la familia.

Diga a los alumnos que lean Moisés 1:27–39, y luego analicen preguntas como éstas:

- ¿Qué nos dicen estos versículos acerca de quiénes somos?
- ¿Qué nos dicen sobre el potencial que tenemos?
- ¿Habrá estado Moisés mejor capacitado para dirigir a su pueblo después de la visión que describen esos versículos? ¿Por qué?
- ¿Qué verdades contienen estos versículos que puedan ayudarles a ser mejores líderes?

Divida la clase en grupos pequeños y dígales que imaginen que se ha llamado a cada grupo para planear una conferencia de juventud de la estaca. Pídales que bosquejen la conferencia y planifiquen las actividades de tal manera que los jóvenes sepan que son hijos del Padre Celestial y que tienen un potencial divino. Dígales que consideren las diferencias que habría en los planes si fuera una institución mundana la que los hiciera para un grupo similar de jóvenes. Déles tiempo para llevar a cabo la asignación y pida a cada grupo que informe a la clase de lo que haya preparado.

CONCEPTO 2: JESUCRISTO ES NUESTRO SALVADOR.

COMENTARIOS

La comprensión que tengamos de la naturaleza y la misión de Jesucristo modificará nuestro punto de vista de la naturaleza humana. El Evangelio enseña que Jesús es el Mesías, nuestro Salvador y el Hijo Divino de Dios el Padre.

El ángel dijo a Nefi lo siguiente: "...Estos últimos anales [el Libro de Mormón]... establecerán la verdad de los primeros [la Biblia]... y manifestarán a todas las familias, lenguas y pueblos que el Cordero de Dios es el Hijo del Eterno Padre, y es el Salvador del mundo; y que es necesario que todos los hombres vengan a él, o no serán salvos" (1 Nefi 13:40).

El Salvador sabía desde la infancia que Su misión formaba parte del plan de Su Padre Celestial. Como lo explicó el élder Neal A. Maxwell, del Quórum de los Doce Apóstoles: "Él sabía tanto desde tan pequeño" (*Men and Women of Christ*, 1991, pág. 115). El apóstol Juan escribió que Jesús "no recibió de la plenitud al principio, sino que continuó de gracia en gracia hasta que recibió la plenitud" (véase D. y C. 93:13). A medida que transcurría

Su ministerio, Cristo habló con respecto a Su identidad y Su misión. "Yo y el Padre uno somos", dijo a Sus discípulos (Juan 10:30). Junto al pozo de Jacob, reveló a la mujer samaritana que era el Mesías, esperado desde hacía tan largo tiempo (véase Juan 4:19–26, 42). El élder Bruce R. McConkie, que fue en vida miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, resumió de esta manera el testimonio que el Señor dio de Sí mismo en el pozo de Betesda: "Él obraba por el poder del Padre, iba a llevar a cabo la Resurrección y se le honraría junto con el Padre; Él juzgaría a todos los seres humanos, predicaría a los espíritus que estaban en prisión y abriría los sepulcros de los que hubieran partido de esta tierra; Él tenía vida en Sí mismo, igual que el Padre... todo esto y mucho, mucho más [véase Juan 5]" (*The Promised Messiah: The First Coming of Christ*, 1978, pág. 154).

Amulek explicó esto a los zoramitas: "Porque es necesario que se realice una expiación; pues según el gran plan del Dios Eterno, debe efectuarse una expiación, o de lo contrario, todo el género humano inevitablemente debe perecer..."

"Porque es preciso que haya un gran y postrer sacrificio; sí, no un sacrificio de hombre, ni de bestia, ni de ningún género de ave; pues no será un sacrificio humano, sino debe ser un sacrificio infinito y eterno..."

"Y he aquí, éste es el significado entero de la ley, pues todo ápice señala a ese gran y postrer sacrificio; y ese gran y postrer sacrificio será el Hijo de Dios, sí, infinito y eterno" (Alma 34:9–10, 14).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pida a los alumnos que busquen pasajes de las Escrituras que describan aspectos de la personalidad o el propósito divinos de Jesucristo; pida a algunos que lean a la clase lo que hayan encontrado. Analicen lo que enseñan las Escrituras y los profetas actuales sobre la identidad de Jesucristo y sobre lo que Él hizo por cada uno de nosotros mediante Su sacrificio expiatorio.

Explíqueles que la Expiación es el núcleo mismo del plan de salvación y es lo que hace posibles nuestra resurrección y retorno a nuestro hogar celestial. Analicen por qué es importante que las familias y los líderes de la Iglesia entiendan la función de Jesucristo en este plan.

CONCEPTO 3: LOS LÍDERES DEBEN SEGUIR LA REGLA DE ORO.

COMENTARIOS

Los líderes deben tratar a las personas con bondad y respeto. Toda persona es un hijo del Padre Celestial con potencial divino y por quien el Salvador sufrió y murió. La gente tiene la tendencia a responder mejor a los líderes que le demuestren amor y respeto.

El Salvador enseñó: “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas” (Mateo 7:12). Esta enseñanza se conoce como “la Regla de oro”.

Alma enseñó: “Pues he aquí, el Señor les concede a todas las naciones que, de su propia nación y lengua, enseñen su palabra, sí, con sabiduría, cuanto él juzgue conveniente que tengan” (Alma 29:8). Por lo tanto, no debe sorprendernos si los pueblos a los que no se ha revelado todavía el Evangelio entienden muchas de sus verdades.

Muchas religiones tienen preceptos similares a esta enseñanza del Salvador. El cuadro que aparece a continuación menciona varias.

Judaísmo	“Lo que tú aborreces, no lo hagas a tus semejantes. Ésta es toda la Ley; lo demás es comentario” (<i>Talmud</i> , Shabbat, 31a).
Budismo	“No hagas a los demás nada que tú consideres malo para ti mismo” (<i>Udana-Varga</i> , 5, 18).
Confucionismo	“Ciertamente, ésta es la máxima de la bondad tierna: No hagas a otros lo que no querías que te hicieran a ti” (<i>Analectas</i> , 15, 23).
Islam	“Ninguno es creyente sino hasta que desee para su hermano lo mismo que desea para sí” (<i>Sunnah</i>).

Adaptado de la obra de David Wallechinsky e Irving Wallace, *The People’s Almanac*, 1975, págs. 1314–1315.

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pregunte a la clase si hay alguien que pueda repetir la “Regla de oro”; si nadie responde, dígales que lean Mateo 7:12 y explíqueles que a esa enseñanza del Salvador se le llama a veces la “Regla de oro”. Dígales que el Señor inspira a los maestros dignos en toda nación (véase Alma 29:8)

y que en muchas religiones existe alguna versión de esa regla. El presidente Ezra Taft Benson enseñó que la Regla de oro es “la fórmula para tener buenas relaciones con otras personas” (*The Teachings of Ezra Taft Benson*, 1988, pág. 447).

Analice con la clase las características de los líderes que vivan de acuerdo con la Regla de oro y anote en la pizarra los comentarios que hagan los alumnos. Los siguientes ejemplos son apropiados:

Los líderes que viven de acuerdo con la Regla de oro:

- Tienen una visión amplia de la gente y de sus propios deberes.
- Son optimistas con respecto a las personas a quienes prestan servicio y a los deberes que llevan a cabo.
- Desarrollan mayor habilidad y más deseos de servir a los demás.

(Véase también la lista que hizo el élder Vaughn J. Featherstone y que aparece más adelante, en la sección “Fuentes de recursos para el maestro”.)

Lean Lucas 10:25–37 y analicen lo que enseña esta parábola sobre la Regla de oro. Podría hacerles las siguientes preguntas:

- ¿Qué podría costarle a una persona el ser un “buen samaritano”? ¿Podría ser el costo demasiado alto para los líderes? Expliquen.
- Aun cuando los líderes no piensen que otras personas los van a tratar en forma similar, ¿deberían seguir la Regla de oro de todas maneras? ¿Por qué?
- ¿Qué les parece que cambiaría en nuestro país si los líderes y los ciudadanos vivieran de acuerdo con la Regla de oro?

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Élder Vaughn J. Featherstone
de los Setenta

Citas de The Incomparable Christ: Our Master and Model, 1995, págs. 106–108, 110–111, 113–116, 119–120, 123–125, 128–132.

[El capitán Moroni termina su carta a Ammorón, diciendo:] “Ahora concluyo mi epístola. Soy Moroni, uno de los jefes del pueblo de los nefitas” [Alma 54:14; cursiva agregada].

En mi ejemplar del Libro de Mormón he escrito al margen: “Nunca se han pronunciado palabras más certeras que cuando Moroni declaró: ‘Soy... uno de los jefes [líderes]’ ¡Y qué líder!”

Muchos años después, se describió a Moroni con estas palabras: “...si todos los hombres hubieran sido, y fueran y pudieran siempre ser como Moroni, he aquí, los poderes mismos del infierno se habrían sacudido para siempre; sí, el diablo jamás tendría poder sobre el corazón de los hijos de los hombres” (Alma 48:17).

Cuando era comandante de los ejércitos nefitas, Moroni:

“...rasgó su túnica; y tomó un trozo y escribió en él: En memoria de nuestro Dios, nuestra religión, y libertad, y nuestra paz, nuestras esposas y nuestros hijos; y lo colocó en el extremo de un asta.

“Y se ajustó su casco y su peto y sus escudos, y se ciñó los lomos con su armadura; y tomó el asta, en cuyo extremo se hallaba su túnica rasgada (y la llamó el estandarte de la libertad), y se inclinó hasta el suelo y rogó fervorosamente a su Dios, que las bendiciones de libertad descansaran sobre sus hermanos mientras permaneciese un grupo de cristianos para poseer la tierra” (Alma 46:12–13).

Moroni no tenía ninguna duda de que era un líder; sabía cuál era su misión y tenía la determinación de cumplirla. Se encaminó con toda su alma en la dirección apropiada; ejerció su fe en sus acciones y en ponerse de rodillas para orar, y no tenía vergüenza de hacerlo públicamente.

Moroni era un líder intrépido con un espíritu indomable. Puso el alma y el corazón en una causa más importante que su propia persona y no sentía ni un ápice de temor. Siempre que leo sobre el capitán Moroni, siento un fuego abrasador en la médula de los huesos. ¿Qué darían ustedes por luchar lado a lado junto a un hombre como él?

Hombres, mujeres y jóvenes siempre se unirán en una causa si tienen un líder; sin embargo, tanto para Dios como para cualquier organización es difícil emplear los servicios de un líder remiso...

Estoy seguro de que Moroni no se daba cuenta de su grandeza, y dudo de que haya estudiado nunca un principio de liderazgo en algún libro popular ni en un costoso seminario. Sencillamente,

se presentó una dificultad de fuerza mayor y Moroni, con pureza y confianza, se ofreció para que el Señor se sirviera de él.

En la Iglesia, todos somos líderes y todos somos seguidores, pues está organizada de tal manera que aun el más insignificante de nosotros dirige algo en el curso de su vida. Ese tipo de liderazgo puede consistir en las visitas que se hacen a unas cuantas familias en calidad de maestro orientador o en un llamamiento de la estaca, de la región o incluso del área; o en una clase de Mujeres Jóvenes o en todas las mujeres jóvenes de la Iglesia...

El presidente Harold B. Lee indicó que sólo si estamos completamente disponibles podemos llegar a ser dignos discípulos de Cristo. Es interesante notar que la falta de confianza en sí mismo o el sentirse indigno de un cargo no contradice esa idea. Tanto Moisés como Enoc eran “tardo[s] en el habla” y titubearon ante el llamamiento. Podemos sentirnos incompetentes, pero cuando hay que llevar a cabo una labor, alguien tiene que dar un paso adelante y poner manos a la obra.

La sección 4 de Doctrina y Convenios dice: “...si tenéis deseos de servir a Dios, sois llamados a la obra” (vers. 3)...

Todos los que se pongan a disposición y tengan buena voluntad serán llamados a dirigir. Eso es parte del plan del Evangelio...

Un líder debe ser capaz de tener visión para la obra...

“Sin profecía [visión] el pueblo se desenfrena” y, además, no hace nada (Proverbios 29:18); tampoco tiene ánimo para la obra e, inevitablemente, será un obstáculo en lugar de una ayuda. Del mismo modo, un líder sin visión limitará grandemente su eficacia...

Si la visión es tan importante, ¿cómo la obtenemos? Los que la poseen tienen muchas cosas en común:

- Tienen una visión de la obra completa.
- Visualizan lo que debe suceder para lograr los resultados deseados.
- Consideran en forma colectiva todos los recursos y las posibilidades a su disposición así como sus aptitudes.

- Visualizan todas las cosas maravillosas y magníficas que pueden ocurrir cuando se movilizan en unión las personas que vayan a participar en la obra.
- Después, ponen manos a la obra para alcanzar su meta.
- Tienen la habilidad de comunicar su visión de manera convincente a los que están a su alrededor, a fin de que otras personas se unan a sus labores.
- En lo que están haciendo ven una causa, no un proyecto.
- Los líderes religiosos sienten que hay “una mano santa” que ayuda en la obra...

Reflexione conmigo sobre la magnitud de la causa en la que estamos embarcados. Se nos han dado las llaves, el sacerdocio y el programa de la causa más grandiosa de la eternidad. De todos los hijos de Dios, somos los únicos que tienen las llaves del conocimiento de la salvación y de la exaltación...

La causa es más grande que el hombre mismo o que los profetas; es la causa del Salvador; es la causa de Dios el Padre Eterno. Por embarcarnos en Su causa y perseverar en ella fielmente, recibiremos nosotros mismos todo lo que enseñamos y compartimos. Un versículo que citamos a menudo, a veces sin pensar mucho en lo que dice, es: “...ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39). Imaginen una causa con implicaciones y consecuencias eternas, tan grandiosa que toda la eternidad es una incógnita que depende de que la aceptemos o la rechacemos. No comprendemos totalmente lo magnífico que es el privilegio de estar totalmente dedicados a ella...

Un quórum o una clase pueden dedicar esfuerzos a una causa determinada: la obra misional, actividades relacionadas con el bienestar, la activación de todos los miembros del grupo, la preparación para el templo, los lazos de hermandad (unidad), y muchas otras. Cuando trabajamos de forma unida, logramos resultados con los que ni siquiera hemos soñado.

Todo aquello que más amamos tiene la capacidad de convertirse en una gran causa. La familia, la religión, la patria, los derechos, las libertades,

el albedrío y el trabajo: la mayoría de nosotros aprecia profundamente todas esas cosas...

La causa en la cual nos embarquemos debe ser real y de gran valor; no puede ser imaginaria. El Señor nos ofrece muchas que son personales, como el bautismo en la única Iglesia verdadera, los sellamientos del templo, las relaciones familiares eternas, la obra misional, el servicio a los necesitados y el sentido de nuestro propio destino con el potencial de la exaltación...

...El líder debe ser una persona ejemplar...

El ejemplo está en todo lo que hacemos, y en ese aspecto el líder es constante; no puede demostrar un calibre de carácter en el campo de batalla y otro cuando se halla solo...

Ésta es la obra del Señor y debe llevarse adelante; Él confiere a hombres y mujeres talento y habilidades, y ese talento y esas habilidades de liderazgo deben ponerse en funcionamiento donde puedan brindar los mejores resultados...

Los líderes siempre logran realizar lo que se les haya asignado y elevan a todos los que estén a su alrededor...

Debemos orar por los líderes espirituales que eleven y motiven a la gente, y que aumenten los niveles de actividad y de rendimiento...

Veremos que los que tienen en nosotros la influencia más profunda son los que emplean sus funciones de líderes para prestar servicio. Los que son egoístas, arrogantes o soberbios son reacios a servir pero rápidos para echar mano al poder; les encanta controlar, dominar y lograr la obediencia mediante la compulsión...

El liderazgo de los siervos se basa en un profundo respeto por los hijos de los hombres y exige características que no disminuyan ni rebajen ni causen de ninguna manera que aquellos a quienes dirigen se sientan inferiores. Ese tipo de liderazgo eleva, bendice y cambia positivamente la vida de las personas...

Los siervos-líderes ponen en práctica las siguientes características en sus labores:

- Comprenden el valor de toda alma humana.
- Tienen un sentido innato o desarrollado de la importancia de ocuparse de los demás.

- Tienen buena disposición para ofrecerse a fin de aliviar las presiones de otras personas.
- Se apresuran a acudir en ayuda de alguien que enfrente una experiencia bochornosa o humillante.
- Tratan con equidad a todos sus semejantes.
- No piensan que sea rebajante para ellos ninguna tarea que hayan asignado a otras personas.
- No se ofenden por las interrupciones de personas que estén pasando por traumas o presiones emocionales.
- Se exigen a sí mismos más de lo que esperan de los demás.
- Se apresuran a elogiar, agradecer y enaltecer a los que cumplan una asignación.
- Juzgan a los demás por su potencial, no por una sola experiencia negativa.
- No se atribuyen el mérito por los logros de otra persona, pero les gusta compartir el éxito de cualquier logro propio.
- Se enteran bien de los hechos antes de desaprobado o criticar a alguien.
- Hacen que todos los participantes sientan que han tenido parte en el éxito de un proyecto.
- Detestan las bromas pesadas o las insinuaciones con las que se trate de humillar o llamar la atención sobre una persona.
- Siempre critican constructivamente en privado y elogian en público.
- Son totalmente honestos en sus labores.
- Son equitativos y justos con todos los que estén bajo su dirección.
- Siempre están dispuestos a escuchar a ambas partes en el caso de una discusión, diferencia de opinión o problema. Y siempre saben que el sonido de una sola campana no da el repique completo...
- Se ponen a disposición de todos, no sólo de los que tengan una posición importante o mucha influencia.

Los verdaderos siervos-líderes no necesitan una lista de verificación de estas características, porque las ponen en práctica diariamente...

Los siervos-líderes comprenden también el carácter particular y la individualidad de toda persona. Hace años escuché la leyenda griega de Procrustes o Procusto, que se refería a una cama que tenía éste y que medía 1,80 m de largo. A los que se acostaban en ella y no tenían esa altura, él los estiraba hasta la medida de la cama; a los que eran más altos, les cortaba lo que sobraba del largo de la cama. A todos se les exigía que su altura coincidiera con el largo del lecho de Procrustes. Felizmente, ésa no es la manera del Señor ni de Su reino. Él siempre ha llamado a hombres y mujeres especiales de gran integridad, aspiraciones, disciplina y fe en Cristo. No todos tendrán la misma medida de cama ni se ajustarán a los mismos llamamientos.

No todos serán —ni deben ser— el líder perfecto del barrio, la estaca o la Iglesia en general, pero cada uno de ellos puede hacer contribuciones al máximo en un llamamiento o circunstancia determinados. Y eso es todo lo que el Salvador espera de nosotros: que demos lo máximo, en dondequiera que estemos.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- ¿A quién presenta el élder Featherstone como ejemplo de líder ideal? ¿Qué cualidades posee que lo convirtieron en un gran líder?
- Además de una buena disposición, ¿qué más debemos tener para ser buenos líderes?
- ¿Qué podemos hacer para desarrollar las características que los líderes con visión tienen en común?
- ¿En qué causas podemos embarcarnos al mismo tiempo que dirigimos y servimos a nuestra familia? ¿o en organizaciones del barrio o la estaca?
- ¿Por qué es importante que un líder sea un buen ejemplo?
- Entre las características del siervo-líder, ¿cuáles serán las más importantes que deben desarrollar ahora? ¿Qué deben hacer para empezar a desarrollarlas? (*Nota:* Si hace esta pregunta en la clase, diga a los alumnos que consideren la respuesta en silencio.)
- ¿Qué tiene que ver con el liderazgo la “cama de Procusto”?

HONREMOS EL ALBEDRÍO DE AQUELLOS A QUIENES DIRIJAMOS

“Anímense, pues, vuestros corazones, y recordad que sois libres para obrar por vosotros mismos, para escoger la vía de la muerte interminable, o la vía de la vida eterna” (2 Nefi 10:23).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Los líderes deben dirigir de tal manera que permita a las personas ejercer su albedrío.

CONCEPTOS DE LA LECCIÓN

1. Los líderes de la Iglesia y de la familia deben honrar el albedrío de aquellos a quienes dirijan.
2. Según lo que corresponda, los líderes deben dirigir y al mismo tiempo permitir que los demás participen en las decisiones.

CONCEPTO 1: LOS LÍDERES DE LA IGLESIA Y DE LA FAMILIA DEBEN HONRAR EL ALBEDRÍO DE AQUELLOS A QUIENES DIRIJAN.

COMENTARIOS

El élder Boyd K. Packer, que es miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, dijo: “El único albedrío de que se habla [en las Escrituras] es el *albedrío moral*...” (“Nuestro ambiente moral”, *Liahona*, julio de 1992, pág. 74). Ese albedrío es la habilidad de elegir entre el bien y el mal. Lehi explicó que somos “libres para escoger la libertad y la vida eterna, por medio del gran Mediador de todos los hombres, o escoger la cautividad y la muerte, según la cautividad y el poder del diablo” (2 Nefi 2:27). Jesucristo respetó siempre el albedrío de aquellos a quienes enseñó durante Su ministerio terrenal y nunca los obligó a obedecerle. (Véase Mateo 22:15–22; Lucas 18:18–30; Juan 6:28–71.)

El plan de nuestro Padre Celestial nos permite tener albedrío, pues es un importante elemento para que lleguemos a ser como Él. Ése es el motivo por el que Lucifer trató de destruir nuestro albedrío y Dios hizo “que fuese echado...”

“y llegó a ser Satanás, sí, el diablo...” (Moisés 4:3–4).

Lehi enseñó que para que podamos ejercer el albedrío, “es preciso que haya una oposición en todas las cosas” (2 Nefi 2:11). Adán y Eva emplearon su albedrío en el Jardín de Edén a fin

de que tuviera efecto la Caída. Si ejercemos el albedrío para optar por el bien, tendremos más rectitud; si lo ejercemos para optar por el mal, nos volveremos más inicuos. Somos responsables de nuestras decisiones siempre que las tomemos libremente; sin albedrío no pueden existir la rectitud ni la iniquidad.

Los líderes deben dirigir con rectitud y alentar a los demás a emplear su albedrío en la causa de la rectitud.

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Analicen el significado de la palabra *albedrío* según la forma en que se emplea en el Evangelio. Trate de que los alumnos comprendan por qué es importante que los líderes entiendan ese principio.

Analice con los alumnos Doctrina y Convenios 121:41 y ayúdeles a entender el significado de las palabras *persuasión*, *longanimidad*, *benignidad*, *mansedumbre* y *amor sincero*. Dígalos que busquen en las Escrituras ejemplos de personas que hayan demostrado esas cualidades en su función de líderes, y que hablen de ellos a la clase.

Pregúnteles en qué casos podrían tener los líderes la tentación de no respetar el albedrío de los demás. Puede emplear preguntas como las siguientes:

- Si un líder emplea el sentido de culpabilidad para motivar a alguien a hacer algo, ¿se puede

decir que honra el albedrío de esa persona?
Expliquen la respuesta.

- El motivar a las personas valiéndose de su deseo natural de superar a los demás, ¿en qué sentido se relaciona con el respeto al albedrío? Por ejemplo, ¿sería una buena idea instar a los élderes y a los sumos sacerdotes a competir a fin de ver quiénes logran el porcentaje más alto en la orientación familiar? ¿Por qué o por qué no?
- ¿En qué se relaciona el ofrecimiento de una recompensa por hacer lo bueno con el respeto por el albedrío? (Por ejemplo, un padre o una madre que ofrezcan dinero a su hijo para que tenga buenas notas.)

CONCEPTO 2: SEGÚN LO QUE CORRESPONDA, LOS LÍDERES DEBEN DIRIGIR Y AL MISMO TIEMPO PERMITIR QUE LOS DEMÁS PARTICIPEN EN LAS DECISIONES.

COMENTARIOS

Las Escrituras nos enseñan la manera de comportarnos sin infringir el albedrío de los demás. Cuando se encontraba en la cárcel de Liberty, el profeta José Smith fue inspirado para escribir estas palabras: "...cuando intentamos encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo, nuestra vana ambición, o ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre...

"Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero" (D. y C. 121:37, 41).

El élder Vaughn J. Featherstone, miembro de los Setenta, hizo este comentario con respecto a esos versículos: "Cuando analizamos los principios de este admirable consejo, vemos que hace un gran contraste con el punto de vista que tiene el mundo en general en cuanto al liderazgo. Dirigir a la gente por medio de la persuasión es un orden santo de Dios. La persuasión implica una regeneración, un cambio de corazón, una convicción o renovación; la persuasión conduce a aquellos a quienes dirigimos al mismo nivel de comprensión que nosotros tengamos; no obliga a las personas en

contra de su voluntad, sino que ayuda a cambiar a los discípulos bien dispuestos. De ese modo, la voluntad del que persuade y la del persuadido llegan a ser una sola.

"La longanimidad indica que Dios quiere que nos demos cuenta de que Su manera, en lo referente al liderazgo, no es dar una solución rápida y al azar. Enseñamos, capacitamos y volvemos a capacitar, y después esperamos pacientemente los resultados deseados. La longanimidad es más profunda que el simple hecho de ser pacientes; exige que nos indentifiquemos con los demás y que comprendamos que toda persona es diferente; algunas pueden no ser capaces de entender un concepto o un principio; otras pueden no estar de acuerdo y por eso necesitan persuasión; y hay quienes carecen de motivación. El líder que dirige con longanimidad tiene más interés en el desarrollo y la capacitación de las almas que en llevar a cabo la tarea de la forma más rápida o de otra manera, o en emplear a otra persona para hacerla.

"El presidente Harold B. Lee nos llamó la atención muchas veces a una expresión de la admonición del Señor de que 'aprenda todo varón su deber' [o, como dice en inglés, 'déjese que todo varón aprenda su deber'] (D. y C. 107:99). La expresión es *déjese que*. Una vida que emule a la de Cristo exige una búsqueda y un progreso constantes" (*The Incomparable Christ: Our Master and Model*, 1995, págs. 125–126).

Neal A. Maxwell, que más tarde fue llamado al Quórum de los Doce Apóstoles, escribió diciendo que los líderes siguen básicamente uno de tres estilos de liderazgo: *manipulador*, *dirigente* y *de participación*. En el liderazgo manipulador, el líder manipula a las personas y las circunstancias para alcanzar la meta del grupo; en el dirigente, el líder toma las decisiones teniendo o no en cuenta las opiniones del grupo; en el liderazgo de participación, el grupo tiene igual responsabilidad en tomar las decisiones. Lea en la sección de recursos para el maestro, que está más adelante, el análisis que hace el élder Maxwell de estos principios. Fíjese en que el élder Maxwell recomienda para el liderazgo una combinación de los estilos dirigente y de participación.

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Analicen los tres estilos de liderazgo a los que se refiere el élder Maxwell (manipulador, dirigente

y de participación) y escribalos en la pizarra; debajo de cada uno, haga una lista de los puntos fuertes y de los débiles de los respectivos estilos. Lea a la clase las siguientes palabras del élder Maxwell:

“Tanto la experiencia como las Escrituras indican que es necesario combinar los estilos de liderazgo *dirigente* y *de participación*, de ese modo, éstos se emplean de acuerdo con las circunstancias en las cuales sean más apropiados. En la Iglesia tenemos esa combinación única de los estilos dirigente y de participación en los que todos los que participan progresan y avanzan hacia sus metas eternas” (*...A More Excellent Way: Essays on Leadership for Latter-day Saints*, 1967, pág. 26).

Pida a los alumnos que piensen en buenos líderes de la Iglesia o de la familia que conozcan, y pregúnteles qué características tienen que hacen que tengan éxito. Analicen la forma en que esos líderes combinan los dos estilos de liderazgo mencionados por el élder Maxwell.

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Élder Neal A. Maxwell
del Quórum de los Doce
Apóstoles

“Reflexiones sobre el liderazgo”, en “...A More Excellent Way”: *Essays on Leadership for Latter-day Saints*, 1967, págs. 15–29.

...El liderazgo [implica la cooperación]. Lleva también implícito un riesgo. El misterio del liderazgo comprende la complejidad de una personalidad humana multiplicada por las complejidades de todos los otros participantes. El intento de describirlo es similar al hecho de que varias personas traten de comparar lo que ven en un caleidoscopio cuando el mero acto de pasarlo de mano en mano cambia el diseño que presenta.

Al procurar describir el misterio del liderazgo, los eruditos y los estudiosos han hecho muchos intentos de determinar ciertos rasgos claves que, en el caso de que los líderes los posean, supuestamente los harían ser más eficaces por tratarse de características superiores.

Aunque la mayoría de nosotros pueda reconocer un buen liderazgo al vivirlo u observarlo, nos

sería difícil aislar de manera distintiva los rasgos específicos...

Tal vez lo mejor sea alejarnos de los árboles a fin de tener una perspectiva de todo el bosque. Un rasgo es como un árbol que sin duda tiene importancia individual, pero todos los árboles forman un bosque o un modelo en la personalidad del líder, aun cuando no podamos distinguirlos claramente unos de otros ni ver la importancia de la forma en que se relacionan entre sí.

El estilo de liderazgo que uno adopte (aun cuando no sea conscientemente) surge de las ideas y las opiniones que tenga sobre la naturaleza humana. Thomas Jefferson [estadista y tercer presidente de los Estados Unidos] dijo a un corresponsal: “Ambos consideramos a los del pueblo como hijos nuestros y los amamos con afecto paternal, pero usted los ama como infantes en los que, sin ayo, teme confiar; y yo los amo como adultos a quienes libremente otorgo autonomía”. Hay quienes piensan que la opinión de Jefferson era excesivamente optimista. El profeta José Smith, al referirse al gobierno de los miembros de la Iglesia, dijo: “Les enseño principios correctos y ellos se gobiernan a sí mismos”. Aun así, necesitamos al Espíritu para guiarnos en nuestra autonomía.

Los modelos supremos que tenemos son, por supuesto, Dios el Padre y Jesucristo. En sus *Lectures on Faith* [“Discursos sobre la fe”], José Smith nos explica que Dios ha perfeccionado cada uno de los atributos que lo hicieron ser Dios; es decir, Él es perfecto en conocimiento, poder o fe, justicia, juicio, misericordia, verdad y amor. A medida que el Profeta describe Su perfección en esos atributos, podemos ver claramente que si Él no fuera perfecto en cada uno de ellos, no podría ser Dios. El conocimiento perfecto sin amor perfecto sería una condición peligrosa; el poder absoluto sin una misericordia perfecta sería insoportable; y el ser perfecto en el amor sin ser perfecto en la verdad nos daría un sentimentalismo descontrolado. Cualquier líder en este mundo terrenal que no se esfuerce por lograr esos mismos atributos no puede ser completamente eficaz ni ofrecer completa seguridad en cuanto a la potestad que posee de dirigir la vida de otras personas e influir en ella...

...Es difícil que los grupos y las organizaciones se eleven por encima del nivel de su liderazgo, y aun

cuando nuestro liderazgo supremo sea divino, el que nos rodea en este mundo está formado por seres humanos imperfectos cuyas debilidades tienen un impacto inevitable en la familia, en el grupo y en la Iglesia, y en las personas que integren estas entidades.

Se diría que hay tres estilos principales de liderazgo, cada uno con sus propias limitaciones, ventajas, variantes y derivaciones. En primer lugar, está el *liderazgo manipulador*, que varía desde su forma más siniestra del tipo maquiavélico hasta la clase de manipulación modesta que cada uno de nosotros practica, consciente o inconscientemente, con los que nos rodean.

El liderazgo manipulador tiene ciertas ventajas: a veces, el manipular a las personas, los sentimientos y las causas puede dar resultado a corto plazo, resolver un problema o evitar una crisis; puede provocar a veces una sensación de dinamismo y eficacia en los seguidores, a pesar de no requerir al líder que tenga en cuenta las opiniones ni las ideas de los miembros de su grupo puesto que tiene la libertad de manipularlos, pasarlos por alto o aprovecharse de su ingenuidad.

Las desventajas de este estilo son: puede ser y por lo general es condescendiente de modo abrumador; procura llevar a cabo los deseos del líder y lograr lo que él quiera y no precisamente lo que quiera el grupo; puede tener resultados desastrosos con un mal líder, o terminar en un caos si el líder no es astuto en su manipulación y, por lo tanto, sus artimañas quedan expuestas desde el principio. Este estilo usa a la gente o la deja de lado pasando por alto sus opiniones y sin dar importancia a su progreso.

El segundo tipo principal de liderazgo es el *dirigente*, en el cual el líder procura mantener su superioridad en relación con los miembros del grupo; es la figura dominante y, aun cuando pueda ser muy sincero y dedicado, es obvio que es él quien da las órdenes y toma las decisiones más importantes.

Esta clase de liderazgo tiene algunas ventajas: muchas veces logra resultados inmediatos; los seguidores consideran que su contribución es importante para el éxito de los proyectos que realicen; les da cierto sentido de seguridad, sobre todo si se trata de un líder que inspira en ellos la unidad. Además, con este estilo se evitan ciertas

limitaciones ocasionadas por las ineptitudes del grupo, puesto que el líder puede pedir ayuda a los miembros siempre que sea apropiado; pero no tiene por qué darles participación en todos los casos en que se deba tomar una decisión.

Todos hemos visto ejemplos de ese tipo de liderazgo en una crisis; en algunos lugares no es una forma popular, pero debemos recordar que tiene verdaderas ventajas. Herbert Hoover [que fue presidente de Estados Unidos] observó que, aun cuando al pueblo estadounidense le gusta “el hombre ordinario”, cuando se encuentra enfrentado a una crisis, como una guerra, prefiere “el general extraordinario”...

No obstante, el liderazgo dirigente tiene desventajas: puede crear seguidores que dependen demasiado del líder y que descansen en él demasiadas veces, por demasiados motivos y en demasiadas circunstancias. Sin duda, Brigham Young tenía esa preocupación cuando dijo lo siguiente:

“Mi gran temor es que esta gente tenga tanta confianza en sus líderes que no se acerque a Dios para preguntarle si éstos son guiados por Él. Temo que se queden muy satisfechos en un estado de ciega seguridad, confiando su destino en manos de los líderes con una confianza descuidada que, en sí misma, desviaría los propósitos de Dios para su salvación y debilitaría la influencia que pudieran tener en sus líderes si supieran ellos mismos, por las revelaciones de Jesús, que se les dirige de la manera apropiada” (*Discourses of Brigham Young*, sel. por John A. Widtsoe, 1941, pág. 135)...

En esa oportunidad, el presidente Young acertó en un principio esencial del discipulado y del liderazgo. Para el progreso de los miembros que participan, no sólo es importante ejercer su derecho de pedir a Dios que los tranquilice en cuanto a la dirección del reino, sino que también es importante para los seguidores prepararse para seguir de tal manera que su influencia sea más útil a los líderes a fin de alcanzar las metas del grupo. Los seguidores que proceden, como Brigham Young dijo, “con una confianza descuidada” no solamente no desarrollan su potestad y sus recursos, sino que además privan a los líderes del tipo de apoyo que merecen y que les hace falta, y que podrían recibir de parte de los discípulos que desarrollan en sí mismos las aptitudes requeridas. La sección 58 de Doctrina y Convenios indica que el Señor espera que los

miembros de la Iglesia hagan mucho por su propia voluntad y sin necesidad de una insistencia incesante ni estímulo de parte de la institución. No es ni práctico ni prudente esperar que los líderes provean todas las respuestas en todo momento, ni que tengan soluciones para todos los problemas que puedan surgir. Eso exigiría que fueran omniscientes; más aún, exigiría de ellos una continuidad de energía y tiempo que no es humanamente posible dar durante periodos prolongados.

El consejo de Brigham Young es tan apropiado para la actualidad como lo era cuando lo dio; y es particularmente importante en una Iglesia que está creciendo en el número de miembros, en su alcance y en la situación estratégica que ocupa en el mundo de hoy.

Además, hay encerrado en esto otro principio sutil que se relaciona con el consejo que Jetro dio a Moisés al sugerirle ideas con las que éste pudiera dirigir a su pueblo más eficazmente. Lo instó a delegar responsabilidades, no sólo por el bien del pueblo sino por el suyo propio, porque, según le dijo: “Desfallecerás del todo, tú, y también este pueblo que está contigo; porque el trabajo es demasiado pesado para ti; no podrás hacerlo tú solo” (Éxodo 18:18).

Hubo veces en que Jesús mismo, aun con Sus habilidades superiores y divinas, tuvo que alejarse de la situación que exigía una decisión urgente para conversar con Su Padre Celestial. Él tenía que ser capaz de recibir, puesto que estaba dando de Sí continuamente. Hay un verdadero “cansancio de la gente” que puede abrumar a los líderes en ciertas situaciones; y es precisamente en esas circunstancias en las que tienen desesperada necesidad de discípulos eficientes, no de seguidores que dependan de ellos para que los dirijan a cada paso.

La dependencia excesiva puede desbaratar los propósitos de Dios, que desea, además de nuestro progreso y desarrollo individuales, *también* seguidores que, al participar en la dedicación del líder, le den mayor apoyo y sean más eficaces.

El liderazgo dirigente tiene, por otra parte, la posible desventaja de que muchas veces el líder no esté al tanto de todos los hechos ni de las opiniones de los seguidores. El talento y las habilidades de éstos no se pueden desarrollar plenamente a menos que tengan una parte más activa en tomar las decisiones y en llevarlas a cabo. Este tipo de

liderazgo puede fallar aun con un líder dirigente que sea sincero y dedicado, por el hecho de que no se esfuerce por utilizar todos los recursos de su grupo y que él mismo no sea bastante omnisciente para evitar cometer errores.

Pese a todas sus ventajas, el liderazgo dirigente puede provocar en algunos líderes cierta arbitrariedad hacia los seguidores cuando les imparten, con demasiada prisa, instrucciones e información; parecería que en dichas situaciones estos líderes quisieran descargar rápidamente lo que sea que tengan que decir —instrucciones o información— ¡para librarse cuanto antes del asunto! Hay situaciones en las que está bien transferir la responsabilidad espiritual por el mero hecho de hablar con otras personas, pero esto no debe convertirse en un estilo de liderazgo habitual. En lugar de demostrar la clase de amor que es “una ciencia en ser paciente”, algunos estamos dispuestos a sacrificarnos por la humanidad, como escribió Dostoievski [famoso escritor ruso] “siempre que el sufrimiento no dure mucho, sino que sea breve, y que todos se enteren y nos aplaudan”.

Suele ocurrir que el dirigente talentoso se impacienta mucho con la torpeza y la mediocridad de otras personas; también puede que se resienta al estar bajo la supervisión de alguien a quien considere inferior. [El sicólogo estadounidense] Abraham Maslow comentó lo siguiente: “Cuando la paloma se impone al águila, el águila es muy desgraciada”. Pero en una Iglesia de águilas y palomas, es preciso que la gente aprenda tanto a seguir como a dirigir; habrá periodos en que las palomas dirijan a las águilas por un tiempo, y el águila tiene la responsabilidad de aprender con la experiencia tanto como la paloma. Pero, como Maslow observó, las personas de talento tienen también otras cargas: Puede que se pongan tan nerviosos con su superioridad que reprimen el efecto total que puedan tener sus habilidades por temor de que los demás los conceptúen como demasiado dominadores o de capacidad superior. Lo que surge muchas veces en esos casos es una exhibición falsa de humildad. Sin embargo, si las palomas y las águilas tienen un compromiso mutuo y se interesan en el mutuo bienestar, hay una forma de que unos se beneficien de las aptitudes, el talento y la ayuda apropiados de otros, lo cual exige un sistema de sinceridad y confianza...

La tercera clase de liderazgo es el *de participación*, en el que los miembros del grupo participan ampliamente en las decisiones, el grupo se dirige en forma democrática, y se adoptan procedimientos y se desarrollan tradiciones que aseguren de que así sea. Dicha clase de liderazgo tiene estas ventajas: casi siempre emplea con mucha eficacia las habilidades, las opiniones y las circunstancias particulares de los miembros del grupo y les da la oportunidad de dedicarse a las metas y a la solución de problemas, por lo que hay mayor cumplimiento y trabajo de equipo a fin de obtener esos objetivos. Además, a menudo crea condiciones excelentes para el progreso individual.

El liderazgo de participación procura utilizar al máximo las capacidades de los miembros del grupo. Cuando tiene éxito, da mayores y mejores resultados que los que pudiera producir una persona sola. Este tipo de liderazgo da por sentado que cada uno tiene algo que ofrecer, lo cual está de acuerdo con la enseñanza de que “no a todos se da cada uno de los dones; pues hay muchos dones, y a todo hombre le es dado un don por el Espíritu de Dios” (D. y C. 46:11).

El liderazgo depende en gran parte del método para tomar decisiones que utiliza eficazmente la intercomunicación (o sea, el hecho de comunicar a una persona o a un grupo información que le haga saber la forma en que haya afectado a otros y cuál es su situación en relación con sus metas e intenciones). El liderazgo de participación da a los que toman parte la libertad de proveer una intercomunicación útil, mientras que el liderazgo dirigente muchas veces adolece del defecto de que cuando el líder adquiere más prestigio e influencia, quizás sus seguidores tengan cada vez menos posibilidades de ponerse a su altura, aunque eso no sea lo que él desee.

Las desventajas del liderazgo de participación consisten en que, a veces, el grupo se concentra demasiado en las opiniones personales y se paraliza en cuanto a la acción necesaria; puede escuchar y oír sólo un “sonido incierto” de la trompeta. El hecho de resolver problemas en grupo, cuando falla, da como consecuencia la represión de la creatividad individual y puede resultar en una gran mediocridad.

Refiriéndose a su trabajo en la teoría de la relatividad, Albert Einstein mencionó “un sentido

de dirección, de encaminarse directamente hacia algo concreto”. Esa clase de percepción creativa —“encaminarse directamente hacia algo concreto”— podría, en ciertas condiciones, quedar sofocada en el liderazgo de participación. Aun cuando los análisis con sus colegas puedan haber sido de utilidad para Einstein, muchas veces las percepciones creativas se logran en la soledad.

Un crítico de este tipo de liderazgo comentó: “¿Podría la Mona Lisa haber sido pintada por un comité?” Ese mismo crítico de dicho proceso de grupo dice que muchas veces conduce a la “mutua anulación de las convicciones íntimas”. El liderazgo de participación tiene también a veces la desventaja de que da por resultado que un carácter dominante haga una manipulación inconsciente e involuntaria de los miembros del grupo, mientras todos dan alegremente por sentado que la decisión ha sido unánime cuando no lo es.

Cada uno de esos estilos se enfrenta con los problemas centrales y repetidos del liderazgo, tales como el equilibrio entre la importancia de llevar a cabo la tarea y la necesidad de considerar los sentimientos y las opiniones de los colegas y los seguidores. Todos hemos formado parte de grupos cuyo líder estaba tan enfocado en la tarea, tan ansioso por realizarla, que cuando al fin se llevó a cabo, con un costo elevado de emociones, el resultado no fue duradero porque lo que se había considerado como éxito quedó anulado por la falta de cumplimiento del grupo. Y también hemos visto a miembros de un grupo que se ofenden o se retiran por estar los líderes demasiado concentrados en la tarea.

Por otra parte, hemos visto a líderes que quedan paralizados por el temor de herir los sentimientos de los miembros de su grupo. Un grupo puede sufrir verdaderamente a consecuencia de ese vacío en el liderazgo. Hay ciertas circunstancias en las cuales se debe proceder a la acción...

La lectura de los versículos del Libro de Mormón que describen el verdadero libre albedrío como la libertad de actuar por sí mismo en lugar de “que se actúe sobre” la persona (2 Nefi 2 :26) demuestran que esto último se compara con ser miserable o desgraciado...

Tanto la experiencia como las Escrituras indican que es preciso que haya una combinación de los

estilos de liderazgo *dirigente y de participación*, en la cual éstos se emplean según sean más apropiados de acuerdo con las circunstancias. En la Iglesia tenemos una combinación particular de ambos estilos por la que todos progresan y avanzan con respecto a sus metas eternas.

El presidente del quórum de élderes que busque el apoyo de su quórum para un proyecto de bienestar y que no sepa si deberían plantar verduras o frijoles [porotos], haría bien en procurar el consejo de los miembros del quórum, sobre todo si no sabe mucho de agricultura, en cuanto a para cuál de los dos productos se presta mejor el suelo; además, haría bien en darles participación en las decisiones, puesto que ellos tendrán que arrancar las hierbas y cultivar las plantas... ¡a menos que el presidente desee hacerlo todo solo! El liderazgo de participación nos ayuda a contemplar los antecedentes y los sentimientos, que son otra forma de antecedente, en los cuales debemos interesarnos profundamente.

Sin embargo, hay veces en que es obvio que el liderazgo dirigente es el más apropiado. Después del asesinato del profeta José Smith, probablemente Brigham Young habría podido pasarse años tratando de convencer a algunos miembros tibios de la Iglesia de que se le unieran para marchar hacia el Oeste. Pero los santos tenían finalmente que cruzar el río Misisipí, tenían que abandonar Nauvoo, y había llegado el momento de poner manos a la obra. En algunas condiciones, los líderes tienen que “cruzar el río”.

Un líder será más apto para combinar los liderazgos dirigente y de participación si él mismo se encuentra seriamente embarcado en el proceso divinamente inspirado de mejorar sus atributos de conocimiento, fe, justicia, juicio, misericordia, verdad y amor; entonces será más eficaz y más digno de que se le confíen potestad e influencia. Si ama más perfectamente, será más sensible a los sentimientos de los miembros del grupo y sabrá cuándo es apropiado destacar el liderazgo de participación. Si constantemente está incrementando su acopio de conocimiento y verdad, tendrá un fundamento en qué apoyarse cuando tenga que actuar de manera dirigente. Los miembros del grupo estarán más inclinados a tener confianza en un líder al que vean esforzándose por desarrollar ese tipo de atributos. El líder que sea descuidado en cuanto al poderío, insensible a los sentimientos

de los demás del grupo, o que esté demasiado seguro de sus puntos de vista sin tener el conocimiento ni la información debidos no puede inspirar a los seguidores durante mucho tiempo. El líder que emplee su posición y autoridad para cubrir sus pecados, para satisfacer su orgullo o su ambición, o para ejercer control o dominio fracasará tanto en la organización como en lo espiritual.

La doctrina de la Iglesia que poseemos es divina. Tenemos todas las ventajas de ser parte de un reino estructurado en el cual Jesucristo es el Rey de reyes y el Legislador, y con un profeta que es Su portavoz terrenal. Esto nos ofrece la ventaja de propósito, percepción e instrucción divinos y supremos, y los beneficios de una autoridad que puede producir resultados en circunstancias que exijan rapidez y reacción. Pero la Iglesia es también de participación en el sentido de que la obra de Dios es verdaderamente nuestra obra. Hay amplia oportunidad —mucho más de lo que utilizamos— de participar como líderes y como seguidores en actividades que edifiquen el reino y que al mismo tiempo contribuyan a nuestro progreso. Tenemos más oportunidades de las que jamás reconoceremos de emplear nuestro talento y nuestras habilidades, y de intervenir con nuestras opiniones y circunstancias particulares en el proceso de tomar decisiones en la Iglesia, en situaciones en las cuales sea apropiado el liderazgo de participación...

Si queremos honrar a Dios con el estilo particular de liderazgo que adoptemos, lo honraremos mejor emulándolo en el desarrollo de los atributos que produzcan un liderazgo sabio, eficaz y seguro...

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- De acuerdo con el élder Maxwell, ¿en qué sentido es el liderazgo un misterio, al menos en parte?
- ¿Cuáles son los tres estilos principales de liderazgo que describe el hermano Maxwell? ¿Cuáles son los puntos fuertes y los débiles de cada uno?
- ¿Qué estilo recomienda el élder Maxwell a los líderes de la Iglesia?
- ¿Qué método sería el más eficaz para que los líderes mejoraran en su forma de dirigir: desarrollar habilidades de organización o esforzarse por entender y aplicar los principios básicos de liderazgo? Expliquen.

CÓMO LLEGAR A SER UN BUEN PASTOR

“Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen,

“así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas” (Juan 10:14–15).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Los líderes deben demostrar amor e interés hacia aquellos a quienes dirijan.

RECURSOS PARA EL MAESTRO

1. Jesucristo es el Buen Pastor.
2. Los líderes de la familia así como los de la Iglesia deben esforzarse por seguir el modelo de liderazgo que el Señor estableció.

CONCEPTO 1: JESUCRISTO ES EL BUEN PASTOR.

COMENTARIOS

En la Biblia, los pastores representan a los líderes del pueblo de Dios (véase Isaías 63:11; Jeremías 23:2). Ellos vigilan para ver a los enemigos que puedan atacar a las ovejas, y las protegen cuando sea necesario; atienden a las que estén enfermas o heridas y buscan a las que se hayan perdido o estén atrapadas o atascadas. En las enseñanzas de Cristo, los pastores aman a sus ovejas y tratan de ganarse su confianza; éstas, a su vez, conocen al pastor, lo aman y confían en él más que en cualquier otra persona. Un buen pastor incluso moriría por sus ovejas. Cristo compara al pastor con un asalariado, que abandona las ovejas en momentos de peligro porque no las ama (véase Juan 10:11–13; *La vida y enseñanzas de Jesús y Sus Apóstoles*, Manual para el alumno, Religión 211 y 212, 1979, págs. 108–109).

Jesucristo es el Buen Pastor. En Juan 10:14–15 se encuentra Su explicación de que Él y Sus ovejas se conocen, igual que Él y Su Padre se conocen. Ese tipo de relación se desarrolla con el tiempo y exige la experiencia personal. (Si se desea consultar otras referencias a Cristo como Pastor, véase Génesis 49:24; Salmos 23; 80:1; Juan 10:1–30; Hebreos 13:20; 1 Pedro 2:25; Alma 5:37–38, 58–60; Helamán 7:18; 15:13; Mormón 5:17; D. y C. 50:44.)

El élder Henry B. Eyring, del Quórum de los Doce Apóstoles, comentó lo siguiente: “Un pastor

cuida sus ovejas. En los relatos de las Escrituras, las ovejas están en peligro; necesitan protección y alimento. El Salvador nos amonesta que debemos cuidar las ovejas de la misma manera en que Él lo hace. Él dio Su vida por ellas, le pertenecen... Nosotros no podemos ofrecer el mismo nivel de cuidado que Él si, como siervos asalariados, damos cuidado sólo cuando sea conveniente y sólo por una recompensa...

“Los miembros de la Iglesia son ovejas; son de Él y Él nos llama a nosotros para cuidarlas. Debemos hacer más que simplemente prevenir las del peligro; debemos alimentarlas” (“Velad conmigo”, *Liahona*, julio de 2001, págs. 44–45).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pida a varios alumnos que lean a la clase los pasajes de las Escrituras que se mencionan en el segundo párrafo de “Comentarios”, y diga a todos que presten atención a los títulos de Jesucristo en esos pasajes.

Hágales preguntas como las siguientes, empleando la información que aparece en “Comentarios” para dirigir el análisis.

- ¿Por qué son tan importantes los pastores?
- ¿Qué hacen los pastores?
- ¿En qué sentido son diferentes los pastores de los asalariados?

- ¿En qué se diferencia la reacción que puedan tener las ovejas al cuidado de un pastor y las que están al cuidado de un asalariado?
- ¿Qué hizo Jesús durante Su ministerio terrenal que nos enseñe lo que significa ser un buen pastor?

CONCEPTO 2: LOS LÍDERES DE LA FAMILIA, ASÍ COMO LOS DE LA IGLESIA, DEBEN ESFORZARSE POR SEGUIR EL MODELO QUE EL SEÑOR ESTABLECIÓ.

COMENTARIOS

El presidente James E. Faust enseñó: “Esta noche quisiera dirigirme a los poseedores del Sacerdocio de Dios en su oficio de pastores del Señor. El élder Bruce R. McConkie dijo esto: ‘Cualquier persona que trabaje en la Iglesia en un cargo en el que sea responsable del bienestar espiritual o temporal de cualquiera de los hijos de Dios es un pastor de esas ovejas. El Señor hace a Sus pastores responsables de la seguridad [o sea, la salvación] de Sus ovejas’ (*Mormon Doctrine*, Salt Lake City: Bookcraft, 1966, pág. 710). Un poseedor del sacerdocio tiene esa gran responsabilidad, ya sea como padre, abuelo, maestro orientador, presidente del quórum de élderes, obispo, presidente de estaca, o en cualquier llamamiento de la Iglesia” (“Las responsabilidades de los pastores”, *Liahona*, julio de 1995, pág. 51).

Sólo podemos ser buenos pastores si nos acercamos al Señor. El élder Henry B. Eyring explicó lo siguiente: “Él, que ve todas las cosas, cuyo amor es infinito y que nunca duerme, vigila con nosotros. Él sabe lo que las ovejas necesitan en todo momento. Por el poder del Espíritu Santo, nos lo hace saber y nos envía a donde ellas estén...

“El amor es lo que debe motivar a los pastores de Israel. Al principio podrá parecer difícil, porque tal vez ni siquiera conozcamos bien al Señor; pero si comenzamos con siquiera un granito de fe en Él, el servicio que prestemos a las ovejas aumentará nuestro amor por el Señor y por ellas; esto proviene de las cosas sencillas que todo pastor debe hacer. Oramos por las ovejas, por cada una de las que somos responsables. Si preguntamos: ‘¿Podrías decirme quién me necesita?’, recibiremos respuesta; acudirá a nuestra memoria una cara o un nombre; o tal vez tengamos un encuentro fortuito con

alguien y sentimos que no fue casualidad. En esos momentos sentiremos el amor del Salvador por ellas y por nosotros. Conforme cuiden a Sus ovejas, el amor que sientan por Él aumentará, y eso incrementará su confianza y valor” (véase “Velad conmigo”, *Liahona*, julio de 2001, págs. 46–47).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Ponga a la vista los dibujos al final de la lección ¿De cuál de ellos dio ejemplo el Salvador? ¿Por qué?

Lea con la clase Moroni 7:47. Analicen la palabra “caridad” y hágalos notar que, puesto que la caridad es el amor puro de Cristo, si sentimos caridad hacia otras personas, es porque las amamos como Él nos ama a nosotros. Analicen por qué es importante esa manera de ser en la familia y entre los líderes de la Iglesia.

Hablen de la razón por la que los líderes de la familia y los de la Iglesia deban ser los pastores de aquellos a quienes dirijan (véase la sección “Comentarios”).

Lea las palabras del élder Eyring que se encuentran entre los “Comentarios”. Analicen preguntas como las siguientes:

- De acuerdo con el élder Eyring, ¿qué puede aumentar nuestra confianza y nuestro valor como líderes?
- ¿En qué se relaciona el servicio con el amor?
- De las condiciones que existen en el mundo, ¿cuáles hacen necesario que nuestros líderes sean buenos pastores?
- ¿Cómo determinamos cuáles son las expresiones apropiadas de amor e interés que debemos demostrar como líderes?

Diga a los alumnos que lean Alma 56:3–11, 17, 43–49, 55–56, y que analicen todos juntos esos versículos. Hágalos preguntas similares a las siguientes:

- ¿Era Helamán un buen pastor? ¿Por qué?
- ¿Cómo respondieron a su liderazgo los dos mil jóvenes que él dirigió?
- ¿Creen que esos jóvenes habrían tenido menos éxito si los hubieran dirigido con un estilo diferente de liderazgo? ¿Por qué?

Exhorte a los alumnos a desarrollar por los demás un amor parecido al de Cristo a fin de

prepararse para ser buenos pastores cuando llegue el momento.

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Presidente James E. Faust

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

“A éstos haré mis gobernantes”. Véase Liahona, febrero de 1981, págs. 68–74.

Estoy muy agradecido por la oportunidad de hablar esta noche a los poseedores del sacerdocio. Me gustaría dirigir mis palabras a los líderes de la Iglesia, y en especial a los futuros líderes, a los jóvenes del Sacerdocio Aarónico. Muchos de ustedes, jóvenes, tendrán responsabilidades de liderazgo mucho antes de lo que puedan imaginarse; tanto es así, que me parece que sólo hace muy poco tiempo que yo era presidente de un quórum de diáconos. En lo que concierne al rápido crecimiento de la Iglesia en todo el mundo, el liderazgo es uno de nuestros mayores cometidos.

Los líderes reciben y dan asignaciones

Hace aproximadamente un año, asistí a una reunión de un quórum de élderes. Los miembros de la presidencia eran jóvenes, muy inteligentes y capaces, pero cuando tuvieron que repartir las responsabilidades del quórum para poder cumplir con sus asignaciones, se limitaron a pedir voluntarios entre los presentes y no dieron una sola asignación.

Uno de los primeros principios que debemos recordar es que la obra del Señor avanza por medio de asignaciones. Los líderes las reciben y las dan, y esto forma parte de un principio muy importante y necesario que es el de delegar. Nadie puede apreciar más que yo a un voluntario que esté dispuesto a servir; sin embargo, no se puede realizar toda la obra de la forma en que el Señor lo desea si los únicos que ejecutan el trabajo son los que asisten a las reuniones. Con frecuencia me pregunto cómo sería la tierra si el Señor hubiera dejado que la obra de la Creación la realizaran solamente voluntarios.

Si consideramos las asignaciones como una oportunidad de edificar el reino de Dios, al igual

que un privilegio y un honor, entonces éstas y los cometidos deben ciertamente darse a todo miembro del quórum. Al hacerlo, se debe incluir, actuando con sabiduría y discreción, a los que quizás necesiten una mayor participación, como los inactivos y los hermanos que asistan sólo de vez en cuando. Las asignaciones deben hacerse siempre con gran amor, consideración y bondad, tratando con respeto y aprecio a aquellos a quienes se llame a servir.

Con regularidad, las Autoridades Generales reciben asignaciones de la Primera Presidencia y del Presidente del Consejo de los Doce. Ya sea que se hagan por escrito, como sucede en la mayoría de los casos, o personalmente, siempre las acompaña un “si fuera tan amable” o “si le es conveniente” o “podría ser tan amable de hacer” esto o aquello. Nunca se dan estas asignaciones en forma de mandato o demanda.

Sigamos el ejemplo del Salvador

Desde la primera vez que fui a Egipto, durante la Segunda Guerra Mundial, he estado interesado en ruinas antiguas. Es fascinante para mí observar las columnas y me pregunto por qué será que algunas todavía están en pie, mientras que otras han caído. La mayoría de las que permanecen erectas son las que tienen un peso en la parte superior. Creo que en ese ejemplo existe un principio paralelo al liderazgo, ya que los que se mantienen fieles al sacerdocio que poseen son los que con frecuencia tienen el peso de la responsabilidad; los que participan son, por lo general, los que se dedican con mayor ahínco, por lo que, para tener éxito, el líder de quórum se asegurará de que todos sus miembros tengan la oportunidad de servir con algún tipo de llamamiento, de acuerdo con las circunstancias.

La enseñanza más completa, aunque breve, sobre el liderazgo la dio el Salvador mismo cuando dijo a Sus discípulos: “Y les dijo: Venid en pos de mí” (Mateo 4:19). Un líder no puede pedir a otros lo que él no esté dispuesto a hacer; lo más seguro para nosotros es emular el ejemplo del Salvador, y escuchar y seguir la dirección de Su Profeta, el Presidente de la Iglesia.

Un buen líder espera mucho e inspira mucho

Hace algunos años estuve viajando por la Misión Argentina Rosario, en la parte norte del país.

Mientras viajábamos por la carretera, pasamos junto a una manada de ganado en el camino. El hato iba tranquilamente y sin ninguna dificultad, y no había perros alrededor. Al frente de la manada iban tres gauchos a caballo, cada uno a unos quince o veinte metros de distancia del otro; los tres jinetes no demostraban preocupación alguna, sino que iban sentados en sus monturas, completamente tranquilos con la seguridad de que la manada los seguía. Detrás de los animales iba sólo un jinete; él también iba recostado en la parte delantera de la montura y parecía dormido. Toda la manada avanzaba apaciblemente dando la impresión de que los animales eran completamente mansos. Al recordar la experiencia, me parece obvio que el liderazgo consiste en la combinación de tres cuartas partes de mostrar el camino y una cuarta parte de seguimiento.

Cuando un líder está dirigiendo, no tiene que ser ampuloso ni de voz estentórea, puesto que los que son llamados a dirigir en el ministerio del Maestro no son elegidos para ser ni jefes ni dictadores, sino para ser buenos pastores. Tienen que capacitar constantemente a otros para que tomen su lugar y se conviertan en mejores líderes que sus maestros. Un buen líder espera mucho de aquellos a quienes haya sido llamado a dirigir, los inspira grandemente y enciende en ellos la llama del entusiasmo.

Un líder también debe tener iniciativa y llegar al corazón de aquellos a quienes dirija. Bajo su dirección, debe haber cambios positivos; debe asegurarse de que los que estén bajo su dirección no fracasen, pero debe hacerlo según la manera del Señor. Debe servir de instrumento en las manos del Todopoderoso para cambiar la vida de los que estén a su cargo. El líder necesita saber cuál es su posición, hacia dónde se está dirigiendo y en qué forma va a llegar allí.

Saber escuchar

Además, debe saber escuchar y estar dispuesto a recibir consejo, así como demostrar un genuino interés y amor por aquellos que estén bajo su responsabilidad. Ningún líder del sacerdocio podrá llegar a tener éxito a menos que recuerde constantemente las claves más importantes del liderazgo, las que se encuentran en la sección 121 de Doctrina y Convenios:

“Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero;

“por bondad y por conocimiento puro, lo cual ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia;

“reprendiendo en el momento oportuno con severidad, cuando lo induzca el Espíritu Santo; y entonces demostrando mayor amor hacia el que has reprendido, no sea que te considere su enemigo” (D. y C. 121:41-43).

De acuerdo con mi propia experiencia, el Espíritu Santo sólo reprueba con severidad muy rara vez. Siempre que haya necesidad de reprender, debe hacerse con el deseo de convencer al que se esté reprendiendo de que esto se hace por su propio bien...

La ayuda divina

Si tiene fe en el Señor y humildad, un líder del sacerdocio puede, sin ninguna duda, estar seguro de que recibirá ayuda divina para solucionar sus problemas. Quizás para ello tenga que esforzarse y meditar; mas de cierto será recompensado. Quizás reciba la respuesta como Enós, que dijo: “...la voz del Señor de nuevo penetró mi mente” (Enós 1:10). O puede ser por medio del ardor en el pecho que se menciona en la sección 9 de Doctrina y Convenios.

Después de recibir la seguridad divina por medio del Espíritu Santo, el líder que es verdaderamente humilde puede entonces tomar la decisión con la absoluta convicción de que lo que está haciendo es lo correcto y que el Señor mismo lo haría de esa manera...

La mayoría de los que somos llamados a servir como líderes en la Iglesia nos sentimos incapaces por la falta de experiencia, de habilidad o de educación. Entre las muchas descripciones que se han hecho de Moisés, tenemos la siguiente: “Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” (Números 12:3).

Recuerdo que hace ya algunos años el presidente John Kelly, que presidía en ese entonces la Estaca Fort Worth, Texas, llamó al hermano Félix Velásquez para ser presidente de la Rama Hispana. Recuerdo que ese buen hombre era inspector de

vagones en una empresa de ferrocarriles. Cuando el presidente Kelly lo llamó a que sirviera en la posición mencionada, él le dijo: “Presidente, yo no puedo ser el presidente de la Rama Hispana, pues no sé leer”. El presidente Kelly le prometió que si aceptaba el llamamiento y trabajaba diligentemente para cumplirlo, recibiría toda la ayuda necesaria y sería bendecido. Con la ayuda del Señor, ese hombre humilde, por medio de sus diligentes esfuerzos, aprendió a leer. Prestó buen servicio como presidente de la rama y actualmente forma parte del sumo consejo de la estaca. El Señor bendice a Sus siervos en muchas formas...

Los consejos: el espíritu del liderazgo

Ahora quisiera hablar del espíritu del liderazgo que, por medio del sacerdocio, debe existir en el gobierno de la Iglesia. Me gustaría citar al presidente Stephen L. Richards, que dijo:

“Tal como yo lo veo, el espíritu del gobierno de la Iglesia es gobernar por medio de *consejos*... Raramente pasa un día en que no pueda darme cuenta de la sabiduría de Dios al organizar los consejos para gobernar Su reino. Debido al espíritu con el que nosotros trabajamos, hombres con diferentes puntos de vista y procedentes de diversas culturas, si actúan bajo la influencia de ese espíritu, pueden reunirse y llegar a un acuerdo” (en “Conference Report”, 3 de oct. de 1953, pág. 86).

La clave para el buen funcionamiento de una presidencia o de un obispado es el que sus líderes puedan actuar juntos en consejo. Mas ¿qué ocurriría si al tomar decisiones fuera difícil o imposible mantener la unidad? El presidente Joseph F. Smith nos dio el siguiente consejo:

“Cuando los obispos y sus consejeros no estén de acuerdo, o cuando entre los presidentes y sus consejeros exista diferencia alguna en sus sentimientos o en su manera de proceder, tienen la obligación de reunirse, de recurrir juntos al Señor y humillarse delante de Él hasta que reciban revelación de Él y vean la verdad de la misma manera, a fin de que puedan ir ante el pueblo como uno” (*Doctrina del Evangelio*, pág. 151).

Ser un ejemplo de integridad

Quienes dirigen en esta Iglesia deben dar el ejemplo de una vida justa; deben buscar constantemente la guía del Espíritu Santo; deben

mantener en orden tanto su vida como su hogar; deben ser honestos y pagar con prontitud todas sus deudas; deben ser un ejemplo en todas sus acciones y ser hombres de honor e integridad. El Señor contestará nuestras oraciones cuando busquemos la guía constante del Espíritu Santo.

Mientras servía como Supervisor de Área en Sudamérica, en Montevideo, Uruguay, tuve una de las experiencias más inolvidables. Quería cambiar algún dinero puesto que en esa época estaba viviendo en Brasil. El hermano Carlos Pratt me llevó a un banco en el centro de Montevideo y allí me presentó a uno de los funcionarios, que me dijo que me cambiarían mil dólares. Como es de suponer, yo no tenía tanto dinero en efectivo sino un cheque girado de un banco de Salt Lake City. Nunca antes había hecho ninguna transacción con ellos y nunca nos habíamos visto ni se podía esperar que nos volviéramos a ver. Ellos no tenían ninguna forma de verificar si yo tenía mil dólares depositados en el banco donde tenía mi cuenta. Sin embargo, aceptaron mi cheque sin reparo alguno, basándose simplemente en el hecho de que yo era mormón y de que en oportunidades anteriores habían tratado con otros mormones y comprobado su honestidad. Francamente, me sentí agradecido y satisfecho por su confianza...

“Confirma [fortalece] a tus hermanos”

El Salvador dio a Pedro una enseñanza muy importante sobre el liderazgo cuando le dijo: “...y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:32). O, en otras palabras, “cuando te hayas convertido, fortalece a tus hermanos”.

Es interesante que el Señor empleara la palabra “confirmar” (o sea, fortalecer), ya que es muy difícil *fortalecer* a alguien sin poder comunicarse con la persona. Con frecuencia, los problemas surgen no porque el plan que se sigue sea imperfecto, sino porque no hay una comunicación adecuada entre las personas...

Los líderes del sacerdocio tienen la singular oportunidad de conducir entrevistas del sacerdocio, y precisamente por medio del contacto personal y de esas entrevistas es que el líder puede lograr lo siguiente:

1. Inspirar y motivar.
2. Delegar y confiar.

3. Pedir cuentas y mantenerse informado.
4. Enseñar por medio del ejemplo y de principios.
5. Demostrar generosamente su aprecio.

A veces, los líderes llevan las riendas demasiado tirantes y de esa manera limitan las habilidades naturales y los dones de aquellos que han sido llamados a trabajar a su lado.

El liderazgo no siempre fomenta en el grupo la combinación perfecta de fe, de habilidades y de talento, lo que lograría los mejores resultados, sino que, en algunas ocasiones, una persona trata de hacer todo el trabajo por sí sola. El presidente Lee enseñó un concepto más amplio del siguiente pasaje de Escritura: "...aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado" (D. y C. 107:99). Además de ver que todos aprendan sus deberes, los líderes deben dejar que los demás desempeñen con toda eficacia el llamamiento u oficio que se les haya asignado, e investirlos con la autoridad debida...

Es mi oración que aquellos que han sido llamados o serán llamados a posiciones de liderazgo, al trabajar diligentemente bajo la guía del Espíritu Santo, puedan comprender con más claridad su responsabilidad y tener una visión más amplia para fijar metas y tomar un camino más recto.

Tengo un testimonio de que esta Iglesia crece y continúa teniendo éxito porque está guiada por la

influencia divina del Santo Sacerdocio de Dios. Creo que nuestros líderes pueden proporcionar el gran poder espiritual que se necesita para guiar la obra de Dios por medio de la revelación personal, a la que tienen todo el derecho por su justicia y su vida recta. El consejo que el Señor dio a Josué es inapreciable: "Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas" (Josué 1:9).

Que así sea, es mi humilde oración en el nombre de Jesucristo. Amén.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- ¿Por qué es importante que los líderes den asignaciones a aquellos a los cuales presidan?
- ¿Según qué principios deben regirse para dar asignaciones?
- ¿En qué principio de liderazgo se basa la admonición del Señor: "Venid en pos de mí"?
- ¿Cómo pueden saber los líderes si dirigen de acuerdo con lo que el Señor quiere?
- Además de ser dignos de tener consigo el Espíritu, ¿qué pueden hacer los líderes para cumplir la responsabilidad que tienen hacia aquellos a quienes dirijan?
- ¿Cuál es el "espíritu" del liderazgo?
- ¿Qué puede suceder si los líderes tratan de "llevar las riendas demasiado tirantes"?





CÓMO DAR UN BUEN EJEMPLO

“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.

“Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrá a todos los que están en casa.

“Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:14–16).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Los líderes deben dar el ejemplo de buenos discípulos a aquellos a quienes presten servicio.

CONCEPTO DE LA LECCIÓN

1. Si los líderes se esfuerzan por desarrollar atributos como los de Jesucristo, serán un buen ejemplo para aquellos a quienes presten servicio.

CONCEPTO 1: SI LOS LÍDERES SE ESFUERZAN POR DESARROLLAR ATRIBUTOS COMO LOS DE JESUCRISTO, SERÁN UN BUEN EJEMPLO PARA AQUELLOS A QUIENES PRESTEN SERVICIO.

COMENTARIOS

Cuando el Señor resucitado visitó las Américas, explicó a Sus discípulos que la frase “Alzad... vuestra luz para que brille” quiere decir emularlo a Él (véase 3 Nefi 18:24).

El presidente James E. Faust, cuando era miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, comentó lo siguiente refiriéndose al liderazgo: “Quiénes dirigen en esta Iglesia deben dar un ejemplo de rectitud; deben buscar constantemente la guía del Espíritu Santo; deben mantener en orden tanto su vida como su hogar; deben ser honestos y pagar con prontitud todas sus deudas; deben ser un ejemplo en todos los aspectos de su conducta” (véase “A éstos haré mis gobernantes”, *Liahona*, febrero de 1981, pág. 70).

El élder Dean L. Larsen, cuando integraba la Presidencia de los Setenta, explicó: “Se espera que todos los que reciban el Evangelio pongan de manifiesto sus frutos en su estilo de vida, no sólo por su propio beneficio y bendición, sino también para atraer a otras personas a la verdad...

“...En formas importantes, su vida manifestará los frutos del Evangelio y los distinguirá del resto

de la gente como una antorcha que guíe a todos los que busquen la luz y la verdad” (véase “Por sus frutos los conoceréis”, *Liahona*, enero de 1986, pág. 52).

El presidente Gordon B. Hinckley escribió esto: “Por su misma naturaleza, el verdadero liderazgo trae aparejado la carga de que el líder sea un buen ejemplo... Si los que dirigen no establecen los valores y se adhieren a ellos, la conducta de los seguidores se pone seriamente en peligro y queda minada. Ciertamente, en cualquier organización donde suceda eso —ya sea una familia, una corporación, una sociedad o una nación— los valores que se descuiden terminarán por desaparecer” (*Standing for Something: Ten Neglected Virtues Than Will Heal Our Hearts and Homes*, 2000, pág. 170).

Los líderes están más capacitados para ayudar a los demás cuando tratan de ser un ejemplo de la vida y las enseñanzas del Salvador. El Señor “continuó de gracia en gracia” hasta llegar a ser perfecto (D. y C. 93:13). Entre Sus atributos se encuentran el conocimiento, el poder, la justicia, el criterio, la bondad, la misericordia, la paciencia, la veracidad, la humildad, la mansedumbre, la sumisión, la gentileza, la amabilidad, la sabiduría, la abnegación, la obediencia, la determinación de honrar nuestro albedrío, la compasión, el valor, la

integridad y el contentamiento. (Nota: Cualquiera de esos atributos puede ser tema para una lección.)

Los líderes que desarrollen esos atributos sabrán comunicarse claramente con aquellos a quienes dirijan, amarlos sin tratar de controlarlos, alegrarse por su bondad y sus logros, y resistir las tentaciones de Satanás. Si no seguimos el ejemplo de Jesucristo, corremos el riesgo de desalentar a la gente de venir a Cristo. Como lo explicó Alma a su hijo descarriado: "...He aquí, oh hijo mío, cuán gran iniquidad has traído sobre los zoramitas; porque al observar ellos tu conducta, no quisieron creer en mis palabras" (Alma 39:11).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pida a los alumnos que analicen el significado de estas palabras del Salvador: "...Yo soy la luz del mundo..." (Juan 8:12), y hable de ellas con toda la clase (véase también Juan 9:5; 3 Nefi 9:18; 11:11; Éter 4:12; D. y C. 11:28; 12:9; 45:7; 88:5-13).

¿Por qué deben los líderes de la Iglesia y de la familia vivir los principios del Evangelio ellos mismos en lugar de sólo limitarse a exhortar a los demás a hacerlo?

Analice con la clase los rasgos de carácter que demostró el Salvador, y anótelos en la pizarra. Pregunte a los alumnos en qué nos puede ayudar el desarrollo de esos rasgos a ser mejores líderes. Analicen lo que se enseña en Mateo 16:24 y Alma 39:11 sobre la importancia del ejemplo.

Testifique a los alumnos que si siguen el ejemplo del Salvador, reflejarán Su luz para que otros la sigan. Hágales notar que nosotros, como Él, debemos también progresar "de gracia en gracia" (véase D. y C. 93:13; véase también 2 Nefi 28:30).

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Presidente Gordon B. Hinckley

Presidente de la Iglesia

"El consejo y la oración de un profeta en beneficio de la juventud". Véase Liahona, abril de 2001, sección para los jóvenes, págs. 30-41.

Creo que no ha habido una reunión como ésta en la Iglesia. Hay tantos de ustedes reunidos aquí en esta noche, ¡y qué bien se ven!

Algunos han venido con dudas; otros han venido con grandes expectativas. Quiero que sepan que he estado de rodillas pidiéndole al Señor que me bendiga con el poder, la capacidad y las palabras para llegar al corazón de ustedes.

Lejos de esta sala hay otros cientos de miles que se unen a nosotros. A cada uno de ustedes le digo, bienvenido. Estoy agradecido por la tremenda oportunidad que tengo de dirigirme a ustedes, y me doy cuenta de cuán importante es.

Ya soy de edad avanzada; tengo más de noventa años. He vivido una larga vida, y he vivido sintiendo gran amor por los jóvenes y las jovencitas de esta Iglesia. ¡Qué grupo tan maravilloso son todos ustedes! Hablan varios idiomas; todos forman parte de una gran familia; pero cada uno es una sola persona, con sus problemas, deseando tener las respuestas a las cosas que les desconciertan y les preocupan. Les amamos mucho y oramos constantemente para tener la inteligencia para ayudarles. Su vida está llena de decisiones difíciles, de sueños, esperanzas y anhelos para encontrar aquello que les traerá paz y felicidad.

Una vez, hace ya mucho tiempo, tuve la edad de ustedes. No me preocupaban las drogas ni la pornografía, porque en aquel entonces no las había. Me preocupaban los estudios y lo que llegaría a ser. Era la época de la terrible depresión económica. Me preocupaba cómo me ganaría la vida. Fui en una misión después que terminé los estudios de universidad. Fui a Inglaterra; viajamos por tren hasta Chicago donde atravesamos la ciudad en autobús y después seguimos hasta llegar a Nueva York; allí abordamos el vapor que saldría para las Islas Británicas. Al viajar en el autobús por Chicago, una mujer le preguntó al conductor: "¿Qué edificio es aquél?" Él respondió: "Señora, ése es el edificio de la Junta de Comercio de Chicago. Todas las semanas, alguien que ha perdido su fortuna se deja caer desde una de las ventanas; no halla razón para seguir viviendo".

Así eran aquellos tiempos, deplorables y peligrosos. Nadie que no haya vivido en ese período llegará jamás a comprenderlo totalmente. Espero de todo corazón que nunca volvamos a pasar por algo semejante.

Y ahora, aquí están ustedes, en el umbral de sus vidas maduras. Ustedes también se preocupan

por los estudios, por el matrimonio, por muchas cosas. Les hago la promesa de que Dios no los abandonará si caminan por Sus senderos con la guía de Sus mandamientos.

Ésta es la era de las grandes oportunidades. Son tan afortunados de estar vivos. Nunca en la historia de la humanidad ha estado la vida llena de tantos desafíos y oportunidades. Cuando nací, el promedio de la expectativa de vida de un hombre o una mujer en los Estados Unidos y otros países occidentales era de cincuenta años. Hoy en día es de más de setenta y cinco años. ¿Se imaginan? Como término medio, ustedes pueden esperar vivir por lo menos veinticinco años más que alguien que vivió en 1910.

Ésta es la era de una explosión de conocimiento. Por ejemplo, cuando yo tenía la edad de ustedes, no había antibióticos. Todas estas maravillosas medicinas se han descubierto y refinado en épocas más recientes. Algunas de las grandes epidemias de la tierra han desaparecido; la viruela solía acabar con poblaciones enteras, pero esto ya se acabó. Es un milagro. La polio fue en un tiempo el temido azote de toda madre. Recuerdo haber ido al hospital del condado a visitar a un hombre que tenía polio; se encontraba en un pulmón de acero que le movilizaba sus propios pulmones. No tenía esperanzas; no podía respirar por sí mismo y murió, dejando a su esposa e hijos. Esa terrible enfermedad ya no existe, lo cual es también un milagro; y lo mismo ocurre con otras cosas.

Es cierto que ustedes enfrentan dificultades; toda generación que ha puesto pie sobre la faz de la tierra las ha enfrentado. Podríamos pasar la noche entera hablando sobre ellas, pero de todos los desafíos del pasado, los que tenemos hoy en día, creo yo, son los que se pueden controlar con más facilidad. Digo esto porque se pueden manejar. En gran parte, tienen que ver con decisiones de conducta individuales, pero esas decisiones se pueden tomar y seguir, y cuando eso ocurre, el desafío queda atrás.

Supongo que la mayoría de ustedes está estudiando. Me complace que tengan esa oportunidad y ese deseo. Espero que estén estudiando con diligencia y que su deseo más grande sea obtener buenas calificaciones en sus diferentes clases. Espero que sus maestros sean buenos con ustedes y que sus estudios les rindan buenas calificaciones

y una excelente educación. No podría desearles nada mejor en sus estudios.

Esta noche confiaré en que sus maestros les den las notas excelentes, que espero se merezcan, mientras aprovecho la oportunidad para hablarles acerca de algunos puntos que empiezan con el verbo “ser”, los que les ayudarán a sacar calificaciones sobresalientes.

1. *Sean agradecidos.*
2. *Sean inteligentes.*
3. *Sean limpios.*
4. *Sean verídicos.*
5. *Sean humildes.*
6. *Sean dedicados a la oración...*

Sean agradecidos. En el idioma inglés hay dos términos pequeños que quizás encierren mayor significado que todos los demás términos de ese idioma; éstos son “thank you”, y cuyo equivalente se encuentra en casi todos los idiomas como, por ejemplo, *gracias, merci, danke, obrigado, domo.*

El hábito de decir gracias es la característica de un hombre o de una mujer educados. ¿Con quiénes no está complacido el Señor? Él menciona a aquellos que no confiesan Su mano en todas las cosas (véase D. y C. 59:21). Eso es, los que andan sin una expresión de gratitud. Mis queridos amigos, anden con gratitud en su corazón; estén agradecidos por las maravillosas bendiciones que poseen; estén agradecidos por las tremendas oportunidades que tienen; estén agradecidos a sus padres, quienes se preocupan tanto por ustedes y han trabajado tanto para sostenerlos. Háganles saber que están agradecidos; den las gracias a su madre y a su padre; den las gracias a sus amigos; den las gracias a sus maestros; expresen agradecimiento a quienquiera les haga un favor o les ayude de cualquier modo.

Den gracias al Señor por Su bondad hacia ustedes. Den las gracias al Todopoderoso por Su Hijo Amado, Jesucristo, quien ha hecho por ustedes lo que ningún otro en este mundo podría hacer. Agradézcanle Su gran ejemplo, Sus grandiosas enseñanzas, Su mano extendida para elevar y ayudar. Reflexionen en el significado de Su Expiación. Lean en cuanto a Él y lean Sus palabras en el Nuevo Testamento y en 3 Nefi en el Libro de Mormón. Léanlas en silencio y luego mediten en

ellas. Expresen a su Padre Celestial su profunda gratitud por el don de Su Hijo Amado.

Den gracias al Señor por Su maravillosa Iglesia restaurada en esta grandiosa época de la historia. Dénle las gracias por todo lo que la Iglesia les ofrece; dénele las gracias por amigos y seres queridos, por padres y hermanos y hermanas, por la familia. Permitan que un espíritu de agradecimiento guíe y bendiga sus días y sus noches. Llénenlo a la práctica; descubrirán que cosecharán maravillosos resultados.

Punto número dos: *Sean inteligentes.*

Ustedes están entrando en la era más competitiva que jamás ha existido; todo a su alrededor es competencia. Ustedes necesitan toda la educación posible. Sacrifiquen la compra de un auto, sacrifiquen cualquier cosa a fin de que ello les habilite para desempeñar el trabajo del mundo. En gran parte, ese mundo les pagará lo que considere que valen, y el valor de ustedes aumentará a medida que obtengan estudios y sean proficientes en el campo seleccionado.

Pertenecen a una Iglesia que enseña la importancia de la educación académica; han recibido el mandamiento del Señor de educar sus mentes, sus corazones y sus manos. El Señor ha dicho: “Enseñaos diligentemente... de cosas tanto en el cielo como en la tierra, y debajo de la tierra; cosas que han sido, que son y que pronto han de acontecer; cosas que existen en el país, cosas que existen en el extranjero; las guerras y perplejidades de las naciones, y los juicios que se ciernen sobre el país; y también el conocimiento de los países y de los reinos, a fin de que estéis preparados en todas las cosas” (D. y C. 88:78–80).

Que conste que éstas no son mis palabras; son las palabras del Señor que les ama. Él desea que capaciten sus mentes y sus manos para que lleguen a ser una influencia para bien al seguir adelante con su vida. Y al hacerlo, al desempeñar sus tareas honorablemente y con excelencia, traerán honor a la Iglesia, ya que se les considerará hombres o mujeres de integridad, de habilidad y que hacen un trabajo de calidad. Sean inteligentes; no sean insensatos. Ustedes no pueden timar o engañar a los demás sin engañarse a ustedes mismos.

Hace muchos años trabajé en Denver en las oficinas centrales del ferrocarril; era el encargado

de tráfico de destino. Era en la época en que todos viajaban por tren. Un día recibí una llamada de mi homólogo en Newark, Nueva Jersey, quien dijo: “El tren número tal y cual ha llegado, pero no viene el furgón del equipaje. En alguna parte, 300 pasajeros han perdido sus maletas, y están enfadados”.

De inmediato me dispuse a indagar adónde habría ido a parar. Descubrí que había sido cargado y debidamente conectado en Oakland, California; lo habían movido al ferrocarril de Salt Lake City, luego a Denver, a Pueblo, más tarde a otra línea y trasladado a St. Louis. De ahí, otro ferrocarril lo llevaría a Newark, Nueva Jersey, pero un descuidado operador de los depósitos de St. Louis movió una pequeña pieza de acero de tan sólo 7,5 centímetros, en un punto de cambio de vía, luego tiró de la palanca para desconectar el furgón. Descubrimos que un furgón de equipaje que debía estar en Newark, Nueva Jersey, había ido a parar a Nueva Orleans, Luisiana, a dos mil cuatrocientos kilómetros de su destino. El movimiento de sólo 7,5 centímetros que había hecho un empleado descuidado en el depósito de St. Louis había puesto el furgón en la vía equivocada y la distancia a su verdadero destino aumentó de manera radical. Lo mismo ocurre en nuestras vidas. En vez de seguir una ruta constante, una idea errónea nos tira en otra dirección. El movimiento que nos aleja de nuestro destino original puede ser muy pequeño, pero si se sigue, se convierte en una gran brecha y nos encontramos lejos de donde teníamos pensado llegar.

¿Han visto alguna vez uno de esos portones de granja de 5 metros? Cuando se abre, gira muy ampliamente. El movimiento en el extremo de las bisagras es muy leve, mientras que en el perímetro exterior el movimiento es inmenso. Mis queridos jóvenes amigos, son las cosas pequeñas sobre las que gira la vida lo que surte el mayor efecto en nuestra vida.

Sean inteligentes. El Señor desea que eduquen su mente y sus manos. Cualquiera sea el campo que elijan, ya sea reparando refrigeradores, o el trabajo de un diestro cirujano, deben capacitarse. Procuren la mejor educación posible; conviértanse en obreros de integridad en el mundo que yace adelante. Repito, ustedes traerán honor a la Iglesia y serán generosamente bendecidos debido a esa capacitación.

No hay duda, ninguna en lo absoluto, de que estudiar vale la pena. No arruinen su vida con atajos, mis queridos jóvenes amigos; si lo hacen, lo pagarán una, y otra y otra vez.

El tercer punto es: *Sean limpios*. Vivimos en un mundo que está lleno de inmundicia y sordidez, un mundo que tiene todo el hedor de la maldad. Está por todos lados: en la pantalla de la televisión, en el cine, en la literatura popular, en Internet. No se pueden arriesgar a verla, mis queridos amigos; no pueden permitir que ese veneno asqueroso les toque; manténganse alejados de él; evitenlo. No alquilen esos videos ni se expongan a las cosas degradantes que exhiben. Ustedes, los jóvenes que poseen el sacerdocio de Dios, no pueden mezclar esa inmundicia con el santo sacerdocio.

Eviten el hablar depravado; no tomen el nombre del Señor en vano. De los estruendos del Sinaí, el dedo del Señor escribió sobre las tablas de piedra: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano” (Éxodo 20:7).

No es un signo de hombría el usar en vano y a la ligera el nombre del Todopoderoso o el de Su Hijo Amado, como muchos suelen hacerlo.

Elijan a sus amigos con detenimiento; son ellos los que los llevarán en una dirección u otra. Todos desean tener amigos; todos necesitan amigos, y a nadie le gusta estar sin ellos. Pero nunca pierdan de vista el hecho de que son sus amigos los que los llevarán por los senderos que habrán de seguir.

Aunque deben ser amigables con todas las personas, seleccionen con mucho cuidado a aquellos que deseen tener cerca de ustedes; ellos les salvarán en situaciones donde ustedes tengan dudas para tomar una decisión, y ustedes harán lo mismo por ellos.

Sean limpios. No desperdicien su tiempo en diversiones destructivas. Hace poco se llevó a cabo en el valle de Salt Lake un espectáculo con una banda ambulante. Me contaron que fue aborrecible, lujuriosa y diabólica en todos los aspectos. Los jóvenes de esta comunidad pagaron entre \$25 y \$35 dólares por entrada. ¿Qué recibieron a cambio de ese dinero? Únicamente una voz seductora urgiéndoles a llevarlos en dirección de las cosas sórdidas de la vida. Les suplico, mis amigos, que

se mantengan alejados de esas cosas; no les será de provecho; sólo les hará daño.

Recientemente les hablé a sus madres y a sus padres. Entre otras cosas, les hablé acerca de los tatuajes.

¿Qué otra creación es más maravillosa que el cuerpo humano? Cuán asombrosa es como la obra culminante del Todopoderoso.

Pablo, al dirigirse a los Corintios, dijo: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”

“Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:16–17).

¿Pensaron alguna vez que su cuerpo es sagrado? Son hijos de Dios; el cuerpo de ustedes es la creación de Él. ¿Desfigurarían esa creación con representaciones de personas, animales y palabras?

Les prometo que llegará el día, si ustedes llevan tatuajes, en que se arrepentirán de sus acciones. No se pueden quitar con agua; son permanentes. Únicamente se pueden quitar mediante un proceso costoso y doloroso. Si llevan un tatuaje, probablemente lo lleven consigo por el resto de sus vidas. Llegará el día en que se convertirá en algo vergonzoso para ustedes. Evitenlo. Nosotros, como sus hermanos que les aman, les suplicamos que no se vuelvan tan irreverentes con el cuerpo que el Señor les ha dado.

Quisiera mencionar aretes y anillos que se colocan en otras partes del cuerpo. Éstos no son varoniles; no son atractivos. Ustedes, jovencitos, se ven mejor sin ellos, y creo que se sentirán mejor sin ellos. En cuanto a las jovencitas, no es necesario que se coloquen anillos de arriba a abajo de las orejas; un modesto par de aretes es suficiente.

Menciono estas cosas porque también tienen que ver con sus cuerpos.

¡Qué verdaderamente bella es la jovencita bien arreglada que es limpia en cuerpo y mente! Ella es una hija de Dios de quien su Padre Eterno se siente orgulloso. ¡Qué apuesto es el jovencito bien arreglado! Él es un hijo de Dios, considerado digno de poseer el santo sacerdocio de Dios; no necesita tener tatuajes o aretes en ninguna parte de su cuerpo. La Primera Presidencia y el Quórum de

los Doce están unidos en impartir consejo en contra de estas cosas.

Y al hablar en cuanto a estos asuntos, deseo volver a hacer hincapié en el asunto de la pornografía. Se ha convertido en una industria de 10 mil millones de dólares en los Estados Unidos, donde un puñado de hombres se enriquece a expensas de miles y miles de personas, que son sus víctimas. Aléjense de ella; es excitante, pero les destruirá; les distorsionará los sentidos; despertará en ustedes un apetito que les hará hacer cualquier cosa para satisfacerlo. Y no intenten entablar asociaciones a través de Internet y de los cuartos de “chat”, ya que pueden conducirlos al abismo preciso del pesar y de la amargura.

Debo también decir algo sobre las drogas ilícitas. Ustedes saben lo que pienso en cuanto a ello. No me importa la variedad que exista: éstas les destruirán; ustedes se convertirán en sus esclavos. Una vez que estén en su poder, harán cualquier cosa por conseguir el dinero para comprar más.

Me quedé azorado al ver un programa de televisión y enterarme de que en el 20 por ciento de los casos, los padres enseñaron a los hijos a usar drogas. No entiendo la insensatez de esos padres. ¿Qué futuro, aparte de la esclavitud de sus hijos, podrían ver en ellas? Las drogas ilegales destruirán totalmente a aquellos que se hagan adictos a ellas.

Mi consejo, mi súplica para ustedes maravillosos jóvenes y jovencitas, es que se mantengan completamente alejados de ellas. No tienen que experimentar con las drogas. Miren a su alrededor y vean los efectos que han tenido en otras personas. No hay necesidad de que ningún niño o niña Santo de los Últimos Días, o jovencito o jovencita, siquiera intente probarlas. Consérvense limpios de estas adicciones que alteran la mente y forman hábitos.

Y ahora, en cuanto al problema más común y más difícil de todos que ustedes, jovencitos y jovencitas, tienen que afrontar: es la relación que tienen unos con otros; trata con el más poderoso de los instintos humanos. Tal vez sólo la voluntad de vivir sea más grande que él.

El Señor ha hecho que seamos atractivos los unos para los otros para un gran propósito, pero esa misma atracción se convierte en un barril de pólvora a menos que se mantenga en control. Es

bello cuando se trata de la manera correcta; es mortífero si no se sabe controlar.

Es por esa razón que la Iglesia aconseja en contra del noviazgo a temprana edad. Esta regla no tiene por objeto hacerles ningún daño; tiene por objeto ayudarles, y lo hará si la observan.

El noviazgo formal a temprana edad muy a menudo lleva a la tragedia; los estudios han demostrado que cuanto más tiempo salgan juntos un joven y una jovencita, aumenta la probabilidad de que se metan en problemas.

Mis amigos, es mejor salir con una variedad de compañeros hasta que se esté listo para casarse. Diviértanse, pero aléjense del exceso de confianza. Mantengan sus manos bajo control; tal vez no sea fácil, pero es posible.

Ustedes, los jóvenes que tienen pensado salir en una misión, deben reconocer que el pecado sexual quizás les prive de esa oportunidad. Tal vez piensen que pueden ocultarlo, pero la larga experiencia ha demostrado que no se puede. Para servir una misión eficaz, deben tener consigo el Espíritu del Señor, y la verdad que se oculta no está en armonía con ese Espíritu. Tarde o temprano sentirán la obligación de confesar sus transgresiones anteriores. Muy bien lo expresó Sir Galahad: “Mi fortaleza es como la fortaleza de diez, porque mi corazón es puro” (Traducción libre, Alfred, Lord Tennyson, *Sir Galahad*, 1842, estrofa 1).

Mis queridos jóvenes amigos, en asuntos del sexo ustedes saben lo que es correcto; ustedes saben cuando están caminando por terreno peligroso, cuando es demasiado fácil vacilar y resbalar al foso de la transgresión. Les imploro que tengan cuidado, que permanezcan a una distancia segura del abismo del pecado al cual es tan fácil caer. Manténganse limpios de la tenebrosa y desilusionante maldad de la transgresión sexual. Anden a la luz de esa paz que se logra al obedecer los mandamientos del Señor.

Ahora, si hubiera alguien que haya cruzado la línea, que ya haya transgredido, ¿hay alguna esperanza para él o ella? Por supuesto que sí. Si existe el verdadero arrepentimiento, habrá perdón. El proceso comienza con la oración. El Señor ha dicho: “Quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más” (D. y C. 58:42). Compartan sus cargas con sus

padres si pueden; y por favor, confiésense con el obispo, que está deseoso de ayudarles.

Mi punto siguiente: *Sean verídicos*.

Shakespeare dijo: “Sé sincero contigo mismo, y de ello se seguirá, como la noche al día, que no puedes ser falso con nadie” (Hamlet, Acto primero, escena III). Tienen ustedes una herencia tremenda; tienen un grandioso origen de nobles antepasados. Muchos de ustedes son descendientes de los cientos y miles de pioneros que dieron su vida en testimonio de la verdad de esta obra. Si ellos les miraran ahora, les harían esta súplica: “Sean verídicos; sean leales. ‘Firmes creced en la fe que guardamos; por la verdad y justicia luchamos’”. Ellos dirían hoy: “Fe de nuestros padres, fe santa; fieles seremos hasta la muerte” (véanse *Himnos*, 166; *Hymns*, 84).

Y aquellos de ustedes que no tengan ascendencia pionera, ustedes pertenecen a una Iglesia que se ha fortalecido mediante la lealtad y el inquebrantable afecto de sus miembros a través de las generaciones. Qué maravilloso es pertenecer a una sociedad cuyos propósitos son nobles, cuyos logros son inmensos, cuya obra es edificante, incluso heroica. Sean leales a la Iglesia bajo toda circunstancia. Les hago la promesa de que las autoridades de esta Iglesia nunca les llevarán por el mal camino. Les llevarán por los senderos de la felicidad.

Ustedes, los que son miembros de esta Iglesia, deben ser leales a ella. Ésta es la iglesia de ustedes. Ustedes tienen tanta responsabilidad en su esfera de actividad como yo la tengo en la mía. Les pertenece a ustedes como me pertenece a mí. Ustedes han abrazado su Evangelio; han tomado sobre ustedes mismos un convenio en las aguas del bautismo, el cual han renovado cada vez que han participado de la Santa Cena. Se agregarán más convenios cuando se casen en el templo; no los tomen a la ligera; son algo sumamente grandioso. Ésta es la obra misma de Dios diseñada para llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna de Sus hijos e hijas.

Anden con fe ante Él con la cabeza en alto, orgullosos de ser miembros de esta gran causa y reino que Él ha restaurado en la tierra en ésta, la última dispensación del cumplimiento de los tiempos. ¿Para qué? Para traerles la felicidad.

Sean verídicos a sus propias convicciones; ustedes saben lo que es correcto y lo que no lo es;

ustedes saben cuando están haciendo lo correcto; saben cuando están dando de su fuerza a esta causa justa. Sean leales. Sean fieles. Sean verídicos, mis amados colegas en este gran reino.

El quinto punto. *Sean humildes*.

No hay lugar para la arrogancia en nuestra vida; no hay lugar para el engreimiento; no hay lugar para el egotismo. Tenemos que realizar una gran obra; tenemos cosas que llevar a cabo. Necesitamos dirección en la búsqueda de nuestra educación; necesitamos ayuda en la selección de una compañera o un compañero eternos.

El Señor ha dicho: “Sé humilde; y el Señor tu Dios te llevará de la mano y dará respuesta a tus oraciones” (D. y C. 112:10).

Qué promesa tan grande encierra esta declaración. Si nos despojamos del engreimiento, del orgullo y la arrogancia, si somos humildes y obedientes, entonces el Señor nos llevará de la mano y contestará nuestras oraciones. ¿Qué cosa más maravillosa podríamos pedir? No hay nada que se le compare.

En el gran Sermón del monte, el Salvador declaró: “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad” (Mateo 5:5).

Creo que los mansos y los humildes son aquellos que son enseñables; están dispuestos a aprender; están dispuestos a escuchar los susurros de la voz apacible y delicada para recibir guía en sus vidas. Ellos consideran la sabiduría del Señor superior a la de ellos mismos.

Y esto me lleva al punto final: *Sean dedicados a la oración*.

No pueden salir adelante solos. Al ver esta vasta congregación, sé que son jóvenes que oran, que se ponen de rodillas y hablan con el Señor; saben que Él es la fuente de toda sabiduría.

Ustedes necesitan Su ayuda, y saben que la necesitan. No pueden salir adelante solos. Llegarán a darse cuenta de ello y a reconocerlo más y más con el transcurso de los años. De modo que vivan a fin de que con una conciencia tranquila puedan hablar con el Señor. Pónganse de rodillas y agradezcanle Su bondad para con ustedes y expresenle los justos deseos de sus corazones. Lo milagroso de todo ello es que Él escucha; Él responde; Él

contesta. No siempre lo hace como nos gustaría que lo hiciera, pero no tengo duda de que contesta.

Ustedes, jovencitos y jovencitas, tienen una tremenda responsabilidad. Ustedes son el producto de todas las generaciones que les han antecedido. Todo lo que poseen de cuerpo y mente lo han recibido de sus padres. Algún día llegarán a ser padres y transmitirán a generaciones subsiguientes las cualidades corporales y mentales que han recibido del pasado. No rompan la cadena de las generaciones de su familia; consérvanla brillante y fuerte. Tanto depende de ustedes. Ustedes son de tanto valor; significan tanto para esta Iglesia. No sería lo mismo sin ustedes. Permanezcan erguidos, orgullosos de su herencia como hijos e hijas de Dios. Acudan a Él en busca de entendimiento y guía; vivan de acuerdo con Sus preceptos y mandamientos.

Ustedes pueden divertirse; ¡naturalmente que pueden hacerlo! Deseamos que se diviertan; deseamos que disfruten de la vida. No queremos que sean mojigatos; queremos que sean saludables y estén contentos; que canten, bailen, se rían y sean felices.

Pero al hacerlo, sean humildes y dedicados a la oración, y las sonrisas del cielo destilarán sobre ustedes.

No podría desearles nada mejor que una vida fructífera; que el servicio que presten sea dedicado y lo den libremente; que contribuyan al conocimiento y al bienestar del mundo en el que viven, y que lo hagan con humildad y fidelidad ante su Dios. Él les ama; nosotros les amamos. Deseamos que sean felices y que tengan éxito, que hagan importantes contribuciones al mundo en el que vivirán y al progreso de esta grandiosa y majestuosa obra del Señor.

Bueno, mis hermanos y hermanas, éstos son los puntos que les ofrezco, mis queridos amigos: Sean agradecidos; sean inteligentes; sean limpios; sean verídicos, sean humildes, sean dedicados a la oración.

Ahora, para concluir, ofreceré una oración en beneficio de ustedes.

Oh Dios, nuestro Padre Eterno, como Tu siervo, me inclino ante Ti en oración en beneficio de estos jóvenes diseminados por la tierra, quienes están reunidos esta noche en congregaciones por todas

partes. Ten a bien sonreír con aprobación sobre ellos. Por favor, escúchalos a medida que eleven sus voces en oración a Ti. Por favor, llévalos tiernamente de la mano en la dirección que deben seguir.

Por favor ayúdalos a andar en los senderos de verdad y de rectitud y guárdalos de la maldad del mundo. Bendícelos para que sean felices unas veces y serios en otras, para que puedan gozar de la vida y beber de su plenitud. Bendícelos para que anden aceptablemente ante Ti como Tus preciados hijos e hijas. Cada uno de ellos es Tu hijo, con la capacidad de realizar cosas grandes y nobles. Consérvalos en el alto sendero que conduce al éxito. Presérvalos de los errores que podrían destruirlos. Si han errado, perdona sus transgresiones y llévalos de nuevo a los caminos de paz y de progreso. Estas bendiciones las suplico humildemente con gratitud por ellos e invoco Tus bendiciones sobre ellos con amor y afecto, en el nombre de Él, que lleva las cargas de nuestros pecados, sí, el Señor Jesucristo. Amén.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- ¿Cuáles son los seis puntos que presenta el presidente Hinckley y por qué son importantes?
- ¿Qué principios de liderazgo nos enseña el discurso del presidente Hinckley? (véase especialmente su oración por la juventud). ¿Por qué son importantes esos principios?
- ¿Por qué es importante que los siervos del Señor sientan gratitud? ¿Qué puede hacer un líder para inspirar la gratitud hacia el Señor?
- El presidente Hinckley habló de un portón y unas bisagras. ¿Qué representan las bisagras en el liderazgo? ¿Qué representa el portón? ¿En qué nos ayuda a los líderes esa ilustración?
- ¿Cómo podemos mantenernos concentrados en educar la mente y mejorar nuestra capacidad?
- ¿Qué consejo da el presidente Hinckley sobre las amistades? ¿Por qué es importante ese consejo?
- ¿Cuáles son algunas de las cosas *para hacer* y *para no hacer* en la sección “Sean limpios” del discurso del presidente Hinckley?
- ¿Por qué es importante la humildad para el liderazgo en el reino?
- ¿Qué función tiene la oración en el liderazgo? ¿Por qué?

CÓMO APRENDER NUESTROS DEBERES DE LÍDERES

“Por tanto, aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado” (D. y C. 107:99).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Los líderes de la Iglesia y de la familia deben entender cuáles son sus deberes a fin de contribuir a que aquellos a quienes presten servicio reciban las bendiciones del Evangelio.

CONCEPTO DE LA LECCIÓN

1. Los líderes son más eficaces si aprenden los deberes pertinentes a su cargo.

CONCEPTO 1: LOS LÍDERES SON MÁS EFICACES SI APRENDEN LOS DEBERES PERTINENTES A SU CARGO.

COMENTARIOS

En Doctrina y Convenios 107:99–100, el Señor aconseja a todos que aprendan su deber. Esos versículos están dirigidos a los que prestan servicio en los oficios del sacerdocio, pero la esencia del consejo se aplica a todos los líderes. El élder Richard L. Evans, miembro fallecido del Quórum de los Doce Apóstoles, enseñó esto: “Nuestras familias, la Iglesia, la comunidad, la nación y el reino de Dios reciben un servicio más eficaz de los que están mejor preparados. La preparación y el conocimiento, *junto con* la fidelidad, son infinitamente mejores que la fidelidad sola. Y los que abandonan el esfuerzo por razones triviales, los que dejan de aprender, los que no continúan aumentando su competencia, en mi opinión no están cumpliendo su deber completo” (en “Conference Report”, oct. de 1966, pág. 55).

Cada una de las funciones de liderazgo tiene sus deberes particulares que podemos aprender en los manuales, con nuestros líderes, con otros que hayan tenido el mismo cargo, en reuniones de capacitación, por observación personal, por medio del Espíritu, estudiando las Escrituras y orando.

Los llamamientos a posiciones de liderazgo dan a las personas la oportunidad de aprender y

practicar diversas habilidades, tales como “evaluar las posibilidades, programar, delegar y motivar a los demás. Sin embargo, se exhorta a todos los líderes de la Iglesia a concentrarse en la gente, a apacentar las ovejas del rebaño del Señor, a conocer y a amar a los miembros; a escuchar, a amar y a ayudar a resolver problemas personales. [El presidente David O. McKay dijo:] ‘Es deber de los líderes... enseñar al miembro a amar, no al líder ni al maestro, sino amar la verdad del Evangelio’ [en “Conference Report”, oct. de 1968, págs. 143–144]. A fin de que lo hagan, a menudo se aconseja a los líderes que procuren los dones espirituales de discernimiento y prudencia (compárese con Lucas 12:12; D. y C. 84:85)” (en *Encyclopedia of Mormonism*, ed. por Daniel H. Ludlow, 5 tomos, 1992, tomo II, pág. 818).

Los líderes deben aprender sus deberes y saber qué esperan de ellos los demás. Por ejemplo, un presidente de clase puede ser responsable de dar la bienvenida a los demás alumnos, de reunirse con el maestro y con otros miembros de la clase que tengan cargos de liderazgo, a fin de planificar actividades, de capacitar a esos miembros que tengan cargos de liderazgo, de celebrar los cumpleaños de los miembros de la clase, o de ocuparse de ayudar a los que tengan problemas o no estén asistiendo, etc.

Los padres a su vez, como líderes de la familia, son responsables del bienestar tanto suyo como de

sus hijos. Sus deberes se describen en las pautas que aparecen en “La familia: Una proclamación para el mundo” (*Liahona*, octubre de 1998, pág. 24).

Los líderes de las organizaciones auxiliares y del sacerdocio son responsables de ayudar a aquellos a quienes presten servicio para que reciban las bendiciones del Evangelio. Entre sus deberes tendrán tal vez que dirigir reuniones, supervisar la orientación familiar o el programa de maestras visitantes, presentar informes a otros líderes, aconsejar, entrevistar, preparar presupuestos, extender llamamientos, dirigir proyectos de servicio y, en general, contribuir a que su organización funcione bien. Su responsabilidad principal es apoyar y alentar a los padres en el deber que tienen de enseñar el Evangelio en su hogar.

Generalmente, los líderes de la Iglesia y de la familia tienen que desarrollar su capacidad para:

- Evaluar las posibilidades.
- Tomar decisiones.
- Programar actividades.
- Administrar bien el tiempo.
- Delegar responsabilidades.
- Motivar a los demás.
- Concentrarse en las personas más que en las tareas.
- Mantener la comunicación con aquellos a quienes presten servicio y con otros líderes.
- Ennoblecen a otros.
- Escuchar con comprensión.
- Conocer a las personas y amarlas.
- Ayudarles a resolver sus problemas.
- Enseñarles a amar las verdades del Evangelio.
- Emplear dones espirituales tales como el discernimiento y la prudencia.
- Mantenerse dentro de los límites de la doctrina y de las normas.

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pregunte a dos o tres alumnos qué tipo de trabajo desempeñan sus padres como medio de vida; o si ellos mismos son jefes de familia, qué tipo de trabajo tienen. Hablen luego de las

habilidades, el conocimiento o la disposición que esos trabajos exijan.

Dígales que todo miembro debe prepararse para ser líder en la Iglesia o de una familia, y que cada tipo de liderazgo encierra sus deberes particulares.

Pregúnteles por qué es importante que los líderes aprendan sus deberes. ¿No sería suficiente con que fueran buenas personas y trataran de ayudar a los demás?

Mencionen algunas de las responsabilidades de diversas posiciones de liderazgo en la Iglesia y en la familia, y hablen de la forma en que se aprenden esos deberes. Exhorte a los alumnos a aprender todos sus deberes si se les llama a un cargo de liderazgo.

Hagan una lista de los deberes de una presidenta de la Sociedad de Socorro y otra de los del presidente de un quórum de élderes. Indíqueles que se podría hacer listas similares para todas las posiciones de liderazgo de la Iglesia y en la familia, y haga hincapié en la importancia de que los líderes aprendan sus deberes a fin de ser siervos diligentes.

Repasen algunas de las maneras en que aprendemos nuestros deberes cuando somos líderes.

Pregúnteles qué podría impedirnos aprender nuestros deberes de líderes y analicen la forma de vencer esos obstáculos.

Haga recordar a los alumnos las grandes bendiciones que reciben los que ayudan a los demás a venir a Jesucristo (véase D. y C. 18:15–16).

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Elder Dallin H. Oaks

del Quórum de los Doce Apóstoles

“El liderazgo de los padres en la familia”, Ensign, junio de 1985, págs. 7–11.

Agradezco esta oportunidad de hablar a los padres de la Iglesia sobre su liderazgo en la familia. Mis palabras se dirigen a todo padre, joven y mayor; me dirijo a los que deben ejercer solos sus deberes de padres, así como a los que están unidos con el mismo yugo en un matrimonio feliz.

Nunca podremos hacer suficiente hincapié en la importancia de la paternidad y de la familia. La base del gobierno de Dios es la familia eterna; nuestra teología tiene sus comienzos en Padres Celestiales y nuestra mayor aspiración es alcanzar ese estado nosotros mismos. El Evangelio de Jesucristo es el plan de nuestro Padre Celestial para el beneficio de Sus hijos espirituales, y ese plan se hace posible gracias al sacrificio de nuestro Hermano Mayor. Como padres terrenales, participamos en el plan del Evangelio al proveer cuerpos físicos para los hijos espirituales de Padres Celestiales. Afirmamos solemnemente que la plenitud de la salvación eterna es un asunto de familia. Ciertamente, podemos decir que el plan del Evangelio se originó en la reunión de consejo de una familia eterna, se implementa por medio de nuestra familia terrenal y tiene su destino en nuestra familia eterna. No es de extrañar, entonces, que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se conozca como una religión centrada en la familia.

Como padres en Sión, somos responsables de enseñar a nuestra posteridad el Evangelio de Jesucristo, incluso la importancia de obedecer los mandamientos de Dios y de obtener las ordenanzas salvadoras del Evangelio.

Todos deseamos mejorar nuestra labor de padres. No hay ninguna responsabilidad más común y corriente; sin embargo, no hay ninguna más importante. El presidente Joseph F. Smith nos dio este consejo:

“Nunca debemos desalentarnos en las tareas diarias que Dios ha decretado como la suerte común del hombre. Deben emprenderse los deberes de cada día con un espíritu gozoso, y con el pensamiento y la convicción de que nuestra felicidad y bienestar eternos dependen de efectuar bien lo que hemos de hacer, lo que Dios nos ha dado como deber”.

El presidente Smith aplica ese principio a los padres, diciendo:

“Al fin y al cabo, el hacer bien las cosas que Dios dispuso que fuesen la suerte común de todo el género humano constituye la nobleza más auténtica. Lograr el éxito como padre o como madre es superior a lograr el éxito como general o estadista”.

El presidente Smith comenta que el éxito en una ocupación mundana, aunque se trate de una muy importante, es efímero; mientras que el éxito de los padres es una “grandeza universal y eterna” (*Doctrina del Evangelio*, pág. 279).

A pesar de la importancia de nuestra tarea, éstos son tiempos difíciles para los padres. Las tensiones y dificultades de la vida moderna les presentan grandes problemas; eso se pone de manifiesto en la definición que se hace de la familia, medio en broma, medio en serio, diciendo que es “un grupo de personas que tienen las llaves de la misma casa”.

Las expresiones populares “liberación de la mujer” y “liberación del hombre” indican otros problemas: muchas veces, ese tipo de “liberación” se precia de liberar a hombres y mujeres de las responsabilidades familiares. No obstante, los que abandonan a su familia o la descuidan podrán liberarse de las responsabilidades pero quedan aprisionados por el pecado. Pase lo que pase a corto término, nadie podrá alcanzar nunca una verdadera libertad evadiendo las responsabilidades eternas. La libertad eterna exige un cumplimiento concienzudo de las responsabilidades familiares.

Al estudiar los discursos pronunciados por nuestros líderes del primer siglo de la Iglesia restaurada, nos sorprenderá el hecho de que raramente hablaban de responsabilidades familiares; en contraste, ése es un tema frecuente en la enseñanza de nuestros días. ¿Y por qué es así?

Durante mi infancia, transcurrida en una granja, todas las noches eran noches de hogar y no había televisor que impidiera las actividades de la familia. Aparte de unas pocas horas que pasábamos en la escuela, cualquier cosa que pasara en la vida cotidiana pasaba bajo la dirección de la familia; por lo general, sólo salíamos de la granja dos veces por semana: el sábado para hacer compras y el domingo para ir a la iglesia. Así vivía la mayor parte de los miembros en el primer siglo de la Iglesia restaurada, y en esas circunstancias, había poca necesidad de programar noches de hogar ni de recalcar la trascendencia de la familia y la importancia de las responsabilidades familiares.

Actualmente, son muy pocos los jóvenes que conocen la experiencia de las constantes actividades familiares de tiempos pasados. La vida urbana y el transporte moderno han facilitado a la juventud el

uso de su hogar como casa de pensión a la que van a dormir y comer de vez en cuando, pero donde existe escasa dirección de su vida cotidiana. Las actividades recreativas organizadas y los medios de transporte rápido alejan a los jóvenes de la supervisión de sus padres.

El medio de ganarse la vida de la mayoría de los miembros de la Iglesia también complica sus funciones de padres. En el pasado la familia era una unidad de *producción* económica, organizada y disciplinada. Mis cuatro abuelos cultivaban la tierra y dirigían las labores de sus hijos en las granjas familiares. Toda la familia trabajaba junta para producir los alimentos, mantener la casa y ganar los ingresos necesarios para lo que hubiera que comprar.

En la actualidad, pocas familias trabajan juntas para producir sus ingresos; la mayoría son, en cambio, unidades de *consumo* económico, lo cual no exige mucha organización ni cooperación. En esas circunstancias, se requiere un esfuerzo especial a fin de que los padres y los hijos trabajen juntos en tareas comunes, pero es importante que lo hagan.

Uno de los factores principales que unían a las familias en tiempos pasados era la experiencia de luchar juntos por una meta común, ya fuera el cultivo de la tierra o el establecimiento de un negocio. Este principio es tan esencial que un comentarista periodístico hizo esta sugerencia: “Si la familia no tiene ninguna crisis que enfrentar, sería bueno conseguir una fiera que se pusiera a rugir en la puerta de la casa” (*Time*, 15 de dic. de 1967, pág. 31). La mayoría de los padres tienen suficientes crisis sin salir a conseguir ninguna fiera, pero es preciso que las reconozcan y organicen a su familia en un esfuerzo unido por resolverlas.

Las familias se unen cuando tienen juntas actividades significativas; los hijos deben trabajar juntos bajo la dirección de sus padres. Realizar juntos una labor remunerada, aunque sea de pocas horas por semana, sería conveniente para todos, como así también un huerto familiar; además, cualquier tarea en común para ayudar a otras personas es buena; la familia puede establecer un fondo para misioneros al que todos contribuyan; pueden hacer investigación genealógica y escribir la historia familiar, compartiéndola con otros parientes; pueden organizar reuniones familiares; pueden enseñar a los miembros de la familia las

habilidades básicas del diario vivir, incluso la administración económica, el mantenimiento de las propiedades y la ampliación de la cultura en general. El aprender otros idiomas es una forma útil de prepararse para el servicio misional y para la vida moderna. Los que enseñen estas materias pueden ser los padres, los abuelos, los tíos u otros miembros de la familia.

Quizás haya quienes digan: “Pero no tenemos tiempo para eso”. En cuanto al tiempo para hacer lo que tiene verdadero valor, sugiero a los padres que se darán cuenta de que pueden “encender” el interés de su familia si apagan el televisor. En las casas de los Estados Unidos, el televisor está encendido un promedio de siete horas por día (*USA Today*, 17 de mayo de 1984). Y, lo que nos toca más de cerca, un estudio realizado en 1984 sobre los televidentes en una región *donde predominan los miembros de la Iglesia* indicó que el setenta por ciento de los entrevistados —la mayoría adultos— miraba televisión tres horas o más por día. Casi la mitad de esas personas miraban televisión cinco horas o más.

El presidente David O. McKay enseñó:

“El hogar es el primer lugar y el más eficaz donde los niños pueden aprender las lecciones de la vida: la verdad, el honor, la virtud, el autodomínio; el valor de la educación y del trabajo honrado; y el propósito y privilegio de la vida. Nada puede tomar el lugar del hogar en la crianza y la enseñanza de los niños, y ningún éxito podrá compensar el fracaso en el hogar” (*Manual para la Noche de Hogar*, 1968–1969, pág. iii).

Los padres son los maestros principales e imparten su enseñanza más eficaz por medio del ejemplo. El círculo familiar es el lugar ideal para demostrar y aprender la bondad, el perdón, la fe en Dios y toda otra virtud del Evangelio de Jesucristo.

El padre preside y tiene la responsabilidad final del gobierno del hogar, pero la responsabilidad de ser padres es obviamente un deber compartido. Ambos padres tienen una función de liderazgo en la enseñanza de sus hijos y deben consultarse y apoyarse el uno al otro. En ese esfuerzo los padres deben recordar la maravillosa analogía del presidente Kimball sobre la lámpara y el espejo: “Hay dos maneras de esparcir luz: ser la lámpara o ser el espejo que refleja su luz. Nosotros, los padres,

podemos hacer ambas cosas” (en “Conference Report”, conferencia de área de Estocolmo, Suecia, 1974, pág. 49). En la sagrada tarea de enseñar a los hijos de Dios, los padres deben unirse y combinar sus esfuerzos para disipar los poderes de las tinieblas de la vida de sus hijos.

El círculo familiar es también la mejor organización para contrarrestar el egoísmo y la autocomplacencia, temas obsesivos que parecen ser los cantos de sirenas de la vida moderna. En contraste con el individualismo egotista que nos rodea, debemos tratar de moldear nuestra vida familiar siguiendo el modelo del sacrificio abnegado de nuestro Salvador. Él nos enseña que debemos entregarnos al servicio de los demás. En su magnífico sermón de despedida, el rey Benjamín dijo a su pueblo que enseñaran a sus hijos “a andar por las vías de la verdad y la seriedad... a amarse mutuamente y a servirse el uno al otro” (Mosiah 4:15).

No existe ninguna otra relación humana más apropiada para impartir esas enseñanzas que una familia cuyos padres aman de verdad a los hijos y dedican su vida a servirlos. Ellos deben enseñarles los principios del Evangelio restaurado y, en particular, el sacrificio expiatorio de nuestro Salvador, Jesucristo; también deben enseñar los sacrificios en menor escala que ellos hacen por la familia. Si se imparte con la actitud apropiada —por el ejemplo tanto como por el precepto— esa enseñanza ayudará a los niños a ser más afectuosos y a honrar a sus padres; además, los preparará para ser padres ellos mismos.

Los padres enseñan y la familia aprende cuando hacen algo juntos.

La familia debe orar junta, arrodillándose de mañana y de noche para ofrecer gratitud por las bendiciones y suplicar con respecto a preocupaciones o intereses comunes.

La familia debe adorar junta al Señor, participando en los servicios religiosos y en las reuniones familiares espirituales.

La familia debe estudiar y aprender junta, incluso leer y analizar las Escrituras, así como considerar otros temas de importancia como los conocimientos que se deben adquirir para funcionar bien en el mundo actual.

Las familias deben trabajar juntas, como ya se sugirió; también deben divertirse, a fin de que asocien las felices experiencias recreativas con las actividades familiares.

Las familias deben tener sus reuniones de consejo para tratar todos los asuntos que conciernan al grupo en general y a sus miembros en particular.

Las familias deben comer juntas. La hora de la comida es una parte del día en que es natural que la familia se reúna y se comunique; es una lástima que se desperdicie esa oportunidad en discusiones acaloradas o que se fragmente porque algunos coman a deshoras o se lleven los alimentos para comer mientras hacen otra cosa, tomando así la cocina como un restaurante de comida rápida.

Las familias deben hacer juntas un registro de tradiciones familiares y de experiencias sagradas, y reunirse a hablar sobre lo registrado a fin de fortalecerse como unidad y fortalecer a sus miembros. El presidente Kimball nos dijo: “Estas historias inspiradoras sacadas de nuestra propia experiencia y de la de nuestros antepasados son un medio eficaz para enseñar... una fuente de inspiración” para nosotros y para nuestra posteridad (“Recibí... alguna instrucción en toda la ciencia de mi padre”, *Liahona*, set. de 1982, pág. 5).

No hay ninguna duda de que la noche de hogar es la ocasión ideal para fomentar todo tipo de unión familiar; es la ocasión ideal para que la familia ore junta, aprenda, tenga reuniones de consejo, se divierta e incluso trabaje junta. La mayoría de nosotros reconoce eso, pero me pregunto cuántos estaremos aprovechando todo el potencial de la noche de hogar.

El presidente Spencer W. Kimball revela la magnitud de nuestras responsabilidades de padres en estas proféticas palabras:

“Llegará un momento en que sólo aquellos que crean profunda y activamente en la familia podrán preservar a la suya en medio de las iniquidades que nos rodean” (“La familia puede ser eterna”, *Liahona*, febrero de 1981, pág. 5).

En esa tarea de suprema importancia que es preservar a la familia, necesitamos toda la ayuda de que podamos disponer; al esforzarnos por lograrlo, tenemos derecho a recibir las bendiciones del cielo y las recibiremos. Somos siervos de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, y cuando procuramos

cumplir nuestras responsabilidades sagradas de padres en Sión, estamos precisamente haciendo lo que Él nos ha encomendado. Que seamos diligentes y bendecidos al hacer ese esfuerzo.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- ¿Cuáles son algunas de las principales responsabilidades de los padres como líderes de su familia?
- El élder Oaks comenta que los primeros líderes de la Iglesia hablaban menos de las responsabilidades familiares que los de la actualidad. ¿Qué razones presenta para explicar la diferencia?
- ¿Qué aconseja el élder Oaks que hagan las familias para ser unidas?
- De acuerdo con lo que él dice, ¿cuál es el método de enseñanza más eficaz para los padres?
- ¿Cuáles son algunas de las cosas que la familia puede hacer en unión?
- ¿Qué pueden hacer los líderes para fortalecer a los padres a fin de que el hogar sea un lugar donde se enseñe el Evangelio y donde se aprenda a vivir de acuerdo con las enseñanzas del Salvador?

EL PRESTAR SERVICIO A AQUELLOS A QUIENES DIRIGIMOS

“Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores;

“mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve.

“Porque, ¿cuál es el mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lucas 22:25–27).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Los líderes de la familia y de la Iglesia sirven al Señor prestando servicio a aquellos a quienes dirijan.

CONCEPTOS DE LA LECCIÓN

1. El Salvador fue el líder perfecto y el servidor perfecto.
2. Debemos aprender a ser líderes servidores.
3. Seremos mejores líderes servidores si comprendemos las necesidades de las personas a quienes prestemos servicio.

CONCEPTO 1: EL SALVADOR FUE EL LÍDER PERFECTO Y EL SERVIDOR PERFECTO.

COMENTARIOS

Durante el ministerio terrenal de Jesucristo, un día la madre de Jacobo y Juan le pidió un favor especial para sus hijos; después de contestarle, Jesús explicó lo siguiente: “...Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad.

“Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor,

“y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo;

“como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:25–28).

Después de Su última cena de Pascua, Jesús lavó los pies a Sus Apóstoles y luego les preguntó: “...¿Sabéis lo que os he hecho?

“Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy.

“Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros.

“Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.

“De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió” (Juan 13:12–16).

Como dijo el élder Neal A. Maxwell, miembro del Quórum de los Doce Apóstoles: “El líder servidor fue ejemplificado a la perfección por Jesús” (*Even As I Am*, 1982, pág. 62). Jesús pasó Su ministerio terrenal dedicado a sanar, bendecir, enseñar y servir a todos, sin tener en cuenta la posición social. Él ministró (prestó servicio) a la gente de acuerdo con sus necesidades más intensas. En Su discurso sobre el pan de vida, el Salvador señaló que había muchos que lo seguían por los milagros que Él hacía; otros lo seguían por el pan y el pescado que les daba. Pero Él sabía que necesitaban de algo más que milagros y pan para nutrir su espíritu, y los invitó a comer “la carne del Hijo del Hombre, y bebe[r] su sangre”, dándoles esta promesa: “...el que come de este pan, vivirá eternamente” (Juan

6:53, 58). Pedro, hablando en nombre de los Doce, testificó que Jesús tenía en verdad “palabras de vida eterna” (vers. 68).

El presidente James E. Faust, Consejero de la Primera Presidencia, enseñó esto: “Las necesidades básicas de la humanidad... —la propia estimación, la paz mental y el contentamiento—, se pueden satisfacer plenamente por medio de la fiel obediencia a los mandamientos de Dios. Eso se aplica a toda persona, en cualquier país o costumbres” (“Herederos del reino de Dios”, *Liahona*, julio de 1995, pág. 69).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Lea con la clase Mateo 20:25–28 y Juan 13:12–16; luego pregúnteles: ¿En qué se diferencian el liderazgo en el reino de Dios y el liderazgo en el mundo? Analicen las respuestas (véase la sección “Comentarios”).

Diga a los alumnos que busquen pasajes de las Escrituras que den ejemplos del servicio prestado por Jesús o por uno de Sus discípulos. Además, que busquen otros donde se explique la importancia del servicio. Pídales que hablen de las Escrituras que hayan encontrado.

Explíqueles que Jesús “ejemplificó a la perfección” el concepto del servicio en el liderazgo. Analicen el hecho de que la expiación del Señor fue el acto de servicio más grandioso que haya tenido lugar jamás.

CONCEPTO 2: DEBEMOS APRENDER A SER LÍDERES SERVIDORES.

COMENTARIOS

Después de Jesucristo, algunos de los mejores ejemplos de líderes servidores que encontramos son los profetas y los misioneros antiguos y modernos. El rey Benjamín enseñó a su pueblo la importancia del servicio, diciendo: “...cuando os halláis al servicio de vuestros semejantes, sólo estáis al servicio de vuestro Dios” (Mosíah 2:17). Ammón pudo enseñar al rey Lamoni y a su pueblo porque primero llegó a ser su siervo (véase Alma 17–19). El élder Neal A. Maxwell dijo esto del profeta José Smith: “¿Fue José servidor de sus semejantes? ¡Así lo demostró!... una niña... y su hermano se quedaron atascados en el barro. El profeta José ‘...poniéndose en cuclillas, nos limpió los zapatos

llenos de barro y, sacando un pañuelo de su bolsillo, nos enjugó la cara empapada en lágrimas. Nos habló con palabras bondadosas y alegres, instándonos a que siguiésemos contentos camino a la escuela’ (Carl Arrington, ‘El hermano José’, *Liahona*, dic. de 1974, pág. 14).

“Una vez, al huir de una turba, José y un muchacho cruzaron a duras penas bosques y pantanos. De ello, el joven contó: ‘...las náuseas y el temor me habían despojado de mis fuerzas. José tuvo que decidir entre dejarme para que me capturaran los de la turba o arriesgarse él mismo prestándome ayuda. Hizo esto último; me levantó colocándome sobre sus anchos hombros y me llevó así a través de los pantanos y la oscuridad, descansando [de vez en cuando]. Varias horas después, salimos al camino solitario llegando pronto a un lugar seguro. Las fuerzas hercúleas de José le permitieron... salvarme la vida’ (Íbid, pág. 15)” (véase “José, el Vidente”, *Liahona*, enero de 1984, págs. 96–97).

El élder L. Tom Perry, del Quórum de los Doce Apóstoles, comentó lo siguiente del presidente Howard W. Hunter: “La historia de su vida está llena de relatos de determinación, logros, fe y verdadero amor cristiano. Él es una inspiración para todos nosotros. Él es nuestro Profeta. Estamos a sus pies, dispuestos a beber de la fuente de sabiduría de este firme y fiel siervo y líder” (“Escuchemos la voz del Profeta”, *Liahona*, enero de 1995, pág. 21).

El élder Neal A. Maxwell escribió: “El líder servidor fue ejemplificado a la perfección por Jesús, y, si queremos llegar a ser como Él, nosotros debemos hacer lo mismo.

“En verdad, toda la utilidad de nuestra vida depende de nuestra disposición a servir a los demás” (*Even As I Am*, pág. 62).

El élder Russell M. Nelson, del Quórum de los Doce, observó que, por el contrario, el “esforzarse por llegar a ser amo o maestro en lugar de siervo... destruirá el espíritu del trabajador y de la obra” (“No tendrás dioses ajenos delante de mí”, *Liahona*, julio de 1996, pág. 16). Y el presidente Gordon B. Hinckley escribió que “parte de nuestra labor más excelente proviene del servicio que prestamos a los demás” (*Standing for Something: Ten Neglected Virtues That Will Heal Our Hearts and Homes*, 2000, pág. 161).

El élder Vaughn J. Featherstone hizo una lista de los rasgos y maneras de actuar de los líderes servidores. Consulte esa lista en la sección “Fuentes de recursos para el maestro” de la lección 1 (pág. 3).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Dé a cada alumno una copia de la lista del élder Featherstone con los rasgos de un líder servidor (pág. 5). Analice con la clase esos rasgos y la forma en que el adquirirlos nos ayudará a ser mejores líderes de la familia y de la Iglesia.

Divida la clase en grupos pequeños y pida a cada grupo que lea el capítulo 2 de Mosíah. Explique que ese capítulo contiene el principio del discurso final del rey Benjamín a su pueblo. Dígales que se fijen en la forma en que el rey Benjamín ejemplificó al líder servidor y en lo que enseñó a su pueblo sobre la importancia de prestarse servicio unos a otros. Una vez que terminen, analicen lo que ellos hayan aprendido de la vida y enseñanzas de ese rey sobre el concepto de ser líderes y servidores.

CONCEPTO 3: SEREMOS MEJORES LÍDERES SERVIDORES SI COMPRENDEMOS LAS NECESIDADES DE LAS PERSONAS A QUIENES PRESTEMOS SERVICIO.

COMENTARIOS

Los líderes son más eficientes si entienden las necesidades de las personas a quienes presten servicio. Algunas de éstas son comunes a todas las personas: la mente del que tenga hambre tenderá a enfocarse en la necesidad de alimento; así también, si una persona está enferma o si le falta ropa, está sin hogar o le escasea el dinero, le resultará difícil concentrarse en otros intereses.

Además de las carencias físicas, la gente sufre problemas mentales, emocionales o espirituales. Por lo general, las personas son más eficientes cuando tienen buenos amigos, cuentan con el apoyo de la familia y reciben reconocimiento, así como cuando se sienten parte de un grupo o de una buena causa y tienen un sentido de su propio valor.

Algunas de esas condiciones varían según la edad. Por ejemplo, los jóvenes generalmente son más sensibles a la presión de sus amistades y tienen más necesidad que los mayores de ser aceptados por los demás. Otros elementos nos

afectan a todos, sean cuales sean nuestra edad o nuestras circunstancias, como el hecho de que todos necesitamos saber que Dios se interesa en lo que nos suceda día a día.

Hay muchos modos de aumentar nuestra comprensión de las necesidades de aquellos a quienes sirvamos. Por ejemplo, al leer relatos de las Escrituras sobre el servicio que prestaban a la gente Jesús y Sus líderes, podemos hacer preguntas como éstas: ¿Cómo descubrió ese líder lo que le hacía falta a la gente? ¿Cómo le comunicaron las personas sus necesidades? ¿Qué sabía el líder de ellas que le ayudara a entender sus necesidades? Antes de poder ayudar a la gente a satisfacer sus necesidades espirituales, ¿qué carencias físicas tuvieron los líderes a veces que solucionar primero?

Nosotros podemos aprender sobre las necesidades de la gente en general leyendo, observando, asistiendo a clases de liderazgo y orando; podemos también meditar sobre las nuestras y sobre la forma en que las solucionamos.

El presidente Gordon B. Hinckley explicó lo siguiente: “Al mirar hacia Dios con amor y gratitud, y al prestar servicio a los demás sin esperar ninguna recompensa a cambio, tendremos un mayor sentido del valor del servicio a nuestros semejantes, pensaremos menos en nuestros propios intereses y más en los de las demás personas. El principio del amor es la esencia misma de la bondad” (*Standing for Something*, pág. 9).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Analicen las ideas que se dan en los “Comentarios”. Podría hacer preguntas como las siguientes:

- ¿Qué necesidades debemos tener en cuenta al esforzarnos por ser mejores líderes servidores?
- ¿Qué necesidades particulares tienen los jóvenes que sus líderes deban considerar?
- ¿Qué libros les han ayudado a comprender mejor las necesidades de los demás?

Hablen de las experiencias que les hayan ayudado a percibir más las necesidades de otras personas. Dirija a la clase en un análisis sobre las actividades misionales de Ammón (véase Alma 17–19) y pídale que se fijen en lo que Ammón hizo para comprender y satisfacer las necesidades del rey Lamoni.

Puede terminar leyendo las palabras del presidente Hinckley que aparecen en la sección “Comentarios”.

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Élder Vaughn J. Featherstone

de los Setenta

Tomado de “More Purity Give Me” [“Más pureza dame”], 1991, págs. 11–14.

El principio del liderazgo con servicio surge de la fuente misma de toda verdad, Dios el Padre Eterno, y lo recibimos por medio del Señor Jesucristo, el Hijo Unigénito. Ellos son para nosotros los ejemplos supremos del liderazgo por medio del servicio...

¿No es la invitación del Maestro una característica de los líderes servidores? Él dijo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:28–30).

En Marcos leemos que los discípulos habían estado disputando sobre el tema de cuál de todos era el mayor entre ellos: “Entonces él se sentó y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos” (Marcos 9:35)...

Los líderes servidores ministran a las personas, todas las cuales son creadas a la imagen de Dios nuestro Padre Todopoderoso. Los administradores, directores y líderes egocéntricos se interesan principalmente en reglas, reglamentos, normas y programas; para esas personas, los hombres y las mujeres son importantes sólo mientras les sean “útiles” para alcanzar sus metas.

No habría muchos directores, administradores y líderes que notaran a personas supuestamente sin importancia haciendo obras maravillosas. “Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho” (Marcos 12:41). Jesús notó sus donaciones, las que representaban una buena acción gracias a la cual

se haría mucho bien; Él no menospreció nada de lo que habían dado. Muchos líderes de la actualidad calcularían sólo las cantidades de dinero que pudieran emplearse para ganar más aún, y prestarían escasa atención a la viuda, que indudablemente parecería abochornada, insignificante, mal vestida, probablemente temblorosa y humilde, cuando se acercó al arca de la ofrenda; echó allí dos blancas, dos de las más pequeñas monedas hebreas; dos blancas no eran suficientes siquiera para comprar una hogaza de pan. Es probable que la mujer no se atreviera a levantar los ojos por temor de que alguien hubiera notado su mínima donación y se burlara de ella. Me imagino que se apresuraría a alejarse para evitar el bochorno.

Jesús llamó a Sus discípulos y les dijo: “...De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento” (Marcos 12:43–44).

Me pregunto si Él, el Maestro de los cielos y de la tierra, habrá encontrado la manera de hacer llegar al corazón de la viuda Su dulce y sincera gratitud por la donación de ella.



Élder M. Russell Ballard
del Quórum de los Doce Apóstoles

Tomado de “The Greater Priesthood: Giving a Lifetime of Service in the Kingdom” (El sacerdocio mayor: Demos

una vida de servicio en el reino), Ensign, set. de 1992, págs. 71, 73.

Todos los que poseemos el sacerdocio de Dios estamos unidos por un eslabón común de servicio. Juan el Bautista, ya resucitado, expresó ese concepto en la sagrada oportunidad en que restauró el Sacerdocio Aarónico a los hombres en la tierra. Ese mensajero angélico de Dios, el mismo que tuvo el privilegio de bautizar al Salvador, se dirigió al profeta José Smith y a su compañero de labor, Oliver Cowdery, llamándolos “mis consiervos” (D. y C. 13:1). ¡Qué espléndido modelo de servicio humilde en el reino de Dios!

Todo hombre o muchacho que posea el sacerdocio, sea cual sea éste o el oficio que posea, es un *consiervo* en la obra del Señor Jesucristo.

Aun cuando yo he sido ordenado al oficio de Apóstol en el Sacerdocio de Melquisedec, mis compañeros del apostolado y yo somos consiervos en la obra del Señor con el último diácono o élder que haya sido ordenado en la Iglesia.

El apóstol Pablo declaró la verdad de que “puso Dios en la Iglesia, primeramente apóstoles” (1 Corintios 12:28), pero también declaró la verdad de que todo miembro del cuerpo es necesario. Nadie que posea un oficio del sacerdocio puede decir a los que posean otros oficios: “No te necesito”, porque todos son consiervos en el servicio del Señor (véanse los vers. 14–28). Nuestro objetivo común y más importante es llevar a cabo Su obra. Todo poseedor del sacerdocio, al cumplir los deberes de su oficio, se necesita para realizar la obra del Señor.

Repito, no se confiere un oficio del sacerdocio por la importancia que tenga sino por el servicio que preste el que lo posea. Ustedes y yo somos *consiervos* en la Iglesia de Jesucristo...

El presidente David O. McKay dijo: “El sacerdocio significa servicio; esto se cumple aun en la divina fuente del que procede, como podemos inferir de esta sublime declaración: ‘...ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre’. De la Deidad proviene el servicio que conduce a la redención de los hijos de Dios” (*Pathways to Happiness*, Salt Lake City: Bookcraft, 1957, pág. 231)...

...Los invito a meditar sobre las siguientes palabras del presidente Marion G. Romney:

“El prestar servicio no es algo que hacemos en esta tierra para poder ganar el derecho de vivir en el Reino Celestial, sino que es la fibra misma de la cual está formada la exaltación en él...”

“Si sabemos que el prestar servicio a los demás satisface a nuestro Padre Celestial, y deseamos estar donde Él se encuentra y ser lo que Él es, ¿por qué se nos debe dar el mandamiento de que nos sirvamos los unos a los otros?... El servicio es la esencia misma de que está compuesta la Trinidad” (véase “La divina naturaleza de la autosuficiencia”, *Liahona*, enero de 1983, pág. 176).

Hermanos, poseer el sacerdocio de Dios y tener la oportunidad de prestar servicio ilimitado a nuestros semejantes es una bendición que se debe atesorar. Sé que el Señor Jesucristo vive y ruego a Dios que los bendiga a ustedes, jóvenes y viejos, con un profundo aprecio por el sacerdocio que poseen y con un deseo cada vez mayor de servir a sus semejantes y a su Padre Celestial, en el nombre de Jesucristo. Amén.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- Al servir a los demás, ¿cómo podemos reconocer lo que hacen bien y expresarles gratitud por ello? (véase el análisis del élder Featherstone sobre la ofrenda de la viuda).
- ¿Qué efectos positivos puede tener en una persona un elogio sincero?
- ¿Qué han sentido cuando sus esfuerzos han pasado inadvertidos? ¿Qué les hubiera gustado que sucediera?
- ¿Cuál es el equilibrio apropiado que debe establecerse en la importancia que se dé a los programas y a la gente?
- Seleccione y analice con la clase varios de los conceptos que le parezcan importantes del discurso del élder Ballard.

APRENDAMOS A DIRIGIR CON CARIDAD

“Pero la caridad es el amor puro de Cristo, y permanece para siempre; y a quien la posea en el postrer día, le irá bien.

“Por consiguiente, amados hermanos míos, pedid al Padre con toda la energía de vuestros corazones, que seáis llenos de este amor que él ha otorgado a todos los que son discípulos verdaderos de su Hijo Jesucristo...” (Moroni 7:47–48).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

El liderazgo semejante al de Cristo está motivado por la caridad.

CONCEPTOS DE LA LECCIÓN

1. La caridad es el motivo más elevado de un líder para prestar servicio.
2. Podemos desarrollar y ampliar nuestra capacidad de dirigir con caridad.

CONCEPTO 1: LA CARIDAD ES EL MOTIVO MÁS ELEVADO DE UN LÍDER PARA PRESTAR SERVICIO.

COMENTARIOS

La caridad es “el amor puro de Cristo... el amor más fuerte, más noble y más elevado, y no tan sólo un sentimiento de afecto” (*Guía para el Estudio de las Escrituras*, pág. 31). “Nunca se emplea en las Escrituras para referirse a limosnas, buenas obras ni benevolencia” (Diccionario bíblico en inglés, “charity”, pág. 632).

El apóstol Pablo enseñó que la caridad [la Biblia en español dice “amor”] es superior a cualquier acto de servicio o don espiritual: “Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiene.

“Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy.

“Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve...

“El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará.

“Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos;

“mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es parte se acabará...

“Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor” (1 Corintios 13:1–3, 8–10, 13).

El élder Dallin H. Oaks, miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, enseñó esto: “No sólo debemos hacer lo correcto, sino que debemos hacerlo movidos por las razones correctas. El término moderno que se utiliza es ‘buena motivación’. Las Escrituras se refieren a veces a esa actitud mental apropiada con las palabras ‘con íntegro propósito de corazón’ o ‘verdadera intención’...

“...Si no hacemos las cosas por los motivos correctos, nuestras acciones no se considerarán de rectitud...

“Las acciones aparentemente buenas que sean motivadas por razones incorrectas no traerán bendiciones” (*Pure in Heart*, 1988, págs. 15, 33; véase también Moroni 7:6–11).

En otra oportunidad, el élder Oaks mencionó seis razones que motivan a las personas a prestar servicio:

1. “Por causa de riquezas y los honores”.
2. “Por un deseo... de contar con buenas compañías”.

3. “Por temor a ser castigados”.
4. “Por un sentido del deber o por lealtad”.
5. “Por la esperanza de un galardón eterno”.
6. “Por el amor a Dios y a nuestros semejantes”.

Esta última razón, la caridad, dice el élder Oaks, es “la mayor de todas... es lo que las Escrituras llaman ‘un camino más excelente’ (1 Corintios 12:31)” (“¿Por qué servimos?”, *Liahona*, enero de 1985, págs. 10–11).

Los líderes de la Iglesia y de la familia necesitan la guía, la visión y la fortaleza que sólo el Espíritu del Señor puede impartir, y restringimos ese Espíritu cuando no tenemos motivos puros para prestar servicio. Los líderes deben servir por caridad y no por razones menos encomiables.

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pregunte a los alumnos qué es más importante: los motivos, las acciones o los resultados, y analicen las respuestas que den. Explíqueles que las personas tienden a evaluar el mérito de sus acciones de acuerdo con los resultados (por ejemplo, “¿Cuánto dinero ganaste?”, “¿A cuántas personas bautizaste?”). Pero el Señor mira el corazón, o sea, el motivo de nuestras acciones (véase D. y C. 137:9). El élder Neal A. Maxwell, del Quórum de los Doce Apóstoles, explicó: “...todo depende de nuestros deseos, los cuales dan forma a los pensamientos. Por eso, los deseos preceden a las acciones y están en el fondo mismo de nuestra alma...” (véase “...‘absorbida en la voluntad del Padre’”, *Liahona*, enero de 1996, pág. 26).

Definan lo que es la *caridad* y explique que es el motivo más elevado para que un líder preste servicio (véase la sección “Comentarios”). Analice con toda la clase preguntas como las siguientes o divídala en grupos para hacerlo:

- ¿Cuáles son algunas razones por las cuales prestamos servicio como líderes en la Iglesia o en la familia? ¿Son todas ellas igual de válidas?
- ¿Qué debo hacer si no es la caridad lo que me motiva a prestar servicio como líder?
- ¿Cómo puedo aprender a amar a quienes presto servicio?

CONCEPTO 2: PODEMOS DESARROLLAR Y AMPLIAR NUESTRA CAPACIDAD DE DIRIGIR CON CARIDAD.

COMENTARIOS

El élder Dallin H. Oaks escribió lo siguiente: “El requisito de que nuestras buenas acciones vayan acompañadas de buenos motivos es sutil y difícil de practicar...”

“A fin de llegar a ser puro de corazón —de alcanzar la exaltación— debemos cambiar nuestras actitudes y nuestro orden de prioridad para lograr una condición de espiritualidad, debemos controlar nuestros pensamientos, reformar nuestros motivos y perfeccionar nuestros deseos. ¿Cómo?”

“El primer paso para alterar nuestras actitudes y nuestro orden de prioridad es enfrentar nuestras imperfecciones y reconocer la necesidad de cambiar...”

“Empezamos por hacernos preguntas introspectivas. Nos despojamos de los fingimientos y de las falsas apariencias, y, sondeando sincera y profundamente nuestro ser íntimo, procuramos reconocer nuestras verdaderas actitudes y el orden de prioridad que damos a las cosas...”

“Buscamos la espiritualidad por medio de la fe, el arrepentimiento y el bautismo; por medio de perdonarnos los unos a los otros; por el ayuno y la oración; por los deseos justos y los pensamientos y acciones puros. Procuramos la espiritualidad prestando servicio a nuestros semejantes, adorando al Señor, deleitándonos en la palabra de Dios que encontramos en las Escrituras y en las enseñanzas de los profetas de la actualidad. Logramos la espiritualidad haciendo convenios con el Señor y manteniéndolos, esforzándonos conscientemente por obedecer todos los mandamientos de Dios. La espiritualidad no se logra súbitamente, sino que es la consecuencia de una serie de decisiones correctas. Es la cosecha de una vida de rectitud...”

“Para lograr la espiritualidad, reformar nuestros motivos y perfeccionar nuestros deseos, debemos aprender a controlar los pensamientos. El profeta Alma enseñó esto a su fiel hijo Helamán: ‘...deja que todos tus pensamientos se dirijan al Señor; sí, deja que los afectos de tu corazón se funden en el Señor para siempre’ (Alma 37:36)...”

“El buen motivo más elevado de cualquier acto es la caridad, o sea, el amor puro de Cristo. Ese motivo se logra de dos maneras: (1) orando para sentir amor; y (2) poniendo en práctica el servicio.

“Podemos alterar nuestros motivos por medio de la oración...

“A fin de aprender a prestar servicio motivados por el amor puro de Cristo, debemos poner en práctica el servicio a Dios y a nuestros semejantes” (*Pure in Heart*, págs. 18, 140–141, 144–145, 148).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Analice con los alumnos lo que podemos hacer para desarrollar la pureza de corazón y la caridad para ser mejores líderes. Anote las respuestas en la pizarra. (Entre éstas se pueden incluir el cambio de actitud, el control de nuestros pensamientos y el reconocimiento de nuestras imperfecciones. Véase la sección “Comentarios”.)

Considere la idea de invitar a los alumnos a organizar un proyecto de servicio a favor de algún conocido de la escuela o de sus vecindarios, teniendo presente la importancia de la caridad en sus acciones.

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Hermano Stephen D. Nardauld

ex miembro del Segundo Quórum de los Setenta

Tomado de Principles of Priesthood Leadership (Principios de liderazgo del sacerdocio), 1999, págs. 102–106, 109–119.

La Iglesia está creciendo rápidamente en un ambiente muy complicado y necesita un liderazgo eficaz del sacerdocio. El liderazgo es diferente de la administración. El mayor reto que enfrentan hoy los líderes del sacerdocio es el hacer unas cuantas cosas correctas. Creo que hay tres elementos *correctos* que, si se llevan a la práctica con oración y diligencia, fortalecerán a los líderes del sacerdocio y los harán más eficaces para llevar adelante la obra del Señor. Éstos son:

I. Enseñar el plan de redención

Éste es número uno por tres razones: Primero, en la perspectiva espiritual, aprendemos en

el capítulo 13 de Alma que todo poseedor del Sacerdocio de Melquisedec tiene la responsabilidad de ser maestro del plan de redención. Segundo, sabemos que los líderes son los que ejemplifican los valores del grupo. Tercero, como asunto práctico, el hablar de la doctrina y de los principios es más eficaz para cambiar la conducta que el hablar sobre la conducta misma (véase de Boyd K. Packer, “Los niños pequeños”, *Liahona*, enero de 1987, págs. 15–18).

II. Ministrar

El ministrar, el prestar servicio y el bendecir la vida de los demás son aspectos esenciales del Evangelio y del liderazgo del sacerdocio. Debido a que la caridad es la esencia de la conducta cristiana, los que dirigen deben comprenderla y practicarla sinceramente. Si los miembros se dan cuenta de que el líder los ama y se interesa en ellos con sinceridad, estarán más dispuestos a dejarse dirigir.

III. Tener visión y concentrarse en ella

El líder del sacerdocio puede empezar a llevar adelante la obra con eficacia sólo si desarrolla, explica bien y comparte con los demás una imagen del futuro clara y asequible. Esa visión de lo que puede lograr el quórum, el barrio o la estaca debe estar de acuerdo con la misión de la Iglesia y con la dirección de la autoridad que presida...

Ésos son los tres elementos esenciales que definen al liderazgo, separan a los líderes de los administradores y les hacen posible ser eficaces... Las tres ideas que están junto a los números romanos y las preguntas que deben hacerse los líderes aparecen en la Figura 15...

Figura 15

LOS LÍDERES DEL SACERDOCIO EFICACES

I. Enseñan el plan de redención.

- ¿Dedico tiempo a estudiar y entender los principios del plan de redención a fin de poder enseñarlos claramente?
- ¿Enseño ese plan a mis familiares, a los miembros del quórum, del barrio o de la estaca, y a mis amigos y vecinos?
- ¿Enseño el plan en la reunión sacramental, en las reuniones de liderazgo, en las conferencias de barrio y estaca, en las oportunidades en que hago entrevistas o consejo?

II. Ministran.

- ¿Es mi ministerio de naturaleza personal o sólo responde a las asignaciones de la institución?

- Si me resulta difícil interesarme sinceramente en los demás, ¿qué debo hacer para cambiar?
- ¿Me esfuerzo por seguir el ejemplo del Salvador?

III. Tienen visión y se concentran en ella.

- ¿Entiendo bien la misión de la Iglesia?
- ¿Qué grupo puede ayudarme a lograr una visión factible de lo que se podría hacer?
- ¿Cuáles son los dos o tres aspectos en los que debo concentrarme?
- ¿Cómo puedo evaluar el progreso obtenido en lo relacionado con esos dos o tres aspectos?

...En cualquier labor, incluso la del sacerdocio, el liderazgo es más eficaz si se presta atención a algo que llamaré “proceso”. Se debe tener en consideración cómo se hacen las cosas y cuál es la interacción que existe entre el líder del sacerdocio y los miembros de la estaca, el barrio y el quórum.

Como ejemplo, consideremos el caso de una mujer que había enviudado y se acercó al obispo expresándole tristeza porque nunca más podría orar en la reunión sacramental. Cuando el obispo le preguntó por qué pensaba que no podría hacerlo más, ella respondió: “Obispo, me he fijado en que usted siempre pide a un matrimonio que ofrezca las oraciones en las reuniones sacramentales; ahora que mi marido ha muerto, me parece que no volveré a tener esa oportunidad”.

Después de pensar unos minutos, el obispo se dio cuenta de que el problema provenía de un proceso equivocado: al organizar un miembro del obispado el programa de la reunión sacramental, seguía la costumbre de llamar a una familia y pedirle las dos oraciones. Era eficiente hacer una sola llamada telefónica para tener las dos oraciones, pero en este caso no era eficaz para bendecir a los miembros del barrio.

El proceso era exclusivo y no inclusivo; era eficiente pero no eficaz. Creo que los líderes eficaces aprenden a administrar los procesos, o sea, las maneras en que una organización desempeña su cargo. Al prestar atención al proceso, el líder eficaz atiende a las necesidades que se noten en las personas que forman parte de una organización. ¿Se han hecho alguna vez estas preguntas?: ¿Por qué quiero participar en esta organización? ¿Por qué dedicarle tiempo y esfuerzo a ésta y no a otras? ¿Cuáles son los factores que inspiran en mí la dedicación, el interés o el entusiasmo y me

despiertan el deseo de participar en ella y ofrecerle mis mejores esfuerzos? Entre otros, consideren estos seis factores o razones:

- Participar en algo que tenga propósito.
- Sentir el interés de los líderes y de otras personas.
- Tomar parte en el progreso y el éxito.
- Ser parte de un grupo o equipo.
- Estar al tanto de lo que sucede.
- Entretenerse.

Por supuesto, creo que las personas se unen a la Iglesia porque es verdadera. Pero ¿tienen dedicación, entusiasmo y permanencia?...

...En la complejidad del ambiente y las organizaciones de hoy, logran un mejor liderazgo los líderes de grupo que los individualistas brillantes. Existen demasiadas variaciones, demasiadas intervenciones, demasiadas posibilidades y cambios demasiado rápidos para que una persona actuando sola pueda procesarlos y administrarlos...

...Este principio es verdadero en la mayoría de nuestras responsabilidades y es verdadero en la Iglesia. El liderazgo eficaz en la Iglesia requiere un enfoque de equipo y la atención a los procesos de grupo...

[Un] desafío... para los líderes del sacerdocio de la Iglesia en la actualidad es que sean capaces de reconocer la diferencia entre la eficiencia y la eficacia. Para un obispado o una presidencia de estaca, es ciertamente más eficiente considerar un asunto y tomar una decisión sin buscar las opiniones de otras personas y sin analizar mucho. Hay ciertas decisiones en las que la confidencialidad u otros problemas indican que el líder del sacerdocio debe tomar la decisión por sí solo o, cuando mucho, con sus dos consejeros. En esos casos, tanto la eficiencia como la eficacia se logran mejor con la acción individual que con la de un grupo. Los líderes prudentes han aprendido que, incluso en esas situaciones, el reunir toda la información que esté a su alcance, meditar concienzudamente sobre las posibilidades y llevar a cabo un análisis profundo son requisitos para recibir inspiración del Señor.

Sin embargo, hay muchos casos en los que el líder del sacerdocio será más eficaz si se considera el líder de un equipo...

...A fin de que haya un cambio, los miembros de la organización deben participar en las deliberaciones, los análisis y las posibles soluciones. Si el líder del sacerdocio desea ver resultados, debe pensar en sí mismo como líder de un equipo. El liderazgo de equipo apropiado del barrio es el consejo del barrio, y el de la estaca es el consejo de la estaca...

...El líder del sacerdocio eficaz es un líder de equipo; y cada integrante del equipo es miembro de la Iglesia y tiene interés en lograr el éxito. Cada uno debe tener igual oportunidad de dar su opinión, así como algo de responsabilidad en cuanto a los resultados. Pero, tengan en cuenta esto: En el liderazgo de un equipo, *no* se toman decisiones por votos ni debe existir confusión en el grupo porque no haya nadie que esté a cargo de la situación.

Los líderes del sacerdocio que hayan sido ordenados y apartados son quienes deben tomar la decisión final. No obstante, los que tomen las mejores decisiones serán los líderes que hayan permitido que el proceso dé lugar a diversas opiniones y estimule la inspiración.

La comunicación inclusiva

Es natural que los que forman parte de una organización deseen saber lo que pasa. Los líderes pueden pasar por alto esos deseos o utilizarlos para fortalecer la dedicación y el entusiasmo de los miembros. El problema es que la comunicación con los participantes de un grupo lleva tiempo y esfuerzo, y, para un líder muy ocupado tal vez no parezca un empleo eficaz de los recursos de que disponga. Además, siempre existe el interrogante con respecto a qué cosas deben comunicarse y cuáles se solucionarán mejor si se mantienen en confidencia. Toda organización lucha con ese dilema y la Iglesia no es una excepción.

A los líderes del sacerdocio en todos los niveles se les aconseja en forma extensiva y apropiada sobre la importancia de mantener la confidencialidad cuando se trata de información delicada que concierna a la vida y la conducta de los miembros. Esa confidencialidad es esencial para el proceso del arrepentimiento y debe existir para que los miembros de la Iglesia tengan confianza en sus líderes. Nunca será demasiado el énfasis que se dé a este principio. Dicho eso, también debo decir que creo que hay oportunidades en las que la comunicación inclusiva sincera es apropiada,

necesaria y fortalece el proceso de liderazgo. Los líderes del sacerdocio enfrentan el desafío de determinar cuáles son los asuntos que deben comunicarse abiertamente y luego hacer el esfuerzo de proveer esa comunicación...

...El esfuerzo por establecer procesos inclusivos se verá ampliamente recompensado con un aumento de dedicación y entusiasmo de parte de los participantes, y proveerá al líder más posibilidades de llevar a cabo la misión de la Iglesia.

El espíritu de equipo

El *espíritu de equipo* consiste en un espíritu de devoción y entusiasmo entre los miembros de un grupo, tanto los unos por los otros, como hacia el grupo y sus propósitos. El grupo que posea ese espíritu logrará sus propósitos, tendrá fuertes lazos entre sus miembros y resultará agradable formar parte de él. Los líderes sabios pueden fomentar esas nociones de manera apropiada y observar un marcado progreso en las labores del grupo. La mayoría de los equipos deportivos demuestran tener ese espíritu; también existe en muchos negocios importantes, en las fuerzas armadas y en las organizaciones patrióticas, y generalmente se reconoce como un factor principal en el éxito obtenido. ¿Es este principio apropiado para la Iglesia? Por ejemplo, los líderes de la Iglesia ¿deseamos promover una actitud de “hinchas” entusiastas hacia nuestras actividades y esperar una dedicación que excluya toda otra actividad o afiliación? ¿Es apropiado considerar la actividad en la Iglesia como entretenimiento? (Conozco a un líder de la Iglesia que dice que si uno no está entretenido, no está haciendo bien las cosas, y creo que destaca un punto acertado)...

La solución no es la misma para todo grupo y todo líder. Algunos emplean su personalidad e interés natural para promover la unidad, el entusiasmo y el espíritu; otros se sienten torpes y nerviosos cuando tratan de hacerlo. Aun cuando el espíritu de equipo puede ser un importante elemento para el éxito, no es indispensable que el líder asuma la responsabilidad de iniciarlo y fomentarlo; otras personas lo pueden introducir en el grupo. El líder inteligente alentará a un joven y entusiasta consejero, al director del comité de actividades o la presidencia de las Mujeres Jóvenes a promover ese espíritu y el entusiasmo. Por

supuesto, es posible abusar de dicho espíritu y de la tendencia a querer pasarlo bien... Pero, la calidez, el humor y el deseo de divertirse, si se controlan y se introducen de forma apropiada en el contexto de la reverencia hacia el Salvador y Su obra, pueden ser muy eficaces en el proceso del liderazgo...

...Si el líder del sacerdocio se pregunta continuamente: ¿Se sienten los miembros de mi estaca, barrio o quórum parte de lo que está sucediendo? ¿Forman parte “del equipo”? ¿Sienten que están al tanto de todo e incluidos en el proceso? ¿Disfrutan de lo que hacen, de su servicio y su experiencia en la Iglesia? Si se hace esas preguntas, generalmente es porque está al tanto del proceso...

En conclusión, estoy convencido de que un líder del sacerdocio puede ser más eficaz si hace *unas cuantas* cosas correctas. Un fundamento básico e indispensable es la rectitud personal y la disposición a buscar el Espíritu y dejar que Él le enseñe. Con ese fundamento, los elementos correctos son: 1) enseñar el plan de redención; 2) administrar como lo haría el Salvador; 3) tener visión y enfocar esa visión en unos cuantos objetivos. Si además el líder presta atención a los procesos que se necesitan para hacer participar a los miembros y lograr su dedicación, ése será un líder sumamente

eficaz. Él será feliz y tendrá éxito, los miembros recibirán bendiciones y la obra del Señor irá adelante con dirección y fuerza...

Creo que en el proceso, Dios nos bendecirá con sabiduría, experiencia, progreso espiritual y éxito en nuestros llamamientos. En verdad, ésa es mi esperanza y mi oración por todo líder del sacerdocio.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- De acuerdo con el hermano Nadauld, ¿cuáles son las tres actividades que separan a los líderes de los administradores?
- ¿Qué quiere decir el hermano Nadauld cuando habla de un “proceso”?
- ¿Qué ventajas hay en incluir a aquellos a quienes dirigamos en el proceso de tomar decisiones?
- ¿Cuándo es tal vez mejor que el líder actúe solo?
- ¿Cuáles son algunas características del grupo que tenga espíritu de equipo?
- ¿Qué consideraciones son importantes para los líderes que deseen ese espíritu de equipo en su grupo?
- ¿Qué fundamento recomienda el hermano Nadauld para llegar a ser un buen líder?

EL LIDERAZGO MUCHAS VECES REQUIERE SACRIFICIO

“Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí.

*“El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará”
(Mateo 10:38–39).*

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Los líderes de la Iglesia y de la familia deben estar dispuestos a hacer sacrificios a fin de ayudar a aquellos a quienes presten servicio.

CONCEPTOS DE LA LECCIÓN

1. Jesucristo ejemplificó el sacrificio en Su servicio a los demás.
2. Los líderes deben estar dispuestos a hacer sacrificios por aquellos a quienes presten servicio.

CONCEPTO 1: JESUCRISTO EJEMPLIFICÓ EL SACRIFICIO EN SU SERVICIO A LOS DEMÁS.

COMENTARIOS

Jesucristo dio el ejemplo perfecto de sacrificio por los demás. Ningún don ha sido más grandioso que el de Su expiación. El presidente Spencer W. Kimball dijo lo siguiente del Salvador: “Él fue siempre el Dador, pocas veces el receptor. Nunca dio zapatos ni calcetines ni un vehículo; nunca regaló un perfume, una camisa ni un abrigo de piel. Lo que Él daba era de naturaleza tal que el receptor jamás habría podido devolver su valor. Sus dádivas no eran comunes: vista para el ciego, oído para el sordo, piernas para el paralítico, pureza para el impuro, entereza para el débil, aliento para el moribundo. Sus dones eran oportunidades para el pisoteado, libertad para el oprimido, luz en la oscuridad, perdón para el arrepentido, esperanza para el desesperado. Sus amigos le dieron amparo, comida y amor; Él les dio de Sí mismo: Su amor, Su servicio, Su vida. Los magos del oriente le llevaron oro e incienso; Él les dio, tanto a ellos como a todos sus semejantes mortales, la Resurrección, la salvación y la vida eterna... Dar de nosotros mismos es un don sagrado” (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, ed. por Edward

L. Kimball, 1982, págs. 246–247; véase también la cita del élder James Paramore, en *Liahona*, julio de 1986, pág. 63).

IDEA PARA LA ENSEÑANZA

Pida a un alumno que lea en voz alta Mateo 10:37–39, y analicen el concepto de que se requiere sacrificio para ser discípulo de Cristo. Explíqueles que Jesucristo estableció el ejemplo al sacrificarse por nosotros. Pídales que mencionen algunos de los sacrificios que Él hizo.

CONCEPTO 2: LOS LÍDERES DEBEN ESTAR DISPUESTOS A HACER SACRIFICIOS POR AQUELLOS A QUIENES PRESTEN SERVICIO.

COMENTARIOS

El Señor exhortó a los líderes de la Iglesia de Su época a dedicarse por entero a Su servicio. Al principio de Su ministerio terrenal, “andando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores.

“Y les dijo Jesús: Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres.

“Y dejando luego sus redes, le siguieron” (Marcos 1:16–18).

Leví (Mateo) también abandonó su medio de vida para seguir al Maestro (véase Lucas 5:27–28). Pedro y los demás apóstoles lo dejaron todo por Él (véase Lucas 18:28). Tanto Pedro como Pablo expresaron su disposición a perder la vida por Él (véase Juan 13:37; Hechos 21:13). El Salvador esperaba que todos Sus discípulos tuvieran abnegación en su servicio a los demás (véase Lucas 3:11; 9:23).

El Señor pide a todos Sus santos que renuncien a lo mundano y procuren la santidad. Alma dijo a la gente de Zarahemla: “Y a todos vosotros que deseáis seguir la voz del buen pastor, ahora os digo: Salid de entre los inicuos, y conservaos aparte, y no toquéis sus cosas inmundas...” (Alma 5:57; véase 2 Corintios 6:17). El Señor nos pide a todos que le presentemos un corazón quebrantado y un espíritu contrito (véase como ejemplo 3 Nefi 9:20).

Los líderes de la Iglesia y de la familia deben estar dispuestos a sacrificarse para ayudar a las personas a quienes sirvan. En diversas ocasiones puede que se les llame para dedicar tiempo, habilidades y medios económicos a fin de bendecir a los demás. El élder M. Russell Ballard, del Quórum de los Doce Apóstoles, explicó: “El sacrificio es la demostración del amor puro. La intensidad de nuestro amor por el Señor, por el Evangelio y por nuestros semejantes se puede calcular de acuerdo con nuestra disposición a sacrificarnos por ellos” (“Las bendiciones que vienen del sacrificio...”, *Liahona*, julio de 1992, pág. 85).

Al sacrificarse por las personas a quienes presten servicio, los líderes deben tener presente este consejo del rey Benjamín: “...porque no se exige que un hombre corra más aprisa de lo que sus fuerzas le permiten. Y además, conviene que sea diligente, para que así gane el galardón; por tanto, todas las cosas deben hacerse en orden” (Mosiah 4:27; véase también D. y C. 10:4). Cuando era miembro de la Presidencia de los Setenta, el élder Neal A. Maxwell dijo: “Cuando corremos más rápidamente de lo que podemos, somos ineficientes y nos fatigamos” (*Deposition of a Disciple*, 1976, pág. 58).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pida a los alumnos que hablen de oportunidades en las que otras personas (sus padres o el obispo)

se hayan sacrificado por ayudarles o por ayudar a los demás. Pregúnteles qué sacrificios tienen que hacer por lo general los misioneros para que la gente acepte el Evangelio.

Anote en la pizarra algunas cosas que tal vez se requiera que los líderes de la familia o de la Iglesia sacrifiquen por ayudar a aquellos a quienes prestan servicio; incluya recursos que tengan que estar dispuestos a compartir, como tiempo y talento; incluya también debilidades a las que deban renunciar, como las cosas mundanas (véase la sección “Comentarios”).

Analicen de qué manera benefician los sacrificios de los líderes a las personas a quienes sirven; también, la forma en que el Señor bendice a los líderes que hacen ese tipo de sacrificios.

Pida a los alumnos que lean Mosiah 4:27 y que expliquen cómo se relaciona ese versículo con los líderes de la Iglesia y de la familia. Refiérase a los conceptos que se dan en la sección “Comentarios”, y explíqueles que los líderes deben prestar servicio de acuerdo con sus posibilidades y fuerzas, sin excederse.

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Presidente Gordon B. Hinckley

cuando era miembro del Quórum de los Doce Apóstoles

“The Loneliness of Leadership” [“La soledad del liderazgo”], *Speeches of the Year, Universidad Brigham Young*, nov. 4 de 1969, págs. 3–6.

...En todos los aspectos del liderazgo hay cierta soledad...

Así ha sido siempre. El precio del liderazgo es la soledad. El precio de la adhesión a la conciencia es la soledad. El precio de la adhesión a los principios es la soledad. Creo que es inevitable. El Salvador del mundo fue un hombre que anduvo en la soledad. No conozco ninguna declaración que haga mayor énfasis en el padecimiento causado por la soledad que estas palabras:

...Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza (Mateo 8:20).

No hay en la historia imagen alguna más solitaria que la del Salvador en la cruz, solo, el Redentor de la humanidad, el Salvador del mundo, llevando a cabo la Expiación, el Hijo de Dios sufriendo por los pecados del género humano. Cuando pienso en eso, recuerdo unas palabras de Channing Pollock [escritor]:

Judas con sus treinta piezas de plata fue un fracaso. Cristo en la cruz fue la figura más grandiosa del tiempo y de la eternidad.

José Smith

José Smith fue igualmente una figura solitaria. Siento gran amor por aquel muchacho que salió de la arboleda, que después de aquella experiencia que tuvo jamás volvería a ser el mismo, que fue insultado y perseguido y despreciado. ¿Pueden percibir el padecimiento en estas palabras del muchacho Profeta?

...Porque había visto una visión; yo lo sabía, y sabía que Dios lo sabía; y no podía negarlo, ni osaría hacerlo; por lo menos, sabía que haciéndolo, ofendería a Dios y caería bajo condenación. [José Smith—Historia 1:25.]

Hay pocas imágenes más tristes, al menos en nuestra historia, que aquella del Profeta cruzando el río Misisipí en un bote que remaba Stephen Markham, sabiendo que sus enemigos procuraban quitarle la vida; además, algunos de su propia gente lo acusaban de tratar de escapar. Ésta fue su respuesta:

Si mi vida no es de ningún valor para mis amigos, tampoco lo es para mí. (History of the Church] tomo VI, pág. 549, junio de 1844).

La historia de la Iglesia

Así ha sido la historia de esta Iglesia, mis jóvenes amigos, y espero que nunca lo olvidemos. Fue el resultado de la posición de liderazgo que nos impuso el Dios de los cielos que llevó a cabo la restauración del Evangelio de Jesucristo. Y apenas salió a luz la declaración concerniente a la única Iglesia verdadera y viviente sobre la faz de la tierra, inmediatamente estuvimos en una situación de soledad, la soledad del liderazgo de la cual no podemos evadirnos ni escapar y que debemos enfrentar con intrepidez, valor y habilidad. Nuestra historia es de haber sido expulsados, zarandeados y desarraigados, o perseguidos y acosados...

Vuelvo a estas palabras de Pablo:

...estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados;

perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos (2 Corintios 4:8-9).

La soledad de un misionero

Anoche hablé con el padre de un misionero, que me dijo: “He estado hablando con mi hijo que se encuentra en otra tierra; está abatido, abrumado; se siente solo y tiene miedo. ¿Cómo puedo ayudarlo?”

Le pregunté: “¿Cuánto tiempo hace que está allá?”

“Tres meses”, me contestó.

Entonces le dije: “Creo que ésa debe de ser la experiencia por la que pasa casi todo misionero que haya estado tres meses en la misión. Estoy seguro de que muy pocos deben de ser los jóvenes, varones o mujeres, que hayan sido llamados a salir al mundo en la posición de gran responsabilidad de representar a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, que no sientan muchas veces en los primeros meses de su misión la terrible soledad de esa responsabilidad. Pero también, a medida que trabajan en el servicio del Señor, llegan a sentir el dulce y maravilloso compañerismo del Santo Espíritu que atenúa y finalmente alivia esa sensación de soledad”.

La soledad del converso

Lo mismo ocurre con el converso a la Iglesia. Esta mañana he estado pensando en un amigo mío, al que conocí cuando estaba en la Misión Londres, hace treinta y seis años. Recuerdo que llegó a nuestro apartamento una noche de lluvia; llamó a la puerta y lo invité a pasar.

Me dijo: “Necesito hablar con alguien. Estoy completamente solo; estoy deshecho”.

Le pregunté: “¿Qué problema tienes?”

Me contestó: “Cuando me convertí a la Iglesia, hace menos de un año, mi padre me dijo que me fuera de la casa y no volviera nunca; y no he regresado.

“Unos meses después”, continuó, “el club de cricket al que estaba afiliado me borró de la lista y anuló mi afiliación; ésos eran los muchachos con

los que había crecido, de los que me sentía muy cerca, mis amigos”.

Luego agregó: “El mes pasado mi jefe me echó por ser miembro de esta Iglesia y no he podido conseguir otro trabajo; he tenido que recibir ayuda del gobierno.

“Y anoche, la chica con la que he estado de novio durante año y medio me dijo que nunca podría casarse conmigo porque soy mormón”.

Le pregunté entonces: “Si esto te ha costado tanto, ¿por qué no abandonas la Iglesia, regresas a la casa de tus padres y al club de cricket, vuelves al trabajo que era tan importante para ti y a la chica de la que crees estar enamorado?”

Él no me contestó durante un buen rato. Después, hundiendo la cabeza en las manos, se soltó a llorar con desconsuelo. Al fin, levantó la cabeza y mirándome a través de las lágrimas, me dijo: “No podría hacer eso. Sé que esto es la verdad y, aunque me costara la vida, no podría abandonarlo”. Tomó la gorra mojada, fue a la puerta y se hundió en la noche de lluvia, solo, tembloroso y atemorizado, pero resuelto. Mientras lo observaba, pensé en la soledad de la conciencia, la soledad del testimonio, la soledad de la fe, y en la fortaleza y el consuelo del Espíritu de Dios.

La soledad del testimonio

Quisiera concluir diciéndoles, jóvenes de ambos sexos que forman parte de esta gran congregación, que ésta es la suerte que les toca. Por supuesto, esta noche están acá todos juntos; todos son iguales; son de un mismo parecer. Pero están preparándose para salir al mundo donde *no* estarán en medio de diez mil ni veinte mil ni veinticinco mil jóvenes como ustedes. Y sentirán la soledad de su fe.

Por ejemplo, no es fácil ser virtuoso cuando entre los que les rodean están los que se burlan de la virtud.

No es fácil ser honesto cuando entre los que les rodean están los interesados sólo en la forma rápida de ganarse un peso.

No es siempre fácil ser sobrios cuando entre los que les rodean están los que ridiculizan la sobriedad.

No es fácil ser industriosos cuando entre los que les rodean están los que no creen en el valor del trabajo.

No es fácil ser una persona de integridad cuando entre los que les rodean están aquellos que abandonan los principios por la conveniencia.

La paz del Espíritu

Mis hermanos, quiero decirles que esa soledad existe, pero las personas como ustedes tienen que vivir con su conciencia, con sus principios, con sus convicciones y con su testimonio. A menos que lo hagan, serán desgraciadas, sumamente desgraciadas. Y aunque encuentren espinas, aunque haya desengaños, aun cuando pasen por problemas y dificultades, penurias y dolor, y una desesperante soledad, hallarán paz, consuelo y fortaleza.

Una promesa y una bendición

Me gustan estas hermosas palabras que el Señor dijo para los que salgan a enseñar este Evangelio:

...iré delante de vuestra faz. Estaré a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y mi Espíritu estará en vuestro corazón, y mis ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros (D. y C. 84:88).

Pienso que ésa es una promesa para cada uno de nosotros. Así lo creo; lo sé. Doy mi testimonio de su veracidad.

Que Dios los bendiga, mis amados jóvenes amigos, los de la noble primogenitura, los del convenio, ustedes, que son la más grande esperanza de esta generación, hombres y mujeres jóvenes capaces y conscientes, de liderazgo y de enorme potencial.

Que Dios los bendiga para que anden intrépidamente aun cuando tengan que andar en la soledad, y para que en su corazón conozcan la paz que proviene de vivir de acuerdo con los principios, esa “paz... que sobrepasa todo entendimiento”, lo ruego al despedirme de ustedes con mi testimonio de la divinidad de esta obra santa. Y, como siervo del Señor, invoco sobre ustedes todo gozo mientras siguen adelante con su vida hacia una experiencia rica y maravillosamente fructífera. En el nombre de Jesucristo. Amén.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- ¿Qué querrá decir la frase “El precio del liderazgo es la soledad”?
 - ¿Cómo podemos hacer frente a la soledad del liderazgo?
 - ¿Qué puede compensar esa soledad?
 - ¿Qué aprendemos del Salvador en cuanto a la soledad del liderazgo?
- Al comentar el pasaje de Mateo 10:39, el presidente Spencer W. Kimball recalcó que “al perdernos en el servicio a los demás, nos hallamos a nosotros mismos”, y agregó: “Por cierto que es más fácil ‘hallarnos’ ¡porque hay mucho más de nosotros mismos para hallar!” (“Small Acts of Service”, *Ensign*, dic. de 1974, pág. 2). ¿Cómo se aplica ese principio a la práctica de un liderazgo similar al de Cristo?

CÓMO EMPRENDER EL LIDERAZGO CON BUEN ÁNIMO

“Por tanto, muy queridos hermanos, hagamos con buen ánimo cuanta cosa esté a nuestro alcance” (D. y C. 123:17).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Debemos emprender con buen ánimo el liderazgo.

CONCEPTO DE LA LECCIÓN

1. Los líderes de la Iglesia y de la familia deben dirigir con “ánimo, optimismo y resolución”.

CONCEPTO 1: LOS LÍDERES DE LA IGLESIA Y DE LA FAMILIA DEBEN DIRIGIR CON “ÁNIMO, OPTIMISMO Y RESOLUCIÓN”.

COMENTARIOS

Ser de buen ánimo quiere decir tener capacidad para arrostrar o emprender algo con entusiasmo y de buena voluntad, tener valor, brío. Esa frase aparece varias veces en las Escrituras. Por ejemplo, en la víspera de Su nacimiento, el Señor le dijo al afligido Nefi: “Alza la cabeza y *sé de buen ánimo*, pues he aquí, ha llegado el momento; y esta noche se dará la señal, y mañana vengo al mundo para mostrar al mundo que he de cumplir todas las cosas que he hecho declarar por boca de mis santos profetas” (3 Nefi 1:13; cursiva agregada).

Jesús utilizó las palabras *“Ten ánimo”* para alentar a un hombre paralítico, y luego le dijo: “...tus pecados te son perdonados” (Mateo 9:2). Más adelante, el Señor empleó esas palabras para calmar a Sus discípulos que se habían asustado al verlo caminar sobre el agua, y después agregó: “...yo soy, no temáis” (Mateo 14:27).

El presidente Harold B. Lee, cuando era miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, dijo: “El Maestro dio fin al último de Sus sermones que quedó registrado antes de Su crucifixión con estas palabras: ‘Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad [tened ánimo], yo he vencido al mundo’ (Juan 16:33)” (en “Conference Report”, abril de 1966, pág. 68).

En 1831, el Señor tranquilizó a los santos de esta manera: “...Sed de buen ánimo, hijitos, porque estoy en medio de vosotros, y no os he abandonado;

“y por cuanto os habéis humillado ante mí, vuestras son las bendiciones del reino” (D. y C. 61:36–37; véase D. y C. 68:6; 78:18; 112:4).

El élder Marvin J. Ashton, que fue en vida miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, dijo: “Si queremos ir progresando y elevándonos, es preciso que dirijamos con ánimo, optimismo y resolución” (en “Conference Report”, oct. de 1974, pág. 56). Y el presidente Gordon B. Hinckley escribió: “Propongo que, al avanzar por la vida, ‘realcemos lo positivo’. Pido que sondeemos más profundamente en busca de lo bueno, que silencemos nuestras voces de insulto y de sarcasmo, que seamos más generosos para elogiar y para fomentar la virtud y el esfuerzo” (*Standing for Something: Ten Neglected Virtues That Will Heal Our Hearts and Homes*, 2000, pág. 101).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pida a varios alumnos que describan la manera de ser de un líder de la Iglesia o de la familia que los haya afectado para bien. Señale que los líderes eficaces casi siempre son positivos y alegres cuando están con otras personas. Pida a esos alumnos que digan cómo demostraron su enfoque positivo y animoso los líderes que hayan tenido influencia en ellos.

Lean Doctrina y Convenios 61:36 y ayude a los alumnos a entender que el Señor quiere que todos seamos “de buen ánimo”.

Pida a los alumnos que lean 2 Nefi 4:17–35. Analicen preguntas como éstas:

- ¿Qué razones tenía Nefi para no ser de buen ánimo?
- ¿Qué razones tenía para ser de buen ánimo?
- De esas razones, ¿cuáles son las de más peso? ¿Por qué?
- El estado de ánimo que Nefi expresa en esos versículos, ¿de qué modo habrá afectado su liderazgo?
- ¿Cómo podemos seguir el ejemplo de Nefi en nuestras responsabilidades de liderazgo?

Escriba en la pizarra las palabras *De buen ánimo* y *Temeroso*. Analicen los motivos por los cuales los líderes actuales puedan no ser de buen ánimo (como el temor, las tensiones, problemas de salud, fracasos, guerras, desastres naturales, dificultades con los estudios o el trabajo, la inactividad de seres queridos o amigos, etc.). Analicen los motivos por los que puedan ser de buen ánimo o estar contentos (como la bondad de otras personas, la belleza que los rodea, las “buenas nuevas” del sacrificio expiatorio de Jesucristo, los logros de los demás, nuestro potencial como hijos del Padre Celestial, etc.). Señale las palabras escritas en la pizarra y diga a los alumnos: “Ustedes pueden elegir la clase de líderes que deseen ser”.

Divida la clase en grupos pequeños y pídale que piensen en dos o tres cosas que los líderes puedan hacer para cumplir con aún mayor entusiasmo, o ánimo, su liderazgo. Después, pida a cada grupo que explique sus sugerencias al resto de la clase. Entre ellas pueden estar las siguientes:

- “...cesad de dormir más de lo necesario; acostaos temprano para que no os fatiguéis; levantaos temprano para que vuestros cuerpos y vuestras mentes sean vigorizados” (D. y C. 88:124).
- Hacer ejercicio apropiado y tener una dieta alimenticia equilibrada.
- Disfrutar de buena música, que eleve el espíritu.
- Estudiar las Escrituras y leer otros buenos libros.

- Aprender a perdonar a la gente que les haya ofendido, y olvidar la ofensa.
- Practicar la Regla de oro.
- Ser más agradecido. Contar las bendiciones que tiene y agradecerélas al Padre Celestial.
- Tratar a los demás con bondad y cortesía.
- Ser activo en su barrio.
- Desarrollar un sentido del humor apropiado y saludable.

Aliente a los alumnos a “tener buen ánimo” cuando les toque dirigir.

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Élder Joseph B. Wirthlin
del Quórum de los Doce
Apóstoles

“Lecciones aprendidas durante la jornada de la vida”, véase Liahona, mayo de 2001, págs. 35–43.

No me es difícil recordar el tiempo en que estudié en la universidad. Me encantaban muchas cosas de la vida universitaria; me gustaba aprender, me encantaba la camaradería estudiantil y adoraba el fútbol americano.

Siempre había soñado con jugar al fútbol a nivel universitario y durante mis tres primeros años allí, me puse el uniforme rojo y jugué de “defensor”.

En aquella época, el mundo estaba al borde del caos; había enconadas fuerzas políticas opuestas y la tensión repercutía por todas partes. Los países se provocaban entre sí, y daba la sensación de que todo el mundo estaba rugiendo como un volcán listo para entrar en erupción. Durante ese periodo, todo país y toda persona sentía los efectos de esos días difíciles.

Recuerdo cuando mi padre me habló luego de terminada la temporada de fútbol de 1936.

“Joseph”, me dijo, “¿deseas ir a la misión?”

Le dije que sí.

“Entonces debes ir ahora”, dijo. “Si esperas, nunca irás”.

Yo no quería creerle; deseaba hacer realidad mi sueño y continuar jugando al fútbol y graduarme en la universidad, porque si aceptaba un llamamiento misional, debía abandonarlo todo. En esos días, el llamamiento misional era de treinta meses y sabía que si aceptaba, habría una gran probabilidad de que nunca jugara al fútbol otra vez y quizás ni siquiera me graduaría.

Sin embargo, sabía que lo que mi padre decía era verdad. Mi obispo era Marion G. Romney (1897—1988), quien más tarde fue miembro de la Primera Presidencia de la Iglesia. Él me había hablado sobre servir en una misión, y yo fui a verle para decirle que había llegado el momento de ir.

Pocos meses después me embarqué en el buque *SS Manhattan* y empecé un largo viaje que me llevaría al corazón de la crisis mundial. Mi llamamiento misional fue a la Misión Alemania–Austria.

Mi primer lugar de trabajo fue en Salzburg, Austria. No había suficientes misioneros, y poco después de mi arribo se transfirió a mi compañero a otro distrito de la misión, por lo que me encontré solo en Salzburg... un misionero joven en un lugar nuevo y desconocido.

Ocurría entonces otro suceso que no he mencionado: se estaba reuniendo un gran ejército del Tercer Reich de Hitler en la frontera, a unos 30 kilómetros de Salzburg. Por todas partes había un ambiente de creciente tensión. Nadie sabía si el día de mañana sería el momento en que los tanques Panzer invadirían por la frontera.

Recuerdo muy bien esos días. No creo que haya habido una época de mi vida en la que me haya sentido más desalentado, más perdido. La misión era difícil; nadie parecía tener tiempo para mí ni para el mensaje que llevaba y me preguntaba si algún día habría suficientes miembros en esa ciudad para crear un barrio.

Estuve solo seis semanas; durante seis semanas esperé un compañero; durante seis semanas me preguntaba qué estaría haciendo si me hubiera quedado en Salt Lake City y hubiera continuado mis estudios.

Aun cuando aquellos días y noches parecían interminables, finalmente pasaron. Llegó un compañero mayor y nos esforzamos al máximo por servir al Señor bajo esas circunstancias.

Ese año, al aproximarse la Navidad, decidimos caminar hasta Oberndorf, una pequeña aldea anidada entre los hermosos Alpes bávaros. Permítanme recordarles que la belleza y majestad de esa aldea inspiraron a Joseph Mohr a escribir en 1818 el hermoso himno “Noche de luz” (*Himnos*, N° 127).

La víspera de Navidad caminamos a la aldea y por un rato nos sentamos en silencio en una iglesia pequeña y humilde para escuchar la hermosa música del órgano. Al regresar, lo hacíamos bajo una fría y despejada noche invernal. Caminamos bajo un cielo estrellado y sobre la quietud de la nieve recién caída; quizás ésa era una noche similar a la que inspiró al ayudante de un sacerdote protestante a escribir la letra de uno de los himnos más queridos de la cristiandad, hace más de cien años.

Mientras caminábamos, mi compañero y yo conversamos sobre nuestras esperanzas y sueños; hablamos de nuestras metas y de lo que deseábamos que sucediera en nuestra vida. Cuanto más hablábamos, más empezamos a tomar en serio la idea de lograr aquello que nos proponíamos. Al caminar bajo la luz de la luna, ambos tomamos determinaciones solemnes.

Esa noche me comprometí a que no perdería el tiempo, que renovaría mis esfuerzos por servir al Señor. Tomé la decisión de que magnificaría cualquier llamamiento que recibiera en el reino del Señor.

Ésa fue también la noche en la que decidí con quién me casaría. No sabía su nombre, pero tenía en mente el tipo de persona que sería: una mujer que viviera el Evangelio y que fuera espiritualmente fuerte. Incluso se la describí a mi compañero: le dije que mediría 1,65 m de estatura, que tendría ojos azules y cabello rubio. La hermana Wirthlin encaja en la descripción que hice de ella en aquella ocasión sin siquiera conocerla. Así que aquella fue una noche importante para mí.

Pasaron dos años y medio y, antes de que me diera cuenta, me encontraba de nuevo en mi hogar. Recuerdo que alguien mencionó un nombre: Elisa Rogers, una joven que estaba a cargo de un baile universitario en el Hotel Utah. Había algo especial en ese nombre y decidí que tenía que conocerla.

Recuerdo la primera vez que la vi. Como favor a un amigo, yo había ido a la casa de ella a buscar a su hermana. Entonces, Elisa abrió la puerta y yo me quedé mirándola: Allí estaba, hermosa, de 1,65 m de altura, ojos azules y cabello rubio.

Ella debió haber sentido algo también porque las primeras palabras que me dijo fueron con un terrible error gramatical.

Pronto se dio cuenta de su horrible equivocación y se ruborizó. Para entender bien el problema, tengo que agregar que, en sus estudios universitarios, estaba especializándose en la gramática del idioma inglés.

Después de todos estos años, todavía recuerda la vergüenza de ese momento. Y por supuesto que, el que yo cuente la historia no sirve de mucho, pero espero que me perdone.

Han pasado seis décadas desde esa víspera de Navidad en Oberndorf cuando tomé esas decisiones. Mucho ha pasado durante esos años. El presentimiento que tenía en cuanto a jugar al fútbol fue correcto: nunca más jugué; aunque sí me gradué en la universidad. Sin embargo, no me he arrepentido jamás de hacer servido en una misión ni de haberme comprometido a servir al Señor. Al hacerlo, mi vida ha estado llena de aventuras, de experiencias espirituales y del gozo que sobrepasa todo entendimiento.

Quizás muchos de ustedes puedan estar pasando por un momento en su vida en que se sientan un poco desilusionados o solos. Quizás se sientan un poco perdidos, quizás hasta un poco temerosos. Todos han sentido eso alguna vez en la vida; todos se han preguntado si su vida será feliz.

Hace más de dos milenios, Aristóteles sugirió que toda persona tiene el mismo objetivo básico: ser feliz (véase *Ética Nicomáquea*, libro 1, capítulos 4, 7). Después de haber vivido más de ochenta años, he empezado a entender lo que hace feliz a la gente y le da éxito. Deseo hablarles de cinco puntos que, si los toman en serio y los llevan a la práctica... les traerán felicidad y éxito, se sentirán realizados y lograrán una herencia en el reino celestial.

Tengan fe en su Padre Celestial

Primero, tengan fe en su Padre Celestial. Él sabe quiénes son ustedes; les escucha cuando oran; les

ama; se ocupa de ustedes; desea lo mejor para ustedes.

Luego de servir un tiempo en Salzburg, se me transfirió a Zúrich, en Suiza. Mientras estaba allí, se me acercó el hermano Julius Billeter, miembro de la Iglesia. Era un genealogista profesional y me dijo que, al hacer su trabajo, había encontrado varias personas con el apellido Wirthlin, y se ofreció a investigar mis líneas familiares. Yo escribí a mi casa y mi padre consideró que era una buena oportunidad, así que lo contratamos.

Un año más tarde me entregó un libro de 36 centímetros de ancho por 46 de largo, y que pesaba más de 6 kilos. Tenía casi 6.000 nombres de mis antepasados y era un volumen inapreciable que en verdad atesoré. Muy poco antes de mi relevo de la misión, empaqué el precioso libro en un baúl, junto con otras posesiones, y lo envié a casa. Rogué que llegara a salvo y que esa preciosa historia familiar no se perdiera.

Pero llegué a casa antes que el baúl. Es más, las semanas pasaron y el baúl no llegaba. Entonces, empecé a preocuparme de que ese libro irremplazable se hubiera perdido. Seis meses después de mi arribo, recibí un telegrama de la estación de ferrocarril, con la noticia de que había llegado un baúl para mí. Me apresuré a buscarlo; pero al verlo, casi desmayo: el candado estaba destrozado.

Levanté la tapa y al ver el interior me sentí peor. Todo se había mojado con agua de mar; y además, me di cuenta de que alguien había revuelto entre mis pertenencias y faltaban cosas.

Con cuidado, saqué las capas de ropa en busca del preciado libro y, al encontrarlo, mi corazón rebosó de sorpresa y gozo. No sólo estaba allí, sino que las hojas estaban completamente secas. Sé que el libro fue preservado por intervención divina.

El Salvador preguntó: “¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre.

“Pues aun vuestros cabellos están todos contados.

“Así que no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos” (Mateo 10:29–31).

Del mismo modo, si el salvar un libro del agua de mar es digno de atención celestial, ¿cuánto

más interesado estará nuestro Padre Celestial en la vida y las necesidades de ustedes?

En una oportunidad, el presidente Thomas S. Monson, actualmente Primer Consejero de la Primera Presidencia, me dijo: “Existe una influencia celestial sobre todas las cosas. A menudo, cuando suceden las cosas, no es por accidente. Un día, cuando miremos atrás a aquello que pareció coincidencia en nuestra vida, nos daremos cuenta de que quizás, después de todo, no haya sido así”.

El Señor sabe de sus problemas, sabe de sus victorias, y si ustedes “[se fían] de Jehová de todo [su] corazón y no [se apoyan] en [su] propia prudencia”, sino que lo reconocen “en todos [sus] caminos... él enderezará [sus] veredas” (Proverbios 3:5-6).

Establezcan metas rectas

Segundo, establezcan metas rectas. Muchas cosas exigirán la atención de ustedes a medida que recorran el camino de la vida. Habrá innumerables distracciones; habrá personas y cosas que serán como dulces voces de sirenas, tentándoles a buscar las riquezas, el placer y el poder.

Éxito es una palabra seductora. Se han escrito miles de libros al respecto, en los que se promete dinero, libertad, ocio y lujos; miles de personas dicen tener fórmulas seguras para hacerse ricos. J. Paul Getty, por ejemplo, sugiere un proceso de tres etapas para hacerse rico: Uno, levantarse temprano; dos, trabajar duro; tres, encontrar petróleo.

Otras fórmulas, quizás más prácticas, recomiendan variaciones de un mismo tema: ustedes deben enfocar todos sus pensamientos, sentimientos y acciones en sus metas; deben desear la meta con toda la pasión de su corazón; deben enfocar sus pensamientos en su meta; deben concentrar todas sus energías en alcanzar la meta.

Por supuesto que cuando los aplicamos a lo que es justo, esos métodos pueden ser de gran valor. El problema es que, en la mayoría de los casos, la búsqueda de la riqueza, del placer y del poder lleva a un lugar que, a primera vista, parece ser deseable, pero cuanto más nos acercamos, tanto más nos damos cuenta de lo que se trata. El precio del éxito mundano muy a menudo se consigue por el precio de nuestra primogenitura. Los que lleven a

cabo ese trueque se sentirán algún día como Esaú, que después de darse cuenta de lo que había perdido, “clamó con una muy grande y muy amarga exclamación” (Génesis 27:34).

Con frecuencia, otra trampa en la que caemos cuando nos obsesiona el éxito es que queremos pensar que lo hemos logrado gracias a nuestras habilidades físicas e intelectuales y olvidamos al Señor que nos ha bendecido y hecho prosperar.

Moisés dijo a los hijos de Israel: “...no suceda que comas y te sacies, y edifiques buenas casas...

“y tus vacas y tus ovejas se aumenten, y la plata y el oro se te multipliquen, y todo lo que tuvieres se aumente...

“y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza.

“Mas si llegares a olvidarte de Jehová tu Dios y anduvieres en pos de dioses ajenos, y les sirvieres y a ellos te inclinares, yo lo afirmo hoy contra vosotros, que de cierto pereceréis” (Deuteronomio 8:12-13, 17, 19).

¿Creen ustedes que pueden utilizar el dinero que han ganado en esta vida como moneda en la próxima? Pongan a nuestro Padre Celestial primero en su vida. Comprométanse a seguirle y a obedecer Sus mandamientos y a esforzarse cada día por llegar a ser más como Cristo. Enfoquen sus esfuerzos en obtener riquezas celestiales porque el hacer lo contrario los llevará finalmente a la desilusión y al dolor.

Acude a mi mente la parábola del Salvador sobre el hombre que trabajó arduamente para acumular riquezas. Tenía tantas posesiones que no tenía un lugar suficientemente grande para guardarlas, por lo que construyó inmensos graneros para almacenarlas. Su idea era que en cuanto encontrara un lugar seguro para todos sus bienes, podría descansar y llevar una vida de reposo, comiendo, bebiendo y regocijándose.

Pero cuando terminó sus edificios, “...Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?” (Lucas 12:20).

La solemne pregunta que el Salvador hizo a los de Su época hace eco a través de los siglos: “Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Mateo 16:26).

¿Es el dinero necesariamente malo? El gran profeta del Libro de Mormón, Jacob, contestó esa pregunta. Él enseñó a su pueblo: “Considerad a vuestros hermanos como a vosotros mismos; y sed afables con todos y liberales con vuestros bienes, para que ellos sean ricos como vosotros.

“Pero antes de buscar riquezas, buscad el reino de Dios.

“Y después de haber logrado una esperanza en Cristo obtendréis riquezas, si las buscáis; y las buscaréis con el fin de hacer bien: para vestir al desnudo, alimentar al hambriento, libertar al cautivo y suministrar auxilio al enfermo y al afligido” (Jacob 2:17–19).

Moisés dijo a la gente de su época: “Cuando haya en medio de ti menesteroso de alguno de tus hermanos en alguna de tus ciudades... no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre” (Deuteronomio 15:7).

Trabajen para alcanzar sus metas

Tercero, una vez que hayan establecido metas dignas, trabajen con todas sus fuerzas por alcanzarlas. En las palabras del presidente David O. McKay (1873–1970), cuando integraba el Quórum de los Doce Apóstoles: “Entendamos que el *privilegio de trabajar* es una dádiva, que el *poder trabajar* es una bendición, que al *amor* al trabajo es éxito” (en “Conference Report”, octubre de 1909, pág. 94; la letra cursiva es del artículo original).

El trabajo es la terapia del alma. El Evangelio de Jesucristo es el evangelio de trabajo. Yo creo que mucho del ocio que experimentamos es porque no comprendemos la expiación del Señor. Simplemente no podemos sentarnos sin hacer nada y esperar tener éxito en las cosas espirituales ni en las temporales. Tenemos que hacer todo lo que esté a nuestro alcance por alcanzar nuestras metas, y el Señor hará el resto.

Recuerden las palabras del presidente Gordon B. Hinckley: “La mayor parte del trabajo del mundo no la hacen los genios, sino gente común y corriente, con una vida equilibrada, que ha aprendido a trabajar de una manera extraordinaria” (“Our Fading Civility” [“El declive de nuestra educación”], discurso de apertura de cursos de la Universidad Brigham Young, 25 de abril de 1996, pág. 15).

Permítanme mencionar a una persona admirable que se responsabilizó de su vida e hizo algo con ella a pesar de sus humildes comienzos. Su nombre es Ben Carson. El doctor Carson nació y se crió en un barrio pobre de Detroit; creció en un hogar sin padre. Su madre asumió la responsabilidad de criar a la familia y ella le transmitió a su hijo ese sentido de la responsabilidad.

El doctor Carson decía que su madre preguntaba a menudo a sus hijos: “¿Tienen cerebro?” Y si contestaban que sí, ella respondía: “Entonces debieron haber pensado en la manera de salir de esa situación. No importa lo que hizo Fulano ni Mengano ni nadie. Ustedes tienen cerebro, así que piensen y no se metan en problemas”.

El doctor Carson relata:

“Empecé a entender que yo estaba en control, que podía llegar a donde yo quisiera llegar. La única persona que podía determinar o limitar mi éxito era yo. Una vez que entendí eso, dejé de verme como una víctima y me di cuenta de que no debía simplemente sentarme y esperar a que alguien hiciera algo por mí” (“Seeing the Big Picture: An Interview with Ben Carson, M.D.”, *Saturday Evening Post*, julio–agosto de 1999, págs. 50–51).

El doctor Carson no se sentó a esperar que alguien hiciera algo por él. Tomó control de su vida, estudió mucho y le fue bien, tan bien que llegó a ser médico. Progresó hasta llegar a ser el director de neurocirugía pediátrica del Centro Pediátrico del Hospital Johns Hopkins, de Baltimore, un hospital de fama mundial. En 1987, el doctor Carson realizó con éxito la primera intervención quirúrgica para separar a hermanos siameses unidos en la parte trasera de la cabeza.

Sócrates dijo: “Los dioses nos dan todas las cosas buenas por el precio del trabajo” (Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates*, libro 2, capítulo 1, sección 20).

El presidente Gordon B. Hinckley se hace eco de ese sentimiento: “No hay sustituto bajo los cielos para el trabajo productivo”, dijo. “Es el proceso por el cual los sueños se hacen realidad. Es el proceso por el cual las visiones pasivas se transforman en logros dinámicos.

“Es el trabajo lo que marca una influencia positiva en la vida; es el desarrollar nuestra mente

y el utilizar las habilidades de nuestras manos lo que nos eleva por encima de la mediocridad” (citado en “Pres. Hinckley Shares 10 Beliefs with Chamber”, *Church News*, 31 de enero de 1998, pág. 3).

Magnifiquen sus llamamientos

Cuarto, magnifiquen sus llamamientos y sean miembros fieles de la Iglesia. Cuando vamos a la Iglesia, nos rodeamos de gente que ha hecho los mismos compromisos que nosotros de obedecer los mandamientos y de seguir al Salvador.

Algunos incorrectamente piensan que la Iglesia es un lugar donde se reúne gente perfecta para decir cosas perfectas, pensar cosas perfectas y tener sentimientos perfectos. Permítanme disipar de inmediato esa idea. La Iglesia es un lugar donde nosotros, como personas imperfectas, nos reunimos para ayudarnos y fortalecernos unos a otros a medida que nos esforzamos por regresar a nuestro Padre Celestial. Cada uno de nosotros viajará por caminos distintos en esta vida terrenal. Todos progresamos a un ritmo diferente. Las tentaciones que aflijan a su hermano quizás no les afecten a ustedes.

Nunca subestimen a los que sean menos perfectos que ustedes. Nunca se molesten porque alguien no pueda hablar tan bien como ustedes, dirigir como ustedes, servir como ustedes, tejer, labrar o brillar tan bien como ustedes.

La Iglesia es una sociedad de mejoramiento mutuo con la meta de ayudar a todo hijo e hija de Dios a regresar a Su presencia. Una forma de medir el valor de ustedes en el reino de Dios es preguntarse: “¿Cuánto estoy ayudando a otros a lograr su potencial? ¿Apoyo a los demás miembros de la Iglesia o hablo de sus faltas y defectos?” Si critican a los demás, están criticando al reino de Dios. Si edifican a otros, están edificando el reino.

Otra forma de saber su valor en el reino es preguntarse si están esforzándose enérgicamente por magnificar sus llamamientos en la Iglesia. Cuando magnifican sus llamamientos, no se contentan con un esfuerzo mínimo sino que se esmeran por servir con todo su corazón, alma, mente y fuerza.

Si no tienen un llamamiento en la Iglesia, sírvanse ir al obispo y decirle que están ansiosos de servir y deseosos de poner el hombro a la lid.

Al servir fielmente, el Señor estará con ustedes y sentirán Su Espíritu y Su mano guiadora.

Hace varios años, en una conferencia general, el élder Boyd K. Packer, del Quórum de los Doce Apóstoles, relató la historia de Joseph Millett, un miembro poco conocido de la Iglesia.

Ese hermano vivió durante los primeros días de la Iglesia y cruzó las praderas con otros fieles miembros para cultivar un desierto y encontrar un nuevo hogar. En esos días, la comida con frecuencia escaseaba, los inviernos eran particularmente difíciles y, a menudo, los alimentos que tenían no les alcanzaban para todo el invierno.

Joseph Millett escribió en su diario: “Uno de mis hijos llegó y me dijo que la familia del hermano Newton Hall se había quedado sin pan y que ese día no habían comido.

“Entonces puse parte de la harina que teníamos en un saco y la apronté para enviarla al hermano Hall. Justo en ese momento llegó él.

“Le pregunté: ‘Hermano Hall, ¿se quedó sin harina?’

“ ‘No tenemos nada, hermano Millett’.

“ ‘Bueno’, dije, ‘ahí hay un poco en ese saco, hermano; yo había apartado algo para mandarle porque su hijo le dijo al mío que se habían quedado sin harina’.

“El hermano Hall se echó a llorar y me dijo que había tratado de conseguir con otros, pero no había podido; entonces, se había ido hasta el bosque y orado al Señor y Él le había dicho que fuera a ver a Joseph Millett.

“ ‘Bueno, hermano Hall’, le dije, ‘no me tiene que devolver esta harina. Si el Señor lo mandó por ella, usted no me la debe’.

“...Nadie se imagina lo bien que me hizo sentir el darme cuenta de que el Señor supiera que había alguien que se llamaba Joseph Millett” (Diario de Joseph Millett, holografía, Archivos del Departamento Histórico, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; citado por Boyd K. Packer en “Tributo a los santos del Señor”, *Liahona*, julio de 1980, pág. 101).

Ésa es una sensación maravillosa, el saber que el Señor confía en nosotros y nos ama lo suficiente para utilizarnos para bendecir la vida de otras

personas. Hermanos y hermanas, nuestro Padre Celestial desea utilizarlos a ustedes para el mismo propósito. A medida que magnifiquen sus llamamientos y hagan el bien, les prometo que el Señor derramará bendiciones de satisfacción y gozo sobre sus cabezas, hasta que sobreabunden.

Disfruten de la jornada

Quinto, disfruten de la jornada. El pueblo de Dios es un pueblo alegre. Entendemos que hay momentos para ser serios, reverentes y devotos, pero también entendemos que poseemos los gozosos principios que llevan a la vida eterna.

Tenemos tantas razones para sonreír, para ser felices, incluso para reírnos.

Son tantos los que siempre están esperando ser felices. “Si tan sólo pudiera graduarme; si tan sólo pudiera comprar un auto; si tan sólo pudiera casarme...” Para algunos, la felicidad está en el horizonte; es inalcanzable. Cada vez que subimos una colina, la felicidad nos llama desde más allá de la próxima.

Es algo terrible estar esperando siempre el mañana, dependiendo siempre del mañana, siempre buscando excusas para no disfrutar del presente porque estamos seguros de que sólo en el futuro tendremos lo que nos hará sentir realizados.

No esperen el mañana. No esperen el trabajo perfecto, la casa perfecta, el salario perfecto, el cuerpo perfecto. Sean felices hoy. Sean felices ahora.

Abraham Lincoln dijo: “La mayoría de la gente es feliz en la medida en que deciden serlo” (citado por John Cook, recopilador, en *The Book of Positive Quotations*, 1997, pág. 7).

Decídanse a ser felices, aun cuando no tengan dinero, aun cuando no sean guapos, aun cuando no ganen el Premio Nobel. Algunas de las personas más felices que conozco no tienen nada de lo que, según insiste el mundo, uno debe tener para sentir satisfacción y gozo. ¿Por qué son felices? Supongo que es porque no escuchan muy bien. O porque escuchan muy bien lo que el corazón les dice: saben apreciar la majestad de la belleza de la tierra, de los ríos, de los paisajes y el canto de los pájaros. Disfrutan del amor de sus familias, del paso incierto de un niño, de la sonrisa sabia y tierna de un anciano.

Sienten satisfacción por un trabajo honrado, se deleitan en las Escrituras, se regocijan en la presencia del Espíritu Santo.

Algo que sé con certeza es que el tiempo pasa demasiado rápido. No pierdan más tiempo sentados, permitiendo que la vida los pase de largo.

Permítanme darles un consejo más. Estén dispuestos a reírse de ustedes mismos. Cuando se llamó al élder Matthew Cowley (1897–1953) al Quórum de los Doce Apóstoles, el presidente J. Reuben Clark (1871–1961) lo invitó a su oficina y conversó con él sobre su nueva asignación. El presidente Clark era uno de los grandes líderes y pensadores de la Iglesia. Había dejado el cargo de embajador de los Estados Unidos en México para aceptar el cargo en la Primera Presidencia de la Iglesia. Era un hombre acostumbrado a tener grandes responsabilidades.

Al acercarse a su fin la conversación entre el presidente Clark y el élder Cowley, el presidente Clark dijo: “Ahora bien, mi joven muchacho” [él llamaba “muchacho” a todos los miembros del Quórum de los Doce]. “Ahora bien, muchacho, no olvides la regla número seis”. “¿Cuál es la regla número seis?”, preguntó el élder Cowley. “No te tomes muy en serio a ti mismo”. “¿Y cuáles son las otras cinco?”, preguntó el élder Cowley. El presidente Clark le contestó: “No existen” (*Matthew Cowley Speaks*, 1954, págs. 132–133).

Algunas personas se toman tan en serio que creen que no se pueden sentir satisfechas sino hasta que se “encuentren a sí mismas”. Algunas abandonan a la familia, el trabajo o los estudios en esa búsqueda por descubrir quiénes son.

George Bernard Shaw dijo: “La vida no se trata de encontrarse a uno mismo, sino de crearse a uno mismo”. No se preocupen por buscar quiénes son, sino dirijan sus energías a crear la clase de persona que deseen ser. Si lo hacen, descubrirán que, al seguir esa jornada, no sólo “se encontrarán a sí mismos” sino que es muy probable que se sorprendan gratamente y sientan orgullo de la persona que llegaron a ser.

No demoren un minuto más. Cada momento es precioso. ¡Decidan ya que harán de su vida algo admirable!

No hace mucho tuve la oportunidad de regresar con mi esposa al lugar donde empecé mi servicio misional. Mi asignación era organizar la Estaca Salzburg, Austria. Para mí, era como regresar a casa. Recordé los días en que caminaba por las calles empedradas y me preguntaba si alguna vez habría suficientes miembros para tener un pequeño barrio, y allí estaba entonces, listo para organizar una estaca. Tenía el corazón rebosante de emoción al ver esa congregación de miembros fieles y recordar el tiempo que pasé allí.

Ahora, al mirar hacia el pasado, me pregunto si esas pruebas y esa soledad no habrán servido de instrumentos en el fortalecimiento de mi carácter y en mi deseo de tener éxito. Esa época que pareció de fracasos puede haber sido la más importante de mi vida, porque me preparó para las cosas mayores que vendrían.

Mientras estábamos allá, viajamos mi esposa y yo a Oberndorf y caminamos por el mismo camino por el que había caminado con mi compañero hacía tantos años. Y allí, ante las majestuosas montañas y la inmaculada belleza de esa pequeña aldea bávara, le relaté a ella una vez más sobre esa noche de paz cuando describí a mi compañero la mujer con la que me casaría.

Las decisiones que tomé esa noche sagrada en Oberndorf, Austria, han sido una firme guía a lo largo de mi vida. Aun cuando todavía tengo mucho por aprender y lograr, he hecho todo lo que estaba a mi alcance por tener fe en Dios, me he esforzado por centrarme en las cosas que son importantes en la vida, me he esforzado por trabajar duro en tareas justas, me he esforzado por magnificar los llamamientos que he recibido en la Iglesia y me he esforzado por disfrutar de la jornada.

Ruego que ustedes hagan lo mismo al crear de sus vidas algo digno de su herencia divina.

Testifico que el objetivo de mi misión en la lejana Europa es el mismo ahora que el de entonces: Testificar que tenemos un amoroso Padre Celestial y también a Su Hijo Amado, Jesucristo, quien nos dio la gran Expiación. Testifico que José Smith fue un profeta de Dios que recibió la plenitud del Evangelio eterno y estableció la Iglesia del Señor sobre la tierra en estos últimos días. Doy testimonio de que Gordon B. Hinckley es nuestro Profeta, Vidente y Revelador hoy día.

A medida que busquen realizar sus deseos justos, el Señor estará con ustedes y guiará sus pasos. Él desea que sean felices y que tengan éxito, desea que vengan a Él. Ruego que encuentren paz y regocijo en su jornada por la vida.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- ¿Están de acuerdo con Aristóteles en que el objeto de la vida es ser feliz? Expliquen sus respuestas.
- Según el élder Wirthlin, ¿cuáles son los “cinco puntos que, si los toman en serio y los llevan a la práctica... les traerán felicidad y éxito, se sentirán realizados y lograrán una herencia en el reino celestial”?
- Hagan una lista de los elementos que personalmente les brinden gozo y felicidad. Expliquen cómo pueden esos elementos ayudarles a mantener una actitud positiva y animosa si son líderes.
- Busquen un pasaje de las Escrituras que les dé ánimo.

CÓMO PONER EN PRIMER LUGAR LO QUE ES PRIMERO

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan;

“sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan.

“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón...”

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:19–21, 33).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Los líderes deben tener presente la eternidad al planificar su tiempo.

CONCEPTOS DE LA LECCIÓN

1. Los líderes deben dar prioridad a la vida eterna y no a las cosas del mundo.
2. El equilibrio es un atributo importante para los líderes de la Iglesia y de la familia.
3. Los líderes deben aprender a administrar su tiempo.

CONCEPTO 1: LOS LÍDERES DEBEN DAR PRIORIDAD A LA VIDA ETERNA Y NO A LAS COSAS DEL MUNDO.

COMENTARIOS

Durante Su Sermón del Monte, Jesús enseñó: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan...”

“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:19, 21).

El élder Delbert L. Stapley, que en vida fue miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, explicó: “La renovación y santificación de nuestro cuerpo por el poder del Espíritu Santo se logra viviendo de acuerdo con el Evangelio. Los tesoros de buenas obras que acumulemos antes de morir irán edificando nuestra mansión eterna. El proyectar nuestra manera de pensar hacia las eternidades bajo la influencia del Espíritu nos ampliará la mente y nos dará una visión clara del plan de Dios, lo cual nos ayudará a trazar un

curso que nos lleve de regreso a Su presencia. Mantengan siempre la eternidad en perspectiva aquí, en la vida terrenal, y basen sus acciones, opiniones y decisiones en las leyes eternas de Dios. Debemos educarnos, no sólo para esta vida sino también para la eternidad” (en “Conference Report”, set.–oct. de 1967, pág. 75).

Cuando el élder M. Russell Ballard [del Quórum de los Doce Apóstoles] era miembro de los Setenta, aconsejó esto: “...Recordemos que la eternidad es ahora y no un indefinido y distante futuro. Si no nos preparamos para la vida eterna, entonces nos estamos preparando para algo más, algo muy inferior” (véase “El desarrollo espiritual de nuestros hijos”, *Liahona*, febrero de 1979, pág. 100).

El presidente Harold B. Lee, cuando era Consejero de la Primera Presidencia, dio este consejo: “La mayoría de los hombres no establecen un orden de prioridad que los guíe en el empleo de su tiempo, y casi todos se olvidan de que su prioridad debe ser mantener su propia fortaleza espiritual y física. Después viene la familia, luego

la Iglesia y por último su ocupación; y todo ello requiere tiempo” (*The Teachings of Harold B. Lee*, ed. por Clyde J. Williams, 1996, pág. 615).

El élder Ballard agregó este otro consejo, después de pasar a integrar el Quórum de los Doce Apóstoles: “Primero, reflexionen sobre su vida y establézcanse un orden de prioridad. Dediquen regularmente unos momentos de paz para pensar profundamente a dónde quieren llegar y qué deben hacer para lograrlo. Jesús, nuestro ejemplo, muchas veces ‘se apartaba a lugares desiertos, y oraba’ (Lucas 5:16). Nosotros debemos hacer lo mismo de cuando en cuando para renovarnos espiritualmente como el Salvador lo hizo. Anoten diariamente lo que desearían hacer en el día; y al hacerlo, lo primero que deben tener presente son sus convenios sagrados con el Señor” (véase “El equilibrio en las exigencias de la vida”, *Liahona*, julio de 1987, pág. 13).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Lea con los alumnos Mateo 6:19–21 y Lucas 12:13–21. Analicen lo que esos versículos enseñan sobre la importancia relativa de lo temporal y sobre lo eterno (véase también la sección “Comentarios”).

Diga a los alumnos que hagan una lista de las actividades y las ocupaciones a las que deben dedicar tiempo. La lista puede incluir el estudio de las Escrituras, el servicio a los demás, el trabajo, las actividades con los amigos, el pasar tiempo con la familia, el ejercicio, las asignaciones de los estudios, y la diversión. Pídales que clasifiquen las actividades de la lista por orden de importancia, empezando por lo más importante, y que analicen el porqué de haberlas puesto en ese orden.

Asegúrese de que entiendan que a veces es necesario dejar de lado aun las que tengan prioridad para atender a una emergencia, llevar a cabo una tarea importante o prestar servicio. Del mismo modo, algunos elementos que puedan parecer menos importantes desde una perspectiva eterna, como los estudios, pueden tener mucha importancia en prepararnos para el servicio futuro en el reino. En medio de todo lo que tenga prioridad, debemos mantener nuestra vida centrada en Jesucristo y en el Evangelio.

CONCEPTO 2: EL EQUILIBRIO ES UN ATRIBUTO IMPORTANTE PARA LOS LÍDERES DE LA IGLESIA Y DE LA FAMILIA.

COMENTARIOS

El presidente Ezra Taft Benson escribió lo siguiente: “Las Escrituras dicen, refiriéndose a la preparación de Jesús para Su misión, que ‘crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres’ (Lucas 2:52). Esto abarca cuatro aspectos principales respecto a las metas: lo espiritual, mental, físico y social. ‘...Por lo tanto, ¿qué clase de hombres habéis de ser?’, preguntó el Maestro. Y Él mismo contestó: ‘...En verdad os digo, aun como yo soy’ (3 Nefi 27:27). Ahí tenemos una meta para toda la vida: seguir Sus pasos y perfeccionarnos en toda virtud como Él lo hizo” (*The Teachings of Ezra Taft Benson*, 1988, págs. 383–384).

El presidente Spencer W. Kimball, cuando integraba el Quórum de los Doce Apóstoles, testificó de esta manera: “El Salvador tenía una personalidad agradable; era bondadoso, amable, comprensivo; nunca se escapó por la tangente y era perfectamente equilibrado en todo. En su vida no existió la excentricidad” (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, ed. por Edward L. Kimball, 1982, pág. 13).

El élder Neal A. Maxwell, miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, enseñó esto: “Debido a las desaparejas etapas de la vida, el Señor desea que haya equilibrio en Sus discípulos, así como en la Iglesia colectivamente. No podemos andar a toda vela sin anclar nunca. Más aún, al progresar, ‘la raíz y la copa’ deben tener ‘igual fuerza’ (Jacob 5:66) a fin de proveernos la capacidad de soportar tanto el exceso de calor como la tormenta” (*If Thou Endure It Well*, 1996, pág. 122).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pida a un alumno que lea en voz alta Lucas 2:52. Anote en la pizarra las palabras del versículo que describen los aspectos en los que “creció” Jesucristo (*sabiduría, estatura, gracia con Dios y los hombres*). Junto a esas palabras escriba *mental, físico, espiritual y social* (véase la sección “Comentarios”). Dirija a la clase en un análisis de los problemas que surgen al tratar de mantener en equilibrio esos aspectos.

Considere la posibilidad de analizar el hecho de que, a veces, nuestra vida se “desequilibra” temporariamente debido a las circunstancias. Por ejemplo, los estudiantes universitarios pueden dedicar gran parte de su tiempo a los estudios; aun cuando eso sea necesario en el momento, no deben descuidar el desarrollo de otros aspectos de su vida y su personalidad. El horario de un obispo puede resultar desequilibrado en el sentido de que los deberes del barrio le impidan pasar con los miembros de su familia todo el tiempo que quisiera; sin embargo, debe hacer todo lo posible por pasar el tiempo necesario con ellos y confiar en que el Señor le ayudará a atenderlos debidamente.

CONCEPTO 3: LOS LÍDERES DEBEN APRENDER A ADMINISTRAR SU TIEMPO.

COMENTARIOS

Los líderes de la Iglesia nos exhortan a establecer un orden de prioridad que esté de acuerdo con los principios del Evangelio. El élder Richard G. Scott, del Quórum de los Doce Apóstoles, enseñó esto: “Pon al Salvador, Sus enseñanzas y Su Iglesia en el centro de tu vida; haz que todas tus decisiones se ajusten a esta norma” (“Cómo tomar la decisión correcta”, *Liahona*, julio de 1991, pág. 36). Más adelante, el élder Scott aconsejó: “...Consideremos a nuestro Padre Eterno y a Su amado Hijo lo más importante de nuestra vida, más importante que la vida misma, más importante que nuestro querido cónyuge o hijos o cualquier otro ser querido. Que nuestro único deseo sea hacer la voluntad de Ellos; entonces recibiremos todo lo que necesitemos para ser felices” (“El poder de los principios correctos”, *Liahona*, julio de 1993, pág. 40).

En otra oportunidad, el élder Scott hizo esta advertencia: “...Parte de esa prueba [de la vida terrenal] es tener aquí tantas cosas aparentemente interesantes para hacer, que es posible que olvidemos los principales propósitos de estar acá; Satanás se esfuerza mucho por impedir que suceda todo lo esencial...”

“...En los momentos tranquilos cuando piensas en ello, reconoces lo que es y lo que no es de fundamental importancia en la vida. Ten sabiduría y no dejes que lo bueno tome precedencia sobre lo esencial...”

“...Reflexiona sobre lo que haces en tu tiempo libre, ese tiempo que tienes la libertad de controlar.

¿Te parece que lo concentras en aquello que tiene elevada prioridad y que es de mayor importancia? ¿O aun sin darte cuenta, lo llenas constantemente con actividades triviales que no tienen valor duradero ni te ayudan a lograr el propósito por el cual viniste a la tierra? Piensa en la perspectiva futura, no sólo en lo que sucederá hoy o mañana. *No renuncies a lo que más anhelas en la vida por algo que ahora crees desear.*

“Lo esencial debe realizarse durante el período de prueba en la tierra; se le debe dar la más alta prioridad; no debe sacrificarse por cosas de menor importancia, aun cuando sean buenas y de valor...” (véase “Jesucristo, nuestro Redentor”, *Liahona*, julio de 1997, págs. 65, 66).

Hay temporadas en que la mayoría de nosotros pensamos que no tenemos bastante tiempo para hacer todo lo que debemos o querríamos hacer. Los llamamientos de la Iglesia, las obligaciones familiares, el trabajo, los entretenimientos y otras cosas exigen nuestra atención al mismo tiempo. El élder Neal A. Maxwell, cuando era miembro de la Presidencia de los Setenta, nos aconsejó emplear el albedrío de tal manera que “hagamos aquello que tenga más importancia a fin de no sacrificar esas cosas por las menos importantes” (*Deposition of a Disciple*, 1976, pág. 58). Los líderes de la Iglesia y de la familia deben concentrar su vida en los tesoros celestiales con el objeto de poder ayudar a otras personas a hacer lo mismo.

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Aprendemos a administrar el tiempo por la misma razón que aprendemos a administrar el dinero: a fin de estar seguros de disponer de lo suficiente para gastar en aquello que más necesitemos y queramos tener.

Explique que el primer paso para administrar el tiempo es calcular con cuánto contamos. Pregunte a los alumnos cuántas horas hay en una semana (168). Dígalos que piensen en las actividades que *tienen que realizar* semanalmente (trabajo, estudios, descanso, alimentación, etc.) y que las anoten en una hoja de papel; luego, que escriban junto a cada una las horas que deban dedicarle por semana y las resten del total. Por ejemplo, si pasan 40 horas semanales trabajando, les quedarán 128 horas; si duermen 8 horas por día, les

quedarán 72; si dedican 3 horas a las reuniones de la Iglesia el domingo, les quedarán 69 horas.

Cuando obtengan un total, pregúnteles a qué actividades *les gusta* dedicar sus horas libres, y que las escriban en la hoja; que anoten junto a cada una el tiempo que piensen que les pueden dedicar y después lo resten del total. (Si alguna de esas actividades coincide con las que hayan escrito en la lista de cosas que tienen que hacer, que no resten ese tiempo otra vez.)

Hágales notar que las actividades a las que damos más valor no siempre son las que llevan más tiempo. Por ejemplo, es posible que ciertos días sólo empleemos unos minutos en la oración, aunque esa oración sea lo más importante que hagamos ese día.

A continuación, dé a cada alumno un calendario semanal sencillo y dígales que se fijen en la lista de cosas que *tienen* que hacer y las marquen en el calendario; que marquen después las que *gustaría* hacer en el espacio que les quede.

Haga hincapié en la importancia de dar prioridad a las que consideren de mayor valor. Sugiera que administren su tiempo de tal manera que les quede algo todas las semanas para dedicar a las metas de la Iglesia de proclamar el Evangelio, redimir a los muertos y perfeccionar a los santos.

Dígales que, como líderes, debemos organizar nuestro tiempo a fin de vivir de acuerdo con los principios del Evangelio y de ayudar a otras personas a hacer lo mismo.

Explíqueles que un calendario puede ayudarles a recordar las reuniones y los otros compromisos que tengan y a mantener un equilibrio entre todas las actividades de más importancia. Hágales notar que ése es sólo un medio de administrar el tiempo, y exhórtelos a encontrar la forma que sea mejor para ellos.

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Elder Russell M. Ballard
del Quórum de los Doce
Apóstoles

Véase “El equilibrio en las exigencias de la vida”, Liahona, julio de 1987, págs. 12–14.

Una reevaluación del orden de prioridades

Mis queridos hermanos, desde la última conferencia general he sentido en mi propia vida el poder de las bendiciones del sacerdocio y el de la fe y las oraciones de los miembros de la Iglesia. Durante muchos años he dado bendiciones a otras personas, he ayunado y orado por su bienestar y ejercido mi fe por su recuperación. Hace poco, debido a una grave enfermedad, me tocó ser el recipiente de esa fe, oraciones y bendiciones. Y agradezco, mis hermanos, las oraciones que han ofrecido en mi favor.

Uno de mis colegas me dijo que de esta enfermedad sacaría un beneficio, indicando que para todos es bueno que, de vez en cuando, enfrentemos la adversidad, especialmente si nos lleva a una introspección que nos permita evaluar abierta y sinceramente nuestra vida. Eso fue lo que hice.

La noche anterior a la operación, los médicos me hablaron sobre la posibilidad de que tuviera cáncer. Cuando quedé solo, mi mente se llenó de pensamientos sobre mi familia y mi ministerio, y encontré consuelo en las ordenanzas del Evangelio que me unen eternamente a los míos si somos fieles. Comprendí que debía cambiar el orden de prioridades en mi vida si deseaba lograr aquello que tenía más importancia para mí.

A veces necesitamos una crisis en la vida que nos reconfirme cuáles son las cosas que realmente valoramos y atesoramos. Las Escrituras están llenas de ejemplos de personas que tuvieron que pasar por una crisis antes de comprender cómo podían servir mejor a Dios y al prójimo. Si ustedes también se hacen un examen de conciencia y valerosamente evalúan su orden de prioridades, quizás descubran, como yo, que necesitan equilibrarlo mejor.

Todos debemos llegar a ese autoexamen abierto y sincero, a la percepción de quiénes somos y de lo que queremos ser.

El repaso de los convenios nos ayuda a mantener un equilibrio respecto a las exigencias de la vida

Como casi todos sabemos, enfrentar los diversos y complejos problemas de la vida cotidiana no es tarea fácil y puede trastornar el equilibrio y la armonía que buscamos. Muchas personas que se preocupan por esto hacen grandes esfuerzos por

mantener ese equilibrio, pero a veces se sienten abrumadas y derrotadas.

Una mujer con cuatro hijos pequeños dijo: “En mi vida no existe nada de equilibrio. Tratar de criar a mis hijos me consume completamente y no tengo casi tiempo para pensar en nada más”.

Un padre joven, sintiendo la presión de tener que mantener a la familia, comentó: “Estoy iniciándome en un negocio que exige todo mi tiempo. Me doy cuenta de que estoy descuidando mis deberes familiares y de la Iglesia, pero si puedo arreglármelas por un año más, tendré bastante dinero y todo se solucionará”.

Un estudiante de secundaria dijo: “Oímos tantas opiniones contradictorias que es difícil saber lo que es bueno y lo que es malo”.

¿Y cuántas veces hemos oído decir esto?: “Nadie sabe mejor que yo lo importante que es el ejercicio, pero estoy tan ocupado que no tengo tiempo para hacerlo”.

Una madre que no tenía esposo dijo: “Para mí es casi imposible hacer todo lo que debo para administrar mi hogar y guiar a mi familia. En realidad, hay veces en que pienso que se espera demasiado de mí. Por mucho que me esfuerce, nunca podré complacer a todos”.

Otra mujer, madre de cuatro hijos, explicó: “Tengo una lucha entre la autoestima, la confianza y el sentido de mi propio valor, y la culpabilidad, la depresión y el desánimo por no hacer todo lo que se me dice que debemos hacer para entrar en el reino celestial”.

Mis hermanos, todos enfrentamos esa clase de luchas de vez en cuando; son comunes en la experiencia humana. Muchas personas tienen sobre sí serias demandas que provienen de sus responsabilidades paternas, familiares, laborales, religiosas y cívicas; el mantener todo en equilibrio puede ser un problema serio.

El efectuar periódicamente un examen de los convenios que hemos hecho con el Señor nos ayudará a establecer un orden de prioridades y de equilibrio; nos hará ver de qué tenemos que arrepentirnos y en qué debemos cambiar a fin de asegurarnos de ser dignos de las promesas que acompañan nuestros convenios y sagradas ordenanzas. Para ocuparnos de nuestra salvación,

tenemos que planificar bien y hacer un esfuerzo deliberado y valiente.

Deseo hacer unas sugerencias que espero sean de valor para aquellos que se preocupan por mantener un equilibrio entre las muchas exigencias de la vida. Son muy básicas y, si no tenemos cuidado, sus conceptos pueden pasarse por alto fácilmente; es preciso tener dedicación inalterable y autodisciplina para ponerlas en práctica.

Establezcan prioridades con una perspectiva eterna

Primero, reflexionen sobre su vida y establézcanse un orden de prioridad. Dediquen regularmente unos momentos de paz para pensar profundamente a dónde quieren llegar y qué deben hacer para lograrlo. Jesús, nuestro ejemplo, muchas veces “se apartaba a lugares desiertos, y oraba” (Lucas 5:16). Nosotros debemos hacer lo mismo de cuando en cuando para renovarnos espiritualmente como el Salvador lo hizo. Anoten diariamente lo que desearían hacer en el día; y al hacerlo, lo primero que deben tener presente son sus convenios sagrados con el Señor.

Establezcan metas razonables de corto plazo

Segundo, establezcan metas a corto plazo que puedan alcanzar; metas bien equilibradas; no muchas ni muy pocas, y no muy altas ni muy bajas. Anótenlas en una hoja de papel y trabajen por alcanzarlas según su orden de importancia. Al establecernos metas, siempre debemos pedir la guía divina.

Como recordarán, Alma dijo que habría deseado ser un ángel para poder “hablar con la trompeta de Dios... que estremeciera la tierra, y proclamar el arrepentimiento a todo pueblo” (Alma 29:1). Y luego dijo: “Mas he aquí, soy hombre, y pecco en mi deseo; porque debería estar conforme con lo que el Señor me ha concedido...”

“...¿por qué he de desear algo más que hacer la obra a la que he sido llamado?” (Alma 29:3, 6).

Sean responsables en la administración del dinero y busquen la seguridad económica

Tercero, toda persona se enfrenta con problemas económicos. Por medio de un presupuesto prudente, evalúen sus verdaderas necesidades y compárenlas con lo que querrían tener pero que no es indispensable. Son demasiadas las personas

y las familias que han incurrido en excesivas deudas. Cuidense de las atractivas ofertas de préstamos; es mucho más fácil pedir prestado que pagar lo pedido. No hay ningún atajo que pueda llevarnos a la seguridad económica. No hay ningún plan eficaz para hacernos ricos instantáneamente. Quizás no haya nadie que tenga tanta necesidad del equilibrio en su vida como aquellos que se dejan convencer de acumular “cosas” en este mundo.

No confíen su dinero a otras personas sin haber hecho una cuidadosa investigación sobre la inversión que les propongan. Muchos son los que han perdido demasiado por confiar a otros sus ingresos. En mi opinión, jamás lograremos el equilibrio a menos que controlemos nuestra situación económica para que sea estable.

El profeta Jacob dijo a su pueblo: “Por lo tanto, no gastéis dinero en lo que no tiene valor, ni vuestro trabajo en lo que no puede satisfacer. Escuchadme diligentemente, y recordad las palabras que he hablado; y venid al Santo de Israel y saciaos de lo que no perece ni se puede corromper, y deléitese vuestra alma en la plenitud” (2 Nefi 9:51).

Y por último, hermanos, paguen siempre el diezmo íntegro.

Desarrollen una relación cercana con familiares y amigos

Cuarto, manténganse cerca de su cónyuge, sus hijos, sus parientes y amigos, que les ayudarán a vivir en forma equilibrada. En un estudio que hizo la Iglesia hace poco, se les pidió a los miembros mayores que pensar en un momento en el que hubieran sido muy felices y lo describieran; también se les pidió que describieran un momento en el que se hubieran sentido muy desgraciados. En la mayoría de los casos, lo que había hecho a las personas muy felices o muy infelices eran sus relaciones con los demás. Con una importancia mucho menor, seguían su salud, su trabajo, el dinero y otras cosas materiales. Las relaciones con familiares y amigos deben edificarse por medio de la comunicación abierta y sincera.

Mediante una comunicación serena, cariñosa y considerada, se pueden mantener un buen matrimonio y buenas relaciones familiares. Recuerden que muchas veces una mirada, una guiñada, un gesto o un breve contacto físico pueden decir más que las palabras. El sentido

del humor y el saber escuchar son también partes vitales de una buena comunicación.

Estudien las Escrituras

Quinto, estudien las Escrituras. Ellas nos ofrecen uno de los mejores recursos que conocemos para mantenernos en armonía con el Espíritu del Señor. Una de las formas en que he logrado mi certeza de que Jesús es el Cristo es el estudio de las Escrituras. El presidente Ezra Taft Benson ha exhortado a los miembros de la Iglesia a que hagan del estudio del Libro de Mormón un hábito diario y un interés para toda la vida. El apóstol Pablo le dio a Timoteo un consejo que es bueno para cada uno de nosotros, cuando le escribió: “...desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús.

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:15–16).

Descansen, hagan ejercicio y aflojen las tensiones

Sexto, muchas personas, incluso yo, tienen dificultad para encontrar el tiempo necesario para descansar, hacer ejercicio y relajar los nervios. Si queremos disfrutar de una vida equilibrada y saludable, debemos programar el tiempo en nuestros calendarios para esas actividades. Una buena apariencia física realza nuestra dignidad y aumenta nuestra autoestima.

Enseñense el Evangelio el uno al otro

Séptimo, los profetas han recalcado repetidamente que los miembros de cada familia deben enseñarse el Evangelio unos a otros, preferiblemente en la noche de hogar semanal. Si no estamos atentos, esa práctica puede escabullírse nos poco a poco de las manos. Pero no debemos perder esa oportunidad especial de enseñarnos “el uno al otro la doctrina del reino” (D. y C. 88:77), que llevará a las familias a la vida eterna.

Satanás está siempre tratando de destruir nuestro testimonio. Pero, mientras estudiemos el Evangelio y guardemos los mandamientos, él no tendrá poder para tentarnos ni perturbarnos más de lo que podamos resistir.

Oren a menudo

Mi última sugerencia es que oremos a menudo, en forma individual y en familia. Los padres deben

imponer el orden que se requiere para guiar y motivar a los hijos a unirse en la oración familiar diaria. Por medio de la oración constante y sincera, nuestros jóvenes podrán tomar las decisiones apropiadas para vencer los problemas cotidianos.

El profeta Alma resumió la importancia de la oración con estas palabras: “sino que os humilléis ante el Señor, e invoquéis su santo nombre, y veléis y oréis incesantemente, para que no seáis tentados más de lo que podáis resistir, y así seáis guiados por el Espíritu Santo, volviéndoos humildes, mansos, sumisos, pacientes, llenos de amor y de toda longanimidad” (Alma 13:28). Cuando estoy en armonía con el Espíritu, me resulta mucho más fácil lograr un equilibrio en todo.

Háganlo todo “con prudencia y orden”

Comprendo, mis hermanos, que a éstas podrían agregarse otras sugerencias. Sin embargo, creo que si nos concentramos en unos pocos objetivos fundamentales, es más probable que podamos enfrentar con éxito las muchas exigencias de la vida. Recuerden que en cualquier aspecto de la existencia, un exceso puede hacernos perder el equilibrio; al mismo tiempo, la escasez en las cosas importantes puede tener el mismo efecto. El rey Benjamín nos aconsejó que todas las cosas se deben hacer “con prudencia y orden” (Mosiah 4:27).

Muchas veces, la falta de dirección y de metas puede hacernos perder tiempo y energías y contribuir a desequilibrarnos. Una vida desequilibrada es muy similar a una rueda de automóvil que no esté balanceada, lo que hace difícil el manejo del vehículo. Las ruedas perfectamente balanceadas hacen la marcha más suave y cómoda. Lo mismo sucede con la vida: nuestra marcha por la existencia mortal es más suave si nos esforzamos por mantener un equilibrio. Nuestra meta debe ser procurar “la inmortalidad y la vida eterna” (Moisés 1:39). Y teniendo esa meta, ¿por qué no eliminar de nuestra vida todo aquello que nos exija y consuma nuestros pensamientos, sentimientos y energías sin contribuir en nada a que la alcancemos?

Ayuden a los miembros en lugar de ponerles trabas

Agrego un consejo a los líderes: Tengan mucho cuidado de que aquello que pidan a los miembros sea algo que les ayude a lograr la vida eterna. A fin de que los miembros de la Iglesia puedan equilibrar

su vida, los líderes deben tener presente el no requerir de ellos tanto que no les deje tiempo para alcanzar sus metas personales y familiares.

Hagan lo más que puedan día a día

No hace mucho, una de mis hijas me dijo: “Papá, a veces me pregunto si lograré hacer todo lo que debo”. La respuesta que le di es la misma que les daría a ustedes si me hicieran ese comentario: Haz lo más que puedas día tras día. Cumple con lo básico y antes de que te des cuenta, te inundará una comprensión espiritual que te confirmará que tu Padre Celestial te ama. Cuando se sabe eso, la vida se llena de propósito y significado, lo cual hace que sea más fácil mantener el equilibrio.

Hermanos, vivan cada día con gozo en su corazón. Humildemente testifico que la vida puede ser maravillosa, en el nombre de Jesucristo. Amén.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- ¿Cómo podemos animarnos, y también alentar a aquellos a quienes dirigamos, para evaluar nuestras prioridades y procurar un equilibrio en nuestra vida?
- ¿Qué función puede tener la adversidad en motivarnos a evaluar nuestra vida?
- ¿Cuáles serían los cinco o seis elementos que tendrían prioridad para ustedes en el presente? ¿Cambiarían esos elementos con la edad y la experiencia? ¿Por qué o por qué no? Entre las cosas que tienen prioridad, ¿cuáles son las más adaptables?
- Hagan una lista de metas terrenales, luego una de espirituales; combínenlas según el orden de prioridad. ¿Qué aprendemos con este ejercicio?
- ¿Qué peligro existe en afanarse por alcanzar las metas espirituales al mismo tiempo que se pasan por alto las físicas?
- Analicen el consejo del rey Benjamín de “que se hagan todas estas cosas con prudencia y orden” (Mosiah 4:27).
- Como líderes de la Iglesia, ¿qué debemos hacer para asegurarnos de que todos los programas y las actividades contribuyan a fortalecer a las familias y apoyen a los padres en su deber de enseñar el Evangelio en el hogar, en lugar de distraerlos en cuanto a ese deber?

HONREMOS EL SACERDOCIO Y LA CONDICIÓN DEL SER MUJER

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Los líderes de la Iglesia y de la familia deben actuar en armonía con los principios del sacerdocio.

CONCEPTOS DE LA LECCIÓN

1. El reino de Dios está gobernado por el sacerdocio.
2. Debemos honrar el sacerdocio y honrar a la mujer.
3. Los líderes deben respetar a los que han sido llamados a presidir en el reino del Señor.

CONCEPTO 1: EL REINO DE DIOS ESTÁ GOBERNADO POR EL SACERDOCIO.

COMENTARIOS

El presidente David O. McKay enseñó lo siguiente: “La mayor garantía de unidad y fortaleza en la Iglesia se encuentra en el sacerdocio, cuando éste se honra y se respeta. ¡Ah!, mis hermanos —presidentes de estaca, obispos de barrio y todos los que poseen el sacerdocio—, que Dios los bendiga en su liderazgo, en su responsabilidad de guiar, bendecir y consolar a aquellos a quienes se les ha asignado presidir y visitar. Guíenlos para que vayan ante el Señor y busquen inspiración para vivir de tal manera que se eleven por encima de la bajeza y la mezquindad, y moren en un ambiente espiritual” (en “Conference Report”, oct. de 1967, pág. 6).

El élder M. Russell Ballard, integrante del Quórum de los Doce Apóstoles, explicó: “...poseer el sacerdocio es más que una gran bendición; lo acompañan enormes responsabilidades tales como velar por la Iglesia; honrar a todas las mujeres, especialmente a nuestra esposa, a nuestra madre, a nuestras hijas y a nuestras hermanas; visitar el hogar de cada miembro, exhortando a cada uno de ellos a ‘orar vocalmente, así como en secreto, y a cumplir con todos los deberes familiares’ [D. y C. 20:47] y a ‘ser testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar [Mosíah 18:9]”

(“En defensa de la verdad y la rectitud”, *Liahona*, enero de 1998, pág. 43).

El élder Russell M. Nelson, del Quórum de los Doce Apóstoles, testificó de esta manera: “...proclamamos a todo el mundo estas eternas verdades: ‘El Sacerdocio de Melquisedec posee el derecho de presidir, y tiene poder y autoridad sobre todos los oficios en la Iglesia en todas las edades del mundo’ (D. y C. 107:8). Ese poder tiene ‘las llaves de todas las bendiciones espirituales de la iglesia’ (D. y C. 107:18). Ruego que honremos ese sacerdocio...” (véase “Honremos el sacerdocio”, *Liahona*, julio de 1993, pág. 47).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Llame a dos o tres alumnos que trabajen en alguna organización (una tienda o una compañía) y pídale que describan la forma en la que están organizados. ¿De dónde sacan la autoridad para hacer su trabajo los empleados de la compañía?

Pregunte cómo está estructurada la Iglesia y de dónde ha recibido la autoridad.

Podría pedir a un voluntario que dibujara un diagrama de la organización de un barrio, una rama o una estaca, y que explique el diagrama. O puede invitar a un ex misionero para que describa la forma en que está estructurada una misión y las ventajas que esa organización ofrece para llevar a cabo la obra del Señor.

Pregúnteles:

- ¿Cómo velan por los miembros los líderes de los diversos oficios del sacerdocio?
- ¿Cómo marcharía la Iglesia si de pronto se quitara la autoridad del sacerdocio? ¿Por qué?

Explíqueles que, de cuando en cuando, el Señor inspira a los líderes de la Iglesia para que hagan algunos cambios en la organización a fin de resolver las exigencias del crecimiento de la Iglesia.

CONCEPTO 2: DEBEMOS HONRAR EL SACERDOCIO Y HONRAR A LA MUJER.

COMENTARIOS

El élder Russell M. Nelson explicó esto: “Ésta es La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Él está a la cabeza de Su Iglesia restaurada y estableció Su sacerdocio para ‘que todo hombre hable en el nombre de Dios el Señor, el Salvador del mundo’ (D. y C. 1:20). ¡Eso es algo maravilloso! Él decidió honrarnos con Su sacerdocio. Del mismo modo, nosotros le honramos a Él al honrar ese sacerdocio, tanto su poder como a aquellos que lo posean. Y al hacerlo, reciben bendiciones los hombres, las mujeres y los niños de todo el mundo. Cuando se honra el sacerdocio, se fomenta el respeto, el respeto fomenta la reverencia y la reverencia fomenta la revelación” (véase “Honremos el sacerdocio”, *Liahona*, julio de 1993, pág. 44).

El presidente N. Eldon Tanner, cuando era consejero de la Primera Presidencia, dijo: “...Ningún hombre, joven o anciano, que posea el Sacerdocio de Dios puede honrar ese sacerdocio sin honrar y respetar a la mujer. Todo hombre joven debe prepararse para proteger la virtud de una mujer con su vida si es necesario, y no ser jamás culpable de codiciar a una mujer ni de hacer cosa alguna que pudiese degradarla o llevarla a perder su virtud. Toda señorita tiene el perfecto derecho de sentirse segura al salir con un joven que tenga el sacerdocio sabiendo que él la respetará y la protegerá en todas las formas” (véase “Las responsabilidades del sacerdocio”, *Liahona*, dic. de 1973, pág. 41).

El presidente Spencer W. Kimball nos hizo reflexionar sobre lo siguiente: “Esta noche hablaré a los hermanos del sacerdocio, reunidos en cientos de lugares por todo el mundo, y les recordaré que

‘hemos sido bendecidos con mujeres especiales, que tienen una profunda y duradera influencia sobre nosotros. Sus contribuciones han sido y son importantes, y serán de valor imperecedero para nosotros’ (véase “Nuestra mayordomía terrenal”, *Liahona*, enero de 1980, pág. 73). Quisiera dar énfasis a estas palabras ahora también. Nunca sería demasiado lo que dijera para recordarnos a todos el alto lugar de honor y respeto que tienen las esposas, madres, hermanas e hijas en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días” (“La voluntad de Dios”, *Liahona*, enero de 1980, pág. 8).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pregunte a las hermanas qué deben hacer los hombres para honrar el sacerdocio que poseen y después analicen las respuestas que den. Pregunte a los hermanos cómo deben honrar a la mujer los poseedores del sacerdocio.

¿Qué bendiciones recibe la mujer gracias a la autoridad del sacerdocio? (Entre las respuestas deben mencionarse las ordenanzas del Evangelio.)

Pida a los alumnos que lean D. y C. 121:34–46 y que nombren los principios de liderazgo que se aplican a todos los líderes de la Iglesia y de la familia.

CONCEPTO 3: LOS LÍDERES DEBEN RESPETAR A LOS QUE HAN SIDO LLAMADOS A PRESIDIR EN EL REINO DEL SEÑOR.

COMENTARIOS

El presidente David O. McKay aconsejó lo siguiente: “Reconozcan a los que los presiden y, cuando sea necesario, busquen sus consejos. El Salvador mismo reconoció esa autoridad en la tierra. Recordarán la experiencia de Pablo cuando se dirigía a Damasco llevando papeles para arrestar a todos los que creían en Jesucristo. De pronto, lo rodeó una luz y oyó una voz que le decía: ‘...Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?’

“Y Saulo le preguntó: ‘...Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer’ (Hechos 9:4, 6).

“Él podría haberle dicho lo que tenía que hacer, pero había una rama de la Iglesia en Damasco, que

presidía un hombre humilde llamado Ananías, y Jesús reconoció su autoridad...

“En esos hechos hay una lección para nosotros, los miembros de la Iglesia. También nosotros debemos reconocer a las autoridades locales. Puede que el obispo sea un hombre humilde y que algunos piensen que son superiores a él, y tal vez lo sean; pero él ha recibido la autoridad directamente de nuestro Padre Celestial.

Reconózcanlo así. Busquen sus consejos y los del presidente de la estaca. Si ellos no pueden resolver sus dificultades o problemas, escribirán a las Autoridades Generales y obtendrán el consejo que haga falta. El reconocimiento de la autoridad es un principio muy importante” (en “Conference Report”, oct. de 1967, págs. 6–7).

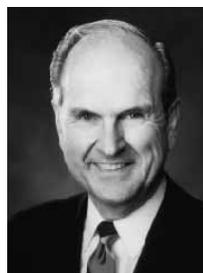
IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pregunte a los miembros de la clase si hay entre ellos alguno que haya asistido a una conferencia general; si hay, pregunte a esa persona qué hace la congregación cuando entra al recinto el Presidente de la Iglesia. (Se pone de pie en silencio, hasta que él tome asiento.) ¿Por qué hace eso la congregación?

Analicen las siguientes preguntas:

- ¿Por qué no sería apropiado pedir consejo a un amigo que sea líder del sacerdocio en otro barrio o estaca, en lugar de pedirlo a alguien de su propia unidad?
- ¿Qué lecciones aprendemos de la experiencia de Pablo que se relata en Hechos 9:6? (véase la sección “Comentarios”).
- El presidente de la estaca anuncia que el domingo se sostendrá a un nuevo obispo del barrio. Ustedes conocen a varios miembros del barrio que serían obispos excelentes, pero para su gran sorpresa, el presidente de estaca ha llamado a un hombre al cual ustedes no consideraban buen líder. ¿Qué deben hacer? ¿Por qué es importante que siempre sostengamos a aquellos a quienes el Señor ha llamado?
- Un amigo tiene una duda doctrinal y piensa escribir a una Autoridad General para que se la aclare, porque cree que sería la persona más indicada para darle la respuesta. ¿Qué error hay en esa manera de pensar?
- ¿Por qué es verdad que “un gran líder es también un gran seguidor”?

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Élder Russell M. Nelson

del Quórum de los Doce Apóstoles

Véase “Honremos el sacerdocio”, Liahona, julio de 1993, págs. 44–47.

Honremos el sacerdocio

Hermanos, es muy poco lo que se ha escrito acerca del tema de mi discurso¹. No obstante, se espera que todos sepamos acerca de él; me refiero a honrar el sacerdocio.

Ésta es La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Él está a la cabeza de Su Iglesia restaurada y estableció Su sacerdocio para ‘que todo hombre hable en el nombre de Dios el Señor, el Salvador del mundo’ (D. y C. 1:20). ¡Esto es algo maravilloso! Él decidió honrarnos con Su sacerdocio. De ese modo, le honramos a Él al honrar ese sacerdocio, tanto su poder como a aquellos que lo posean. Y al hacerlo, reciben bendiciones los hombres, las mujeres y los niños de todo el mundo. Cuando se honra el sacerdocio se fomenta el respeto, el respeto fomenta la reverencia y la reverencia fomenta la revelación².

El presidente Ezra Taft Benson nos ha pedido, en forma específica, que sigamos el protocolo —o sea, los principios— del sacerdocio. Él dijo que “muchos de nosotros hemos aprendido observando y prestando atención a las Autoridades Generales y a los líderes con más experiencia”. Después agregó que “este protocolo se ha puesto en práctica por mucho tiempo y que es preciso seguir en su totalidad las normas correctas que ya se han establecido”³. Citaré al presidente Benson y a otros líderes porque, como se darán cuenta, gran parte de mi mensaje se aplica a ese protocolo.

Tipos de organizaciones

Hay diferencias entre la práctica y la organización de la Iglesia del Señor y las de las instituciones establecidas por el hombre. En éstas, tanto hombres como mujeres pueden asociarse entre sí y dirigirse por estipulaciones que hayan aceptado de común acuerdo. Pero La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días no es

ni una democracia ni una república. El Suyo es un reino, el reino de Dios sobre la tierra; Su Iglesia es de carácter jerárquico y tiene la autoridad suprema a la cabeza. El Señor dirige a Sus siervos escogidos, quienes testifican a todo el mundo que Dios ha vuelto a hablar a los hombres. Los cielos se han abierto y se ha formado una conexión activa entre el cielo y la tierra en nuestra época.

Esa autoridad suprema está basada en un firme cimiento, el cual sigue la organización que se estableció en la antigüedad. Jesucristo es la piedra angular principal, junto con los Apóstoles y los Profetas y todos los dones, los poderes y las bendiciones que caracterizaban a la Iglesia en sus primeros días (véase 1 Corintios 12:28).

Los líderes y los títulos

Las instituciones seculares siguen un modelo de liderazgo diferente del de las espirituales. Las organizaciones establecidas por el hombre están gobernadas por oficiales con títulos que indican el rango y los galardones o los logros que se hayan ganado. Por ejemplo, es apropiado dirigirse a un oficial militar, a un juez, a un senador, a un médico y a un profesor por su título; nosotros respetamos a las personas que hayan alcanzado ese cargo o posición.

Por el contrario, el reino de Dios se dirige por medio de la autoridad del sacerdocio, el cual no se confiere para honrar a un hombre sino para que éste pueda ministrar y prestar servicio. Los “títulos” del sacerdocio no los creó el hombre, ni están de adorno ni implican destreza, sino que indican que se ha escogido a alguien para que sirva en la obra del Señor. Somos llamados, sostenidos y ordenados, no por nosotros mismos, sino “por profecía y la imposición de manos, por aquellos que tienen la autoridad, a fin de que pueda predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas” (Artículo de Fe 1:5; véase también Hebreos 5:4).

Los títulos correspondientes al santo sacerdocio merecen el máximo respeto y cuidado. Al tratar a los miembros de la Primera Presidencia, tanto al mencionarlos como al dirigirles la palabra, se debe utilizar el término “Presidente” (véase D. y C. 107:22). Debemos actuar del mismo modo al referirnos a la presidencia de estaca, de misión, de quórum y de rama. El título *Apóstol* es sagrado; ha sido dado por Dios y lo llevan sólo aquellos que

hayan sido llamados y ordenados para ser “testigos especiales del nombre de Cristo en todo el mundo” (D. y C. 107:23). Un Apóstol habla en nombre de Aquel de quien es testigo especial. Este título sagrado no se utiliza para dirigirse en forma casual a uno de los miembros del Quórum de los Doce Apóstoles. El término apropiado que debemos utilizar es el de *élder* o *hermano*.

El título de *obispo* también implica presidencia, porque él es el presidente del Sacerdocio Aarónico de su barrio y, además, preside al grupo de sumos sacerdotes de esa unidad. Reverentemente nos referimos a él como “el obispo”.

El título de *élder* también es sagrado y se otorga a todos los poseedores del Sacerdocio de Melquisedec.

Un consejo general

Me gustaría dar un consejo en forma general, primero en cuanto a las Autoridades Generales, a quienes reconocemos como instrumentos en las manos del Señor. No obstante, sabemos que son seres humanos; tienen que cortarse el cabello, necesitan ropa limpia y de vez en cuando es preciso que se les recuerde algo que han olvidado, igual que cualquier otra persona. El presidente Benson nos contó una vez un relato que ilustra ese concepto:

“Orson F. Whitney... era un hombre que tenía un gran poder de concentración. Una vez, mientras se encontraba viajando en tren, se había concentrado tanto en algo que no se percató de que el tren había pasado la estación donde debía bajarse. Por lo tanto, tuvieron que llevarlo de regreso en auto hasta el lugar al que se dirigía. Mientras tanto, el presidente de la estaca esperaba y esperaba... Finalmente, pensando en que algo debía de haberle pasado al hermano Whitney y que no iba a llegar, dio comienzo a la reunión. Cuando el hermano Whitney por fin llegó, lo recibió el himno de apertura que trataba de almas que andaban perdidas”⁴.

Honramos a un hombre así debido a su extraordinario llamamiento, cuyos actos oficiales tienen validez tanto en la tierra como en el cielo. Recuerdo muy bien la primera vez que conocí a una Autoridad General; no podría explicar lo que sentí. Si bien era un niño, inmediatamente, casi en forma instantánea, me puse de pie. Hoy día

sigo sintiendo lo mismo cuando una Autoridad General entra en una habitación. Una Autoridad General es un oráculo de la palabra de Dios.

Con frecuencia hablamos de las *llaves* de la autoridad del sacerdocio. Quince hombres —la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles— han sido ordenados en calidad de Apóstoles y se les han conferido *todas* las llaves de la autoridad del sacerdocio. Recientemente, el presidente Gordon B. Hinckley explicó:

“...Sólo el Presidente de la Iglesia tiene el derecho de utilizarlas en su plenitud; puede delegar el ejercicio de varias de ellas a uno o más de sus hermanos...”

“Éste es el poder que ha dado el presidente Benson a sus Consejeros y a los Doce de acuerdo con las varias responsabilidades delegadas a ellos”⁵.

Por asignación de la Primera Presidencia y del Consejo de los Doce, las Autoridades Generales confieren las llaves correspondientes a los presidentes de estaca y de misión, quienes, a su vez, las confieren a los obispos y a las presidencias de los quórums y de las ramas, según corresponda.

A todos los poseedores del sacerdocio se les asigna un líder, porque “mi casa es una casa de orden, dice el Señor, y no de confusión” (D. y C. 132:8).

Ese orden también define los límites de la revelación. El profeta José Smith

Enseñó que “es contrario al sistema de Dios que un miembro de la Iglesia, o cualquier otro, reciba instrucciones para los que poseen una autoridad mayor que la de ellos”⁶. Y el mismo principio indica que una persona no puede recibir revelación para otra que no esté dentro de su círculo de responsabilidad.

Honar el sacerdocio también implica honrar el llamamiento que hemos recibido para prestar servicio. Veamos a continuación lo que hay y lo que no hay que hacer:

- **Aprendan** a seguir los consejos. Busquen la guía de los líderes que presiden y recíbanla con buena disposición.
- **No** hablen mal de los líderes de la Iglesia.
- **No** codicien el llamamiento o la posición de otra persona.

- **No** hagan conjeturas de quién debería o no debería haber sido llamado a un cargo en particular.
- **No** se nieguen a prestar servicio.
- **No** renuncien a un llamamiento. **Informen** a los líderes cuando estén pasando por alguna situación difícil sabiendo que ellos, por medio de la oración, evaluarán el caso al considerar cuál sería el momento apropiado para el relevo.

Tanto el que extiende un llamamiento *como el que* lo recibe tienen el mismo grado de responsabilidad. El élder James E. Talmage dijo lo siguiente:

“Aquellos de quienes se reciba un llamamiento... son tan responsables de sus actos como lo es el que lo reciba; a todos se les exigirá dar un informe estricto y personal de su mayordomía, un informe completo del servicio prestado o de su negligencia y del uso o abuso en la administración de lo que se les haya confiado”⁷.

Algunos aspectos del sacerdocio *no* están relacionados con el cargo ni el título. Por ejemplo, la autoridad para dar una bendición del sacerdocio depende sólo de que la persona haya sido ordenada y de que sea digna. El Señor no negará bendiciones a ninguno de Sus hijos simplemente porque alguien que tenga un cierto llamamiento no esté disponible para dar una bendición. Todo élder de la Iglesia tiene el mismo sacerdocio que el Presidente de la Iglesia.

Hermanos, recuerden que para alcanzar el grado más alto de gloria, deben entrar en el orden del sacerdocio del nuevo y sempiterno convenio del matrimonio (véase D. y C. 131:1–4). Por lo tanto, lo más importante que deben hacer para honrar su sacerdocio es honrar a su compañera eterna.

Un consejo específico

Ahora daré un consejo más específico.

A los esposos y padres: Junto con su querida compañera, moldeen la actitud que impera en su hogar. Establezcan el hábito de orar. Oren en forma regular y en voz alta por sus líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, tanto locales como generales. Los miembros de su familia imitarán sus buenos modales de cortesía en el hogar y de reverencia en la capilla. Ayuden a sus seres queridos a seguir los canales correspondientes del sacerdocio cuando busquen la guía que

necesiten. Enséñenles a pedir consejo a sus padres, en quienes deben confiar, y a los líderes locales y no acudir a las Autoridades Generales. En las últimas dos décadas, la Primera Presidencia ha enviado seis veces prácticamente la misma carta pidiendo que se ajusten a esta norma.

Padres, sé que entienden el principio de la autosuficiencia *temporal* y tratan de tener almacenadas en el hogar provisiones para un año. Tomen también en cuenta la necesidad que existe de tener almacenado en el hogar alimento y autosuficiencia *espirituales*, no sólo para un año sino para toda la vida. Si un padre es digno, debe ser el primero a quien se recurra para que dé una bendición a los miembros de la familia. Con el tiempo, sus hijos harán uso de esa reserva espiritual y serán dignos de bendecir a su propia familia y a sus padres.

Ahora me dirijo a ustedes, **jóvenes** poseedores del Sacerdocio Aarónico (o preparatorio): Si lo honran y se preparan para ser llamados a cumplir una misión, y son dignos de ese llamamiento, les aseguro que “hablarán en el nombre de Dios el Señor” y llevarán Su luz a las almas que la estén buscando, y serán para ellas como ángeles ministrantes, y se les recordará para siempre (véase D. y C. 13).

Aunque a continuación hablaré a nuestros queridos **presidentes y obispos**, los principios se aplican a todos en general. Cuando la persona que presida sobre ustedes llegue a una reunión en la que ustedes estén presidiendo, sírvanse consultar con él de inmediato para pedirle instrucciones. Cerciórense de entender lo que él desee y asegúrense de darle suficiente tiempo para que les dé un mensaje. El élder James E. Faust contó una vez una lamentable experiencia:

“Hace tiempo me enteré de la decepción que sufrieron los miembros de una estaca del Valle de Lago Salado al reorganizarse la presidencia de la estaca. La Autoridad General que presidía era uno de los Apóstoles más venerados y únicos en su género en toda la historia de la Iglesia. Se trataba del élder LeGrand Richards, que si bien tenía más de noventa años, conservaba una mente alerta y vivaz. Durante la conferencia, los oradores locales tomaron la mayor parte del tiempo; por lo tanto, cuando le tocó dirigir la palabra al élder Richards, sólo faltaban diez o quince minutos para terminar

la reunión. ¿Qué hizo el élder Richards? ¿siguió hablando ya pasada la hora? No. Expresó su testimonio y terminó la conferencia a tiempo.

“Los miembros de la estaca no hubieran deseado prolongar la reunión... No obstante, quedaron disgustados porque aun cuando tendrían la oportunidad de volver a escuchar a sus líderes locales, quizás nunca más, y en realidad fue así, se les presentaría la oportunidad de escuchar la palabra de un Apóstol tan venerado como el élder Richards. En resumen, los oradores no respetaron a la Autoridad General que presidía la reunión”⁸.

Una Autoridad General es el último orador en una reunión. Una vez finalizada ésta, los presidentes y los obispos deben permanecer a su lado hasta que él se retire, porque es posible que sienta la necesidad de dar instrucciones adicionales. Además, pueden también evitar así cualquier problema que pudiera surgir. Por ejemplo, en caso de que un miembro haga a la Autoridad General una pregunta que esté fuera de lugar, ustedes estarán allí para hacerse cargo de la situación.

Y ahora haré algunos comentarios acerca del **sumo consejo de estaca**. Éste no tiene presidente ni autonomía y se reúne, aun cuando sea dividido en comités, sólo cuando lo decida la presidencia de la estaca. Aunque los miembros del sumo consejo pueden sentarse en el orden en que hayan recibido el llamamiento, ninguno de ellos tiene más jerarquía que el otro.

Por el contrario, en el caso de los Apóstoles, se respeta la jerarquía según el orden de **antigüedad**, incluso cuando entran o salen de una habitación. El presidente Benson nos contó lo siguiente:

“Hace algunos años, el élder Haight tuvo un gesto de cortesía con el presidente Romney mientras estaban en el aposento alto del templo. El presidente Romney se quedó atrás haciendo algo y el élder Haight no quería pasar por la puerta antes que él. Cuando el presidente Romney le hizo señas de que siguiera, el élder Haight le dijo: ‘No, Presidente. Usted primero’.

“El presidente Romney, con su típico sentido del humor, le contestó: ‘¿Qué te pasa, David? ¿Tienes miedo de que robe algo?’ ”⁹

Ese tipo de deferencia de parte de un Apóstol con menos antigüedad hacia otro se registra también en el Nuevo Testamento. Cuando Simón

Pedro y Juan el amado corrieron al sepulcro para averiguar acerca de la desaparición del cuerpo del Señor crucificado, Juan, siendo más joven y más rápido, llegó primero. No obstante, no entró en el sepulcro sino que esperó a que el Apóstol que tenía más jerarquía que él lo hiciera primero (véase Juan 20:2-6). La antigüedad en el apostolado ha sido desde hace mucho tiempo el elemento por el que el Señor determina quién debe ser el Presidente de la Iglesia.

Reprimenda y arrepentimiento

Hermanos, estas cosas son importantes. Hace más de un siglo y medio, el Señor reprendió severamente a Su pueblo. Éstas son Sus palabras:

“De cierto os digo, vosotros los que habéis sido ordenados para dirigir mi Iglesia, que la condenación yace sobre vuestra cabeza, y también sobre la Iglesia; y es preciso que entre vosotros haya arrepentimiento y un cambio en todos los aspectos, en los ejemplos que dais a la Iglesia y al mundo, en todo vuestro comportamiento, en todos vuestros hábitos y en vuestra forma de saludaros unos a otros; para que se rinda a todo hombre el respeto que se debe al oficio, al llamamiento y al sacerdocio con los cuales yo, el Señor, os he nombrado y ordenado”¹⁰.

Si hubiera alguno entre nosotros que también fuera culpable de tratar trivialmente las cosas sagradas, deberíamos arrepentirnos y tomar la resolución de honrar el sacerdocio y a aquellos a quienes el Señor ha confiado sus llaves.

Hermanos, proclamamos a todo el mundo estas verdades eternas: “El Sacerdocio de Melquisedec posee el derecho de presidir, y tener poder y autoridad sobre todos los oficios en la iglesia en todas las edades del mundo” (D. y C. 107:8). Ruego que honremos ese sacerdocio, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

- Si lo desea, el lector puede consultar “The Honor and Dignity of Priesthood”, de James E. Talmage, en *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, comp. por James R. Clark; 6 tomos, Salt Lake City: Bookcraft, 1965-1975, tomo IV, págs. 305-309.
- El presidente George Q. Cannon dijo que el honrar al Presidente de la Iglesia “hará que nos acerquemos más al Padre y vivamos de tal manera que podamos recibir revelación para nosotros mismos, que el conocimiento del Espíritu llene nuestro corazón, que la voz del verdadero Pastor sea familiar en nuestros oídos de tal modo que al oírla la reconozcamos... Éste es un privilegio de los Santos de los Últimos Días y la persona de esta Iglesia que no viva como para disfrutarlo se privará de ser lo que debería llegar a ser” (en *Journal of Discourses*, 19:110).
- “The Unique Commission of a General Authority”. Discurso pronunciado en una reunión de capacitación para las Autoridades Generales, 2 de oct. de 1985, pág. 5.
- “Commission”, pág. 1.
- “La Iglesia sigue el curso establecido”, *Liahona*, enero de 1993, pág. 65.
- Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 18.
- Messages of the First Presidency*, tomo IV, pág. 306.
- James E. Faust, “A Seventy is a General Authority”. Discurso pronunciado en una reunión especial de capacitación para los Setenta, 29 de set. de 1987, pág. 4.
- “Commission”, pág. 9.
- History of the Church*, tomo II, pág. 177.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- Si estuvieran presidiendo una reunión y una autoridad que los presidiera a ustedes llegara de improviso, ¿qué harían?
- Analicen la siguiente afirmación: “Se llama a líderes locales de la Iglesia para que ocupen cargos tanto por lo que puedan contribuir como por lo que puedan aprender de su servicio”.
- ¿Qué significa la expresión *llaves del sacerdocio*? ¿Quién determina qué personas poseerán esas llaves?
- En la lista del élder Nelson sobre lo que *hay que hacer* y lo que *no hay que hacer*, ¿qué razones justifican cada punto?

- ¿Cuáles de las declaraciones siguientes son correctas? (Expliquen las respuestas.)
 - Se llama a los líderes del sacerdocio para dirigir a la gente.
 - Se llama a los líderes del sacerdocio para prestar servicio.
 - Los líderes del sacerdocio son personas comunes y corrientes, como nosotros.
- Analicen la función de liderazgo de la mujer en la Iglesia.
- ¿Qué cualidades tienen las buenas madres que influyan para bien en los hijos? ¿Qué función de liderazgo tiene la maternidad en el reino del Señor?
- Analicen Alma 56:47–48 con respecto al impacto de una madre en sus hijos.
- Hable de las hermanas que hayan tenido una influencia positiva en usted (por ejemplo, líderes de la Primaria, maestras de la Escuela Dominical o maestras visitantes) y describa las experiencias que haya tenido con ellas.

CÓMO AYUDAR A LOS DEMÁS A ESTAR ANHELOSAMENTE CONSAGRADOS

“Porque he aquí, no conviene que yo mande en todas las cosas; porque el que es compelido en todo es un siervo perezoso y no sabio; por tanto, no recibe galardón alguno.

“De cierto digo que los hombres deben estar anhelosamente consagrados a una causa buena, y hacer muchas cosas de su propia voluntad y efectuar mucha justicia;

“porque el poder está en ellos, y en esto vienen a ser sus propios agentes. Y en tanto que los hombres hagan lo bueno, de ninguna manera perderán su recompensa” (D. y C. 58:26–28).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Es posible que los líderes tengan que ayudar a aquellos a quienes presten servicio a “estar anhelosamente consagrados a una causa buena”.

CONCEPTO DE LA LECCIÓN

1. Es posible que los líderes tengan que exhortar a aquellos a quienes presten servicio a ser más como Cristo y a ayudar en la edificación del reino de Dios.

CONCEPTO 1: ES POSIBLE QUE LOS LÍDERES TENGAN QUE EXHORTAR A AQUELLOS A QUIENES PRESTEN SERVICIO A SER MÁS COMO CRISTO Y A AYUDAR EN LA EDIFICACIÓN DEL REINO DE DIOS.

COMENTARIOS

La función de los líderes de la Iglesia y de la familia es ayudar a la gente a ser más como Cristo y a edificar el reino de Dios. Idealmente, toda persona debería estar “anhelosamente consagrada” en esas labores, y haciendo “muchas cosas de su propia voluntad” (D. y C. 58:27). Pero, en la práctica, muchas veces los líderes tienen que motivar a la gente.

Motivar quiere decir alentar, inspirar, activar, influir, animar o entusiasmar a alguien para realizar buenas obras. Fíjese en la lista del élder Dallin H. Oaks sobre los motivos que tiene la gente para prestar servicio (págs. 40–41). Los líderes de la Iglesia y de la familia pueden recurrir a algunos de esos motivos para ayudar a las personas a estar anhelosamente consagradas a aplicar los principios del Evangelio.

El élder Gene R. Cook, miembro de los Setenta, escribió: “El amor es una motivación divina; motiva

al Señor y por eso debe también motivarnos a nosotros, particularmente en el trato con nuestra familia” (*Raising Up a Family to the Lord*, 1993, pág. 176).

Muchas veces, los líderes, simplemente al enseñarles las verdades del Evangelio, motivan a aquellos a quienes dirigen. Muchos nos sentimos motivados a hacer lo bueno por nuestra creencia en el Padre Celestial y en Su plan de salvación. El presidente Marion G. Romney, siendo miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, enseñó esto: “La creencia de un Santo de los Últimos Días en que la segunda venida de Cristo es inminente debería motivarlo a seguir con mayor diligencia los planes revelados del Señor para abolir la guerra y eliminar la pobreza y la contaminación ambiental. Debería estimular su deseo de obtener una educación, especialmente en el conocimiento de Dios y en cuanto a la vida eterna” (en “Gospel Forum”, *Ensign*, ene. de 1971, pág. 16).

De la misma forma, los líderes pueden motivar alentando a las personas a quienes dirijan a estudiar las Escrituras y las palabras de los profetas actuales. El élder Parley P. Pratt, en ese entonces integrante del Quórum de los Doce Apóstoles, escribió:

“Cuando tenía siete años, mi madre me daba lecciones de las Escrituras para leer; leí sobre José en Egipto, sus sueños, su período de esclavitud, su tentación y su triunfo; su bondad y afecto hacia el padre y los hermanos. Todo eso me inspiró con los más nobles sentimientos que se hayan grabado en el pecho de un hombre.

“Leí sobre David y Goliat; sobre Saúl y Samuel; sobre Sansón y los filisteos, y todo ello me inspiró aborrecimiento hacia las acciones de los malvados y amor por los hombres buenos y por sus hechos.

“Después, leí sobre Jesús y Sus Apóstoles. ¡Cuánto llegué a amarlos! Y anhelaba caer a los pies de Jesús, adorarlo u ofrecer mi vida a cambio de la Suya.

“Cuando tenía unos doce años, leí acerca de la primera resurrección, tal como la describe Juan el Apóstol en el capítulo 20 de Apocalipsis. Supe de los mártires por la causa de Jesús y de cómo ellos y aquellos que guarden Sus mandamientos vivirán y reinarán con Cristo durante mil años, mientras el resto de los que hayan muerto no volverán a vivir sino hasta que los mil años hayan transcurrido. Esto me impresionó profundamente; me retiré para descansar después de haber pasado las primeras horas de la noche en esa lectura; pero no podía dormir, pues sentía un gran deseo y una ansiedad inexpresable de asegurarme mi parte en tan gloriosa resurrección” (*Autobiography of Parley P. Pratt*, 1985, pág. 2).

Fundado en esas experiencias con la Biblia, el élder Pratt llegó a ser uno de los grandes líderes de la Iglesia en esta dispensación.

El profeta José Smith advirtió a los líderes que se cuidaran de “ejercer injusto dominio” (D. y C. 121:39), o sea, de emplear injustamente la autoridad. “...cuando intentamos encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo, nuestra vana ambición, o ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre...

“Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero;

“por bondad y por conocimiento puro, lo cual ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia” (vers. 37, 41–42).

Los líderes pueden utilizar recompensas materiales para motivar, pero deben hacerlo con mucho cuidado. Ese tipo de recompensa no está directamente relacionada con el mérito que la acredita; por ejemplo, dar dinero a una persona para que lea las Escrituras. El dar premios de esa clase quizás dé resultado, pero si se emplean imprudentemente, pueden ser nocivos para la madurez espiritual del receptor. El elogio excesivo, por otra parte, puede sonar falso o parecer una maquinación. Es posible también que las recompensas materiales tiendan a disminuir la motivación interior de una persona.

Otra forma de motivar que tienen los líderes es referirse a las historias y las enseñanzas de Jesucristo. El presidente Harold B. Lee, cuando era Consejero de la Primera Presidencia, enumeró las maneras en que Jesús ejemplificó los principios de la buena enseñanza, las cuales también se aplican al liderazgo:

- “1. El Maestro sentía amor verdadero hacia Dios y hacia los hijos de Dios.
- “2. Tenía una ardiente convicción de Su misión de prestar servicio y salvar a la humanidad.
- “3. Tenía una comprensión clara y misericordiosa de los seres humanos y de sus necesidades esenciales.
- “4. Él era un estudioso constante y aplicado; conocía ‘la ley y los profetas’; conocía la historia y las condiciones sociales de Su época.
- “5. Discernía la verdad y la defendía sin transigencias.
- “6. Su manera sencilla de expresarse le permitía transmitir Su mensaje a personas de toda clase social y condición, y mantener la atención de éstas.
- “7. Su talento creativo hizo que Sus lecciones fueran vívidas en toda época.
- “8. Él dirigió a las personas de manera que tuvieran hambre y sed de rectitud.
- “9. Inspiró una bondad activa, un deseo de aplicar el Evangelio en el servicio ennoblecedor.

“10. Demostró Su fe viviéndola constante y valientemente” (“And Ye Shall Teach”, *Ensign*, set. de 1971, pág. 5).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Explique a la clase que muchas veces los líderes deben ayudar a las personas a madurar en el Evangelio y a aprender a prestar un servicio eficaz en sus llamamientos. Analicen algunos de los motivos que nos impulsen a prestar servicio, tanto a los líderes como a los seguidores, y anótelos en la pizarra. Pida a los alumnos que los coloquen en orden de importancia, de menor a mayor, y analicen sus razones.

Analicen Doctrina y Convenios 121:34–46. Determinen los motivos y tipos de conducta que, según esos versículos, indican injusto dominio; hagan lo mismo para reconocer los que caracterizan a un liderazgo correcto. Destaque la importancia de estar en armonía con el Espíritu Santo.

Analicen algunas de las desventajas de emplear recompensas materiales para motivar a la gente a vivir conforme a los principios del Evangelio.

Enumeren las maneras en las que Jesucristo ejemplificó el liderazgo perfecto. Exhorte a los alumnos a aplicar en sus funciones de liderazgo los puntos positivos que se han analizado en estas lecciones.

IDEA PARA LA ENSEÑANZA

Léales o cuénteles el relato del élder Hugh B. Brown sobre el grosellero, que aparece a continuación, en la sección “Fuentes de recursos para el maestro”. Dirija a los alumnos en un análisis de los motivos que impulsaron al élder Brown antes y después de esa experiencia.

FUENTE DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Élder Hugh B. Brown
del Quórum de los Doce Apóstoles
“El grosellero”, véase Liahona, marzo de 2002, págs. 22–24.

Algunas veces uno se pregunta si el Señor realmente sabe lo que debe hacer con nosotros; algunas veces uno se pregunta si sabe más que Él

acerca de lo que uno debe hacer y debe llegar a ser. Me pregunto si podría contarles una anécdota que he contado muchas veces en la Iglesia; tiene más años de los que ustedes tienen y es un trozo de mi propia vida, que he repetido en muchas estacas y misiones. Tiene que ver con un incidente personal en el que Dios me mostró que *Él sabe lo que es mejor*.

Vivía yo en Canadá, donde había comprado una granja que estaba un tanto deteriorada. Una mañana salí y vi un grosellero que había alcanzado aproximadamente dos metros de altura y estaba llegando a ser casi todo material para leña; no tenía flores ni grosellas. Antes de ir a Canadá, me crié en una granja de árboles frutales de Salt Lake City y sabía lo que tenía que sucederle a aquel grosellero; de manera que tomé unas tijeras podadoras, fui hasta el arbusto y lo corté, lo podé y volví a cortarlo hasta que no quedó más que un montón de tocones. Estaba empezando a amanecer y creí ver sobre cada uno de esos tocones algo que parecía como una lágrima; pensé que el grosellero estaba llorando. Era yo entonces un tanto ingenuo (y todavía no he dejado de serlo por completo), lo miré, sonreí y le dije: “¿Por qué estás llorando?” Saben que pensé que oía hablar al grosellero y creí oírle decir esto: “¿Cómo pudiste hacerme esto? Estaba creciendo tan maravillosamente; estaba casi tan alto como el árbol de sombra y como el frutal que se encuentran dentro del cercado, y ahora me has talado. Todas las plantas del huerto me mirarán con desprecio porque no llegué a ser lo que debí haber sido. ¿Cómo pudiste hacerme esto? Creí que tú eras el jardinero aquí”. Eso es lo que pensé que había dicho el grosellero, y estaba tan convencido de haberlo oído que le respondí: “Mira, pequeño grosellero, yo soy el jardinero aquí y sé lo que quiero que seas. No quería que fueras un árbol frutal ni un árbol de sombra; quiero que seas un arbusto grosellero, y algún día, pequeño arbusto, cuando estés cargado de fruta, me dirás: ‘Gracias, señor Jardinero, por quererme lo bastante para talarme, por preocuparte de mí lo bastante, aunque me doliera. Gracias, señor Jardinero’ ”.

Pasaron los años y me encontré en Inglaterra, donde era comandante de una unidad de caballería del Ejército Canadiense. Había avanzado rápidamente en las promociones y tenía el rango de oficial superior en el Ejército Británico de

Canadá; me sentía orgulloso de mi puesto. Luego se presentó la oportunidad para llegar a ser general; había pasado todos los exámenes y además tenía antigüedad. Había sólo un hombre que se interponía para que consiguiera aquello que había anhelado durante diez años, el rango de general en el Ejército Británico. Estaba inflado de orgullo por mi situación. Un día ese hombre murió, y recibí un telegrama de Londres que decía: “Preséntese en mi oficina mañana por la mañana, a las 10:00”, firmado por el general Turner, comandante de todas las fuerzas canadienses. Llamé a mi asistente y le dije que me puliera los botones del uniforme, me cepillara la gorra y las botas y, en fin, que me hiciera tener el aspecto de un general porque eso es lo que iba a ser. Él hizo lo mejor posible con los materiales con que contaba, y salí rumbo a Londres. Entré con gallardía en la oficina del general, lo saludé de forma apropiada y él me correspondió con la clase de saludo que un oficial superior suele conceder, algo así como “¡Quítate de mi camino, gusano!” Me dijo: “Siéntese, Brown”, y añadió: “Lamento no poder hacer el nombramiento. Usted lo merece, ha pasado todos los exámenes; además tiene la antigüedad que se requiere y ha sido un buen oficial, pero no me es posible hacer el nombramiento. Debe regresar a Canadá, donde será oficial de entrenamiento y de transporte. Otra persona tendrá el rango de general”. Aquello que había estado esperando y por lo que había orado durante diez años quedó repentinamente fuera de mi alcance.

Al cabo de un momento, él pasó a otra habitación para contestar el teléfono y yo me tomé la libertad de soldado de echar una mirada a su escritorio, en donde estaba mi historial militar. Al pie de la página, escrito con mayúsculas y en negrilla, decía: “ESTE HOMBRE ES MORMÓN”. En aquellos días no se nos veía con buenos ojos. Al ver eso, supe por qué no había sido nombrado: es que tenía ya el rango más elevado que podía obtener un mormón en el Ejército Británico. El oficial regresó y me dijo: “Eso es todo, Brown”. Lo saludé otra vez, no con tanto entusiasmo sino por obligación, y salí de allí. Tomé el tren y volví a mi pueblo, que estaba a ciento noventa kilómetros de distancia, con el corazón deshecho y con amargura en el alma. Cada vuelta de las ruedas parecía repetirme: “Eres un fracasado. Te llamarán cobarde cuando regreses a casa. Entusiasmate

a todos esos muchachos mormones para que se enrolaran en el ejército, y ahora te escapas a tu casa”. Sabía lo que me esperaba y cuando llegué a mi tienda, estaba tan amargado que tiré la gorra y el cinto sobre el catre. Elevé los puños al cielo y exclamé: “¿Cómo pudiste hacerme esto, Dios? He hecho todo lo que estaba de mi parte para prepararme; no hay nada que podría o debería haber hecho que no hiciera. ¿Cómo pudiste hacerme esto!” Sentía la amargura de la hiel.

Entonces oí una voz y reconocí su tono. Era mi propia voz, que decía: “Yo soy el jardinero aquí, y sé lo que quiero que hagas”. La amargura abandonó mi alma y caí de rodillas junto al catre para pedir perdón por mi ingratitud y mi amargura. Mientras me encontraba ahí, arrodillado, oí un himno que estaban cantando en una tienda vecina. Un grupo de jóvenes mormones se reunía regularmente todos los martes por la noche, y, por lo general, yo me reunía con ellos. Nos sentábamos en el suelo y teníamos una reunión de la Mutua. Arrodillado allí, suplicando perdón, oí sus voces que cantaban:

“Quizás no tenga yo que cruzar
montañas ni ancho mar;
quizás no sea a lucha cruel
que Cristo me quiera enviar.
Mas si Él me llama a sendas
que yo nunca caminé,
confiando en Él le diré:
Señor, a donde me mandes, iré”.
(*Himnos*, N° 175.)

Me puse de pie convertido en un hombre humilde; y ahora, casi cincuenta años más tarde, miro hacia Dios y le digo: “Gracias, Señor Jardinero, por talarne, por amarme lo bastante, aunque me doliera”. Veo ahora que no era prudente que llegara a ser general en ese tiempo, porque si lo fuera, habría sido oficial superior en todo el occidente de Canadá, siempre con un buen salario y un lugar donde vivir; habría tenido una buena pensión cuando ya no estuviera de servicio; pero habría tenido que criar a mis seis hijas y mis dos hijos alrededor de los cuarteles. Indudablemente, se habrían casado fuera de la Iglesia, y creo que yo no habría llegado a nada. No es que haya llegado muy lejos de todos modos, pero he logrado más de lo que habría logrado si el Señor me hubiese dejado ir en la dirección que yo quería.

He querido contarles esta historia, aunque la he contado varias veces en otras ocasiones, porque entre ustedes habrá muchos que tendrán experiencias muy difíciles: desaliento, desilusión, aflicción, derrota. Serán acrisolados y probados para demostrar de qué material están hechos. Pero si no obtienen lo que piensen que deben obtener, recuerden esto: “Dios es el jardinero aquí; Él sabe lo que quiere que lleguen a ser”. Sométanse a Su voluntad. Sean dignos de Sus bendiciones, y las recibirán.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- ¿Qué factores motivaron al élder Brown a cambiar el orden de sus prioridades?
- ¿Qué principios aprendemos del relato del élder Brown para aplicar en nuestra propia vida?
- ¿Qué actitudes nos ayudan a dejar que el Señor modele nuestra vida?
- Una actitud de agradecimiento, ¿en qué sentido puede ayudarnos a ser buenos líderes?



Hermana Margaret D. Nadauld

Presidenta General de las Mujeres Jóvenes

Véase “El regocijo del ser mujer”, Liahona, enero de 2001, págs. 17–19.

Las mujeres fieles tienen una misión gloriosa

Es una bendición extraordinaria ser hija de Dios hoy en día. Tenemos la plenitud del Evangelio de Jesucristo. Contamos con la bendición de tener el sacerdocio restaurado en la tierra. Somos guiados por un Profeta de Dios que posee todas las llaves del sacerdocio. Amo y honro al presidente Gordon B. Hinckley y a todos nuestros hermanos que poseen el sacerdocio y son dignos de él.

Me siento inspirada por la vida de las mujeres buenas y fieles. Desde el principio del tiempo, el Señor ha depositado una considerable confianza en ellas. Nos ha enviado a la tierra en una época como ésta para efectuar una gran y maravillosa misión. Doctrina y Convenios enseña: “Aun antes de nacer, ellos, con muchos otros, recibieron sus primeras lecciones en el mundo de los espíritus, y fueron preparados para venir en el debido tiempo del Señor a obrar en su viña en bien de la salvación

de las almas de los hombres” (D. y C. 138:56). ¡Qué magnífica visión nos da ese pasaje con respecto a nuestro propósito en la tierra!

A quien mucho se da, mucho se requiere. Nuestro Padre Celestial nos pide a Sus hijas que seamos virtuosas, que vivamos con rectitud a fin de que cumplamos la misión de nuestra vida, así como Sus propósitos. Él desea que salgamos adelante con éxito y nos amparará si buscamos Su ayuda.

Se dio a las mujeres cualidades especiales

El que las mujeres hayamos nacido como tales en esta tierra se determinó largo tiempo antes del nacimiento terrenal, como así también las diferencias divinas que hay entre hombre y mujer. Me deleito en la claridad de las enseñanzas de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles que se exponen en la Proclamación sobre la familia. Allí dice: “El ser hombre o mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito eternos de los seres humanos en la vida premortal, mortal y eterna”¹. En esa declaración se nos enseña que toda niña era mujer y femenina mucho antes de su nacimiento terrenal.

Dios envió a las mujeres a la tierra con algunas cualidades extraordinarias. Al dirigirse a las mujeres jóvenes, el presidente Faust dijo que la femineidad “es el adorno divino del género humano, que se expresa en... su capacidad para amar, su espiritualidad, delicadeza, resplandor, sensibilidad, creatividad, encanto, refinamiento, ternura, dignidad y serena fuerza. Se manifiesta en forma diferente en cada jovencita o mujer, pero todas... la poseen. La femineidad es parte de su belleza interior”².

El cuidado de nuestro aspecto

Nuestro aspecto exterior es un reflejo de lo que somos interiormente. Nuestras vidas reflejan aquello que buscamos. Y si de todo corazón buscamos en verdad conocer al Salvador y ser más semejantes a Él, lo lograremos, porque Él es nuestro divino y eterno Hermano. Pero es más que eso: es nuestro amado Salvador, nuestro querido Redentor. Junto con Alma de antaño, preguntamos: “¿Habéis recibido su imagen en vuestros rostros?” (Alma 5:14).

Se puede reconocer a las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios, por su aspecto externo. Estas mujeres comprenden la mayordomía que tienen sobre su cuerpo y lo tratan con decoro;

lo cuidan como cuidarían un santo templo porque entienden la enseñanza del Señor: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3:16).

Las mujeres que aman a Dios nunca profanarían un templo ni lo desfigurarían con inscripciones mundanas; ni abrirían de par en par las puertas de ese santo y dedicado edificio para invitar al mundo a mirarlo. Cuánto más sagrado que un templo es el cuerpo, puesto que no ha sido hecho por el hombre, sino que fue hecho por Dios. Nosotras somos las mayordomas, las guardas de la pureza que nuestro cuerpo trajo del cielo. “Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:17).

Las agradecidas hijas de Dios cuidan su cuerpo con esmero, puesto que saben que son la fuente de la vida y reverencian la vida; no descubren su cuerpo para congraciarse con el mundo, sino que son recatadas para recibir la aprobación de su Padre Celestial, porque saben que Él las ama profundamente.

El ministerio de la mujer

Se puede reconocer a las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios por su actitud; ellas saben que las tareas de los ángeles se han dado a la mujer y desean estar al servicio de Dios para amar a Sus hijos y ministrarles; para enseñarles las doctrinas de la salvación; para llamarlos al arrepentimiento; para salvarlos espiritualmente; para guiarlos en el desempeño de la obra de Dios, para dar a conocer los mensajes de Él³. Ellas comprenden que pueden ser una bendición para los hijos de su Padre Celestial en los hogares y en los vecindarios de éstos, y más aún. Las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios glorifican Su nombre.

El magnificar los dones

Se puede reconocer a las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios por sus aptitudes. Cumplen su potencial eterno y magnifican sus dones divinos. Son mujeres competentes y firmes que hacen bien a las familias, sirven al prójimo y entienden que “la gloria de Dios es la inteligencia” (D. y C. 93:36). Son mujeres que abrazan las virtudes eternas para ser todo lo que nuestro Padre Celestial necesita que sean. El profeta Jacob habló

de algunas de esas virtudes cuando dijo que “son de sentimientos sumamente tiernos, castos y delicados ante Dios, cosa que agrada a Dios” (Jacob 2:7).

La reverencia por la maternidad

Se puede reconocer a las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios mediante su reverencia por la maternidad, aun cuando esta bendición les haya sido denegada temporariamente. En estas circunstancias, su recta influencia puede ser una bendición en la vida de los niños a quienes amen. Su enseñanza ejemplar es eco de la voz de un hogar fiel y hace resonar la verdad en el corazón de los niños que necesiten otro testimonio.

Las hijas agradecidas de Dios le aman y enseñan a sus hijos a amarle sin reserva ni resentimiento. Son como las madres del joven ejército de Helamán, las cuales tenían una gran fe y “les habían enseñado que si no dudaban, Dios los libraría” (Alma 56:47).

Al observar a una madre amable y gentil en acción, se ve a una mujer de gran fortaleza. Al buscar estas madres la compañía del Espíritu Santo y la guía del Espíritu de Dios, su familia puede percibir un espíritu de amor, respeto y seguridad cuando está cerca de ellas. La familia es bendecida por la sabiduría y buen juicio de la madre. Los maridos y los hijos cuyas vidas ellas bendigan contribuirán a la estabilidad de las sociedades de todo el mundo. Las agradecidas hijas de Dios aprenden las verdades de sus madres, abuelas y tías, y enseñan a sus hijas el dichoso arte de crear un hogar. Buscan una buena educación para sus hijos, y ellas mismas tienen sed de conocimiento. Ayudan a sus hijos a desarrollar destrezas que puedan emplear en el servicio a los demás. Saben que el camino que han escogido no es el más fácil, pero sí que merece la pena sus mejores esfuerzos.

Ellas entienden lo que quiso decir el élder Neal A. Maxwell con estas palabras: “Cuando la historia final de la humanidad se revele, ¿hará resonar el tronar del cañón o el eco de una canción de cuna? ¿Los grandes armisticios hechos por los militares o la acción pacificadora de la mujer en el hogar? Lo que ocurre en las cunas y en los hogares, ¿no tendrá mayor efecto que las grandes resoluciones tomadas en los congresos?⁴”.

Las hijas de Dios saben que es la naturaleza de la mujer la que puede proporcionar bendiciones eternas, y por ello viven para cultivar ese atributo

divino. Por cierto que cuando una mujer reverencia la maternidad, sus hijos se levantarán y la llamarán bienaventurada (véase Proverbios 31:28).

No somos como las mujeres del mundo

Las mujeres de Dios no pueden ser como las mujeres del mundo. El mundo tiene suficientes mujeres duras; necesitamos mujeres tiernas. Hay suficientes mujeres groseras; necesitamos mujeres bondadosas. Hay suficientes mujeres rudas; necesitamos mujeres refinadas. Hay suficientes mujeres que tienen fama y dinero; necesitamos más mujeres que tengan fe. Hay suficiente codicia; necesitamos más abnegación. Hay suficiente vanidad; necesitamos más virtud. Hay suficiente popularidad; necesitamos más pureza.

¡Ah, cuánto rogamos que toda jovencita crezca y llegue a ser la mujer extraordinaria que Dios sabe que puede ser! Suplicamos que su madre y su padre le indiquen el camino correcto. Imploramos que las hijas de Dios honren el sacerdocio y apoyen a los que lo poseen dignamente; que comprendan su gran capacidad de fortaleza en el ámbito de las virtudes eternas de las que algunos se burlan en el mundo moderno de mujeres liberadas de restricciones.

Comprendamos y cultivemos nuestro potencial

Rogamos que las madres y los padres comprendan el gran potencial para el bien que sus hijas han heredado de su hogar celestial. Debemos alimentar su dulzura, su naturaleza caritativa, su espiritualidad y sensibilidad innatas, así como su aguda inteligencia. Celebren el hecho de que las niñas sean diferentes de los muchachos. Siéntanse agradecidos por el lugar que ellas ocupan en el gran plan de Dios. Y recuerden siempre lo que dijo el presidente Hinckley: “Sólo después de que la tierra hubo sido formada, después de que el día fue separado de la noche, después de que las aguas hubieron sido separadas de la tierra seca, después de que fueron creadas la vegetación y la vida animal, y después de que el hombre hubo sido puesto en la tierra, fue creada la mujer; y sólo entonces se dijo que la obra estaba hecha y que era buena”⁵.

Padres de familia, esposos y hombres jóvenes, ruego que comprendan todo lo que las mujeres

son y pueden ser. Por favor, sean dignos del santo sacerdocio de Dios que poseen y hónrenlo, puesto que nos bendice a todos nosotros.

Hermanas, tengan la edad que tengan, comprendan todo lo que son y deben ser, todo aquello para lo cual Dios mismo las preparó en la existencia preterrenal. Ruego que utilicemos con gratitud los dones inestimables que se nos han dado para ayudar a los seres humanos a pensar con mayor rectitud y a tener más nobles aspiraciones, y lo hago en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. “La familia: Una proclamación para el mundo”, *Liahona*, junio de 1996, pág. 10.
2. Presidente James E. Faust, “El ser mujer: El más alto lugar de honor”, *Liahona*, julio de 2000, pág. 118.
3. Bruce R. McConkie, *Mormon Doctrine*, 2ª ed., 1966, pág. 35.
4. Élder Neal A. Maxwell, “Mujeres de Dios”, *Liahona*, agosto de 1978, págs. 14–15.
5. Presidente Gordon B. Hinckley, “Our Responsibility to Our Young Women”, *Ensign*, set. de 1988, pág. 11.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- Hagan una lista de las expresiones positivas e inspiradoras que la hermana Nadauld emplea en su discurso (por ejemplo, “bendición extraordinaria”, “magnífica visión”, “diferencias divinas”, etc.). ¿Qué lecciones podemos aprender nosotros, como líderes, con esas expresiones que podamos aplicar en nuestra comunicación con los demás?
- Comparen el efecto de las expresiones positivas y de las negativas para motivar a otras personas.
- Según la hermana Nadauld, ¿cuáles son algunos elementos del aspecto de una persona de rectitud? ¿Por qué serán éstos importantes en un líder?
- ¿Por qué son esos elementos más importantes que la belleza física?
- ¿Cómo podemos ayudar a otras personas a darse cuenta de su potencial divino?

LA OBRA DEL LIDERAZGO

“Enséñales a no cansarse nunca de las buenas obras, sino a ser mansos y humildes de corazón; porque éstos hallarán descanso para sus almas” (Alma 37:34).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Los líderes de la familia y los de la Iglesia deben trabajar diligentemente para llevar almas al Señor y para establecer Su reino.

CONCEPTO DE LA LECCIÓN

1. Los líderes deben trabajar diligentemente para llevar almas al Señor.

CONCEPTO 1: LOS LÍDERES DEBEN TRABAJAR DILIGENTEMENTE PARA LLEVAR ALMAS AL SEÑOR.

COMENTARIOS

El élder Bruce R. McConkie, cuando era miembro de los Setenta, escribió esto: “El trabajo es el grandioso principio fundamental que hace que todo sea posible tanto en esta vida como en la eternidad” (*Mormon Doctrine*, 2ª ed., 1966, pág. 847). Y el presidente Gordon B. Hinckley enseñó: “No hay nada de verdadera importancia que se consiga sin trabajo. Nada sucede en este mundo a menos que haya trabajo... El trabajo tiene que existir” (*Standing for Something: Ten Neglected Virtues That Will Heal Our Hearts and Homes*, 2000, pág. 80).

Nuestro Padre Celestial se esfuerza por salvar y exaltar a Sus hijos (véase Moisés 1:39). La expiación de Jesucristo lo hace posible, completando así la obra del Padre (véase Juan 4:34; 5:17; 9:4). Él nos da la oportunidad de ayudarnos los unos a los otros a regresar junto al Padre. “Alguien ha dicho con razón: ‘Tal como la característica del fuego es quemar y la de la nieve congelar, así la de Dios es el trabajo’. Y nosotros somos Sus hijos” (George Reynolds y Janne M. Sjodahl, *Commentary on the Book of Mormon*, ed. por Philip C. Reynolds, 7 tomos, 1955–1961, tomo I, pág. 275).

La obra de los líderes no sólo ayuda a los demás en su camino, sino también al líder mismo. “El trabajo dedicado contribuye a que desarrollemos los atributos de la santidad: la autodisciplina, la

perseverancia, la responsabilidad y la integridad” (en *Encyclopedia of Mormonism*, ed. por Daniel H. Ludlow, 5 tomos, 1992, tomo IV, pág. 1586).

La oportunidad de trabajar se presentó a la humanidad cuando el Señor puso a Adán “en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase” (Génesis 2:15). La necesidad del trabajo continuó cuando Dios expulsó a Adán del jardín (véase Génesis 3:17–19).

Si esperamos llegar a ser líderes útiles, debemos estar dispuestos a trabajar con esfuerzo. El presidente Spencer W. Kimball explicó: “Debemos hacer algo más que suplicar al Señor que nos haga excelentes. La transpiración debe preceder a la inspiración; antes de lograr la excelencia, tiene que haber un esfuerzo. Debemos hacer más que orar para obtener esos resultados... aun cuando ciertamente debemos orar. Tenemos que pensar; tenemos que esforzarnos” (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, 1982, pág. 402).

Los líderes deben también tener presente este consejo del rey Benjamín: “Y mirad que se hagan todas estas cosas con prudencia y orden; porque no se exige que un hombre corra más aprisa de lo que sus fuerzas le permiten” (Mosíah 4:27).

Considere las siguientes explicaciones del élder Neal A. Maxwell; cuando era Ayudante del Consejo de los Doce, enseñó:

“En la mayoría de los casos, la obra extraordinaria de Dios la llevan a cabo personas comunes en el supuesto anonimato del hogar y la familia” (*That My Family Should Partake*, 1974, pág. 122).

“Hay algo de santidad en el trabajo; incluso en tiempos de abundancia es una necesidad. Aunque el trabajo no es todo en la vida, puede ayudarnos a tener presentes nuestras bendiciones” (*Look Back at Sodom: A Timely Account from Imaginary Sodom Scrolls*, 1975, pág. 10).

Más adelante, cuando integraba la Presidencia de los Setenta, élder Maxwell escribió lo siguiente:

“Dios da los picos y las palas a los ‘elegidos’ porque ellos están dispuestos a ponerse a trabajar y a tener las manos callosas. Quizás no sean los mejores ni los más capaces, pero son los que están más disponibles” (*Deposition of a Disciple*, 1976, pág. 54).

Y después de pasar a integrar el Quórum de los Doce Apóstoles, el élder Maxwell enseñó:

“Si nos ponemos a pensar en qué será lo que se levantará con nosotros en la resurrección, resulta claro que nuestra inteligencia continuará con nosotros, no sólo el cociente intelectual sino también la capacidad de recibir y de aplicar la verdad. Nuestro talento, nuestros atributos y nuestras habilidades se levantarán con nosotros; ciertamente, también la capacidad de aprender, el grado de autodisciplina que poseamos y la capacidad de trabajar. La forma precisa de nuestro trabajo aquí puede no tener paralelo allá, pero la capacidad de trabajar nunca caerá en desuso” (*We Will Prove Them Herewith*, 1982, pág. 12).

“Aunque hablamos con razón de ‘la fe y las obras’, la fe en sí misma... ¡es una obra sin fin! Es una obra para realizar y un proceso que se sigue mejor si estamos no sólo ‘anhelosamente consagrados’ sino también consagrados con ‘temor y temblor’. De otro modo, podríamos perder nuestra concentración en Cristo” (*Lord, Increase Our Faith*, 1994, págs. 111–112).

“Para nosotros, indudablemente la meta tiene que estar en hacer de la obra de Dios nuestra obra, y no al revés” (*If Thou Endure It Well*, 1996, pág. 101).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Canten o lean la letra de un himno sobre el trabajo (por ejemplo, “Trabajad con fervor”, N° 149; “Trabajemos hoy en la obra”, N° 158; “Pon tu hombro a la lid”, N° 164). Analicen la función que

cumple el trabajo en el liderazgo de la familia y de la Iglesia.

Diga a los alumnos que lean Alma 26 y se fijen en las labores que tuvieron que realizar Ammón y sus compañeros de misión antes de tener éxito. Trate de hacerles comprender que en el liderazgo, así como en la obra misional, los frutos se cosechan después del trabajo.

Divida la clase en grupos pequeños y dé a cada grupo una o más de las frases del élder Neal A. Maxwell que aparecen en los “Comentarios”. Inste a los grupos a analizar las frases y luego que uno de los alumnos de cada grupo dé un informe de esas observaciones al resto de la clase. Comenten y analicen lo que sea apropiado.

Haga hincapié en que la obra que realicemos en el seno de la familia y en nuestros llamamientos será la más importante que llevemos a cabo en esta vida. Y, por tratarse de la obra del Señor, debemos fiarnos de Su Espíritu para tener éxito.

Canten o lean la letra de otro himno que mencione la importancia del trabajo.

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Élder Mark E. Petersen
del Quórum de los Doce Apóstoles

“Imagen de un líder de la Iglesia”, véase Liahona, set. de 1981, págs. 19–25.

“...¿qué clase de hombres habéis de ser?”, preguntó el Salvador a los nefitas cuando se aprestaban a iniciar su ministerio.

Y Él mismo respondió, diciendo: “...En verdad os digo, aun como yo soy” (3 Nefi 27:27).

¡Aun como Él es! Mediten sobre ello. Jesucristo es nuestro modelo.

Y ¿cuándo esperaba Él que esos hombres adoptaran Su estilo de vida? No era para más adelante ni para el futuro, sino para que lo aplicaran inmediatamente. Como Sus ministros, ellos tenían la responsabilidad inmediata de reflejar Su imagen frente a la humanidad entera.

He allí la clave que nos indica la forma en que todos debemos llevar a cabo Su obra.

Pero cabe preguntarse: ¿En qué consiste Su obra? Él nos dice que Su obra e incluso Su gloria consisten en llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre. Y ¿qué es la vida eterna? La vida eterna es llegar a ser como Dios. Por ser Sus hijos, tenemos el potencial de llegar a ser perfectos como Él es.

Ése es un privilegio que está al alcance de toda la humanidad, en todas partes, en toda tierra. Sin embargo, debe lograrse por medio de la fe en Cristo. ¿Y cómo se obtiene esa fe? Pablo formuló la misma pregunta con estas palabras: “¿Cómo... invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?”

“¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?” (Romanos 10:14–15).

Nosotros somos Sus predicadores y hemos sido debidamente enviados. ¿Cómo, pues, ejerceremos nuestro ministerio?

Convirtámonos

Nicodemo se acercó a Jesús una noche. Jamás olvidaremos lo que el Señor le dijo: “...el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3).

Relacionamos esta enseñanza con nuestro renacimiento del agua y del Espíritu por medio del bautismo; pero a menudo nos conformamos con la explicación del bautismo de agua y damos poca importancia al bautismo del Espíritu.

Mediante la imposición de manos recibimos la confirmación y se nos confiere el don del Espíritu Santo. Debemos tener presente, no obstante, que con esa ordenanza nuestra vida es renovada; y si somos sinceros, literalmente nacemos de nuevo. En el verdadero sentido de la palabra, nos transformamos en personas diferentes y mejores; hay un cambio en nuestro corazón; tal como Pablo lo describe, dejamos de lado al hombre carnal y tomamos sobre nosotros el nombre y la imagen de Cristo (véase Colosenses 3:9–10).

Ese renacimiento es imprescindible para que otros puedan creer, por medio de nosotros, que ciertamente Jesús fue enviado del cielo por Su Padre, que Él es el Salvador y que nosotros somos Sus siervos investidos con la autoridad para guiarlos

por el camino de la verdad. Ése es el comienzo de su salvación y un punto a favor en la nuestra.

Debemos conservar latente dentro de nosotros el efecto de ese renacimiento, pues aunque con nuestro ministerio podamos contribuir al renacimiento de otras personas, no podremos dar algo que nosotros mismos no poseamos. Si nuestra casa no está debidamente edificada, nos será muy difícil ser buenos arquitectos y constructores en la vida de los demás.

Así que, ¿qué clase de hombres debemos ser? Como Él mismo es.

El Señor enseñó muchas cosas importantes que Él espera de Sus discípulos. Una de las más vívidas lecciones es la de que debemos ser testigos activos de que Él es el Cristo, para convencer así a otras personas de que Su Padre en verdad lo envió al mundo a fin de que fuera nuestro Salvador.

Al orar por Sus discípulos, Jesús también rogó “por los que han de creen en mí por la palabra de ellos...”

para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17:20–21; cursiva agregada).

Ésa es una de las definiciones más exactas de la naturaleza divina de nuestro llamamiento. ¡Qué propósito tan sublime! ¡Qué enorme responsabilidad! Esas palabras deben ser nuestro faro; pero, ¿las entendemos completamente?

Son la médula misma de nuestra religión y nadie puede salvarse sin esa fe fundamental. Como oficiales de la Iglesia, todo lo que digamos y hagamos debe reflejar esta gran verdad: Jesucristo es el Hijo de Dios; es un Ser divino; fue enviado al mundo por decreto celestial. Nosotros somos Sus representantes, Sus testigos, y Él depende de nosotros, de nuestra labor para que el mundo crea que en verdad Dios lo envió y que, en consecuencia, muchos vivan Su Evangelio y sean salvos.

Seamos un ejemplo

Como Pablo le dijo a Timoteo, debemos ser ejemplos de los creyentes “en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza” (1 Timoteo 4:12).

¿Cuánta atención hemos prestado a la sección 4 de Doctrina y Convenios?

“...fe, esperanza, caridad y amor, con la mira puesta únicamente en la gloria de Dios... califican [a la persona] para la obra.

“Tened presente la fe, la virtud, el conocimiento, la templanza, la paciencia, la bondad fraternal, piedad, caridad, humildad, diligencia.

“...el campo, blanco está ya para la siega; y he aquí, quien mete su hoz *con su fuerza* atesora para sí, de modo que no perece, sino que trae salvación a su alma” (D. y C. 4:5–6, 4; cursiva agregada).

Nuestros hogares son las piedras del cimiento del reino de Dios. Teniendo en cuenta que somos Sus siervos, ¿qué clase de vida de hogar tenemos? ¿Abunda allí el amor? ¿Damos a nuestros familiares un ejemplo de actitud cristiana para que ellos también, por medio de nosotros, crean en Cristo?

¿Somos limpios y castos en nuestros hábitos? ¿Permitimos acaso que el pecado y la inmundicia, aunque sea en secreto, levanten barreras entre nosotros y el Espíritu de Dios apartándonos de la santidad? ¿O estamos dispuestos a defender la virtud hasta el punto de valorarla más que a nuestra propia vida?

¿Estamos libres de la hipocresía? ¿Tenemos en la Iglesia, frente a nuestros hermanos fieles, una actitud diferente de la que manifestamos en nuestras actividades diarias?

¿Pueden otras personas justificar arbitrariamente su mal proceder por lo que nos oigan decir o nos vean hacer? ¿O, por el contrario, nos elevamos por encima de esas tendencias mundanas e inspiramos a los demás hacia metas más sublimes?

Como líderes, ¿somos siempre ejemplo de los creyentes? ¿O despertamos dudas en otras personas debido a defectos que pongamos de manifiesto?

¿Somos bondadosos y considerados con nuestro prójimo? ¿Somos honestos? ¿Son nuestras acciones contrarias en cualquier sentido a la imagen que debemos dar como siervos de Dios?

¿Somos capaces de perdonar? ¿Somos justos? ¿Tenemos presente el hecho de que se nos perdonará sólo si perdonamos a los demás?

¿Ponemos en práctica la Regla de Oro de tratar a los demás del mismo modo que queremos que se nos trate a nosotros? Todos estos atributos son características de la imagen de un verdadero siervo de Dios.

Somos pastores del rebaño de Dios, que está compuesto de nuestra familia así como de otros miembros de la Iglesia.

Si nosotros mismos tenemos una conducta cristiana, les enseñaremos a ellos a lograrla. Si somos devotos, les enseñaremos devoción; si estamos dispuestos a ajustarnos a los programas, les enseñaremos a seguir instrucciones.

Les enseñaremos el valor de la inspiración del Espíritu, comprendiendo que sin Él no podemos estar en armonía con Dios. Y si no contamos con esa armonía, quedaremos a merced de nuestros propios recursos limitados, que no nos servirán de mucho.

Seamos unidos

Una de las características más sobresalientes del Señor Jesucristo durante Su ministerio terrenal fue la unidad que tenía con Dios. Él deseaba de todo corazón que Sus discípulos formaran parte de ese círculo de unidad, ya que era imprescindible para la misión de ellos. Antes de Su padecimiento, oró para que Sus discípulos fueran uno así como Él y Su Padre son uno (véase Juan 17:20–21). Y por medio de José Smith nos dijo que “si no sois uno, no sois míos” (D. y C. 38:27).

Ese concepto se transformó en una norma esencial para Sus discípulos en todas partes; es el cimiento mismo de nuestro éxito y sin él, nos entregamos al adversario.

Cristo es el Príncipe de Paz, por lo que nosotros también debemos ser mensajeros de paz. Los conflictos pueden destruirnos si les permitimos que surjan; pueden dañar seriamente a la Iglesia. Destruyeron a la Iglesia de la antigüedad y pueden aniquilarnos a nosotros. ¿Recordamos lo que el Señor dijo en cuanto a la contención?

“...no habrá disputas entre vosotros, como hasta ahora ha habido...”

“He aquí, ésta no es mi doctrina, agitar con ira el corazón de los hombres, el uno contra el otro; antes bien mi doctrina es ésta, que se acaben tales cosas” (3 Nefi 11:28, 30).

¿Recordamos qué fue lo que detuvo el establecimiento de la ciudad de Sión en los días del profeta José Smith? El Profeta se había dirigido al Señor en ferviente oración debido a la expulsión del pueblo

mormón del condado de Jackson. En respuesta, el Señor dijo esto concerniente a los santos:

“He aquí, te digo que había riñas, y contiendas, y envidias, y disputas, y deseos sensuales y codiciosos entre ellos; y como resultado de estas cosas, profanaron sus heredades.

“Fueron lentos en escuchar la voz del Señor su Dios; por consiguiente, el Señor su Dios es lento en escuchar sus oraciones y en contestarlas en el día de sus dificultades.

“En los días de paz estimaron ligeramente mi consejo, mas en el día de sus dificultades por necesidad se allegan a mí” (D. y C. 101:6–8). ¿Hay una declaración más clara y concreta con respecto a la obediencia?

Seamos obedientes

El Señor relató una importante parábola mediante el profeta José Smith, en la que insta a los santos a ser más devotos y manifiesta una vez más cómo espera Él que sigamos Sus divinas instrucciones:

“Cierta noble tenía un terreno muy escogido; y dijo a sus siervos: Id a mi viña, sí, a ese terreno tan escogido, y plantad doce olivos;

“y poned centinelas alrededor de ellos, y edificad una torre para que uno vigile el terreno circunvecino y sea el atalaya, a fin de que mis olivos no sean derribados cuando venga el enemigo a despojar y tomar para sí el fruto de mi viña.

“Entonces los siervos del noble fueron e hicieron lo que su señor les mandó. Plantaron los olivos, los cercaron de vallado, pusieron centinelas y comenzaron a construir una torre.

“Y mientras todavía estaban poniendo los cimientos, empezaron a decir entre sí: ¿Y qué necesidad tiene mi señor de esta torre?

“Y consultaron ellos entre sí largo tiempo, diciendo: ¿Qué necesidad tiene mi señor de esta torre, siendo ésta una época de paz?

“¿No se pudiera dar este dinero a los cambistas? Pues no hay necesidad de estas cosas.

“Y mientras discordaban entre sí, se volvieron muy perezosos y no hicieron caso de los mandamientos de su señor.

“Y llegó de noche el enemigo, y derribó el cerco; y los siervos del noble se levantaron atemorizados

y huyeron; y el enemigo destruyó sus obras y derribó los olivos.

“Ahora, he aquí, el noble, el señor de la viña, visitó a sus siervos, y les dijo: ¡Cómo! ¿Qué ha causado este grave daño?

“¿No os precisaba haber hecho lo que os mandé y —después de haber plantado la viña, construido el vallado alrededor y puesto guardas en los muros— haber edificado también la torre, colocado un atalaya en ella y vigilado mi viña para que el enemigo no os sobreviniese, en vez de quedaros dormidos?” (D. y C. 101:44–53).

Adviértase las dudas que sobrevinieron a los obreros de la viña. ¿Qué necesidad tiene mi señor de esta torre? ¿Qué necesidad tiene?

¿Tenemos nosotros dudas similares? ¿Nos preguntamos qué necesidad tiene la Iglesia de esto o aquello? ¿Para qué lo quiere?

¿Cuán vital es que observemos en todo momento una actitud de adherencia total a las instrucciones que recibamos y las ejecutemos al detalle!

El Señor también nos dice: “Por tanto, aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado” (D. y C. 107:99). Debemos familiarizarnos con nuestros deberes y trabajar en ellos con toda nuestra inteligencia y todas nuestras fuerzas.

Seamos devotos

¿Cuál es entonces la imagen que debe proyectar un líder de la Iglesia? Ni más ni menos que la de todo otro dedicado ministro de Cristo.

¿Puede ser acaso diferente de la de una Autoridad General? ¿Puede ser distinta de la de un Representante Regional, un buen presidente de estaca, un buen obispo, un buen presidente de misión o un buen presidente de quórum de élderes?

¿No somos todos Sus siervos elegidos? ¿No estamos todos sujetos al mismo convenio del sacerdocio? ¿Hay alguien que tenga privilegios especiales? ¿Hace Dios acepción de personas?

¿Ambicionamos en algún sentido un cargo, una posición o una distinción en la Iglesia? ¿Es una actitud así característica de Cristo? ¿No demuestra una falta de humildad?

La madre de los hijos de Zebedeo se acercó al Señor procurando para sus hijos Juan y Santiago

una posición de mayor prestigio que la de los demás apóstoles. El Señor la reprendió por sus desmedidas ambiciones. “Cuando los diez oyeron esto, se enojaron contra los dos hermanos” (Mateo 20:24).

El Salvador dejó entonces en claro que no habría entre ellos ninguna desigualdad, y agregó: “Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor;

“y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo” (Mateo 20:26–27).

En todos los casos, la devoción hacia el deber es el lema.

Seamos productivos

El Señor espera que seamos productivos y nos manda producir mucho fruto. Él ilustra ese punto con la parábola que se encuentra en el capítulo quince de Juan, donde dice a Sus siervos cómo llevar a cabo la obra. Con eso, establece la imagen de un verdadero siervo de Dios.

Ese capítulo empieza con una parábola concerniente a la viña del Señor; dice que Su Padre es el labrador, o propietario, y se compara a Sí mismo con la vid de la viña; luego dice que nosotros, los obreros, somos como las ramas de la vid y que debemos llevar abundante fruto en la viña del Señor:

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.

“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”.

A continuación, nos proporciona un panorama que debe resultarnos conocido a todos. Nos habla de la poda de la vid a fin de que produzca más. En Su viña Él nos poda —nos limpia— para que podamos producir más abundantemente el fruto que Él desea.

Seguidamente se refiere a las ramas que no producen nada por haber quedado separadas de la parte principal de la vid. ¿Y por qué no producen en esas circunstancias? Porque la savia nutritiva, el fluido que produce la vida, se ha cortado de la rama al separarse ésta de la vid. Eso llevó al Señor a decir a Sus siervos: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto

por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”.

Y después agregó: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:4–5).

Esta es una gran lección. Mientras nos mantengamos cerca del Señor y seamos nutridos por Su Espíritu, llevaremos mucho fruto; pero, a menos que *permanezcamos* con Él y recibamos Su fortaleza, ya no podremos producir más de lo que produce una rama que queda cortada del árbol. Por eso, Él nos dice: “Separados de mí nada podéis hacer”.

A fin de agregar mayor significado a este tema, el Señor dice: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Juan 15:8).

Además, hay en este pasaje de Escritura otra gran lección que debe hacernos reflexionar seriamente. En el versículo 16 dice:

“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto”. ¿con qué propósito?, “para que vayáis y llevéis fruto”.

Todavía hay algo más: No sólo nos ha elegido Él, no sólo nos ha ordenado con el propósito de que llevemos mucho fruto, sino que también nos ha llamado y ordenado para obrar de tal forma que *nuestro fruto permanezca*.

Presten atención a estas palabras: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, *y vuestro fruto permanezca*” (cursiva agregada).

¿Qué significa eso? Que sencillamente debemos planear y orar y obrar con el fin de que no haya nadie que se aparte a causa de nuestra negligencia, de que nadie pierda su testimonio, de que nadie se inactive. *Nuestro fruto debe permanecer*.

Así es como la imagen que proyecte el siervo de Dios dependerá de su *actitud*. Según lo que el hombre sienta en su corazón, así obrará.

Esta Iglesia es el reino de Dios. El mundo es Su campo, Su viña. Nosotros somos sus obreros escogidos, y nuestro éxito estará asegurado sólo si permanecemos en la Vid. Si así lo hacemos, el

Señor nos hace una hermosa promesa que todos quisiéramos ver cumplirse:

“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.

“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor.

“Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté con vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Juan 15:1-2, 4-5, 7-8, 10-11, 16).

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- De acuerdo con el élder Petersen, ¿cuál es la clave del liderazgo en la Iglesia?
- ¿Por qué debemos convertirnos nosotros a fin de ser buenos ejemplos para los demás?
- ¿Qué relación existe entre el ejemplo del líder y la unidad del grupo?
- ¿Qué nos enseña sobre el liderazgo la sección 4 de Doctrina y Convenios?
- ¿Qué principio de liderazgo ejemplifica el Salvador por ser uno con Dios? ¿Cómo aplicamos ese principio a nuestra labor de líderes?
- ¿Qué párrafo del discurso del élder Petersen explica mejor el principio de liderazgo de ser productivos? Expliquen por qué piensan así.

EL LIDERAZGO Y LOS CONSEJOS

“Y los Dioses tomaron consejo entre sí, y dijeron: Descendamos y formemos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza... (Abraham 4:26).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Los líderes son más eficaces cuando emplean los consejos en el proceso del liderazgo.

CONCEPTOS DE LA LECCIÓN

1. El Padre Celestial preside en el “gran consejo presidente del universo”.
2. La Iglesia está gobernada por consejos.
3. Los consejos de familia son los consejos básicos de la Iglesia.
4. Hay ciertos principios que contribuyen a que los líderes tengan consejos eficaces.

CONCEPTO 1: EL PADRE CELESTIAL PRESIDE EN EL “GRAN CONSEJO PRESIDENTE DEL UNIVERSO”.

COMENTARIOS

El Padre Celestial empleó consejos para planear y crear éste y otros mundos. El presidente Joseph Fielding Smith, que era entonces miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, escribió que Dios el Padre, Jesucristo y el Espíritu Santo “constituyen una Trinidad o Consejo Supremo” (*Answers to Gospel Questions*, comp. por Joseph Fielding Smith, hijo, 5 tomos, 1957–1966, tomo I, pág. 2). El élder L. Tom Perry, del Consejo de los Doce, se refirió a la Trinidad como “el gran consejo presidente del universo” (“Los Artículos de Fe”, *Liahona*, julio de 1998, pág. 24).

Las Escrituras dicen que el “Concilio del Dios Eterno de todos los otros dioses” se reunió “antes que este mundo fuese” y decretó todo lo necesario con respecto al funcionamiento del universo (véase D. y C. 121:31–32). El presidente Joseph Fielding Smith escribió: “En el gran concilio que tuvo lugar en los cielos, Jesucristo aceptó voluntariamente la misión de Redentor... Adán también fue elegido en ese concilio para su participación como el progenitor de la raza humana” (*Answers to Gospel Questions*, tomo I, pág. 182).

Y el profeta José Smith enseñó lo siguiente: “Todo hombre que recibe el llamamiento de ejercer

su ministerio a favor de los habitantes del mundo fue ordenado precisamente para ese propósito en el gran concilio celestial antes que este mundo fuese” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 453–454).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Diga a los alumnos que lean rápidamente los capítulos 4 y 5 de Abraham y se fijen en quiénes hicieron los planes y crearon la tierra. Pídales que hablen de lo que hayan encontrado (destaque palabras como *ellos, hicieron, dijeron, haremos, hemos, los Dioses*, etc.).

Aparte de crear la tierra, ¿qué más hizo el concilio de los Dioses? (véase la sección “Comentarios”).

Haga comprender a los alumnos que el Padre Celestial estableció el ejemplo para los líderes al emplear consejos —concilios— para planear y crear éste y otros mundos.

CONCEPTO 2: LA IGLESIA ESTÁ GOBERNADA POR CONSEJOS.

COMENTARIOS

El Señor gobierna Su reino terrenal por medio de consejos. El élder M. Russell Ballard, del Quórum de los Doce Apóstoles, explicó que después que el Evangelio fue restaurado, “la Iglesia fue organizada en quórums y consejos, con las diversas presidencias que se nombraron ‘para administrar

en las cosas espirituales' (D. y C. 107:8)" (*Counseling with Our Councils: Learning to Minister Together in the Church and in the Family*, 1997, pág. 39). Esos consejos "coordinan y programan actividades, reúnen datos, planean programas o acontecimientos futuros, toman decisiones y resuelven problemas" (*Encyclopedia of Mormonism*, ed. por. Daniel H. Ludlow, 5 tomos, 1992, tomo III, pág. 1141; citado en *Counseling with Our Councils*, pág. 5). El propósito de estos consejos es contribuir a que "los hijos de Dios disfruten de todas las bendiciones del Evangelio" (*Counseling with Our Councils*, pág. 10). El élder Ballard explicó:

"A través de los años, las configuraciones y los planes del gobierno y la administración de la Iglesia se han adaptado para ajustarlos a los tiempos y a las necesidades cambiantes. Pero se han caracterizado siempre por respaldarse en los consejos a fin de preservar la solidaridad y la fortaleza..."

"...El consejo presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es la Primera Presidencia, que consiste en el Presidente de la Iglesia y sus dos Consejeros..."

"A continuación, lo que sigue en autoridad a la Primera Presidencia es el Quórum de los Doce Apóstoles" (*Counseling with Our Councils*, págs. 43-45).

IDEA PARA LA ENSEÑANZA

Ponga a la vista fotografías de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles. Explique que esos consejos, con la ayuda de los Setenta, son los que dirigen a la Iglesia. Analicen lo que hacen dichos consejos para dirigir la Iglesia y llevarnos a Cristo.

Hablen de algunos consejos que funcionan en las estacas y en los barrios.

CONCEPTO 3: LOS CONSEJOS DE FAMILIA SON LOS CONSEJOS BÁSICOS DE LA IGLESIA.

COMENTARIOS

Un consejo de familia tiene lugar cuando la familia se reúne para considerar asuntos importantes que conciernen a todos. El élder M. Russell Ballard escribió: "El consejo básico de la Iglesia es el consejo de familia" (*Counseling with Our Councils*, pág. 154). Los consejos de familia tienen los mismos

propósitos que cualquier otro de la Iglesia (véase la sección "Comentarios" en el Concepto 2).

El élder Ballard escribió sobre "la posible potestad del consejo de familia para fortalecer los lazos de ésta, cimentar su unidad y crear hermosas memorias.

"El élder L. Tom Perry, del Quórum de los Doce Apóstoles, explicó... que en los consejos familiares... los padres pueden dar 'capacitación en temas como los siguientes: preparación para el templo y para la obra misional, administración del hogar y de la economía familiar, educación, trabajo en la comunidad, desarrollo cultural, adquisición y cuidado de las posesiones personales, planeamiento de las horas libres, asignaciones de trabajo...' (véase "Todo lo que el hombre sembrare...", *Liahona*, febrero de 1981, pág. 12).

"...El consejo de familia puede contribuir al orden del hogar, proveer el ambiente apropiado para suavizar los sentimientos heridos, servir a los padres de instrumento importante para combatir las influencias externas y crear una oportunidad de enseñar profundas verdades del Evangelio" (*Counseling with Our Councils*, págs. 148-149).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Analicen el motivo por el que los consejos de familia son los consejos básicos de la Iglesia. Hablen de lo que se hace en ellos (véase la sección "Comentarios").

Pida a los alumnos que cuenten alguna experiencia que hayan tenido al participar en un consejo de familia en el cual se haya tomado una decisión importante o se haya realizado una tarea de magnitud.

Explíqueles que el Padre Celestial nos ha dado el ejemplo de liderazgo sirviéndose de consejos. La Iglesia se gobierna en todos los niveles por medio de consejos. Los miembros de una familia también pueden reunirse en consejo para lograr los propósitos que les conciernen.

CONCEPTO 4: HAY CIERTOS PRINCIPIOS QUE CONTRIBUYEN A QUE LOS LÍDERES TENGAN CONSEJOS EFICACES.

COMENTARIOS

El élder M. Russell Ballard dijo: "Cuando hacemos un esfuerzo colectivo, creamos sinergia

espiritual, o sea, un incremento en la eficacia como resultado de la cooperación, cuyo resultado es mucho más grande que la suma de sus partes” (“Fortalezcamos los consejos”, *Liahona*, enero de 1994, pág. 90). Más tarde, el élder Ballard dijo que los líderes de la familia y de la Iglesia “aprovechen y canalicen la fortaleza espiritual por medio de los consejos” (“Los consejos de la Iglesia”, *Liahona*, julio de 1994, pág. 29).

El élder Ballard enseñó también: “ ‘Cuando los miembros participan en consejos, aprenden sobre aspectos mayores de la organización. Ven al liderazgo en acción y aprenden a planificar, analizar problemas, tomar decisiones y coordinar los diversos programas y organizaciones de la Iglesia. La participación en los consejos prepara a los miembros para futuras responsabilidades de liderazgo’. (“Priesthood Councils”, citado en *Encyclopedia of Mormonism*, Ludlow, tomo III, págs. 1141–1142)...”

“...Cuando hay más personas que se sienten responsables de un problema, hay más personas dispuestas a contribuir a la solución...”

“...Uno de los importantes puntos fuertes del sistema de consejos es la flexibilidad que proporciona para desarrollar y aplicar soluciones locales a los problemas locales” (*Counseling with our Councils*, págs. 6, 15).

El élder Ballard sugiere varios principios importantes para dirigir por medio de consejos:

- Los líderes deben transmitir al consejo un sentido del propósito e importancia que tiene.
- En los consejos se debe dar tiempo para analizar los puntos de vista diferentes.
- Los líderes deben respetar el albedrío de los miembros del consejo.
- Los líderes deben dar instrucciones precisas y claras.
- Los líderes deben delegar responsabilidades.
- Los líderes deben dar el ejemplo a los miembros del consejo.
- Los líderes deben prestar servicio con amor.

(Véase *Counseling with Councils*, págs. 23–36.)

Además, el élder Ballard hizo sugerencias sobre la forma en que puede conducirse un consejo para resolver un problema:

- “El problema se explica clara y resumidamente, pero no se permite al consejo extenderse en los aspectos negativos”.
- “El líder del consejo dirige el análisis sin dominarlo. Hace preguntas, pide opiniones y luego escucha”.
- “Los miembros del consejo emplean su propia perspectiva individual en lugar de hablar simplemente como representantes de sus respectivas organizaciones”.
- Primero, los miembros del consejo “determinan cuál es el resultado deseado, y luego deciden cómo lograrlo”.
- “En sus deliberaciones, el consejo no se aparta jamás de la misión de la Iglesia: traer almas a Cristo mediante la proclamación del Evangelio, perfeccionar a los santos y redimir a los muertos”.
- “No se debe permitir a los miembros del consejo que olviden la importancia que tienen su influencia y su ejemplo”.
- “Se piden las ideas de todos, pero las decisiones finales quedan en manos del líder del consejo, que para guiar las decisiones de éste se basa en la inspiración más que en su propia opinión”.

(*Counseling with Our Councils*, págs. 165, 168.)

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pregunte a los alumnos qué es sinergia. (La *sinergia* es la combinación de diversas acciones para lograr un mayor efecto total.) Dé a un alumno el comentario del élder Ballard sobre la sinergia espiritual (véase la sección “Comentarios”). Analicen la razón por la que este principio se aplica a los consejos y anote ejemplos en la pizarra.

Analicen los principios que deben tener en cuenta los líderes al trabajar en consejos (véase la sección “Comentarios”). Invente una situación hipotética de liderazgo y analicen cómo pueden aplicarse a ella esos principios.

Repasen las sugerencias para los consejos que ofrece el élder M. Russell Ballard y exhorte a los alumnos a aplicarlas en sus reuniones de consejo.

FUENTE DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Élder M. Russell Ballard
del Quórum de los Doce
Apóstoles

Véase “*Fortalezcamos los consejos*”, Liahona, enero de 1994, págs. 89–92.

Los consejos en la Iglesia del Señor

...En la vida preterrenal, Dios realizó un gran consejo para presentar Su glorioso plan relacionado con nuestro bienestar eterno. La Iglesia del Señor está organizada en consejos en todos los niveles, comenzando por el Consejo de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles y continuando con los consejos de estaca, de barrio, de quórum, de las organizaciones auxiliares y de familia.

El presidente Stephen L. Richards dijo:

“La extraordinaria fuerza intelectual del gobierno de nuestra Iglesia radica en gobernar por medio *de consejos*... He tenido bastante experiencia para saber lo valiosos que éstos son. No pasa un día en el que no pueda apreciar... la sabiduría de Dios en la creación de consejos... para gobernar Su reino...

“Sin vacilar, les aseguro que, si se reúnen en consejo para deliberar, como se supone que lo hagan, Dios les dará las soluciones a los problemas que enfrentan” (en “Conference Report”, octubre de 1953, pág. 86).

Cómo deben funcionar los consejos

Como miembro de los Doce, presto servicio en varios consejos y comités de la Iglesia, reuniéndome regularmente con los líderes de las organizaciones auxiliares. Juntos deliberamos, escudriñamos las Escrituras y oramos pidiendo guía, mientras nos esforzamos por aprender la forma en que las organizaciones auxiliares pueden bendecir y fortalecer más eficazmente a los miembros de la Iglesia.

En muchos aspectos, los consejos generales de la Iglesia funcionan de manera muy similar a la de los de estaca y barrio. Todos los consejos de la Iglesia deben alentar el análisis libre y abierto al deliberar entre sí y al esforzarse por tener una comunicación clara y concisa. Los consejos deben analizar los objetivos y los asuntos de interés,

siendo el entendimiento mutuo la meta final. Los consejos de estaca y de barrio son la oportunidad ideal para que los líderes de todas las organizaciones dialoguen y se fortalezcan entre sí. La finalidad principal de las reuniones de consejo de estaca y barrio no debe ser programar y planear actividades sino coordinarlas y ejercer la mayordomía. En esas reuniones, los líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares deben repasar juntos sus responsabilidades y encontrar la forma en que los programas de la Iglesia ayuden a los miembros a vivir el Evangelio en sus hogares. Hoy día, tanto las personas solas como las familias necesitan la ayuda inspirada y sabia de la Iglesia para combatir las maldades del mundo.

Pidan opinión a las hermanas en las reuniones de consejo

En una reunión reciente de consejo con las presidencias de las organizaciones auxiliares de las mujeres, las hermanas me dijeron que muy pocas mujeres de la Iglesia expresan interés en poseer el sacerdocio; lo que desean es que las escuchen y valoren, y hacer contribuciones significativas a la estaca o al barrio y a sus miembros para servir al Señor y ayudar a llevar a cabo la misión de la Iglesia.

Por ejemplo, no hace mucho, hablábamos acerca de la dignidad de la juventud para prestar servicio misional. La presidenta Elaine Jack me dijo: “Sabe, élder Ballard, si preguntáramos a las hermanas de la Iglesia, ellas quizás tengan algunas buenas sugerencias para preparar a la juventud para salir a una misión. Después de todo, ¡nosotras *somos* las madres de esos jóvenes!” Las sugerencias de las hermanas pueden ayudar tanto en lo relacionado con la asistencia al templo como en una variedad de otros asuntos que a los líderes del sacerdocio puede costarles más resolver.

Hermanos, asegúrense de contar con la contribución fundamental de las hermanas en sus reuniones de consejo. Insten a todos los miembros del consejo a expresar sus sugerencias e ideas para que la estaca o el barrio funcione más eficazmente en la proclamación del Evangelio, el perfeccionamiento de los santos y la redención de los muertos.

Todos los miembros del consejo deben participar

Lo ideal sería que todos los miembros de los consejos de la Iglesia o de familia expresaran sus

preocupaciones y sugirieran soluciones basadas en los principios del Evangelio. Creo que la Iglesia y nuestras familias se fortalecerían si los presidentes de estaca y los obispos utilizaran sus reuniones de consejo para encontrar la forma de mejorar la calidad de las reuniones sacramentales; de perfeccionar la reverencia; de centrar nuestra atención en los niños; de fortalecer a la juventud; de ayudar a las personas solteras, viudas o divorciadas, incluso a los padres que se encuentran en esa situación; de enseñar y hermanar a los investigadores y a los miembros nuevos; de mejorar la enseñanza del Evangelio; y muchos otros temas similares.

Durante la última mitad de este año, en combinación con cada conferencia de estaca, hemos estado llevando a cabo una reunión de capacitación especial para analizar la moral de nuestra juventud; lo hacemos con la participación de miembros de los consejos de estaca y barrio. Toda pregunta que me dirigieron durante el período de análisis se podría haber tratado en forma mucho más apropiada en una reunión de consejo de barrio; sin embargo, los que hacen las preguntas muy pocas veces piensan que han tenido la oportunidad de hacerlas y de expresar sus preocupaciones y ofrecer sugerencias en esas reuniones de consejo.

Deben crear sinergia espiritual en los consejos

En esta época tan peligrosa, necesitamos el esfuerzo colectivo de los oficiales de la Iglesia, hombres y mujeres, ya que es necesario una atención absoluta de parte de todas las personas a las cuales se les ha confiado la labor de velar por el reino. Cada uno de nosotros tiene grandes responsabilidades individuales; sin embargo, es igualmente importante la responsabilidad que compartimos con otros de reunirnos en consejo en un esfuerzo unificado para resolver los problemas y bendecir a todos los miembros de la Iglesia. Cuando hacemos un esfuerzo colectivo, creamos sinergia espiritual, o sea, un incremento en la eficacia como consecuencia de la cooperación, cuyo resultado es mucho más grande que la suma de sus partes.

El antiguo moralista y fabulista griego Esopo, con el fin de ilustrar la fortaleza del sistema de colaboración, mostró una vara y pidió de entre sus escuchas a un voluntario que pensara que

podía romperla; claro está que el voluntario pudo quebrar la vara con mucha facilidad. Pero después, Esopo fue agregando más varas a la primera, hasta que al voluntario le fue imposible quebrarlas todas juntas. La moraleja de la demostración es muy simple: Juntos podemos generar cooperación, lo que nos hace mucho más fuertes que cuando actuamos solos.

Nadie debería estar solo

La intención de Dios no fue nunca que Sus hijos estuvieran solos en esta vida. Los hijos tienen padres y los padres tienen a la Iglesia, con las Escrituras, los profetas y los apóstoles, y al Espíritu Santo para ayudarles a comprender apropiadamente los principios y obrar de acuerdo con ellos en el cumplimiento de las responsabilidades de la paternidad.

El apóstol Pablo enseñó que el Salvador organizó la Iglesia completa, con apóstoles, profetas y otros oficiales y maestros, “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe” (Efesios 4:12–13).

Pablo comparó a los miembros de la Iglesia y sus diferentes responsabilidades con el cuerpo:

“Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos...”

“Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso...”

“Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo.

“Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros...”

“De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (1 Corintios 12:14, 18, 20–21, 26).

Las Escrituras explican claramente que aun cuando nuestros respectivos cargos puedan ser diferentes y cambiar de tanto en tanto, todos los llamamientos son importantes para el funcionamiento de la Iglesia. Necesitamos que los quórumes del sacerdocio se afiancen y cumplan su autorizada mayordomía de origen divino, de la misma forma que necesitamos que la Sociedad de Socorro, la

Primaria, las Mujeres Jóvenes, la Escuela Dominical y los comités de actividades lleven a cabo sus funciones esenciales. Y es indispensable que los oficiales y miembros de todas esas organizaciones inspiradas trabajen juntos, ayudándose mutuamente cuando sea necesario para el beneficio individual y de la familia.

Sugerencias para que los consejos sean más eficaces

Ésta no es una obra del hombre, ni de la mujer, es una obra *absolutamente* de Dios, la cual se centra en la expiación de nuestro Señor Jesucristo. Tengo algunas sugerencias específicas que, si se siguen, creo que nos ayudarán a cumplir más eficazmente con nuestras familias y nuestros llamamientos de la Iglesia.

Primero, concentrarse en los principios fundamentales. No hay duda de que durante esta conferencia se nos ha enseñado acerca de esos principios fundamentales. Quienes enseñan deben asegurarse de que la doctrina permanezca pura y de que se enseñe; deben enseñar por medio del Espíritu, utilizando las Escrituras y los cursos de estudio aprobados; *no deben* traer a colación ni insistir en tratar temas conjeturables o discutibles. Es preciso que estudien las enseñanzas de esta conferencia durante las noches de hogar y en las conversaciones familiares, pues fortalecerán su hogar. En un mundo plagado de pecado, conflictos y confusión, podemos encontrar paz y seguridad al obtener conocimiento y vivir las verdades reveladas del Evangelio.

Segundo, concentrarse en la gente. La coordinación y el planeamiento de actividades tienen su razón de ser, pero muchas reuniones de consejo comienzan y terminan allí. En lugar de repetir una letanía de planes e informes de cada organización, deben pasar la mayoría del tiempo en las reuniones de consejo repasando las necesidades individuales de los miembros. Al hacerlo, es preciso recordar que el carácter confidencial de todo lo que se trate es fundamental. Los miembros del consejo deben mantener en estricta confidencia *todos* los asuntos que se hablen en sus reuniones.

Tercero, promover una expresión de opiniones libre y abierta. Esa actitud es esencial si deseamos alcanzar el propósito de los consejos. Los líderes y los padres deben establecer un clima que conduzca

a la franqueza, donde toda persona sea importante y toda opinión sea valiosa. El Señor nos amonestó, diciendo: "...hable uno a la vez y escuchen todos lo que él dijere, para que cuando *todos* hayan hablado, *todos* sean edificados..." (D. y C. 88:122; cursiva agregada). Los líderes deben proporcionar un tiempo adecuado para realizar las reuniones de consejo y recordar que los consejos son para que los líderes escuchen por lo menos en la misma medida que hablan.

Cuarto, recordar que la participación es un privilegio. Con ese privilegio viene aparejada una responsabilidad: la de trabajar dentro de los límites de la organización, de estar preparados, de dialogar, de defender enérgicamente la posición que ustedes consideren correcta. Pero es también igualmente importante la responsabilidad de apoyar y respaldar la decisión final del líder del consejo, aun cuando no estén totalmente de acuerdo con él.

El presidente David O. McKay contaba acerca de una reunión del Consejo de los Doce Apóstoles en la cual se estaba tratando un asunto de importancia. Él y los demás apóstoles estaban firmemente convencidos acerca de cierto curso de acción que se debía tomar y estaban preparados para expresar lo que pensaban en una reunión con la Primera Presidencia. Pero, para su sorpresa, el presidente Joseph F. Smith no les pidió su opinión sobre el asunto, como era su costumbre. Lo que hizo fue levantarse y decir: "Esto es lo que el Señor desea".

"A pesar de que no estaba en completa armonía con lo que él había decidido...", escribió el presidente McKay, "el Presidente de los Doce fue el primero en ponerse de pie y decir: 'Hermanos, propongo que ésa sea la opinión y decisión de este consejo'".

"'Apoyo la moción', dijo otro, y el voto fue unánime. No pasaron ni seis meses para que se demostrara la sabiduría de aquel líder" (*Gospel Ideals*, Salt Lake City: Improvement Era, 1953, pág. 264).

Cuando el líder de un consejo llega a una decisión, los miembros del consejo deben apoyarla de todo corazón.

Quinto, dirigir con amor. Jesús enseñó que el primero y más grande mandamiento de la ley es: "...Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón,

y con toda tu alma, y con toda tu mente... el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:37, 39).

Los líderes del sacerdocio deben dirigir con “persuasión... longanimidad, benignidad, mansedumbre... amor sincero... bondad y... conocimiento puro” (D. y C. 121:41–42). Ésos son los principios que deben guiar nuestras relaciones de prójimos en la Iglesia de Jesucristo.

Los que posean el sacerdocio no deben olvidar nunca que no tienen el derecho de ejercer la autoridad del sacerdocio como un garrote sobre las cabezas de los demás, ya sea dentro del seno familiar o en los llamamientos de la Iglesia. El Señor le dijo a José Smith que “cuando intentamos encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo, nuestra vana ambición, o ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre” (D. y C. 121:37).

En otras palabras, cualquier hombre que diga que tiene poderes especiales del cielo con propósitos personales y egoístas y trate de ejercer el sacerdocio de una forma inicua dentro de la Iglesia o en su casa, sencillamente no comprende la naturaleza de esa autoridad. El sacerdocio es para prestar servicio, no para exigir servidumbre; es compasión, no coacción; es cuidado, no control. Quienes piensen de otra forma están actuando fuera de los límites de la autoridad del sacerdocio.

Felizmente, la mayoría de los padres y oficiales del sacerdocio guían con amor, de la misma forma que lo hacen la mayoría de nuestras madres y nuestros líderes de las organizaciones auxiliares. El liderazgo basado en el amor genera un poder increíble; es real y da resultados duraderos en la vida de los hijos de nuestro Padre.

Que haya en los consejos acuerdo inspirado y unidad

Que el Señor los bendiga, mis hermanos, para que encuentren acuerdo inspirado y unidad al reunirse juntos en los consejos, en el servicio que se prestan el uno al otro. Sólo si lo hacen, pueden la Iglesia y nuestras familias comenzar a acercarse a la plenitud de su potencial de hacer el bien entre los hijos de Dios sobre la tierra.

Sé que Dios vive y que Jesús es el Cristo. Sé que podemos llevar a cabo mejor Su obra por medio de la unidad y el amor al sentarnos en los consejos los unos con los otros. Que seamos bendecidos para poder hacerlo, es mi humilde oración, en el nombre de Jesucristo. Amén.



Elder M. Russell Ballard
del Quórum de los Doce Apóstoles

“Los consejos de la Iglesia”,
Véase Liahona, julio de 1994,
págs. 28–31.

Un motor bien ajustado

Antes de que me llamaran como Autoridad General, yo trabajaba en la industria automovilística, como lo había hecho mi padre. A través de los años, aprendí a apreciar el sonido y el buen funcionamiento de un motor bien ajustado. Es como música para mis oídos escuchar tanto el suave susurro de un motor encendido como el vibrante rugido de un motor a toda marcha. El poder que denotan esos sonidos es más emocionante aún. Nada se compara a sentarse al volante de un buen automóvil cuando todas las partes del motor funcionan bien y en perfecta armonía.

Por el contrario, no hay nada más deprimente que un automóvil que no funcione bien. Aunque la pintura esté impecable y el interior sea comodísimo, si el motor no funciona como debe, el auto no cumple con su finalidad. Puede marchar aunque parte de los cilindros falle, pero no corre tan aprisa ni llega tan lejos como si estuviera bien ajustado.

El barrio que funciona con un solo cilindro

Desdichadamente, algunos barrios de la Iglesia funcionan con sólo unos pocos cilindros, algunos, incluso, con uno solo; el barrio de un cilindro es aquel en el que el obispo soluciona todos los problemas, toma todas las decisiones y se asegura de que se cumplan todas las asignaciones. Y, como un cilindro de auto sobrecargado, pronto se desgasta.

Los obispos ya tienen grandes responsabilidades. Ellos, y sólo ellos, tienen ciertas llaves, y son los únicos que pueden realizar ciertas tareas. Pero no se les llama para que lo hagan todo, en todo

momento y se encarguen de todos los miembros. Se les llama para que presidan y guíen y extiendan el amor de Dios a todos Sus hijos. Nuestro Padre Celestial no espera que desempeñen solos todas las tareas.

Lo mismo se aplica a nuestros presidentes de estaca, y a los presidentes de los quórumes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares y, por extensión, también a los padres. Todos tenemos mayordomías que requieren mucho tiempo, talento y energía, pero nunca se nos exige que lo hagamos solos. Dios, el Maestro Organizador, ha inspirado la creación de un sistema de comités y de consejos. Si se entiende y se aplica, este sistema alivia la carga de todos los líderes y extiende el alcance y el impacto del ministerio de éstos por medio de la ayuda combinada de los demás miembros.

Hagan buen uso de los consejos

Seis meses atrás, hablé desde este púlpito de la importancia del sistema de consejos de la Iglesia; me referí al gran poder espiritual y a la guía inspirada que se pueden derivar de los consejos bien llevados de familia, barrio y estaca. El Espíritu continúa testificándome lo vitales que son los consejos cuando se realizan apropiadamente para cumplir con la misión de la Iglesia. Por esa razón, traté de ver si nuestros fieles y diligentes obispos habían entendido bien mis palabras pronunciadas en octubre.

Durante sesiones de capacitación que he realizado en varias partes desde la última conferencia general, he puesto atención especial a los consejos de barrio; como parte de esa capacitación, invité al consejo del barrio; en cada caso, le daba al obispo un problema supuesto de una familia inactiva y le pedía que por medio del consejo del barrio ideara un plan para activarla.

Sin excepción, el obispo se hacía cargo de la situación inmediatamente y decía a los demás: “Éste es el problema y esto es lo que pienso que podemos hacer para resolverlo”, después de lo cual daba asignaciones a los miembros del consejo del barrio. Considero que dieron un buen ejemplo de delegación, pero no utilizaban en lo más mínimo la experiencia y la capacidad de los miembros del consejo para resolver el problema.

Al final, le pedía al obispo que tratara otra vez, pero entonces le decía que antes de hacer ninguna

asignación, recabara ideas de los miembros del consejo; le pedía especialmente que escuchara las sugerencias de las hermanas. Cuando el obispo les daba la oportunidad a los miembros del consejo de expresar sus opiniones, era como abrir las compuertas del cielo; una ola de inspiración e ideas inundaba súbitamente a los miembros del consejo mientras planeaban la reactivación de la familia en cuestión.

Al presenciar la misma escena vez tras vez durante los últimos seis meses, decidí que no estaría fuera de lugar hablar otra vez de la importancia de los consejos. No es mi intención reprender a los que no hayan tomado en serio lo que dije la última vez, sino que lo hago porque la Iglesia necesita con urgencia que los líderes, especialmente los presidentes de estaca y los obispos, aprovechen y canalicen la fortaleza espiritual por medio de los consejos. Los problemas familiares, del barrio y de la estaca pueden solucionarse de la manera en que el Señor lo ha revelado.

La experiencia me dice que muchas personas se benefician cuando los líderes utilizan sabiamente los comités y los consejos. Adelantan la obra del Señor con mucho más rapidez y la llevan más lejos, como un automóvil que funciona en óptimas condiciones; los miembros de los comités y de los consejos son unidos, y juntos hacen un viaje mucho más agradable por la carretera del servicio de la Iglesia.

Los tres comités y consejos de barrio

Hoy día voy a repasar el funcionamiento de tres comités y consejos de barrio que siempre deben seguir la misma agenda.

El primero es *el comité ejecutivo del sacerdocio*. Lo forman el obispado, el líder de grupo de los sumos sacerdotes, el presidente del quórum de élderes, el líder misional del barrio, el presidente de los Hombres Jóvenes, el secretario ejecutivo y el secretario del barrio. Este comité se reúne semanalmente bajo la dirección del obispo para deliberar sobre los programas del sacerdocio del barrio, incluso la historia familiar, las obras del templo, misional y de bienestar, la orientación familiar y la activación de miembros.

El segundo es *el comité de bienestar del barrio*. Comprende el comité ejecutivo del sacerdocio y la presidencia de la Sociedad de Socorro. Este comité

se reúne por lo menos una vez por mes, bajo la dirección del obispo, para tratar las necesidades temporales de los miembros del barrio. Sólo el obispo puede asignar los recursos de bienestar, pero el comité planea la ayuda a los pobres y coordina el uso de los recursos del barrio, entre ellos el tiempo, el talento, las habilidades, los materiales y el servicio compasivo de los miembros del barrio. En las reuniones de este comité, como en las de los demás consejos y comités, a menudo se tratan asuntos delicados que requieren absoluta reserva.

El tercero es *el consejo del barrio*. Éste consiste en el comité ejecutivo del sacerdocio, el presidente de la Escuela Dominical, las presidentas de la Sociedad de Socorro, de las Mujeres Jóvenes y de la Primaria, así como el presidente del comité de actividades. El obispo puede invitar a otras personas a las reuniones cuando se requiera. Este consejo se reúne por lo menos una vez al mes para correlacionar el planeamiento de todos los programas y actividades del barrio y para evaluar el progreso que se haya realizado referente al cumplimiento de la misión de la Iglesia. En él se reúne un grupo variado de líderes del sacerdocio y de las mujeres para tratar asuntos que afectan a los miembros del barrio y de la comunidad; además, estudia las sugerencias de los maestros orientadores y de las maestras visitantes...

Cómo emplear los consejos para retener a los conversos

Una de las preocupaciones mayores de las Autoridades Generales es que algunos conversos nuevos no se mantienen activos y que hay otros miembros que tampoco asisten. Si los consejos de barrio estuvieran funcionando como deben, se hermanaría inmediatamente a todos los nuevos conversos, tendrían maestros orientadores o maestras visitantes y recibirían un llamamiento apropiado pocos días después de bautizados. Los menos activos recibirían llamamientos que les hicieran sentir que los miembros del barrio los aprecian y necesitan...

El consejo debe ser un grupo capaz de resolver problemas

Cuando los presidentes de estaca y los obispos permiten a los líderes de las organizaciones auxiliares y del sacerdocio, a los que el Señor ha lla-

mado para servir con ellos y ser parte de un equipo, que resuelvan problemas, suceden maravillas; esta participación aumenta la experiencia y la comprensión del grupo y conduce a mejores soluciones. Ustedes, obispos, dotan de energía a los líderes del barrio al darles la oportunidad de hacer sugerencias y de que se les escuche; además, preparan a los líderes del futuro al permitirles participar y aprender. Así pueden quitar mucho peso de sus propios hombros. Las personas que sienten que el problema es también de ellas están más dispuestas a encontrarle solución, aumentando así la posibilidad de tener éxito.

Una vez que los consejos apropiados se organicen y los hermanos y las hermanas tengan plena oportunidad de contribuir, los líderes de estaca y de barrio pueden ir más allá del simple mantenimiento de las organizaciones: pueden enfocar sus esfuerzos en buscar la forma de mejorar el mundo en que viven. Los consejos de barrio sin duda pueden tratar asuntos como la delincuencia de las pandillas, la seguridad de los niños, el deterioro de las zonas urbanas o las campañas de limpieza comunitaria. Los obispos podrían preguntar a los consejos de barrio: “¿Qué haremos para mejorar nuestra comunidad?” Pensar y participar en el mejoramiento de la comunidad es apropiado para los Santos de los Últimos Días.

La forma en que los apóstoles se reúnen en consejo

Durante los últimos ocho años y medio he servido como miembro de un consejo de doce hombres que venimos de distintos lugares y que aportamos al Consejo de los Doce Apóstoles una diversidad de experiencias en la Iglesia y en el mundo. En nuestras reuniones, no esperamos sentados a que el presidente Howard W. Hunter nos diga lo que tenemos que hacer, sino que hablamos abiertamente unos con otros y nos escuchamos con profundo respeto por las habilidades y experiencias que cada uno de nosotros aporta al consejo. Conversamos de una gran variedad de temas, desde la administración de la Iglesia hasta los acontecimientos mundiales, con toda franqueza. A veces tratamos un asunto durante semanas antes de tomar una decisión; no siempre nos ponemos de acuerdo mientras intercambiamos opiniones, pero una vez que se toma la decisión, siempre estamos unidos y resueltos.

En los consejos, escuchen y razonen juntos

Éste es el milagro de los consejos de la Iglesia: que nos escuchamos mutuamente y escuchamos al Espíritu. Cuando nos apoyamos unos a otros en los consejos de la Iglesia, empezamos a comprender cómo Dios puede transformar a hombres y mujeres comunes en líderes extraordinarios. Los mejores líderes no son los que se matan trabajando para hacer todo solos; los mejores líderes son los que siguen el plan de Dios y *consultan* con sus *consejos*.

“Venid luego”, dijo el Señor en una de las dispensaciones antiguas por medio del profeta Isaías, “y estemos a cuenta”, o sea, “entendámonos” (Isaías 1:18). En esta última dispensación, repitió esa exhortación diciendo: “...venid... y razonemos juntos para que entendáis” (D. y C. 50:10).

Recordemos que el consejo básico de la Iglesia es el consejo de familia. En sus relaciones de cónyuges y con sus hijos, los padres deben aplicar con diligencia los principios que he expuesto. Si lo hacemos, tendremos en nuestro hogar el cielo en la tierra.

Hermanos y hermanas, trabajemos juntos como nunca en nuestras mayordomías para encontrar la manera de utilizar con más eficacia el estupendo poder de los consejos. Les pido que piensen en todo lo que dije sobre este tema en octubre del año pasado y en lo que he dicho hoy. Les testifico que, cuando nos consultamos, podemos dar a nuestro ministerio el gran ímpetu del plan revelado por Dios para el liderazgo del Evangelio. Que Dios los bendiga para que se mantengan unidos a fin de fortalecer a la Iglesia y a nuestros miembros. Lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- ¿En qué sentido son la Iglesia y la familia una extensión del consejo preterrenal que hubo en los cielos?
- ¿Cuál debe ser el foco principal de las reuniones de consejo de barrio y estaca?
- ¿Qué es la “sinergia espiritual”?
- ¿En qué aspectos importantes podrían enfocarse los consejos de estaca y de barrio?
- De acuerdo con el élder Ballard, ¿qué hacen en sus consejos los mejores líderes de la Iglesia?

LA IMPORTANCIA DE DELEGAR

“Además escoge tú de entre todo el pueblo varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia; y ponlos sobre el pueblo por jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez.

“Ellos juzgarán al pueblo en todo tiempo; y todo asunto grave lo traerán a ti, y ellos juzgarán todo asunto pequeño. Así aliviarás la carga de sobre ti, y la llevarán ellos contigo (Éxodo 18:21–22).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Los líderes prudentes emplean el principio de la delegación para ayudar a aquellos a quienes presten servicio a alcanzar metas correctas y a llegar a ser más como Jesucristo.

CONCEPTO DE LA LECCIÓN

1. Los líderes prudentes delegan tareas y responsabilidades importantes en aquellos a quienes dirijan.

CONCEPTO 1: LOS LÍDERES PRUDENTES DELEGAN TAREAS Y RESPONSABILIDADES IMPORTANTES EN AQUELLOS A QUIENES DIRIJAN.

COMENTARIOS

Durante Su ministerio terrenal, Jesucristo delegó responsabilidades en Sus discípulos y les dio autoridad. Por ejemplo, Él comisionó a Sus apóstoles, diciéndoles: “Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios...” (véase Mateo 10:5–8).

El apóstol Pablo escribió: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros,

“a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efesios 4:11–12).

El élder Neal A. Maxwell, que integra el Quórum de los Doce Apóstoles, explicó que después de la resurrección de Cristo, “los Doce... se dieron cuenta de que no habían sido llamados para ‘servir a las mesas’, sino más bien para diseminar la palabra de Dios por la tierra. Por consiguiente, con prudencia delegaron la tarea de bienestar a otras personas. De ese modo, se atendió a las necesidades —que en verdad existían— de las viudas griegas, pero sin sacrificar el llamamiento más elevado que correspondía a los Doce [véase

Hechos 6:1–7]” (*We Will Prove Them Herewith*, 1982, pág. 110).

El profeta José Smith ejemplificó el principio de delegar. El élder Spencer J. Condie, miembro de los Setenta, observó lo siguiente: “Una de las cualidades sobresalientes del Profeta fue su habilidad de delegar y de lograr que aquellos que lo rodeaban aprendieran técnicas de liderazgo” (“Lecciones de las Escrituras sobre el liderazgo”, *Liahona*, julio de 1990, pág. 35). Y el élder Dallin H. Oaks, del Quórum de los Doce Apóstoles, dijo: “El obispo debe ser una persona que delegue con habilidad o sucumbirá bajo el peso de sus responsabilidades o se frustrará al ver muchas de ellas sin cumplir” (“¡Obispo, ayúdeme!”, *Liahona*, julio de 1997, pág. 25).

El liderazgo, tanto en la Iglesia como en la familia, puede traer gozo y ser exigente al mismo tiempo. El Santo Espíritu fortalece y renueva a los líderes, pero los líderes prudentes delegan responsabilidades en la gente a la cual presten servicio, porque no pueden hacerlo todo ellos mismos y porque la gente progresa más cuando toma parte activa.

El presidente James E. Faust, cuando era miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, enseñó esto: “Uno de los primeros principios que debemos recordar es que la obra del Señor continúa avanzando por medio de asignaciones. Los líderes

las reciben y las dan, y esto forma parte de un principio muy importante y necesario que es el de delegar” (“A éstos haré mis gobernantes”, *Liahona*, febrero de 1981, pág. 68).

El élder Neal A. Maxwell, cuando era miembro de la Presidencia de los Setenta, dijo que las razones por las que los líderes a veces no delegan pueden ser:

“1. Preferimos hacerlo nosotros mismos.

“2. No estamos dispuestos a dedicar tiempo y habilidades en capacitar a otras personas para que puedan ayudar.

“3. No nos gusta pedir ayuda a los demás, olvidando que el recibir ayuda es una parte tan importante del Evangelio como lo es brindarla.

“4. El estar un tanto abrumados por las tareas nos complace porque nos hace sentir la falsa impresión de ser nobles.

“5. Decimos que nos preocupa la ‘calidad’ del servicio si delegamos la tarea, y a veces tenemos buenas razones para preocuparnos; pero otras veces, nos preocupamos no porque las asignaciones no se cumplan bien, sino porque se cumplan demasiado bien”.

El élder Maxwell aconsejó lo siguiente: “Esa sensación que a veces tenemos de que el deber nos aplasta... se puede evitar, al menos en parte... Podríamos delegar más, si quisiéramos, contribuyendo así al mayor desarrollo de otras personas, incluso de nuestros hijos, y reduciendo de ese modo las cargas innecesarias que pesan sobre nosotros” (*Wherefore Ye Must Press Forward*, 1977, págs. 99–100).

El élder Sterling W. Sill, cuando era Ayudante del Consejo de los Doce, escribió: “Un líder no pierde su autoridad ni su responsabilidad cuando las delega... Debe verificar; debe capacitar; debe alentar; debe supervisar a la persona a la cual haya dado la responsabilidad... La delegación sin verificación es irresponsabilidad” (*Leadership*, 1958, pág. 213).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pida a los alumnos que den la definición de la palabra *delegar*. (“Autorizar a otra persona para que obre en representación del que delega”.)

Hablen sobre la aplicación que tiene esa definición al liderazgo en la Iglesia y en la familia.

Pida a los alumnos que busquen ejemplos de delegación en las Escrituras. Que presenten también ejemplos de ese principio que conozcan y que hayan tenido buenos resultados en la familia y en la Iglesia. Analicen la razón por la cual es importante delegar en el liderazgo de la familia y de la Iglesia.

Divida la clase en grupos pequeños y pida a cada grupo que analice las ventajas y las desventajas de la delegación. Pídales que presenten a la clase los resultados de su análisis y después sométalos a discusión de clase.

Dígales que piensen en la gran importancia que tiene la delegación para que el liderazgo sea eficaz. Pídales que se fijen en la forma en que los líderes de la Iglesia y de la familia delegan responsabilidades, y que consideren cuáles son las que los líderes pueden y las que no pueden delegar, y el porqué.

Analicen las características de las personas que saben delegar. Por ejemplo, los que delegan con buenos resultados hacen lo siguiente:

- Dan a las personas asignaciones claras y específicas.
- Aclaran lo que debe hacerse pero no la manera exacta de hacerlo.
- Dan a las personas la autoridad para cumplir las tareas que se les hayan asignado.
- Si es preciso, capacitan a las personas en las habilidades que necesitarán para tener éxito.
- Ponen a disposición de las personas los materiales necesarios para el éxito de la tarea.
- Mientras las personas se dedican a cumplir la tarea, les proporcionan la supervisión adecuada.
- Si las personas están cumpliendo bien, las animan y apoyan.
- Se ponen a disposición de las personas para aconsejarlas y dirigir las.
- Dan a las personas la oportunidad de informar sobre las tareas que se les hayan asignado.

Hablen de lo que los líderes pueden hacer para asegurarse de que se cumplan las responsabilidades delegadas. Diga a los alumnos que lean Éxodo 18:13–27. Analicen lo que sugieren las siguientes preguntas:

- ¿Qué le preocupaba a Jetro sobre el liderazgo de Moisés?
- ¿Cómo reaccionó Moisés cuando Jetro le expresó su preocupación?
- ¿Qué aprendemos sobre liderazgo con esa experiencia de Moisés?

Lea las siguientes palabras del presidente Ezra Taft Benson, cuando era Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles: “Esta organización por medio de la cual obramos es del Señor. Utilizamos obreros voluntarios, hijos de nuestro Padre a quienes Él ama, sean cuales sean sus errores o sus debilidades. En nuestra forma de delegar no debe haber fuerza, coerción ni intimidación. Si deseamos delegar sabiamente, debemos buscar y obtener el Espíritu para ser eficaces” (*God, Family, Country: Our Three Great Loyalties*, 1974, pág. 130).

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Presidente N. Eldon Tanner

Primer Consejero de la Primera Presidencia

“El mensaje: Dirigir como el Señor dirigió”, véase Liahona, enero de 1978, págs. 1–5.

A fin de ser un buen líder o maestro —y utilizaré ambos términos alternativamente— en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, es importante que toda persona se dé cuenta y comprenda plenamente que es un hijo espiritual de Dios y que aquellos a quienes dirige también lo son. Es muy importante también que aquellos que estén recibiendo sus directivas sepan y comprendan que son hijos espirituales de Dios y entiendan cuán importante es ese conocimiento en su vida; deben darse cuenta de que nuestro Padre Celestial está interesado en ellos, que desea que vivan de la manera en que deben vivir y que está dispuesto a contestar sus oraciones y ayudarles siempre que sea posible, si tan sólo lo escuchan.

Alguien ha dicho que la habilidad para dirigir requiere cierta intrepidez. Después de todo, esencialmente se trata de estar al frente, de ir primero, de afrontar a la muchedumbre, la congregación, el auditorio desconocido de miles de personas, o la mirada fija de uno solo que dude.

Todos somos líderes o tenemos influencia en la vida de otros, aunque quizás no nos percatemos de ello. La interrogante es: ¿Qué clase de líderes seremos? ¿Qué influencia ejerceremos?

Toda persona debe tomar su propia decisión en cuanto a la clase de director que será para poder decir tal como Jesús: “...ven, sígueme” y “...como yo os he hecho, vosotros también hagáis”, sabiendo que está dirigiendo en el sendero de la verdad y rectitud. Ésta debe ser la meta de todo líder.

A fin de dirigir como Jesús lo hizo, nos enfrentamos con muchos desafíos. Uno de los primeros pasos para hacerles frente es darse cuenta de que Cristo es el modelo de dirección correcta; y dado que las Escrituras son el registro de Su vida y Sus enseñanzas, éstas nos proporcionan ejemplos de la forma divina de dirigir. Para poder dirigir como Él, es importante que escudriñemos y comprendamos las Escrituras, y las apliquemos a nuestra vida. Como dijo Nefi, debemos aplicar “las Escrituras a nosotros mismos” (1 Nefi 19:23); y como dijo el Señor: “...viviréis de toda palabra que sale de la boca de Dios” (D. y C. 84:44).

En 3 Nefi leemos:

“Y bienaventurados son todos los que son perseguidos por causa de mi nombre, porque de ellos es el reino de los cielos.

“Y bienaventurados sois cuando por mi causa los hombres os vituperen y os persigan, y falsamente digan toda clase de mal contra vosotros;

“porque tendréis gran gozo y os alegraréis en extremo, pues grande será vuestro galardón en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

“De cierto, de cierto os digo que os doy a vosotros ser la sal de la tierra; pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada la tierra? De allí en adelante la sal no servirá para nada sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.

“Y he aquí, os he dado la ley y los mandamientos de mi Padre para que creáis en mí, que os arrepintáis de vuestros pecados y vengáis a mí con un corazón quebrantado y un espíritu contrito. He aquí, tenéis los mandamientos ante vosotros, y la ley se ha cumplido.

“Por tanto, venid a mí y sed salvos; porque en verdad os digo que a menos que guardéis mis

mandamientos, que ahora os he dado, de ningún modo entraréis en el reino de los cielos” (3 Nefi 12:10–13, 19–20).

Cuando Cristo vino a la tierra a salvar a los seres humanos para que pudiesen volver a vivir con su Padre Celestial, no dijo: “Obedeceré esta ley, pero no obedeceré aquella”; con respecto a los mandamientos, no dijo: “Esto haré; esto no lo haré”. Pese a Su gran prueba, dolor y sufrimiento en el Jardín de Getsemaní, perseveró hasta el fin y dio Su vida para que el hombre tuviese inmortalidad y vida eterna.

Es muy importante que aprendamos a obedecer y a guardar los mandamientos de Dios. Se ha dicho que la obediencia no es la característica de un esclavo, sino una de las cualidades excelentes de un líder.

Algunas personas no llegan a ser grandes líderes porque no han aprendido a seguir instrucciones, ni siquiera las enseñanzas de Jesucristo. Por lo tanto, a fin de dirigir como Jesús dirigió, debemos primero aprender a seguir a Cristo tal como Él siguió a Su Padre. Debemos tener presentes aquellas metas eternas a las que he hecho referencia y, como hijos espirituales de Dios, llegar a ser cada día más parecidos a Él hasta que seamos perfectos. No sólo debemos creer en Cristo sino seguirlo, adorarlo y ser siempre obedientes a Sus mandamientos.

Cuando se le preguntó a José Smith qué hacía para gobernar tan bien a su gente, respondió: “Les enseño principios correctos y ellos se gobiernan a sí mismos”. Ésta es la esencia del método de dirigir del Señor, lo que implica que debemos estar seguros de que enseñemos principios correctos, teniendo un testimonio y una comprensión del Evangelio. El entender los principios del Evangelio brinda mucho más libertad y progreso que lo que se consigue limitándose a capacitar sólo en los métodos.

Al preguntar la diferencia que existe entre un arriero y un pastor, un hombre explicó que el arriero arrea a las ovejas, mientras que el pastor las dirige. Alguien dijo que “los hombres son como los espaguetis: si te pones frente a ellos y los tiras hacia ti, los tendrás a disposición; pero si los empujas, se apiñarán”.

Un líder en la Iglesia es también un maestro, y uno de los instrumentos más eficaces en la enseñanza es el ejemplo, el cual Cristo siempre utilizó. Un hombre sabio observó: “Tus acciones hablan tan fuerte que no puedo escuchar tus palabras”. Aunque no nos demos cuenta, lo que enseñemos mediante el ejemplo se vuelve más persuasivo que lo que enseñemos por medio del precepto, y dejará una impresión mucho más duradera en el que lo reciba.

Para ser un líder o maestro eficaz, uno debe demostrar amor (y verdaderamente sentirlo) por la persona a la que esté tratando de instruir. Ningún poder motiva más que el poder del amor. Cristo amó a todos: al débil, al pecador, al justo. A veces, aquellos que parecen menos merecedores son los que más lo necesitan. Aun cuando no apreciemos ni aprobemos lo que alguien haga, aún así debemos demostrar amor a esa persona.

En esas ocasiones el líder necesita ser paciente y comprensivo; no debe actuar en forma apresurada, y nunca debe reaccionar negativamente. No toda la gente puede seguir su mismo paso. El presidente Joseph F. Smith dijo:

“En quienes dirigen, son casi imperdonables la impaciencia indebida y una mente melancólica, y hay ocasiones en que se requiere casi tanto valor para esperar como para obrar. Se espera, pues, que los directores del pueblo de Dios, así como el pueblo mismo, no sientan que deben hallar una solución inmediata a todo problema que surge para perturbar el llano curso de su camino” (*Doctrina del Evangelio*, pág. 151).

Otro paso muy importante en el liderazgo es la delegación. Se debe dar una mayordomía significativa a aquellos a quienes se les delegue responsabilidad. El líder tiene el deber de asignar la mayordomía y cada individuo debe aceptarla y comprometerse a efectuar los deberes de acuerdo con las instrucciones que reciba; se le debe dar la autoridad así como la responsabilidad. Se ha dicho que en una ocasión Sócrates, filósofo griego que vivió entre 470 y 339 a. de J.C., dijo: “Cualquiera que sea el deber que me asigne, preferiría morir mil veces que no hacerlo”.

Un líder nunca debe tratar de efectuar el trabajo de aquel a quien le haya dado la asignación de realizarlo. Como dijo el presidente Harold B. Lee:

“Déjenles hacer todo lo que esté a su alcance, y ustedes se quedan en segundo plano y les enseñan *cómo* hacerlo. Creo que ahí está el secreto del progreso, en asignar responsabilidad y luego enseñar a nuestra gente *cómo llevarla a cabo*”.

Denles libertad para efectuar sus tareas; nunca los critiquen, sino elogien su éxito y alienten sus esfuerzos.

Debemos hacer que toda persona se dé cuenta de la gran importancia de su llamamiento. El líder no debe ser aquel a quien se refieran o consideren como jefe, sino tal como el Salvador enseñó, aquel que sirva con la gente. Él dijo: “El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo” (Mateo 23:11), y nos dio el gran ejemplo cuando lavó los pies a Sus discípulos. También dijo: “Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mateo 23:12).

Recuerdo que muy a menudo el presidente Heber J. Grant decía que él nunca le asignaba una tarea a nadie que él mismo no estuviera dispuesto a llevar a cabo.

Un buen líder se preocupa por el bienestar de sus seguidores o el de aquellos a quienes sirve. Como ministro gubernamental de la provincia de Alberta, Canadá, tuve que tomar muchas decisiones difíciles. Siempre me preguntaba: “¿Qué es lo mejor para la provincia, para la gente, para los empleados del departamento?”. También hablaba de los problemas con los directores de las diversas divisiones, particularmente con los de las afectadas por el problema, y les hacía sentir que ellos tenían por lo menos una parte de la responsabilidad. Después acudía al Señor para recibir Su ayuda, la cual siempre llegaba y me permitía tomar decisiones que de otro modo no hubiera podido hacer.

Como líderes, debemos darnos cuenta de lo que dijo el Señor: “...Ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39). Asimismo dijo: “De modo que, siendo vosotros agentes, estáis en la obra del Señor; y lo que hagáis conforme a su voluntad es asunto del Señor” (D. y C. 64:29).

Sí, como líderes *estamos* en la obra del Señor y es preciso que prestemos máxima atención al desarrollo personal de todas las personas mediante la enseñanza de principios correctos, tratando de guiarlas para que se preparen para la inmortalidad

y la vida eterna. Esto debemos hacerlo mediante el ejemplo y el precepto, y luego prepararnos para ayudarlas y apoyarlas en sus esfuerzos, aunque es necesario que les permitamos tomar sus propias decisiones y autogobernarse mediante el don del libre albedrío.

Recordemos las palabras del Señor a José Smith respecto a la mayordomía: “...porque el Señor requiere de la mano de todo mayordomo, que dé cuenta de su mayordomía, tanto en el tiempo como en la eternidad” (D. y C. 72:3).

Cuando un líder hace una asignación, ésta debe entenderse perfectamente; para ello se debe definir claramente el área de responsabilidad. La persona, entonces, debe tener la libertad de actuar y de cumplir con la asignación, dentro de un período específico, después de lo cual debe presentar un informe sobre el éxito que haya logrado. Siempre se debe informar al líder, y éste debe esperar dicho informe.

El instrumento básico que se utiliza en la Iglesia para obtener esa información es la entrevista personal. Si la relación entre el que vaya a ser entrevistado y el que efectúe la entrevista es lo que debe ser, ésta puede ser una valiosa experiencia para ambos, una donde se presenta la oportunidad de ofrecer una autoevaluación y donde la comunicación debe ser franca y constructiva. Es una oportunidad ideal para ofrecer y recibir ayuda y guía.

Mi experiencia en el gobierno y en el mundo de los negocios, así como en la Iglesia, me ha hecho notar la imperiosa necesidad de una delegación adecuada de autoridad, de asegurarse de que se lleve a cabo la asignación y de recibir un informe.

Debemos considerar siete pasos que Cristo siguió en cuanto a la delegación.

Primero, la organización de la Iglesia que Jesús estableció estaba basada en una forma de autoridad delegada.

Segundo, al delegar, Jesús no hizo que las asignaciones parecieran fáciles, sino emocionantes y dignas del esfuerzo que se requiriera por llevarlas a cabo.

Tercero, a los que llamaba, Jesús les hacía saber claramente sus deberes.

Cuarto, ponía en ellos plena confianza, tal como Su Padre había hecho con Él.

Quinto, les daba Su absoluta lealtad, y esperaba lo mismo de ellos.

Sexto, esperaba mucho de aquellos en quienes delegaba responsabilidad, y estaba preparado para dar mucho.

Séptimo, Jesús enseñó que el que dirige debe seguir el progreso y recibir un informe de aquellos en quienes se haya delegado responsabilidad; debe elogiar y reprender cuando sea necesario, pero con espíritu de amor...

George Washington, en el discurso de despedida ante sus compatriotas, les advirtió que no pensarán que podrían tener una gran democracia sin una fe profunda y firme en Dios...

Winston Churchill hizo notar: "Debemos llegar a la conclusión de que la llama de moral cristiana continúa siendo nuestra gran guía... El cumplimiento del deber espiritual en nuestra vida diaria es vital para nuestra supervivencia".

En esencia, lo que dicen... es la misma cosa: nuestra única esperanza de grandeza consiste en seguir el ejemplo de Cristo. Entonces, para ser un buen líder, se debe hacer lo siguiente:

Primero, mirar hacia nuestro Salvador como el ejemplo perfecto de líder.

Segundo, aceptar el papel de maestro y de siervo.

Tercero, buscar en las Escrituras los principios correctos.

Cuarto, orar para recibir ayuda, escuchar y responder.

Quinto, ayudar a la persona a desarrollar el autogobierno.

Sexto, hacer a las personas responsables de su trabajo.

Séptimo, expresar agradecimiento adecuado.

Octavo, dar un ejemplo personal compatible con lo que se enseñe.

Noveno, escuchar la palabra del Presidente de la Iglesia, que es un Profeta de Dios, y seguir sus consejos y su ejemplo.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- Según el presidente Tanner, ¿qué debe hacer un líder para delegar como es debido?
- ¿Qué debe hacer el líder al asignar responsabilidades y explicar a la gente la forma de cumplirlas?
- ¿Qué función deben tener las entrevistas personales al rendir una persona cuentas de su responsabilidad? ¿Cuáles son las características de una buena entrevista personal?

LOS PRINCIPIOS PARA TOMAR DECISIONES

“De cierto digo que los hombres deben estar anhelosamente consagrados a una causa buena, y hacer muchas cosas de su propia voluntad y efectuar mucha justicia;

“porque el poder está en ellos, y en esto vienen a ser sus propios agentes. Y en tanto que los hombres hagan lo bueno, de ninguna manera perderán su recompensa” (D. y C. 58:27–28).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

Para dirigir como Cristo dirigió, es necesario poseer la habilidad de tomar buenas decisiones.

CONCEPTO DE LA LECCIÓN

1. Los líderes deben ser capaces de tomar buenas decisiones.

CONCEPTO 1: LOS LÍDERES DEBEN SER CAPACES DE TOMAR BUENAS DECISIONES.

COMENTARIOS

“El tomar decisiones es probablemente la acción más importante que la gente pueda realizar”, enseñó el presidente Ezra Taft Benson cuando era Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles. “Nada pasa sino hasta que alguien toma una decisión...”

“Felizmente, la capacidad y el criterio para tomar decisiones son cualidades que se pueden adquirir” (*God, Family, Country: Our Three Great Loyalties*, 1974, pág. 145). Véase, en la sección “Fuentes de recursos para el maestro”, las sugerencias que hace el presidente Benson para aprender a tomar buenas decisiones.

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Analicen la idea de que los líderes deben tomar buenas decisiones a fin de ayudar a la gente a venir a Cristo. Explique a los alumnos que todos podemos mejorar nuestra capacidad de tomar buenas decisiones.

Elija varios puntos que considere importantes para un líder en el proceso de tomar decisiones (véase la sección “Fuentes de recursos para el maestro”), y analícelos con la clase.

Divida la clase en grupos pequeños; diga a cada grupo que piense en una situación supuesta en la

cual un líder de la Iglesia o de la familia deba tomar una decisión. (Por ejemplo, el obispado puede estar preocupado porque los miembros no llegan a tiempo a las reuniones; o una familia debe decidir cómo juntar dinero para un proyecto familiar especial.)

Pida a cada grupo que intercambie ideas con otro grupo en cuanto a la situación imaginada. Dígalos que apliquen los principios para tomar decisiones que han analizado y tomen la decisión y la resolución para ponerla en práctica. Pida a los grupos que den a conocer sus decisiones y planes, y la forma en que hayan llegado a tomarlos.

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Presidente Ezra Taft Benson

Presidente de la Iglesia (cuando era Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles)

“Sugerencias para tomar decisiones”, en God, Family,

Country: Our Three Great Loyalties (“Dios, la familia, la patria: Nuestras principales lealtades”), 1974, págs. 143–153.

Nuestras decisiones nos han hecho lo que somos. Nuestro destino eterno lo determinarán las decisiones que tomemos de ahora en adelante.

Las buenas decisiones son los escalones hacia el progreso, el material con que edificamos nuestra vida. Las decisiones son los ingredientes del éxito. Ellas marcan el camino del progreso para las personas individualmente y para las instituciones. La opinión de una persona o la opinión colectiva de un consejo, comité o mesa directiva decide cuál será la dirección que siga, en el presente y en el futuro, esa persona o esa institución.

Las buenas decisiones mostrarán el camino hacia el progreso.

Vivimos en un mundo inicuo. No tenemos memoria de otra época en la que el adversario haya estado tan bien organizado como ahora ni haya tenido tantos emisarios trabajando para él. Nuestro pueblo enfrenta días difíciles, días de decisiones imperativas tanto para los jóvenes como para los viejos.

En La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días enfrentamos decisiones trascendentales. Nuestra gente —jefes de familia, padres, hijos— debe tomar decisiones importantes. Se necesita ayuda y esa ayuda está disponible.

La Iglesia como tal posee las verdades y las ordenanzas salvadoras que traerán la salvación y la exaltación a los miembros de la raza humana. Por lo tanto, es sumamente importante que los líderes de la Iglesia tomen las decisiones correctas y guíen a aquellos a quienes dirijan por los senderos de la verdad y la rectitud para que alcancemos nuestras metas, y también a nuestras familias, barrios, estacas, misiones, y la Iglesia y el mundo.

Si vamos a tomar decisiones correctas, como las de Cristo, primero debemos vivir de tal modo que podamos pedir y sentir la influencia de ese poder invisible sin el cual nadie puede tomar las mejores decisiones.

Una de las más grandiosas decisiones de esta época tuvo lugar cuando el muchacho llamado José Smith decidió seguir la admonición de Santiago: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pídale con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra” (Santiago 1:5–6).

¡La salvación misma de millones de hombres y mujeres en la dispensación del cumplimiento de

los tiempos depende de aquella decisión! Debemos tener en cuenta que las personas tienen valor individual y que las decisiones que tomen pueden afectar mucho la vida de otras personas.

Es importante que nos demos cuenta de que, además de la ayuda celestial, son necesarios el esfuerzo y el ingenio individuales, no solamente para resolver los problemas cotidianos de la Iglesia, sino también para el progreso y desarrollo de aquellos a quienes se les requiera tomar decisiones.

Existen algunos principios orientadores que ayudarán a los líderes de la Iglesia a tomar decisiones tanto para su propia vida como para la importante responsabilidad que tienen de guiar a otras personas hacia la meta final de la exaltación en el reino de Dios.

El asunto más trascendental de la vida de cualquier persona es tomar decisiones. Mientras que uno de los grandes dones de Dios al hombre es el libre albedrío, o sea, el derecho de opción, Él también le ha dado la responsabilidad de esas opciones. Podemos optar entre el bien y el mal; encaminamos nuestra vida ya sea hacia el éxito o el fracaso. No sólo escogemos nuestras metas más importantes, sino que también en muchos casos decidimos los medios de los cuales nos serviremos para alcanzarlas y, según nuestra laboriosidad o falta de ella, determinamos la rapidez con que las alcanzaremos. Esto exige esfuerzo y energía individuales y no lo lograremos sin oposición o conflictos.

El tomar decisiones es probablemente la acción más importante que la gente pueda realizar. Nada pasa sino hasta que alguien toma una decisión. Hasta el mundo mismo llegó a formarse como resultado de las decisiones de Dios. Él dijo: “...en el principio creé los cielos y la tierra”, “...Haya luz; y hubo luz”, “...Haya un firmamento en medio de las aguas; y fue hecho tal como yo mandé...” (Moisés 2:1, 3, 6).

Felizmente, la habilidad y el criterio para tomar decisiones son cualidades que se pueden adquirir. Ciertos métodos y prácticas pueden aumentar nuestra habilidad en las oportunidades que tenemos de tomar decisiones día a día, semana a semana, mes a mes.

Hay algunos principios básicos que se recomiendan y que utilizan los expertos en la

materia. Generalmente, se reconocen cinco pasos fundamentales para tomar una decisión:

1. Definir el problema, su alcance y su importancia:
 - a. ¿Qué clase de problema es?
 - b. ¿Cuál es su factor crítico?
 - c. ¿Para cuándo hay que resolverlo?
 - d. ¿Por qué hay que resolverlo?
 - e. ¿Qué hay que hacer para resolverlo?
 - f. ¿Qué valor o ventaja tiene el resolverlo?
2. Reunir todos los datos, analizarlos y utilizarlos.
3. Desarrollar y sopesar las posibles soluciones a fin de llegar a una conclusión.
4. Llevar a la práctica una decisión con planes y verificaciones.
5. Comprobar los resultados de las decisiones y de la acción.

Las decisiones deben basarse en principios y en factores correctos. El estar bien enterado de los principios y de los factores pertinentes a un determinado problema por lo general lleva a tomar una decisión correcta más fácilmente. Por ejemplo, el conocer a fondo los factores concernientes a un problema de bienestar y el considerarlos relacionándolos con los principios fundamentales del bienestar, llevará al obispo a la solución correcta de ese caso en particular. En consecuencia, uno de los elementos más importantes para tomar decisiones es tener conocimiento a fondo de los factores así como comprender los principios elementales y estar familiarizado con ellos.

Otro ejemplo: un obispo tal vez piense que su barrio debería dedicarse más a la obra del templo. ¿Cómo toma una decisión con respecto a ese problema? Lo primero que debe hacer es determinar los factores buscando respuesta a varias preguntas: ¿Cuántos miembros del barrio tienen una recomendación para el templo? ¿Cómo están distribuidas entre los sumos sacerdotes... los élderes y las hermanas? ¿Cuál es la proporción si comparo mi barrio... con los otros de la estaca? Aun cuando en la comparación sea mejor, ¿es eso suficiente? ¿Qué importancia tiene esa obra? (véase Malaquías 4:5-6). ¿Por qué sería toda la

tierra herida con maldición si Elías el profeta no hubiera venido con las llaves para sellar que poseía?

Después de hablar del problema y de las posibles soluciones con sus consejeros, con el líder del grupo de sumos sacerdotes y tal vez con todo el comité ejecutivo del barrio, el obispo tendría que decidir qué hacer. Debería anotar los diversos pasos para implementar el curso de acción que se haya decidido seguir, ponerlo en práctica dando asignaciones y delegando responsabilidad, y acordarse después de llevar a cabo la verificación.

En un plano personal, la decisión de rechazar un cigarrillo o una bebida alcohólica que se le ofrezca será fácil si la persona conoce los factores, entiende los principios y conceptos de la Palabra de Sabiduría y ha determinado de antemano que apoyará y defenderá este principio divinamente revelado.

En forma similar, cuando se enfrenta un problema de moralidad sexual, si se entiende el principio, ya se sabrá cuál es la decisión correcta, y, ante la presión del momento, sólo se necesitará la entereza para decidirse por aquello que ya se sabe es lo correcto.

Una de las mejores maneras en que los líderes pueden entender los principios correctos es tener comprensión y conocimiento profundos de las Escrituras y del manual correspondiente. Casi toda situación se habrá presentado ya, tal vez muchas veces, y ya se habrán determinado la norma y el procedimiento a seguir para resolver el problema. Por lo tanto, siempre es prudente estudiar las instrucciones y las normas de la Iglesia que ya se hayan escrito con respecto a dudas que se presenten, y familiarizarse con ellas.

Las decisiones deben tomarse oportunamente. A veces, la indecisión sobre un asunto es en realidad una decisión en la dirección contraria; es preciso tener resolución. Elías dijo al antiguo Israel: "...¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra" (1 Reyes 18:21).

Josué fomentó el mismo principio cuando reunió a todos los ancianos y jueces de las tribus de Israel en Siquem y de hecho les dijo que se resolvieran ese día en cuanto a esto: "Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis;

si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15).

Hay personas que se proponen tomar una decisión, pero nunca llegan a hacerlo. Se proponen pintar el granero, arreglar la cerca, tirar a la basura la chatarra o deshacer el viejo cobertizo, pero el momento de decidirse nunca se presenta.

Algunos de nosotros enfrentamos con situaciones similares: nos proponemos pagar el diezmo íntegro, empezar a obedecer la Palabra de Sabiduría, hacer las primeras visitas de orientación familiar a principios del mes. Sin embargo, si a la decisión no sigue la práctica, pasan las semanas y los meses sin que se logre nada. Bien podríamos seguir a la deriva hasta la eternidad con esas buenas intenciones. De ese modo, la falta de decisión de nuestra parte se convierte en la decisión de *no hacer* lo bueno que nos habíamos propuesto. Es obvio que el Señor percibía esa debilidad en Sus hijos porque dijo lo siguiente: “Por tanto, si me creéis, trabajaréis mientras dure lo que es llamado hoy” (D. y C. 64:25).

Entérense de los factores y oportunamente tomen una decisión. Para posponer el momento de tomarla, no se apoyen en la gastada frase que emplean algunas personas: “Quiero consultarlo con la almohada”. No tomamos decisiones basándonos en lo que diga la almohada ni mientras dormimos. Tampoco tomen decisiones impulsivas ni hagan deducciones precipitadas. Entérense de los factores, asegúrense de aplicar los principios básicos y sopesen las consecuencias. ¡Entonces, decídanse!

El profeta Joel reconoció el principio de ser oportuno tal como los líderes del sacerdocio deberían hacerlo en la actualidad, porque ahora, como entonces, la iniquidad abunda por todos lados y es imperativo que se tomen decisiones acertadas. Joel dijo: “Echad la hoz, porque la mies está ya madura. Venid, descendad, porque el lagar está lleno... porque mucha es la maldad de ellos. Muchos pueblos en el valle de la decisión; porque cercano está el día de Jehová en el valle de la decisión” (Joel 3:13–14).

Las decisiones a las cuales se refiere Joel son las que conducen a la exaltación eterna. Que podamos ayudar mostrando el camino.

Se llega a decisiones correctas generalmente después de esforzarse, luchar y orar con ahínco. La respuesta del Señor ante el esfuerzo infructuoso de Oliver Cowdery aclara ese punto: “Pero he aquí, te digo que debes estudiarlo en tu mente; entonces has de preguntarme si está bien; y si así fuere, haré que tu pecho arda dentro de ti; por tanto, sentirás que está bien” (D. y C. 9:8).

Empecemos, entonces, por decir que si tratamos con afán de acercarnos a nuestro Padre Celestial, teniendo fe en que Él contestará nuestras oraciones, ya tendremos una buena base con la cual comenzar. José Smith dijo también que el Señor no sacará agua de un pozo seco; por lo tanto, debemos hacer nuestra parte en el esfuerzo. A veces, el intento de llegar a una decisión correcta exige grandes porciones de energía, estudio y paciencia.

A continuación hay unas buenas sugerencias para ayudar a nuestros líderes a decidir correctamente qué tipo de acción se requiere.

1. ¿Se entiende claramente el problema? Muchas veces los líderes no definen bien qué es lo que se debe decidir. Es necesario describir el problema con precisión anotándolo en una hoja de papel.

2. Lo que se ha descrito ¿es el verdadero problema? ¿El líder está tratando los síntomas o las causas? Por ejemplo, un presidente de estaca estaba preocupado por la orientación familiar y deseaba tomar decisiones para mejorarla. Según los registros, se visitaba a cada vez menos familias por mes. El presidente estaba fastidiado con los maestros orientadores sin darse cuenta de que él no se comunicaba en forma apropiada y continua con los obispos y líderes de los quórumes para hacerles ver la importancia de la orientación familiar. El verdadero problema no consistía en la poca actividad que había en ese sentido, sino en la falta de comunicación entre el presidente de estaca y sus subordinados. Una vez que éste se dio cuenta de esa dificultad y la corrigió, la orientación familiar mejoró notablemente.

3. ¿Se trata de un problema que se tiene que solucionar de inmediato? En la Iglesia esperamos recibir inspiración y debemos buscarla, y nuestro Padre Celestial nos hará saber si el problema que nos preocupa exige una decisión. La inspiración es un aspecto importante en la responsabilidad de tomar decisiones.

4. Se debe diagnosticar el problema. Se debe analizarlo y dividirlo en partes. El sentido común dicta que los elementos a decidir se deben anotar, y también se debe anotar cada uno de sus aspectos. Estudien la situación por entero, haciendo todo lo posible por tener presentes las experiencias del pasado y del presente. Manténganse asequibles a las ideas que se presenten.

5. Evalúen las posibilidades. El juez Benjamin Nathan Cardozo, del Tribunal Supremo [de los Estados Unidos], dijo: “En cada uno de nosotros existe una corriente de tendencia que da coherencia y dirección al pensamiento y a los actos”. Los factores que se hayan reconocido se deben evaluar concienzudamente y anotar en el orden de importancia que consideremos mejor. Lo más importante es tener en cuenta la forma en que los santos se vean afectados.

6. Oren y ayunen para recibir inspiración. “Consulta al Señor en todos tus hechos, y él te dirigirá para bien... (Alma 37:37). Después de haber evaluado bien la situación, se debe recurrir a la oración y el ayuno como pasos finales antes de tomar la decisión. Escuchen para recibir la respuesta. Son demasiadas las veces en que oramos sin escuchar.

7. Tomen la decisión. “El tomar decisiones te hace sentir solo”, afirma mi buen amigo Clarence B. Randall, ex presidente de “Inland Steel Company”, “y cuanto más responsabilidad tengas, más intensa será la soledad”. Pero, después de seguir los seis pasos que he mencionado previamente, la mayoría de las decisiones que tomen nuestros hermanos del sacerdocio serán para bien.

8. Determinen cómo pondrán en práctica la decisión. Después de la decisión, se debe proceder a la acción. Para ello, hay que anotar el procedimiento a seguir y hacer asignaciones.

9. Comprueben los resultados y vuelvan a hacer una evaluación. Un buen hermano decía: “Si una decisión ha sido producto de la inspiración, ¿qué necesidad hay de evaluar?” Pero las circunstancias cambian y los cambios requieren un repaso y, a veces, incluso exigen comenzar de nuevo todo el proceso para la decisión. De todos modos, comprobar y evaluar lo que se haya hecho debe formar parte del proceso.

Si nuestros compañeros de labor siguen esos nueve pasos, tomarán mejores decisiones en sus llamamientos. Pero, recuerden: aunque el Señor nos ayudará para tomar decisiones, Él espera que nosotros hagamos toda la parte que nos corresponde.

¿De qué modo se puede poner a prueba un curso de acción que se proponga o una decisión que se haya tomado? Voy a mencionar seis pruebas:

1. ¿Podría retrasar o dañar el progreso espiritual o moral?
2. ¿Podría crear memorias desagradables o inquietantes?
3. ¿Está de acuerdo con la voluntad de Dios y los mandamientos que Él ha revelado? “Yo, el Señor, estoy obligado cuando hacéis lo que os digo; mas cuando no hacéis lo que os digo, ninguna promesa tenéis” (D. y C. 82:10).
4. ¿Podría hacer daño a cualquier persona, familia o grupo?
5. ¿Convertiría la decisión a alguien en una persona mejor o un compañero mejor, según las leyes de Dios? Por ejemplo, si obedecemos la Palabra de Sabiduría, se nos promete que hallaremos “sabiduría y grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos” (D. y C. 89:19).
6. Una vez que se ponga en acción lo decidido, ¿daría como resultado una bendición? “Hay una ley, irrevocablemente decretada en el cielo antes de la fundación de este mundo, sobre la cual todas las bendiciones se basan; y cuando recibimos una bendición de Dios, es porque se obedece aquella ley sobre la cual se basa” (D. y C. 130:20–21).

En conclusión, quisiera ofrecer los diez puntos siguientes para que los líderes los consideren como sugerencias para tomar mejores decisiones:

1. Pidan la guía del Señor cuando vayan a tomar una decisión.
2. ¿Sienten un ardor en el pecho después de haberla tomado?
3. ¿Está de acuerdo con la palabra de los profetas, o sea, de los Presidentes de la Iglesia, y en particular del Presidente actual?
4. Algunas decisiones son sencillamente una cuestión de aplicar buen juicio y luego decidir. Por ejemplo, en Doctrina y Convenios el Señor

les dice a los élderes que le es igual que vayan por tierra o por agua, con tal de que vayan (véase D. y C. 61:22).

5. Hay algunos casos en los cuales no se puede tomar una decisión inmediatamente, porque el Señor desea sacar a luz otros factores a los que el responsable de tomarla debe prestar atención. En ese caso se debe esperar, pues el Señor diría: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Salmos 46:10).

6. En las decisiones de importancia crucial, el ayuno combinado con la oración brindarán gran esclarecimiento espiritual.

7. Aun cuando por lo general es prudente tener una visión futura de los resultados de la decisión, a veces el Señor los inspirará a tomar decisiones temporarias que conduzcan a un fin que sólo El conoce. Una persona no debe vacilar nunca en tomar ese tipo de decisión. Wilford Woodruff [cuarto Presidente de la Iglesia] tuvo que tomar varias decisiones de éstas que le harían decir: “No sé, sino que el Señor me lo mandó” [véase Moisés 5:6]. Nefi regresó a Jerusalén sin saber exactamente cuáles serían sus acciones.

8. El presidente Harold B. Lee cuenta en su libro *Decisions for Successful Living* [“Decisiones para tener éxito en la vida”] (pág. 45) que conocía a un líder de la Iglesia que a veces, al tratar de tomar una decisión sobre un asunto particular, se preguntaba: “¿Qué haría Jesús en esta situación?” Por supuesto, esa actitud indicaría que, por medio del estudio y de una vida recta, un hombre tendría que conocer a Jesús bastante bien para hacerse esa pregunta inteligentemente.

9. La persona debe consultar siempre al Espíritu en este proceso de tomar decisiones. Es decir, debe mantener la puerta entreabierta por si el Espíritu desea inspirar un curso de acción diferente del que naturalmente se hubiera seguido. En una

oportunidad, Brigham Young dijo que él quería hacer algo determinado, pero que el Espíritu le indicó otra cosa.

10. Siempre es bueno saber qué han hecho otros líderes de la Iglesia en casos semejantes. Por eso es que, al menos hasta cierto punto, el profeta José Smith hizo que se guardaran registros de varias reuniones. Por lo tanto, la persona debe estudiar los registros, las palabras de los profetas y la historia de la Iglesia.

Estamos consagrados a una obra en la que, si hacemos lo que nos corresponda, no podemos fracasar, ya sea al tomar decisiones o de cualquier otra manera. El Señor no permitirá que fracasemos. Ésta es Su obra; éstos son Sus hijos, con quienes hemos sido llamados a obrar, y Él los ama. Éste es Su programa con el cual trabajamos, Su autoridad, y Él nos magnificará siempre que sea necesario y aún más allá de nuestras habilidades naturales. Esto lo sé, y agradezco a Dios por ese invaluable conocimiento y bendición.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- ¿Qué comentarios del presidente Benson nos ayudan a entender lo importantes que son las decisiones prudentes para nuestra vida eterna?
- Entre los cinco pasos fundamentales para tomar decisiones, ¿cuáles les parecen más importantes en su propio desarrollo como líderes? Expliquen la respuesta. (*Nota:* Si emplea esta pregunta en el transcurso de la clase, hágala en forma que resulte más impersonal, como: “¿Por qué será importante cada uno de estos cinco pasos para tomar decisiones?”)
- ¿Por qué es importante que las decisiones se basen en “principios y factores correctos”?
- ¿Cómo podemos poner a prueba nuestras decisiones para saber si son correctas?

CÓMO DIRIGIR LAS REUNIONES PARA QUE TENGAN ÉXITO

“Y los de la iglesia dirijan sus reuniones de acuerdo con las manifestaciones del Espíritu, y por el poder del Espíritu Santo; porque conforme los guiaba el poder del Espíritu Santo, bien fuese predicar, o exhortar, orar, suplicar o cantar, así se hacía” (Moroni 6:9).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

El propósito de las reuniones que se realizan en la Iglesia y con la familia debe ser ayudar a las personas a parecerse más a Cristo.

CONCEPTOS DE LA LECCIÓN

1. Tenemos reuniones en la Iglesia y con la familia para ayudar a las personas a alcanzar metas de valor y venir a Jesucristo.
2. Podemos aprender a planear y a dirigir reuniones que den buenos resultados.

CONCEPTO 1: TENEMOS REUNIONES EN LA IGLESIA Y CON LA FAMILIA PARA AYUDAR A LAS PERSONAS A ALCANZAR METAS DE VALOR Y VENIR A JESUCRISTO.

COMENTARIOS

Durante Su ministerio terrenal, Jesucristo se reunía a menudo con Sus discípulos y con otras personas (véase Mateo 5:1; Marcos 2:2; Lucas 4:14–15; Juan 6:3). También se reunió con Sus seguidores en las tierras del Libro de Mormón después de resucitar (véase 3 Nefi 12). En nuestra dispensación, enseñó a José Smith que los santos debían reunirse “con frecuencia” (D. y C. 20:55).

El obispo Robert L. Simpson, cuando era Consejero del Obispado Presidente, dijo: “Mientras nos esforzamos por conocer a Dios el Padre y a Su Hijo, Jesucristo, debemos familiarizarnos con las obras canónicas de la Iglesia; debemos asistir a las reuniones designadas por los profetas de nuestros días a fin de llenar la mente y el corazón con las enseñanzas de la verdad y con el espíritu del testimonio que expresan los demás, y, de vez en cuando, si nos llaman a hacerlo o así lo sentimos, del propio. De ese modo, desarrollamos el testimonio, o sea, la convicción de que Dios existe” (*The Power and Responsibilities of the*

Priesthood, “Speeches of the Year”, Universidad Brigham Young, 31 de marzo de 1964, pág. 3).

El presidente Spencer W. Kimball enseñó lo siguiente: “Eviten la tendencia a llevar a cabo demasiadas reuniones en el día domingo. Al tener sus reuniones regulares, háganlas lo más espirituales y eficaces que sea posible. No deben apurarse para terminar las reuniones pronto, sino que deben planearlas de manera tal que permita lograr sus sagrados propósitos sin mayores dificultades” (véase “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos...”, *Liahona*, agosto de 1981, pág. 74).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Pregunte a los alumnos: ¿Por qué tenemos tantas reuniones en la Iglesia y con la familia? ¿En qué sentido son algunas reuniones más eficaces que otras?

Léales las siguientes palabras del presidente Ezra Taft Benson: “...la asistencia fiel a las reuniones de la Iglesia acarrea consigo bendiciones que no podemos recibir de ninguna otra manera” (véase “Para la ‘juventud bendita’”, *Liahona*, julio de 1986, pág. 41). Pida a los alumnos que anoten algunas de las reuniones importantes de la Iglesia y que expliquen cómo nos trae bendiciones la asistencia a ellas.

Dígales que hay reuniones que son imprescindibles y otras que son provechosas pero no indispensables. Hay reuniones en las que adoramos al Señor y otras en las que planeamos actividades; hay reuniones formales y otras que no lo son; hay reuniones a las que el público puede asistir y otras a las que asisten sólo los que cumplen con ciertas normas de dignidad. Explíqueles que los líderes que dirijan cualquiera de esas reuniones podrían emplearlas para ayudar a otras personas a alcanzar metas de valor y a venir a Cristo (véase la sección “Comentarios”). Al planear y llevar a cabo las reuniones y las actividades, los líderes deben tener en cuenta no estorbar la vida del hogar, que es el lugar más eficaz para enseñar y aprender el Evangelio.

**CONCEPTO 2: PODEMOS
APRENDER A PLANEAR Y A DIRIGIR
REUNIONES QUE DEN BUENOS RESULTADOS.**

COMENTARIOS

Los líderes de la Iglesia planean y dirigen diversas reuniones, que pueden ser para adorar al Señor, para dar y recibir instrucción y para planificar. Los profetas de los últimos días enseñan que las familias deben reunirse semanalmente en una noche de hogar, en la cual padres e hijos se alienten mutuamente a vivir de acuerdo con los principios del Evangelio y traten asuntos de interés familiar.

Uno de los primeros pasos para programar una buena reunión es entender qué propósito tiene. Por ejemplo, al programar la reunión sacramental, el obispo debe entender que el propósito de esa reunión es tomar la Santa Cena, adorar al Señor, aprender el Evangelio, llevar a cabo ordenanzas como las confirmaciones, tratar asuntos del barrio y fortalecer espiritualmente a los miembros. Una vez que los líderes entiendan el propósito de una reunión, podrán ver cuál es la mejor manera de lograrlo.

El élder M. Russell Ballard, del Quórum de los Doce Apóstoles, dio los siguientes consejos con respecto a las reuniones en general:

- “Asegúrense de que haya una agenda escrita y que... se concentre principalmente en las personas y no en los programas”.

- “Los propósitos de la reunión deben ser claros, y se debe empezar y terminar a tiempo”.
- “Dispongan del tiempo necesario para analizar lo que le haga falta a la gente”.
- “Después de escuchar atenta y sinceramente las recomendaciones de los presentes, tomen una decisión o hagan una asignación que dé como resultado un curso de acción determinado y que se pueda verificar”.
- “Tomen esas decisiones valiéndose de la oración”.
- Pidan a alguien “que se responsabilice de las asignaciones y que dé un informe al respecto en una fecha fijada de antemano”.
- “Cuando se delega una asignación, generalmente se debe expresar con términos de ‘lo que’ se requiere más bien que de ‘cómo’ llevarla a cabo; es decir, la persona que la recibe debe ser responsable del resultado que se obtenga sean cuales sean los métodos que se empleen para lograrlo”.

(Counseling with Our Councils: Learning to Minister Together in the Church and in the Family, 1997, págs. 124–125.)

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Emplee el material que se encuentra en la sección “Comentarios” y su propia experiencia para analizar la forma de programar y de dirigir reuniones eficaces de la Iglesia y con la familia. Divida la clase en grupos pequeños y pida a cada grupo que haga un bosquejo, de una sola hoja de largo, de la forma de programar y dirigir reuniones. Luego, pida a los grupos que expliquen el bosquejo que hayan hecho.

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Presidente Boyd K. Packer

*Presidente en funciones
del Quórum de los Doce
Apóstoles*

The Unwritten Order of Things
[“Un orden no escrito de
cosas”], *Devocional de la*

*Universidad Brigham Young, 15 de octubre
de 1996.*

Les hablo hoy como maestro. Pienso en la influencia de un maestro que tuve hace más de cincuenta años. Como sucede muchas veces, su influencia no derivaba de la materia que enseñaba: el Dr. Schaefer era profesor de matemáticas en la Universidad del estado de Washington, en la ciudad de Pullman. Su aspecto no tenía nada que llamara la atención y no recuerdo su nombre de pila; pero jamás olvidaré lo primero que nos dijo el primer día de clase.

Fue durante la Segunda Guerra Mundial; estábamos entrenándonos para ser pilotos y nos habían mandado a la universidad para lo que se nos dijo que sería un curso “explosivo” de meteorología, clima, navegación, física, aerodinámica y otras materias técnicas. Siendo pilotos, ese adjetivo “explosivo” para describir el curso no nos hacía mucha gracia; hubiéramos preferido que lo llamaran “intensivo”, porque así era.

Estábamos bajo una tremenda presión, porque los que no lo pasaran serían eliminados del programa de pilotos. Me encontré compitiendo con cadetes, muchos de los cuales habían tomado clases universitarias; algunos habían tenido una capacitación avanzada, mientras que yo apenas había salido de la enseñanza secundaria.

El Dr. Schaefer tenía que llevarnos desde las matemáticas básicas al cálculo en unas pocas semanas. Hasta que pasamos los primeros minutos en la primera clase, yo pensaba que era un imposible; pero él dio comienzo a la clase con estas palabras: “Aunque muchos de ustedes han tenido algunas clases universitarias, incluso algunos han tomado cursos avanzados en lo que vamos a estudiar, mi propósito es enseñar a los principiantes. Por eso, a los que conozcan la materia, les pido que tengan paciencia mientras enseñe lo básico a los que no la conozcan”. Animado por lo que nos dijo y más aún por su manera de enseñar, pude pasar bien el curso con relativa facilidad. De otro modo, probablemente habría sido imposible.

Cuando decidí ser maestro, el ejemplo del Dr. Schaefer me inspiró a tratar en todo lo que me era posible de enseñar las verdades básicas y sencillas de modo que resultaran comprensibles. Y he aprendido lo difícil que es simplificar algo.

Años después de la guerra, regresé a la Universidad del estado de Washington y busqué al Dr. Schaefer. Por supuesto, él no se acordaba de mí; yo había sido uno de los muchos cientos de cadetes que habían pasado por sus clases. Pero le agradecí lo que me había enseñado. Hacía mucho que las matemáticas y el cálculo habían quedado en el olvido, pero no su ejemplo de maestro.

Por eso, siguiendo aquel ejemplo, deseo decirles hoy algo sobre la Iglesia. Lo que les diré no está explicado en las Escrituras, aunque se ajusta a los principios que en ellas se enseñan.

Un principio es una verdad perdurable, una ley, una regla que pueden adoptar para tomar decisiones. Generalmente, los principios no se describen con detalles, lo cual les permite adaptarse y buscar la manera de emplear una verdad perdurable, un principio, como un ancla.

Lo que les voy a decir tampoco se encuentra en los manuales de enseñanza ni en los de instrucciones. Aun cuando así fuera, la mayoría de ustedes no tiene manuales —ni los del Sacerdocio de Melquisedec ni los de la Sociedad de Socorro ni cualquier otro— porque se dan sólo a los líderes.

Me referiré a lo que llamo “un orden no escrito de cosas”. Mi lección podría titularse “Los elementos comunes y corrientes de la Iglesia que todo miembro debe conocer”. Aun cuando son muy comunes y corrientes, son, sin embargo, muy importantes. No sé por qué, pero damos por sentado que todo el mundo ya sabe lo que es común y corriente. Si ustedes lo saben, será porque lo han aprendido por observación y experiencia, porque no está escrito en ninguna parte ni se enseña en las clases. Así que, si lo saben, sean pacientes mientras continúo enseñando a los que no saben... y duérmanse una siesta.

El fundamento del conocimiento y del testimonio de que Dios el Padre vive, que Jesús es el Cristo, que el Espíritu Santo nos inspira, que hubo una Restauración y que se nos ha revelado la plenitud del Evangelio y la misma organización que existió en la Iglesia original nunca cambia. Estas cosas se nos enseñan siempre, en todas partes y en todo lo que hacemos: en nuestras clases, en las Escrituras, en los manuales de enseñanza y de instrucciones.

La doctrina fundamental y las instrucciones sobre la organización de la Iglesia también se encuentran en las Escrituras. Además, hay otra fuente de conocimiento relacionada con el funcionamiento de la Iglesia: aprendemos por experiencia y por observación. Si aprenden sobre esos elementos que no están escritos, estarán mejor calificados para ser líderes, y serán líderes. Las responsabilidades más importantes de liderazgo están en el hogar: la de ser padre, de ser madre, de ser marido y mujer, de ser hermanos mayores.

Además, en la Iglesia hay posiciones de liderazgo y oportunidades de enseñanza como en ninguna otra organización de la tierra.

Aun cuando las cosas de las que hablaré no están escritas, son en realidad muy fáciles de aprender. Presten atención al orden no escrito de cosas e interésense en ellas, y verán que su capacidad y su valía ante el Señor aumentan.

Antes de que les dé unos ejemplos de este orden no escrito de cosas, les recordaré lo que dijo el Señor: "...mi casa es una casa *de orden*, dice Dios el Señor" (D. y C. 132:18; cursiva agregada). Y dijo a uno de Sus profetas: "Y mirad que se hagan todas estas cosas con *prudencia y orden*, porque no se exige que un hombre corra más aprisa de lo que sus fuerzas le permiten. Y además, conviene que sea diligente, para que así gane el galardón; por tanto, todas las cosas deben hacerse *en orden*" (Mosíah 4:27; cursiva agregada).

Pablo dijo a los corintios que debía hacerse "*todo decentemente y con orden*" (véase 1 Corintios 14:40; cursiva agregada). Volveremos a esto dentro de un momento.

Las cosas a las que me referiré no son tan rígidas que la Iglesia vaya a desmoronarse si no se observan estrictamente y de continuo. Pero sí establecen un espíritu, una norma de dignidad y de orden, y mejorarán nuestras reuniones y clases, así como las actividades. Si las conocen y las comprenden, también mejorarán su vida considerablemente.

Nuestras reuniones deben conducirse de tal manera que los miembros se sientan espiritualmente renovados y permanezcan en armonía con el Espíritu al enfrentar las dificultades de la vida. Debemos establecer condiciones en las cuales los miembros, por medio de la inspiración, puedan

resolver sus propios problemas. Hay algunas cosas sencillas que ayudan en ese sentido, y otras que retrasan. Alma enseñó que "por medio de cosas pequeñas y sencillas se realizan grandes cosas; y en muchos casos, los pequeños medios confunden a los sabios" (Alma 37:6).

Como primera ilustración de este orden no escrito de cosas está este ejemplo tan sencillo: El que preside una reunión debe sentarse en el estrado, cerca del que la dirige. Sería difícil presidir cuando se está sentado entre la congregación. El que preside es responsable de la dirección de la reunión, y tiene el derecho y la obligación de recibir inspiración, lo que quizás lo lleve a adaptar o corregir algún aspecto de la reunión. Esto se aplica ya se trate de una organización auxiliar presidida por una hermana o de cualquier otra reunión.

Un presidente de estaca nuevo pregunta a veces: "¿Tengo que sentarme en el estrado durante toda reunión de la estaca? ¿No puedo sentarme nunca con mi familia?" Mi respuesta es: "Mientras preside, se sienta en el estrado". Y tengo la tentación de decirle, aunque no lo hago: "Yo no tengo ese privilegio, ¿por qué va a tenerlo usted?"

Otro ejemplo: Si se fijan en la Primera Presidencia, verán que el Primer Consejero está siempre sentado a la derecha del Presidente y el Segundo Consejero a la izquierda. Ésa es una demostración de hacer las cosas "decentemente y con orden", como dice Pablo. Generalmente, aunque no siempre, si el oficial que preside habla, lo hace al final de la reunión; de esa manera se puede hacer cualquier aclaración o corrección que haga falta. He tenido esa experiencia muchas veces al terminar las reuniones, diciendo: "El hermano (o la hermana) Fulano dijo tal cosa, y estoy seguro de que lo que quiso decir es tal y tal cosa".

Otra ilustración: En la Iglesia, no aspiramos a llamamientos ni pedimos que nos releven. Se nos llama por inspiración a ocupar cargos de la Iglesia y, aun cuando el llamamiento se nos ofrezca de modo un tanto inexperto, no es prudente rechazarlo. Debemos suponer que proviene del Señor. El quinto Artículo de Fe nos dice que "el hombre debe ser llamado por Dios, por profecía y la imposición de manos, por aquellos que tienen la autoridad, a fin de que pueda predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas".

Si alguna circunstancia les hace difícil continuar prestando servicio, pueden ir a consultar al líder que les extendió el llamamiento. No nos llamamos nosotros mismos ni nos relevamos nosotros mismos. A veces sucede que un líder o un maestro disfruta tanto de la importancia de su cargo que, aun después de haber prestado servicio largo tiempo, no quiere ser relevado. Eso indica que ha llegado el momento de su relevo.

Debemos hacer lo que se nos llame hacer. Debemos aceptar los llamamientos y también el relevo por la misma autoridad.

Cuando se llamó al presidente J. Reuben Clark como Segundo Consejero de la Primera Presidencia después de haber prestado servicio como Primer Consejero durante muchos años, dijo lo siguiente en la Asamblea Solemne en la que se sostuvo a la nueva Primera Presidencia: “Cuando servimos al Señor, no interesa *dónde* sino cómo lo hacemos. En La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, uno debe aceptar el lugar que se le haya llamado a ocupar y no debe ni procurarlo ni rechazarlo” [citado por Keith K. Hilbig en “El crear o continuar eslabones del sacerdocio”, *Liahona*, enero de 2002, pág. 53, cursiva agregada]. Con eso, enseñó a la Iglesia una valiosa lección en el orden no escrito de cosas.

Hace años que aprendí que no escogemos el tipo de servicio que prestamos sino que simplemente respondemos al llamamiento. Poco después de nuestro matrimonio, me llamaron como secretario auxiliar de la estaca. El obispo no quería relevarme de mi cargo como maestro de Doctrina del Evangelio y me dijo que yo tenía mucho más que ofrecer como maestro que como un anónimo secretario auxiliar de estaca; pero él sabía que, en el orden no escrito de cosas, el presidente de estaca presidía y que su llamamiento tenía prioridad.

No les puedo decir todo lo que aprendí en aquel llamamiento: pude ver cómo funciona una presidencia de estaca; fui testigo de la revelación que rige el llamamiento y el relevo de oficiales de barrios y de estaca; viendo actuar al presidente de la estaca, aprendí por observación y por experiencia muchas cosas que no se encuentran en el manual de instrucciones. En ese llamamiento fue que conocí a miembros del Consejo de los Doce y a otras Autoridades Generales que nos visitaban en

las conferencias. Fue un tiempo de capacitación en el orden no escrito de cosas.

Una vez estuve en el mismo avión en viajaba el presidente Kimball, que, según creo, prestó servicio como secretario de estaca durante diecinueve años. Un miembro que vivía en esa estaca iba también en el avión y me dijo: “Si hubiera sabido que el secretario de nuestra estaca iba a ser Presidente de la Iglesia, lo habría tratado mucho mejor”.

El hermano Kimball era segundo consejero de la presidencia de la estaca cuando el secretario se mudó; llamaron a otro secretario, y ése también se mudó, por lo que el hermano Kimball se había hecho cargo de esa responsabilidad. Cuando el élder Melvin J. Ballard asistió a la conferencia de estaca, le dijo: “Usted no tiene por qué ser segundo consejero y secretario al mismo tiempo. Elija lo que le gustaría más”.

El hermano Kimball no estaba acostumbrado a elegir llamamientos y quería que fuera el hermano Ballard quien decidiera; pero éste insistió: “No, decida usted”. Así que el hermano Kimball dijo: “Bueno, yo tengo máquina de escribir [en ese tiempo, muy pocas personas tenían una máquina de escribir] y conozco el sistema. Tal vez podría hacer una mayor contribución si fuera secretario de la estaca”. Y así fue.

En aquellos días, el secretario de la estaca recibía una pequeña suma de dinero mensualmente, creo que para comprar materiales. Una hermana que lo conocía muy bien le escribió, diciendo: “Spencer, me ha sorprendido mucho saber que has aceptado un llamamiento sólo porque hay dinero de por medio”. Y agregó: “Si no cambias de actitud, en dos meses apostatarás de la Iglesia”. ¡Como sabemos, la hermana estaba un tanto equivocada!

Quiero contarles este ejemplo: En una oportunidad, el entonces élder Harold B. Lee presidió en nuestra conferencia de estaca. Entre las sesiones fuimos a almorzar a la casa del presidente Zundell. Donna y yo llegamos un poco tarde porque habíamos pasado por la casa para ver si nuestros hijos estaban bien. El élder Lee había salido en ese momento a buscar algo en su auto y se encontraba en la acera cuando llegamos; estoy seguro de que se notaba nuestra emoción de hablar cara a cara con un apóstol y estrecharle la mano. Haciendo un gesto en dirección a la casa

y refiriéndose a la presidencia de la estaca que se había reunido allí, me dijo: “Ésos son grandes hombres. Nunca desperdicie la oportunidad de aprender de hombres como ellos”. Y ahí, un apóstol me enseñó algo sobre el orden no escrito de las cosas.

Pueden aprender mucho observando a los líderes de experiencia en los barrios y estacas donde vivan. Hay mucho que pueden aprender prestando atención a lo que dicen los hermanos y las hermanas mayores que han tenido toda una vida de experiencia en la escuela de las cosas no escritas.

Otra ilustración: Existe un orden que nos indica a dónde ir o a quién acudir para pedir consejo o bendiciones. Es sencillo: lo pedimos a nuestros padres. Si no los tenemos a ellos y se trata de una bendición, se la pedimos al maestro orientador. Para pedir consejo, van al obispo; quizás él los envíe a su propio líder, el presidente de la estaca. Pero no vamos a las Autoridades Generales; no les escribimos para pedirles consejo ni pensamos que quien se encuentre en una posición más prominente nos dará una bendición más inspirada. Si logramos hacer comprender esto a la gente de la Iglesia, lograremos ser mucho más fuertes.

El presidente Joseph F. Smith enseñó que si en un hogar hay un enfermo y hubiera presentes “presidentes de estaca, apóstoles o aun miembros de la Primera Presidencia de la Iglesia... El padre está allí y es su derecho y su deber presidir” (*Doctrina del Evangelio*, págs. 280–281).

Hay un rodeo autorizado para pasar por alto al obispo, al presidente de estaca, a la Autoridad General y a cualquier otra persona en nuestra línea de autoridad: es el que nos lleva a nuestro Padre Celestial a través de la oración. Si lo hacemos, en la mayoría de los casos resolveremos nuestros propios problemas.

Otro principio: La revelación en la Iglesia es una línea vertical y generalmente está circunscrita a los límites administrativos o geográficos que se hayan asignado al que tiene el llamamiento. Por ejemplo, un obispo que esté tratando de resolver un problema no recibirá revelación pidiendo consejo al obispo de otro barrio o estaca que sea pariente suyo o compañero de trabajo.

La experiencia me ha enseñado que la revelación viene de arriba, no del costado. Por

muy experimentado o mayor o espiritual que sea alguien que esté al lado, lo mejor es emplear los medios apropiados.

Atiendan a este principio: Un atributo fundamental de un buen líder es que sea un buen seguidor. En una reunión que tuve con obispos, uno que era nuevo e inexperto me preguntó: “¿Qué debo hacer para que la gente me siga? He llamado a nueve hermanas para ser presidenta de la Primaria y ninguna aceptó”. El buen humor y el espíritu agradable de la reunión me proporcionaron una buena oportunidad para enseñar. Le respondí que dudaba de que hubiera “llamado” a cualquiera de las hermanas para ser presidenta, que seguramente sólo les habría pedido o las habría invitado a serlo.

Le dije que si hubiera orado fervientemente y consultado con sus consejeros en cuanto a quién debería presidir la Primaria, la primera hermana habría aceptado el llamamiento. Puede ser que durante la entrevista hubiera descubierto una razón por la cual no fuera aconsejable u oportuno que aquella hermana prestara servicio, pero con toda seguridad no le habría pasado lo mismo más que con una o dos de ellas. Si todas esas hermanas habían rechazado el llamamiento, era porque algo no estaba en orden, en ese orden no escrito de cosas.

Como reinaba un espíritu tan bueno en la reunión, le pregunté: “Obispo, creo que me doy cuenta de algo más: usted no debe de ser un buen seguidor, ¿no es así? ¿No es usted quien siempre cuestiona lo que el presidente de estaca pide a los obispos?” Los demás obispos dejaron escapar unas risitas ahogadas y asintieron con la cabeza; sí, así era. Él mismo se sonrió y admitió que yo estaba en lo cierto. Le dije: “La razón por la que sus miembros no siguen al líder tal vez sea porque usted no sigue al suyo. Un atributo esencial para un líder de la Iglesia es ser un seguidor bueno y fiel. Ése es el orden, el orden no escrito de las cosas”.

Cuando yo era joven, el élder Spencer W. Kimball fue a nuestra conferencia y relató lo siguiente: Siendo él presidente de estaca en Safford, Arizona, quedó vacante el puesto de superintendente de los Hombres Jóvenes de la estaca (así se llamaba el cargo entonces). Un día, al salir de su oficina, caminó un corto trecho por la calle y entabló una conversación con el dueño

de uno de los negocios, a quien le dijo: “Jack, ¿te gustaría ser superintendente de la organización de los Hombres Jóvenes de la estaca?”

El otro le contestó: “¡Vamos, Spencer, no me estás hablando en serio!”

El hermano Kimball insistió: “Por supuesto que sí. Tú te llevas bien con los jóvenes”. Pero, a pesar de sus esfuerzos por convencerlo, el hombre no aceptó.

Más tarde ese mismo día, después de rumiar su fastidio por el fracaso y acordándose al fin de lo que dice Jacob en el Libro de Mormón —“habiendo obtenido primeramente mi mandato del Señor” (Jacob 1:17)—, volvió a hablar con Jack. Lo llamó “hermano”, con su apellido, y le dijo: “Tenemos una vacante en un puesto de la estaca. Mis consejeros y yo hemos hablado del asunto y orado al respecto durante un tiempo. El domingo nos arrodillamos y le pedimos inspiración al Señor en cuanto a quién debíamos llamar para ese cargo, y recibimos la inspiración de que debíamos llamarte a ti. Como siervo del Señor, he venido para extenderte ese llamamiento”.

Jack le respondió: “Bueno, Spencer, si me lo presentas así...”

“Pues, así te lo presento”.

Y ya se imaginan el resultado. Es bueno seguir el orden apropiado de las cosas, incluso el orden no escrito.

Tengo en mi escritorio una carta de un hermano que se siente muy molesto porque no fue llamado debidamente; aceptó el llamamiento y está dispuesto a prestar servicio, pero dice que el obispo no consultó de antemano a la esposa de él y tampoco había tratado el asunto de forma apropiada.

Cuando le conteste, trataré de enseñarle algo sobre el orden no escrito de cosas que se relacionan con ser paciente en cuanto a la forma en que funciona la Iglesia. En la primera sección de Doctrina y Convenios, el Señor amonesta a todo hombre a hablar “en el nombre de Dios el Señor, el Salvador del mundo” (D. y C. 1:20). Creo que le haré notar que un día él puede ser obispo, abrumado con los problemas del barrio más una carga extra de asuntos personales, y sugerirle que dé ahora lo que le gustaría recibir entonces.

Otro aspecto del orden: Los obispos no dejan los arreglos de las reuniones en manos de los miembros; no deben dejar en manos de la familia el programa para un funeral ni para la despedida de un misionero. No está de acuerdo con el orden apropiado el que un miembro o una familia decida quién hablará ni durante cuánto tiempo. Por supuesto, es correcto recibir las sugerencias de ellos, pero el obispo no debe dejarles la responsabilidad de la reunión. Nos preocupan las tendencias que están presentando nuestras reuniones.

Los funerales pueden y deben dejar la mayor impresión espiritual, pero se están convirtiendo en reuniones familiares informales frente a los miembros del barrio. Muchas veces se aleja al Espíritu con relatos cómicos o con bromas, cuando el tiempo debería dedicarse a enseñar lo pertinente al Espíritu, incluso lo sagrado.

Cuando la familia insiste en que varios parientes hablen en un funeral, escuchamos detalles de la persona que ha muerto en lugar de oír hablar de la Expiación, la Resurrección y las promesas consoladoras que se han revelado en las Escrituras. Está bien que un miembro de la familia hable, pero si es así, sus comentarios deberían estar de acuerdo con el espíritu de la reunión.

Les he dicho a mis hermanos de las Autoridades Generales que cuando me hagan el funeral, si el que dirija la palabra se pone a hablar de mí, me voy a levantar para corregirlo. Es preciso predicar el Evangelio en esas oportunidades. No conozco ninguna otra reunión mejor que un funeral en la cual la congregación esté en un estado más dispuesto para recibir revelación e inspiración de un discursante. Y se nos priva de ese privilegio porque no entendemos el orden de las cosas —el orden no escrito— que se relaciona con la administración de la Iglesia y con la recepción del Espíritu.

Nuestros obispos no deben permitir que otras personas se encarguen de las reuniones. Esto se aplica también para las despedidas de misioneros. Nos preocupa muchísimo el hecho de que se han convertido en algo así como una reunión social enfrente de los miembros del barrio; se está perdiendo la oportunidad de la profunda capacitación y la enseñanza espiritual que podría tener lugar en ellas. Nos hemos olvidado de que se trata de reuniones sacramentales y de que el obispo las preside.

Es mucho lo que podría comentar en cuanto a usar “ropa de domingo”. ¿Saben cuál es la “ropa de domingo”? Así se acostumbraba, pero ahora vemos cada vez más en nuestras reuniones, incluso en las sacramentales, a gente vestida al descuido, con ropa desgarrada, lo cual lleva también a una conducta descuidada.

Me molesta ver que vayan a tomar parte en una reunión sacramental “Quela” y “Pepe” y “Pancho”. ¿No debería ser más bien Raquel y José y Francisco? Y me molesta aún más que me pidan que sostenga a “Tito” o “Beto” o “Cacho” para ser miembro del sumo consejo. Entonces pregunto: ¿No podríamos poner los nombres de pila correctos en ese registro tan importante? Hay una formalidad, una dignidad, que estamos perdiendo, y lo perdemos a un alto costo. Hay algo muy importante en lo que dijo Pablo de hacer “todo decentemente y con orden”.

En realidad, hay mucho más que quisiera decirles sobre el orden no escrito de cosas, pero eso es algo que ustedes deben aprender solos. Si pudiéramos ponerlos en las circunstancias apropiadas para que empezaran a observar, para que comenzaran a capacitarse en eso, entonces sabrían cómo debe funcionar la Iglesia y por qué funciona de esa manera; se darían cuenta de que se conforma a los principios compendiados en las Escrituras. Si “atesora[n] constantemente en [sus] mentes las palabras de vida”, el Señor los bendecirá y les dará “en la hora precisa” lo que tengan que decir y lo que tengan que hacer (D. y C. 84:85). Aprendan sobre este grandioso modelo, o sea, sobre las enseñanzas que recibimos sólo por observar y participar.

Poco después de haberse abierto España para la prédica del Evangelio, me encontré en Barcelona. Para dar comienzo a la prédica en ese lugar, se había enviado a la ciudad a dos misioneros que se contaban entre los primeros en llegar a ese país. Ellos le habían pedido cuarenta sillas al presidente Smith Griffin; él estaba en ese momento en París y no sabía para qué querían cuarenta sillas dado que no había ningún miembro; vaciló un poco ante el gasto, pero quería animar a los misioneros, así que aprobó la compra de las cuarenta sillas.

Cuando llegamos al lugar de la reunión, en un piso alto de un edificio de negocios, encontramos

las cuarenta sillas ocupadas y había gente de pie. Los élderes habían hecho arreglos para que dirigiera la reunión su primer converso, un hombre de edad mediana que trabajaba en un mercado de pescado. Observamos mientras ellos le enseñaban qué hacer, poniéndose a veces junto a él para susurrarle al oído.

Con su ayuda, el hermano Byish dirigió la reunión nerviosamente. Y por último, al ponerse de pie para clausurarla, el Espíritu del Señor descansó sobre él y predicó con autoridad y durante cierto tiempo. Fue un testimonio inspirado, un momento inolvidable. Los dos jóvenes élderes, ambos conversos de América del Sur, de una u otra manera habían aprendido algo sobre el orden no escrito de cosas, y estaban estableciendo la Iglesia en Barcelona en el debido orden. Ahora hay cuatro estacas en esa ciudad.

Y así sucede. El Señor emplea a los santos comunes y corrientes, a la gente sencilla, para llevar adelante Su obra.

*Extraño parece que monarcas y reyes,
y payasos que alegres grandes brincos dan,
y gente como todos, común y corriente,
seamos constructores de la eternidad.*

*A todos un saco de herramientas se nos da,
y una masa sin forma y un libro de instrucción,
con lo que hemos de crear; pues la vida se nos va,
una piedra de tropiezo o un escalón.*

(R. L. Sharpe, “Stumbling-Block or Stepping Stone”.)

La Iglesia continuará avanzando, y avanza porque nuestro pueblo aprende por medio de la enseñanza, la experiencia y por observar. Sobre todo, aprendemos porque el Espíritu nos motiva. Por supuesto, ustedes que son jóvenes ahora un día dirigirán la Iglesia. Si en el transcurso del tiempo aprenden el orden no escrito de las cosas, el poder del Señor estará con ustedes hasta el fin para que sean siervos útiles.

Testifico que ésta es Su Iglesia, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y que, como dijo el Señor, “todo hombre hable en el nombre de Dios el Señor, el Salvador del mundo” (D. y C. 1:20).

Invoco Sus bendiciones sobre ustedes y les testifico en el nombre de Jesucristo. Amén.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- ¿Cómo aprendemos las cosas importantes de la Iglesia que no están en las Escrituras ni en los manuales?
- ¿Por qué seremos más valiosos en la obra del Señor si aprendemos “el orden no escrito de cosas”?
- La persona que preside en una reunión, ¿por qué debe sentarse en el estrado?
- ¿Por qué no es apropiado que un líder de la Iglesia pida que lo releven de un llamamiento?
- ¿Por qué no debe ir un obispo a pedir consejo al obispo de otro barrio sobre un problema de su barrio?
- ¿Quién debe planear la reunión sacramental en la cual hablen un misionero que se va y alguno de sus familiares? ¿Por qué?

LA INTROSPECCIÓN

“Os digo: ¿Podréis mirar a Dios en aquel día con un corazón puro y manos limpias? ¿Podréis alzar la vista, teniendo la imagen de Dios grabada en vuestros semblantes?” (Alma 5:19).

PRINCIPIO DE LIDERAZGO

La introspección ayuda a los líderes a llevar a las personas a Jesucristo.

CONCEPTO DE LA LECCIÓN

1. La introspección es importante para los líderes de la familia y de la Iglesia.

CONCEPTO 1: LA INTROSPECCIÓN ES IMPORTANTE PARA LOS LÍDERES DE LA FAMILIA Y DE LA IGLESIA.

COMENTARIOS

Los líderes deben reflexionar a menudo para asegurarse de ser dignos de que el Espíritu los guíe y para saber hasta qué punto aplican principios sólidos de liderazgo. Las Escrituras enseñan la importancia de la introspección. Nefi reflexionó de esta manera: “Y ¿por qué he de ceder al pecado a causa de mi carne? Sí, ¿y por qué sucumbiré a las tentaciones, de modo que el maligno tenga lugar en mi corazón para destruir mi paz y contristar mi alma? ¿Por qué me enoja a causa de mi enemigo?” (2 Nefi 4:27). Alma preguntó a la gente de Zarahemla: “...¿Habéis nacido espiritualmente de Dios? ¿Habéis recibido su imagen en vuestros rostros? ¿Habéis experimentado este gran cambio en vuestros corazones?...”

“Y ahora os digo, hermanos míos, si habéis experimentado un cambio en el corazón, y si habéis sentido el deseo de cantar la canción del amor que redime, quisiera preguntaros: ¿Podéis sentir esto ahora?” (Alma 5: 14, 26). El joven José Smith se hallaba reflexionando sobre sus “debilidades e imperfecciones” y suplicando perdón al Señor cuando apareció ante él por primera vez el ángel Moroni (véase José Smith—Historia 1:28–33).

Los profetas y líderes de la Iglesia en nuestros días también nos han enseñado la importancia de la introspección. El presidente Gordon B. Hinckley, cuando era Consejero de la Primera Presidencia,

aconsejó: “Cada reunión sacramental debe ser un festín espiritual; debe ser una hora de meditación e introspección, una ocasión para cantar himnos de alabanza al Señor, para renovar nuestros convenios con Él y con nuestro Padre Eterno, así como para escuchar la palabra del Señor con reverencia y aprecio” (“Los poderes del Sacerdocio Aarónico”, *Liahona*, enero de 1983, pág. 92).

El élder Russell M. Nelson, del Quórum de los Doce Apóstoles, enseñó lo siguiente: “El pescador prudente revisa sus redes con regularidad y, si nota cualquier defecto, lo repara sin demoras. Hay un refrán que dice que “más vale prevenir que curar”. La revelación de las Escrituras da una instrucción similar, porque el Señor dice: ‘Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras...’ (Apocalipsis 2:5).

“Si somos prudentes, revisaremos a diario los hilos personales de integridad; reconoceremos una debilidad y la repararemos. Por cierto que tenemos la obligación de hacerlo...”

“La oración personal y privada es un buen momento para hacer introspección. En la oración matutina podemos pedir honestidad, castidad, virtud, o simplemente ayuda para ser de servicio a otras personas; por la noche, podemos hacer una rápida verificación de esos atributos. Oramos por la preservación de nuestra integridad espiritual y luego nos esforzamos por lograrla; si encontramos cualquier defecto, será preciso comenzar lo antes posible el proceso de reparación que nos proteja de una desintegración mayor de la cualidad espiritual que se vea amenazada.

“La evaluación de nosotros mismos se lleva a cabo mejor en múltiples pasos pequeños, haciéndonos preguntas como éstas:

- “¿Qué hacemos cuando cometemos un error? ¿Lo admitimos y nos disculpamos o lo negamos y culpamos a otra persona?”
- “¿Qué hacemos si nos encontramos en un grupo que promueve ideas o actividades equivocadas? ¿Lo fomentamos con nuestro silencio o defendemos nuestra manera de pensar?”
- ¿Somos de absoluta confianza para nuestros superiores o no debemos ser más leales?”
- ¿Guardamos el día de reposo, obedecemos la Palabra de Sabiduría, honramos a nuestros padres?”
- “...¿Cómo reaccionamos cuando oímos a la gente hablar mal del ungido del Señor? ¿Honramos todos [nuestros convenios]? ¿O nos permitimos excepciones justificando la forma en que adaptamos nuestra conducta a las preferencias preconcebidas que tengamos?”
- “¿Cómo honramos nuestra palabra? ¿Se puede confiar en las promesas que hagamos?...”

“...Un diagnóstico apropiado es esencial para saber cuál es el tratamiento apropiado. El Señor nos da esta notable garantía: ‘...Y porque has visto tu debilidad, serás fortalecido...’ (Éter 12:37). Pero el solo hecho de desear la fortaleza no nos hará fuertes; se necesita fe para reforzar un hilo de integridad que se haya debilitado.

“Conocemos el proceso de autocorrección que se llama ‘arrepentimiento’ ” (“Integrity of Heart”, *Ensign*, agosto de 1995, pág. 21).

IDEAS PARA LA ENSEÑANZA

Explique a la clase que *introspección* quiere decir “el estudio u observación de sí mismo y de los propios estados de ánimo”. Analicen por qué es importante la introspección para los líderes de la Iglesia y de la familia.

Pida a los alumnos que mencionen pasajes en los que se hable de la introspección en las Escrituras (véase 1 Reyes 19:4–13; Mateo 4:1–11; y los ejemplos de la sección “Comentarios”). Hablen del hecho de que muchas veces, después de hacer introspección, se recibe una bendición.

Léales las palabras del presidente Gordon B. Hinckley que están en la sección “Comentarios” sobre la introspección en la reunión sacramental. Analicen algunas de las preguntas que el élder Russell M. Nelson aconseja que nos hagamos durante una introspección.

Díales que es importante que los líderes reflexionen sobre su relación con el Señor, sus responsabilidades, las personas a quienes prestan servicio, etc. Analice con los alumnos algunas preguntas que podríamos hacernos al pensar en nuestra dignidad y en nuestros llamamientos de líderes. Aconséjeles que cultiven la costumbre de reflexionar sobre preguntas similares.

FUENTES DE RECURSOS PARA EL MAESTRO



Presidente Spencer W. Kimball

Duodécimo presidente de la Iglesia

Véase “*Jesús: El líder perfecto*”, Liahona, agosto de 1983, págs. 7–11.

Hay muchísimas cosas que se podrían decir tocante a la extraordinaria capacidad de liderazgo del Señor Jesucristo, mucho más de lo que podría expresarse en un artículo o en un libro, pero quisiera señalar algunos de los atributos y aptitudes que Él demostró tan perfectamente. Estas mismas aptitudes y cualidades resultan importantes para nosotros si es que deseamos tener éxito perdurable como líderes.

Los principios concretos

Jesús sabía quién era y la razón por la que estaba en este planeta, lo cual le permitía guiar a Sus seguidores basado en la certeza personal y no en la incertidumbre o en la debilidad.

Jesús actuaba en base a principios o verdades concretos en vez de limitarse a establecer las reglas sobre la marcha. Por eso, Su estilo de liderazgo era no sólo correcto sino también constante. Muchos de los líderes seculares de hoy son como los camaleones: cambian sus tonos y puntos de vista para adaptarse a la situación, con lo cual sólo confunden a sus socios y seguidores que no pueden estar seguros del curso a seguir. Quienes procuran el poder a expensas de los principios a menudo

terminan por hacer casi cualquier cosa para perpetuarlo.

Jesús dijo muchas veces: “Ven, sígueme”. El Suyo era un método de “Haz lo que yo hago”, más bien que de “Haz lo que yo digo”. Su brillante inteligencia innata le hubiera permitido hacer gran ostentación, pero con eso habría dejado atrás a Sus seguidores. Él caminó y obró con aquellos a quienes tenía que servir. El Suyo no fue un liderazgo a la distancia; no temía a las amistades estrechas, ni a que Sus seguidores se desilusionaran si se le acercaban demasiado. La levadura del verdadero liderazgo no puede levantar a nadie a menos que acompañemos y sirvamos a aquellos a quienes tengamos que dirigir.

Jesús se mantuvo virtuoso y así, cuando quienes le rodeaban estaban tan cerca de Él que podían tocar el borde de Su manto, la virtud emanaba de Él (véase Marcos 5:24–34).

El comprender a los demás

Jesús era un líder que escuchaba. Debido a que amaba a los demás con un amor perfecto, escuchaba sin ser condescendiente. Un gran líder es aquel que escucha, no solamente a los demás sino también a su conciencia y a la inspiración de Dios.

Jesús era un líder paciente, persuasivo y amoroso. Cuando Pedro desenvainó la espada y golpeó al siervo del sumo sacerdote cortándole la oreja derecha, Jesús le dijo: “...Mete tu espada en la vaina...” (Juan 18:11). Sin enojo ni agitación, serenamente Él sanó la oreja del siervo (véase Lucas 22:51), y Su reprensión a Pedro fue bondadosa pero firme.

Por amar a Sus seguidores, Jesús estaba en condiciones de decirles la verdad, de ser sencillo y sincero con ellos. Hubo veces en que amonestó a Pedro, precisamente porque lo amaba, y éste, por ser un gran hombre, pudo madurar gracias a esas amonestaciones. Hay un maravilloso pasaje en el libro de Proverbios que todos debemos recordar:

“El oído que escucha las amonestaciones de la vida, entre los sabios morará.

“El que tiene en poco la disciplina menosprecia su alma; mas el que escucha la corrección tiene entendimiento” (Proverbios 15:31–32).

Sabio es el líder o el discípulo que puede hacer frente a las “amonestaciones de la vida”. Pedro

pudo hacerlo, pues sabía que Jesús lo amaba y fue por eso que el Señor lo preparó para ocupar un alto lugar de responsabilidad en el reino.

Jesús veía el pecado como algo malo, pero también lo veía como algo que provenía de necesidades profundas e insatisfechas de parte del pecador. Esa percepción le permitía condenar el pecado sin condenar al pecador. Del mismo modo, nosotros podemos poner de manifiesto nuestro amor hacia otras personas, aun cuando tengamos la responsabilidad de reprenderlas. Tenemos que ser capaces de ver en lo más profundo de la vida de los demás a fin de percibir las causas básicas de sus fracasos y defectos.

El liderazgo abnegado

El liderazgo del Salvador era abnegado. Siempre puso Sus necesidades y a Sí mismo en segundo plano y dedicó Su tiempo a ayudar a Sus semejantes en todo momento, y lo hizo infatigable, amorosa y eficazmente. Muchos de los problemas del mundo actual son causados por el egoísmo y el egocentrismo de muchas personas que exigen, implacablemente, demasiado de la vida y de los demás a fin de satisfacer sus propias demandas. Esa actitud es completamente contraria a los principios y prácticas que ejemplificó el líder perfecto, Jesús de Nazaret.

El liderazgo de Jesús destacaba la importancia de saber discernir con respecto a otras personas, sin procurar controlarlas. Él se preocupaba por la libertad de Sus seguidores de escoger cuál será su curso; e incluso Él mismo, en aquellos momentos tan trascendentales, tuvo que optar voluntariamente por sufrir en Getsemaní y ser clavado en la cruz del Calvario. Él nos enseñó que no puede haber progreso sin verdadera libertad. Uno de los problemas del liderazgo de manipulación es que no surge del amor que se sienta por los demás sino de una necesidad de aprovecharse de ellos. Esos líderes se concentran en sus propias necesidades y deseos y no en los de los demás.

Jesús tenía la habilidad de contemplar los problemas y a la gente en perspectiva. Él podía calcular el efecto y el impacto a largo plazo de Sus palabras, no sólo en los que las escucharían entonces, sino también en quienes las leerían dos mil años después. Muchas veces, los líderes seculares se apresuran a resolver los problemas deteniendo el sufrimiento presente y de ese modo

crean dificultades y sufrimiento mayores más adelante.

La participación

Jesús sabía cómo dar participación a Sus discípulos en el proceso de la vida. Les dio cosas importantes y concretas para hacer a fin de que lograran su propio desarrollo. Otros líderes han tratado de ser tan competentes que se han esforzado por hacerlo todo ellos mismos, lo cual produce escaso progreso en los demás. Jesús confía en Sus seguidores hasta el punto de compartir Su obra con ellos para que progresen. Ésa es una de las lecciones más grandiosas de Su liderazgo. Si hacemos a un lado a otras personas con el propósito de cumplir una tarea más rápida y eficazmente, la tarea se hará pero los seguidores no obtendrán el progreso y el desarrollo que son tan importantes. Debido a que Él sabe que esta vida tiene un gran propósito y que hemos sido puestos en este planeta para obrar y progresar, ese progreso se transforma en uno de los grandes fines de la vida así como en un medio para lograr ese fin. Podemos proporcionar información correctiva a otras personas cuando cometan errores y hacerlo de una forma amable y beneficiosa.

Jesús no tenía temor de exigir lo necesario a aquellos a quienes dirigía. Su liderazgo no era condescendiente ni flojo. Tuvo el valor de llamar a Pedro y a otros hombres diciéndoles que abandonaran sus redes de pescador y lo siguieran, no después de terminada la temporada de pesca ni después de sacar llena otra red, sino de inmediato, en ese momento. Él hacía saber a las personas que creía en ellas y en sus posibilidades, lo cual le permitía ayudarles a expandir su alma por medio de nuevos logros. Gran parte del liderazgo secular es condescendiente y, en muchos aspectos, despectivo hacia la humanidad porque trata a la gente como si fuera necesario mimarla y protegerla de continuo. Jesús creía en Sus seguidores, no sólo por lo que eran sino por lo que podían llegar a ser. Mientras que los demás podrían haber visto en Pedro sólo un pescador, Jesús pudo verlo como un magnífico líder religioso, valiente y fuerte, que dejaría su marca en muchos seres humanos. Si amamos a los demás, podemos ayudarles a progresar exigiendo de ellos cosas razonables y reales.

Jesús confió a las personas verdades y tareas que estaban en proporción a su capacidad. No las abrumó con más de lo que podían hacer, sino que les dio lo suficiente para expandir su alma. Él estaba interesado en los aspectos básicos de la naturaleza humana y en producir cambios perdurables y no simplemente cambios superficiales.

La responsabilidad

Jesús nos enseñó que no solamente somos responsables de nuestras acciones sino también de nuestros pensamientos; es sumamente importante que recordemos eso. Vivimos en una época de “seguros sin culpabilidad” y de “no culpabilidad” también en otros casos de la conducta humana. Por supuesto, no es posible exigir responsabilidad sin principios concretos. Un buen líder tendrá presente que es responsable ante Dios así como ante aquellos a quienes dirige. Al exigirse responsabilidad a sí mismo, estará en mucho mejor posición de asegurarse de que los demás también se responsabilicen de su conducta y actuación. La gente tiende a funcionar de acuerdo con las normas ejemplificadas por sus líderes.

La buena administración del tiempo

Jesús nos enseñó también cuán importante es hacer buen uso del tiempo. Esto no significa que no deba haber nunca recreación, porque debe haber tiempo para la contemplación y la renovación, pero nunca para desperdiciarlo. La administración de nuestro tiempo es asunto de suma importancia y podemos ser buenos administradores sin desesperarnos ni ser entremetidos. El tiempo es algo que no se puede reciclar; cuando se nos va, se nos va para siempre. La tiranía de lo trivial consiste en que anula a las personas y los momentos verdaderamente importantes; lo insignificante esclaviza a lo trascendental y con demasiada frecuencia dejamos que la tiranía continúe. La buena administración del tiempo es, en realidad, una buena administración de nosotros mismos.

El liderazgo secular

Las personas a quienes más queremos, admiramos y respetamos como líderes de la familia humana tienen nuestra admiración porque representan, de muchas formas, las cualidades que Jesús tenía como persona y como líder.

Contrariamente, los líderes que a lo largo de la historia han resultado más nefastos para la humanidad lo fueron precisamente porque carecían casi por completo de las cualidades exhibidas por el Hombre de Galilea. Jesús fue abnegado, ellos fueron egoístas; a Jesús le preocupaba la libertad, a ellos el dominio; Jesús estaba interesado en prestar servicio, ellos en obtener importancia social; Jesús se ocupaba de atender a las necesidades de los demás, ellos se ocuparon sólo de sus propios intereses; Jesús se interesaba en el desarrollo de Sus discípulos, ellos procuraron manipular a los seres humanos; Jesús estaba lleno de compasión combinada con justicia, ellos estaban llenos de crueldad e injusticia.

Quizás no todos podamos ser un ejemplo perfecto de liderazgo, pero todos podemos hacer un sincero esfuerzo por acercarnos a ese grandioso ideal.

Nuestro potencial

Una de las grandes enseñanzas del Hombre de Galilea, el Señor Jesucristo, fue que todos llevamos dentro inmensas posibilidades. Al instarnos a ser perfectos así como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto, Jesús hablaba en serio y nos dio a conocer una extraordinaria verdad en cuanto a las posibilidades y al potencial que tenemos. Es una verdad asombrosa, tanto que es difícil contemplarla. Él, que no mentía, procuró con ella atraernos para que avanzáramos por el camino hacia la perfección.

No somos todavía perfectos como Jesús, pero a menos que los que nos rodean puedan percibir que nos esforzamos y mejoramos, no podrán vernos como ejemplos sino que nos verán como personas carentes de seriedad en cuanto a lo que debemos hacer.

Cada uno de nosotros tiene más oportunidades de hacer el bien y de ser bueno de las que en realidad aprovecha; esas oportunidades nos rodean por todas partes. Sea cual sea en la actualidad nuestro círculo de buena influencia, si mejoráramos nuestra actuación aunque fuera un poco, ese círculo se ampliaría. Si nos preocupáramos por mejorar nuestra actuación al respecto, hay muchas personas que aguardan para que les extendamos una mano y las amemos.

Debemos recordar que esos seres humanos que encontramos en los estacionamientos, en las

oficinas, en los ascensores y en otros lugares son parte de la humanidad que Dios nos ha dado para que amáramos y sirviéramos. Poco nos beneficiaría hablar de la hermandad de la humanidad si no podemos contemplar a todos los que nos rodean como nuestros hermanos. Si nuestra demostración de sentimientos humanitarios resulta poco llamativa o parece pequeña, debemos recordar la parábola que nos dio Jesús en la cual nos hace notar que la grandeza no siempre es un asunto de tamaño ni de comparación, sino de la calidad de nuestra vida. Si empleamos bien nuestro talento y nuestras habilidades y las oportunidades que nos rodean, eso no pasará inadvertido para Dios. Y a aquellos que obren bien con las oportunidades que se les ofrezcan ¡se les ofrecerán aún más!

Las Escrituras contienen muchos ejemplos maravillosos de líderes que, aunque no eran perfectos como Jesús, fueron sumamente eficientes; el leerlos, y el hacerlo a menudo, nos haría mucho bien. Hay veces en que olvidamos que las Escrituras nos ofrecen siglos de experiencia en liderazgo, y, lo que es más importante, nos dan los principios inalterables de acuerdo con los cuales debe funcionar el verdadero liderazgo a fin de tener éxito. Las Escrituras son el manual de instrucciones para el futuro líder.

El líder perfecto

No necesito justificación por mencionar algunos de los logros de Jesucristo para ayudar a los que quieran tener éxito como líderes.

Si queremos lograr el éxito, ahí está nuestro modelo. Todas las ennoblecedoras, perfectas y hermosas cualidades de la madurez, de la fortaleza y del valor se encuentran en Su Persona. Cuando una enorme y airada muchedumbre, armada hasta los dientes, fue a tomarlo prisionero, Él la enfrentó con resolución y dijo: "...¿A quién buscáis?".

Sorprendidos, los de la muchedumbre respondieron: "...A Jesús nazareno".

"...Yo soy", les dijo Jesús de Nazaret con altura y valor y con poder; y ellos "retrocedieron, y cayeron a tierra".

Por segunda vez les preguntó: "...¿A quién buscáis?", y después que lo nombraron, les dijo: "...Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos [Sus discípulos]" (Juan 18:4-8).

Tal vez lo más importante que les pueda decir en cuanto a Jesucristo, más allá de todo lo que he dicho, es que Él vive y en verdad posee todas las virtudes y los atributos de los que nos hablan las Escrituras. Si pudiéramos llegar a saber eso, conoceríamos la realidad fundamental del hombre y del universo. Si no aceptamos esa verdad y esa realidad, entonces no tendremos los principios inalterables ni las verdades trascendentales por las cuales podamos vivir con felicidad y prestar servicio. En otras palabras, nos resultará muy difícil llegar a ser líderes productivos a menos que reconozcamos la realidad del líder perfecto, Jesucristo, y le permitamos ser la luz que nos alumbré el camino.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO

- ¿Qué dice el presidente Kimball de los líderes que cambian de idea para ajustarse a la situación?
- ¿Por qué es importante que los líderes presten servicio a aquellos a quienes dirijan?
- ¿A qué deben prestar atención los líderes, además de las opiniones de las personas a las que dirigen?
- ¿Qué logran los líderes que aman a las personas a quienes sirven, que otros no puedan lograr?
- ¿En qué sentido es egoísta el liderazgo de manipulación? ¿Por qué es malo que los líderes de la Iglesia y de la familia sean egoístas?
- ¿De qué forma beneficia a la gente el que los líderes les deleguen responsabilidades?
- ¿Qué enseña Jesucristo a los líderes sobre la forma en que deben contemplar a aquellos a quienes dirigen?
- ¿Ante quién son responsables los líderes?
- ¿Qué quiere decir el presidente Kimball cuando menciona “la tiranía de lo trivial”?
- Elijan a un líder a quien admiren y piensen en circunstancias en las cuales esa persona haya demostrado poseer algunos de los atributos de liderazgo de Jesucristo.
- De acuerdo con lo que dice el presidente Kimball, ¿cómo podemos llegar a ser mejores líderes?

